

www.libtool.com.cn



www.libtool.com.cn

www.libtool.com.cn

164

www.libtool.com.cn

16 - 11

1 3046 0220



UNIVERSIDAD COMPLUTENSE



5320142549

2

www.libtool.com.cn

OBRAS

DE

VICTOR HUGO.

www.libtool.com.cn

26780

Rev. 10-11-67

OBRAS

de
www.libtool.com.cn

VICTOR HUGO.

NOVELAS.

III.

N.^{TRA} SEÑORA DE PARIS.

TRADUCIDA AL CASTELLANO DE LA OCTAVA EDICION FRANCESA

POA

D. Eugenio de Ochoa.

TOMO II.



MADRID:

**IMPRENTA DE D. TOMAS JORDAN,
1836.**

www.libtool.com.cn

Estas obras se hallarán de venta en la librería
y almacén de papel de *D. Tomás Jordan*, Puerta
del sol, acera de la Soledad, número 8, frente
á la fuente, donde está abierta la suscripción.

www.libtool.com.cn

Libro quinto.

www.libtool.com.cn

ABBAS BEATI MARTINI.

Mucho se extendió la fama de don Claudio Fro-
llo, fama que hacía la época, poco mas ó menos, en
que se negó á presentarse á la Señora de Beaujeu,
le granjeó una visita que por largo tiempo quedó
grabada en su memoria. •

Era una tarde en que acababa de retirarse des-
pues del oficio á su celda canonical del claustro de
nuestra Señora, la cual, á escepcion sin embargo
de algunas redomas de vidrio, apiñadas en un rin-
con y llenas de unos polvos asaz equívocos que se
parecian no poco á la pólvora, nada presentaba de
singular ni misterioso. Verdad es que habia por una
parte y por otra algunas inscripciones en las pare-
des, pero todas ellas se reducian á puras senten-
cias de filosofia ó de devocion, sacadas de algunos
buenos autores. Acababa el arcediano de sentarse
á la luz de un velon de cobre, delante de un in-

menso baúl cargado de manuscritos; tenía el codo apoyado en el libro abierto de Honorio de Autun, *de Prædestinatione et libero Arbitrio*, y hojeaba con profunda reflexion un infolio impreso que acababa de traer, el único producto de la prensa que contenia la celda.—En medio de sus meditaciones, oyó llamar á la puerta.—Quién es? preguntó el sábio con el tono amable de un perro hambriento á quien le quitan su hueso. Respondió una voz desde afuera: —Vuestro amigo Santiago Coictier. Abrió Claudio inmediatamente.

Entró en efecto el médico del rey, personaje como hasta de cincuenta años, de cuya fisonomía solo templaba la habitual dureza su mirada penetrante y sagaz. Acompañábale otro personaje; ambos llevaban sendos ropones de color de pizarra, forrados de chinchilla, ceñidos y bien cerrados, con gorros de la misma estofa y del mismo color. Desaparecian sus manos bajo sus mangas, sus pies bajo sus ropones, y sus ojos bajo sus gorros.

—Así Dios me ayude, señores, dijo introduciéndolos el arcediano, como no esperaba tan apreciable visita á semejante hora. Y mientras hablaba con esta cortesía, pasaba del médico á su compañero una mirada inquieta y escrudiñadora.

—Nunca es tarde para venir á visitar á un sábio tan considerable como don Claudio Frollo de Tirechappe, respondió el doctor Coictier en cuyo acento del Franco-Condado, arrastraban las frases con la majestad de una falda caudal.

Comenzó entonces entre el médico y el arcediano uno de aquellos prólogos congratulatorios que precedían en aquella época, según las reglas de la buena crianza, á toda conversacion entre sabios, y que no les impedían en lo mas mínimo aborrecerse mutuamente con toda cordialidad, costumbre que tambien se conserva en el dia. Toda boca de sabio que dirige cumplimientos á otro sabio es un vaso de hiel enmelada.

Las felicitaciones de Claudio Frollo á Santiago Coictier aludian sobre todo á las pingües ventajas temporales que el digno médico habia sabido sacar en el curso de su carrera tan envidiada, de todas las enfermedades del rey; operacion de una alquimia mejor y mas segura que la investigacion de la piedra filosofal.

— A fé mía, señor doctor Coictier, que he tenido gran satisfaccion al saber que ha ascendido á obispo vuestro sobrino, mi reverendo señor Pedro Versé. ¿No es obispo de Amiens?

— Sí, señor arcediano, por la gracia y misericordia de Dios.

— Sabeis que daba gozo veros el dia de nochebuena al frente de vuestra compañía del tribunal de cuentas, señor presidente!

— Vice-presidente, don Claudio, vice-presidente y nada mas.

— ¿Cómo va vuestra soberbia casa de la calle de San Andrés de los Arcos? Es todo un palacio. Mucho me gusta el albericoque esculpido so-

bre la puerta con este equivoquillo que tiene gracia: *A l' abri-cotier* (1).

-- Ah! maese Claudio, y si viérais como me cuesta un ojo de la cara esa obra. A medida que se edifica la casa, me arruino yo.

-- Bah! pues no teneis vuestras rentas de la cárcel y de la alcaidía del palacio y los réditos de todas las casas, tornos, chozas y puestos de la cerca? -- Eso se llama ordeñar una buena vaca.

-- Mi capellanía de Poissy no me ha producido nada este año.

-- Pero vuestros portazgos de Triel, de San James, de San German-en-Laya siempre son buenos.

-- Ciento veinte libras y ni siquiera parisies.

-- Teneis vuestro empleo de consejero del rey, y eso es seguro.

-- Sí, amigo Claudio; pero esa maldita señoría de Poligny que algunos creen tan pingüe, no me produce sesenta escudos de oro un año con otro.

Habia en los cumplidos que dirijia Don Claudio á Santiago Coictier aquel acento sardónico, ágrío y sordamente burlon, aquella sonrisa triste y cruel de un hombre superior y desgraciado que

(1) Equívoco realmente muy poco chistoso. -- A l' abri-cotier significa al albericoque, y A l' abri-Cotier que se pronuncia lo mismo, quiere decir Al abrigo-Cotier ó de Cotier. En la semejanza que hay entre esta palabra y el nombre de Coictier, está toda la gracia del cuento que, como bien vé el lector, no es cesiva.

(Nota del traductor.)

se entretiene un rato distraído con la prosáica prosperidad de un hombre vulgar. El otro no lo advertía.

— A fé mia, dijo en fin Claudio, apretándole la mano, que me alegro de veros tan bueno.

— Gracias, amigo Claudio.

— Entre paréntesis, exclamó el sacerdote, ¿cómo va vuestro augusto enfermo?

— No paga á su médico como debiera, respondió el doctor echando una mirada al soslayo sobre su compañero.

— De veras, compadre Coictier? dijo este.

Estas palabras pronunciadas en tono de sorpresa y de reconvencion, llamaron sobre aquel incógnito personaje la atención del arcediano que, á decir verdad, no le habia perdido de vista un solo instante desde que habia penetrado en su celda aquel extranjero. Necesarias habian sido las mil razones que tenia para no indisponerse con el doctor Santiago Coictier, omnipotente médico del rey Luis XI, para que le hubiese recibido acompañado; así es que no puso muy buena cara cuando le dijo Coictier;

— Aquí os traigo, don Claudio, á un compadre que viene atraído por vuestra fama.

— ¿El señor es de la ciencia? preguntó el arcediano, fijando en el compañero de Coictier su penetrante mirada, y entre cuyas fruncidas cejas halló unos ojos no menos penetrantes y desconfiados que los suyos. Era el tal, en cuanto se podia juz-

gar á la débil claridad de la lámpara, un anciano de como hasta sesenta años, de mediana estatura, y que parecia asaz enfermo y cascado. Su perfil, aunque bastante vulgar, tenia un no sé qué de poderoso y severo; sus ojos brillaban en honda cavidad bajo los arcos de sus cejas, como una luz en el fondo de una caverna; y bajo la gorra que le caia sobre las narices, traslucíanse los anchos planos de una frente de jenio. El mismo se encargó de responder á la pregunta del arcediano.

—Reverendo sacerdote, le dijo en tono grave, vuestra fama ha llegado á mis oidos, y he querido consultaros. Yo no soy mas que un pobre hidalgo de provincia que se quita los zapatos antes de entrar en casa de un sabio. Quiero deciros mi nombre; yo me llamo el compadre Tourangeau.

—Estraño nombre para un hidalgo, dijo entre sí el arcediano, el cual conoció sin embargo que se hallaba delante de un ser fuerte y serio; el instinto de su alta inteligencia hacíaie adivinar otra no menos alta bajo la gorra de pieles del compadre Tourangeau, y al considerar aquel grave continente, fuése desvaneciendo poco á poco la espresion irónica que habia hecho nacer en su rostro adusto la presencia de Santiago Coictier, como se desvanece el crepúsculo ante un horizonte nocturno. Volvió á sentarse triste y silencioso en su poltrona; su codo ocupó el lugar acostumbrado sobre su mesa, y su frente sobre su mano. Despues de algunos momentos de meditacion, hizo señal á los dos recién llegados de

que se sentaran , y dirigió la palabra al compadre Tourangeau.

—Venís á consultarme , caballero? y sobre qué ciencia?

—Señor reverendo, respondió el compadre , estoy enfermo , muy enfermo. Dicen que sois un grande Esculapio , y vengo á pedirós un consejo de medicina.

—Medicina ! dijo el arcediano levantando la cabeza. Quedó pensativo un breve rato, y luego añadió : —Compadre Tourangeau , pues este es vuestro nombre , volved la cabeza y hallareis mi respuesta escrita sobre la pared.

Obedeció el compadre Tourangeau , y leyó encima de su cabeza esta inscripcion grabada sobre la pared: *La medicina es hija de los sueños.*-YAMBLIQUE.

Oyó el doctor Santiago Coictier la demanda de su compañero con un despecho que subió de punto al oír la respuesta de don Claudio. —Acercóse al oído del compadre Tourangeau y le dijo en voz tan baja que no pudo oirla el arcediano: —Bien os dije yo que era un loco.—Os habeis empeñado en verle!

—Es que no sería imposible que tuviese razon este loco , doctor Santiago! respondió el compadre en el mismo tono y con amarga sonrisa.

—Como vos gustéis , respondió Coictier con sequedad. Y luego , dirigiéndose al arcediano: —Muy de lijero partís , don Claudio , y así tratais vos á Hipócrates como un mico á una avellana. Que la medicina es un sueño! Dudo que los farmacópolas y

maestros-mirras pudiesen resistir á la tentacion de lapidaros si estuvieran presentes. Con que negais la influencia de los filtros sobre la sangre, de los ungüentos sobre la carne! Con que negais la eterna farmacia de las flores y de los metales que se llama *mundo*, hecha de intento para el eterno enfermo que se llama *hombre*.

—Yo no niego, dijo con frialdad don Claudio, ni la farmacia, ni el enfermo; pero niego el médico.

—Luego no es cierto, repuso acalorado Coictier, que la gota es una herpes interna, que se cura una llaga de artillería con la aplicacion de un raton asado, y que una sangre jóven debidamente infusa, comunica al doliente anciano la perdida juventud; ¿no es cierto que dos y dos son cuatro, y que el emprostotonos succede al opistotonos? (1).

El arcediano respondió impasible.

—Hay ciertas cosas sobre las cuales pienso yo de cierta manera.

Coictier se puso encendido de cólera.

—Vamos, vamos, amigo Coictier, haya paz, dijo el compadre Tourangeau. El señor arcediano es nuestro amigo.

(1) Términos de medicina compuestos ambos de dos palabras griegas; la primera de *ἐμπροσθεν* (hácia adelante) y de *τόνος* (tiendo), y significa cierta contraccion espasmódica, en que el cuerpo se encorba hácia adelante. — La segunda representa la idea contraria, como lo indica su etimología; compónese de las voces griegas *ὀπίσθεν* (hácia atras) y *τόνος* (tension).—

(N. del Trad.)

Serenóse Coictier refunfuñando entre dientes : —
Al fin y al cabo es un loco!

— Par diez , maese Claudio , repuso el compadre Tourangeau despues de un breve silencio , que me fastidiais á fè mia ; tenia que haceros dos consultas , una relativa á mi salud , y la otra á mi estrella.

— En ese caso , respondió el arcediano , si es tal vuestra idea , mejor hubierais hecho en no sofocaros subiendo los tramos de mi escalera. Yo no creo en la medicina ; yo no creo en la astrología.

— ¡ De veras ! dijo el compadre asombrado.

Coictier reía con una risita falsa y violenta. — Bien veis que está loco , dijo en voz baja al compadre Tourangeau ; no cree en la astrología !

— Para que vaya á imaginarse un hombre de juicio , prosiguió don Claudio , que cada rayo de una estrella es un hilo que llega hasta la cabeza de un hombre !

— Pues ¿ en qué creéis vos ? preguntó el compadre Tourangeau.

Permaneció indeciso un momento el arcediano , y luego dejó escapar una sonrisa sombría que parecia desmentir su respuesta : — *Credo in Deum.*

— *Dominum nostrum* , añadió el compadre Tourangeau , haciendo la señal de la cruz.

— *Amen* , dijo Coictier.

— Reverendo maestro , repuso el compadre , me alegro en el alma de veros tan religioso. Pero sa-

pientísimo señor, ¿lo sois hasta el punto de no creer en la ciencia?

—No, dijo el arcediano cogiendo del brazo al compadre Tourangeau, y un relámpago de entusiasmo brilló en sus ojos empañados; no, yo no niego la ciencia. No he rastreado por tantos años boca abajo, y las uñas en la tierra por los innumerables recodos de la caverna, sin ver á lo lejos, delante de mí, al fin de la oscura galería, una luz, una llama, una cosa, el reflejo sin duda del brillante laboratorio central en que los pacientes y los sabios descubrieron á Dios.

— En fin, interrumpió Tourangeau, ¿qué cosa teneis por verdadera y segura?

-- La alquimia.

Coictier exclamó:—Pardiez, don Claudio, la alquimia tiene su razon sin duda, seguramente, pero ¿á qué fin blasfemar de la medicina y la astrología?

-- Miseria, toda la ciencia del hombre! miseria toda la ciencia del cielo! dijo el arcediano con energía.

-- Eso es hablar muy de ligero de Epidauro y de la Caldea, replicó el médico con su risita falsa.

-- Escuchad, señor Santiago, y hablemos de buena fé. Yo no soy médico del rey, y su majestad no me ha dado el jardin Dédalo para observar desde él las constelaciones.--No os enfadeis, y escuchadme.--¿Qué verdad habeis sacado, no diré de la medicina, que es cosa sobradamente ridícula, pero de la astrología? ¿Citadme las virtudes del bustro-

fedon (1) vertical, los hallazgos del número Ziruf y del número Zefirod? (2).

--Negareis, dijo Coictier, la fuerza simpática de la clavícula (3), y ~~que de ella se deriva la~~ cabalística?

-- ¡Error, señor Coictier! ninguna de vuestras fórmulas conduce á la realidad, al paso que la alquimia tiene sus descubrimientos. ¿Pondreis en duda resultados como estos? El yelo encerrado debajo de tierra durante mil años se transforma en cristal de roca. -- El plomo es el abuelo de todos los metales. -- Porque el oro no es un metal, el oro es la luz. -- Bástanle al plomo cuatro periodos de doscientos años cada uno, para pasar sucesivamente del estado de plomo al de arsénico rojo, del arsénico rojo al estaño, del estaño á la plata. -- Estos son he-

(1) Voz tomada del griego, usada por los anticuarios para expresar un modo de escribir peculiar á los griegos, sobre todo en las inscripciones, que consistia en que el primer renglon estaba escrito de derecha á izquierda, el segundo de izquierda á derecha, y así sucesivamente. (Nota del traductor).

(2) Palabras cabalísticas sin duda, pero cuya verdadera significacion no me ha sido posible averiguar; tal vez en una nota al fin de la obra aclare estas y otras dudas, que he consultado por escrito con el mismo autor. Ignoro si llegará ó no su respuesta á tiempo, atendido el estado fatal de los caminos. (Id.)

(3) Esta supersticion ha existido tambien en España. Refiere en su obra Frai Nicolás Eimeric, que siendo inquisidor, á mediados del siglo XIV, quemó por su propia mano, después de haberlos leído, dos libros titulados, uno la *Clavícula de Salomon*, y otro *Tesoro de Necromancia*. Ciertos herejes juraban sobre las palabras del primero, como nosotros sobre los Santos Evangelios. (Id.)

chos; pero creer en la clavícula, en la luna llena y en las estrellas, es tan ridículo como creer, con los habitantes del Gran Catay, que la oropéndola se convierte en topo, y los granos de trigo en pescados del género ciprino.

-- Yo he estudiado la hermética, exclamó Coictier, y aseguro...

El fogoso arcediano no le dejó acabar. -- Y yo he estudiado la medicina, la astrología y la hermética! Solo aquí se encierra la verdad (y esto diciéndolo tomó sobre el baul una redoma llena de aquellos polvos de que antes hablamos), solo aquí se halla la luz! Hipócrates es un sueño, Urania es un sueño, Hermes es un pansamiento. El oro es el sol; hacer oro es ser Dios. He aquí la única ciencia. Os digo que he sondado la medicina y la astrología! -- Miseria! -- miseria! -- el cuerpo humano, tinieblas! los astros, tinieblas!

Y volvió á sentarse en su sillón en una actitud poderosa é inspirada. Observábale el compadre Tourangeau sin hablar palabra; Coictier se esforzaba por sonreír, se encojía imperceptiblemente de hombros, y repetía en voz baja: -- Un loco!

-- Y, dijo de pronto el compadre Tourangeau, habeis llegado á ese fin sublime? Habeis hecho oro?

-- Si lo hubiera hecho, respondió el arcediano articulando lentamente sus palabras como un hombre que medita lo que dice, el rey de Francia se llamaría Claudio y no Luis.

El compadre frunció las cejas.

—Qué digo? repuso don Claudio con una sonrisa desdeñosa. Qué me importa el trono de Francia, á mí que podría reedificar el imperio de Oriente?

www.libtool.com.cn

—Bien; lo que es eso, bien! dijo el compadre.

—Oh! pobre loco! murmuró Coictier.

El arcediano prosiguió como si hablara consigo mismo.—Pero no, yo todavía tengo que rastrear; todavía tengo que desollarme la cara y las rodillas contra los guijarros de la senda subterránea.—Yo entreveo, pero no contemplo! deletreo, pero no puedo leer!....

—Y cuando sepais leer, preguntó el compadre, hareis oro.

—Quién lo duda! dijo el arcediano.

—En ese caso, bien sabe Nuestra Señora que tengo grave necesidad de dinero, y que me conven-
dria leer en vuestros libros. Decidme; reverendo sacerdote, es vuestra ciencia desagradable á Nuestra Señora?

A esta pregunta del compadre, contentóse don Claudio con responder con serena altivez: —De quien soy arcediano?

—Así es la verdad.—Pero decidme—quereis iniciarme? quereis enseñarme á deletrear?

Tomó Claudio la actitud majestuosa y pontifical de un Samuel.

—Anciano, mas años se necesitan de los que os quedan de vida para emprender ese viaje que decís por el campo de las cosas misteriosas. Vues-

tra cabeza ya es de color gris! no se sale de la caverna mas que con cabellos blancos, pero no se entra en ella mas que con cabellos negros. La ciencia sola basta para sulcar, ajar y desecar los rostros humanos, y no necesita que la ancianidad la traiga semblantes ya cubiertos de arrugas. Sin embargo, si deseais iniciaros en la disciplina á vuestra edad y descifrar el terrible alfabeto de los sábios, bien; venid á mí y probaremos. No os diré a vos, pobre anciano, que vayais á visitar las estancias sepulcrales de las pirámides de que habla el antiguo Herodo, ni la torre de ladrillo de Babilonia, ni el inmenso santuario de mármol blanco del templo indio de Eklinga. Tampoco he visto yo los edificios de la Caldea, contruidos segun la forma sagrada de Sikra, ni el templo de Salomon, que está destruido, ni las puertas de piedra del sepulcro de los reyes de Israel, que están ya rotas; tendremos que contentarnos con los fragmentos del libro de Hermes que tenemos aquí. Os esplicaré la estatua de San Cristobal, los símbolos del sembrador, y el de los ángeles que están en la portada de la santa capilla, uno de los cuales tiene puesta la mano en un vaso y el otro en una nube.

Al llegar á este punto, Santiago Coictier, á quien habian puesto fuera de combate las fogosas réplicas del arcediano, volvió á cobrar aliento y le interrumpió con el tono triunfante de un sábio que corrije á otro sábio: — *Erras, amice Claudí*. El símbolo no es el número; tomáis á Orfeo por Hermes.

—Vos sois el que errais, replicó gravemente el decairano. Dédalo es el basamento, Orfeo es la pared, Hermes es el edificio, el todo.—Venid, cuando gustéis, prosiguió volviéndose á Tourangeau, y os enseñaré los residuos del oro que se ven en el fondo del crisol de Nicolas Flamel y los comparareis al oro de Guillermo de París. Os enseñaré las virtudes secretas de la palabra griega *peristera* (1). Pero ante todas cosas, os haré leer una despues de otra las letras de mármol del alfabeto, las letras de granito del libro. Irémos desde la portada del obispo Guillermo y de Saint Jean-le Rond á la capilla Santa, luego á la casa de Nicolas Flamel, calle Mairivaulx, á su sepulcro que está en el cementerio de los santos inocentes y á sus dos hospitales, calle de Montmorency. Os haré leer los geroglíficos que cubren los cuatro grandes morillos de hierro de la puerta del hospital de San Gervasio y de la calle de la Ferronerie: tambien deletrearemos juntos las fachadas de san Cosme; de santa Genoveva-des-Ardenx, de san Martin, de Santiago-de-la-Boucherie...

Largo rato hacia ya que el Tourangeau, por mas inteligente que fuese la espresion de su mirada, parecia no comprender á don Claudio; al fin le interrumpió: —Pascua de Dios! que diablos de libros son los vuestros?

—Ese es uno, dijo el arcediano.

Y abriendo la ventana de la celda, designó con

(1) Su verdadera significacion es *alrededor de la superficie.*
(N. del Trad.)

el dedo la inmensa iglesia de nuestra Señora que, destacando sobre un cielo estrellado la negra silueta de sus dos torres, de sus costillas de piedra y de su monstruosa grupa, parecía un enorme esfinje de dos cabezas, sentado en medio de la ciudad.

Consideró el arcediano en silencio por un buen rato el gigantesco edificio, y alargando luego con un suspiro su mano derecha hácia el libro impreso que estaba abierto sobre la mesa, y la izquierda hácia Nuestra Señora, y llevando una mirada triste del libro hasta la iglesia. — Ah! dijo: esto matará á aquello!

Coictier que se había acercado al libro apresuradamente, no pudo menos de exclamar: — ¿Pues qué libro es ese para inspirar tales temores? — *Glossa in Epistolas D. Pauli. Nurembergæ, Antonius Koburger. 1474.* Esto no es nuevo; ni es mas ni menos que un libro de Pedro Lombard (1), el maestro de las sentencias. ¿Lo decís porque está impreso?

— Habeislo acertado, respondió Claudio, que parecia sumergido en profunda meditacion, y permanecia en pié apoyando su índice en un infolio estampado en las famosas prensas de Nuremberg. Luego añadió estas palabras misteriosas: — Ah! las

(1) Nació en Navarra en Lombardía, y se educó en París. El rey Luis el Gordo le encomendó la educacion de su hijo Felipe, y le dió el arzobispado de París. — Escribió algunas obras y comentó los salmos y epístolas de san Pablo.

(Nota del traductor.)

pequeñas cosas acaban con las grandes ; un diente triunfa de una mole. El raton del Nilo mata al cocodrilo , el espadarte mata á la ballena , el libro matará al edificio!

Dieron las oraciones del claustro en el momento en que el doctor Coictier repetia en voz baja á su compañero su eterno estrivillo : — *Es un loco!*

A lo que entonces respondió el compañero — :
— Creo que sí.

Era aquella la hora en que ningun forastero podia quedarse en el claustro , por lo que al punto se retiraron los dos intrusos. — Señor sacerdote, dijo el compadre Tourangeau despidiéndose del arcediano, mucho me gustan los sabios y las grandes inteligencias, y os miro con aprecio singular. Id mañana al palacio de las Tournelles, y preguntad por el abad de san Martin-des-Tours.

Volvió á su estancia el arcediano estupefacto, conociendo por fin quien era el compadre Tourangeau, y recordando aquel pasaje del cartulario de San-Martin-des-Tours : *Abbas beati Martini, SCILICET REX FRANCIÆ, est canonicus de consuetudine, et habet parvam præbendam quam habet Sanctus Venantius, et debet sedere in Sede thesaurarii.*

Asegurábase que desde aquella época tuvo el arcediano frecuentes entrevistas con Luis XI cuando iba su majestad á París, y que la privanza de Don Claudio hacia sombra á Oliveros-el-Samo y á Santiago Coictier, el cual segun su costumbre echaba por ello al rey muy severas reprimendas.

2.

www.libtool.com.cn**ESTO MATARÁ Á AQUELLO.**

Nuestros lectores nos perdonarán si nos detenemos un momento á examinar cual podia ser el pensamiento oculto en estas palabras enigmáticas del arcediano: — *Esto matará á aquello. El libro matará al edificio.*

A nuestro modo de ver, dos son las faces de este pensamiento; en primer lugar era un pensamiento de sacerdote; era el terror del sacerdocio delante de un agente nuevo, la imprenta; era el espanto y el deslumbramiento del hombre del santuario delante de la luminosa prensa de Guttemberg: la cátedra y el manuscrito, la palabra hablada y la palabra escrita, temerosas de la palabra impresa; algo parecido al asombro de un gorrion que viera al ángel Lejion abrir sus seis millones de alas. Era el grito del profeta que oye ya resonar y moverse la humanidad emancipada, que vé en el porvenir á la inteligencia minando la fé, á la opinion destronando á la creencia, al mundo saca-

diendo el yugo de Roma ; pronóstico de filósofo que ve al pensamiento humano volatilizado por la prensa, evaporarse del recipiente teocrático ; terror de soldado que examina el ariete de bronce, y dice: La torre caerá. Aquello significaba que un poder iba á suceder á otro poder ; aquello queria decir : la prensa matará á la iglesia.

Pero debajo de este pensamiento , el primero y el mas natural sin duda , otro habia á nuestro parecer mas nuevo , corolario del primero , menos facil de entrever , y mas facil de discutir ; una mira no menos filosófica , no ya de sacerdote solamente, sino de sabio y de artista. Era un presentimiento de que el pensamiento humano, mudando de forma, iba tambien á mudar de fórmula de espresion ; de que la idea capital de cada generacion no se escribiria ya con la misma materia y del mismo modo ; de que al libro de piedra tan sólido y tan duradero iba á suceder el libro de papel , mas sólido y mas duradero todavía. Bajo este aspecto, la vaga fórmula del arcediano tenia un segundo sentido ; significaba que un arte iba á destronar á otro arte. Querria decir : la imprenta matará á la arquitectura.

En efecto, desde el orijen de las casas hasta el siglo XV de la era cristiana inclusive, la arquitectura es el gran libro de la humanidad , la espresion principal del hombre en sus diferentes estados de desarrollo, sea como fuerza , sea como intelijencia.

Cuando se sintió abrumada la memoria de las primeras razas , cuando el bagaje de los recuerdos

del género humano llegó á ser tan pesado y tan confuso que la palabra lisa y volátil, corrió peligro de ir perdiendo algunos en el camino, fue preciso escribirlos en la tierra del modo mas visible, mas durable y mas natural juntamente; fue preciso sellar cada tradicion bajo un monumento.

Los primeros monumentos no fueron mas que unos meros fragmentos de rocas, *que aun no habia tocado el hierro*, dice Moises. La arquitectura empezó como las escrituras, por ser alfabeto: poníase una piedra en pie y era una letra, y cada letra era un geroglífico, y sobre cada geroglífico descansaba un grupo de ideas, como el capitel sobre la columna: asi lo hicieron las primeras razas en todas partes, en el mismo momento, en la superficie del mundo entero. La *piedra levantada* de los Celtas se halla en la Siberia de Asia, en las pampas de América.

Luego se hicieron palabras; púsose piedra sobre piedra, reuniéronse aquellas sílabas de granito, y el talento arriesgó algunas combinaciones. El *dolmen* (1) y el *cromlech* celtas, el túmulo etrusco,

(1) La esplicacion de cada una de estas palabras esijiria argas notas y distraeria la atencion de nuestros lectores del asunto principal: por eso nos limitaremos á aconsejar á los que quieran enterarse á fondo del sentido de estas palabras, que consulten el curioso *Diccionario Infernal* de Mr Collin de Planci. El *Dolmen* y el *Cromlech* no eran mas que altares druidicos de una forma particular, consagrados á los sangrientos misterios de la religion de aquellas tribus bárbaras: la primera de estas voces en lengua bretona significa *mesa de piedra*. (*Nota del traductor.*)

el galgal hebreo son palabras; algunas, en particular el túmulo, son nombres propios. A veces tambien, cuando tenian los hombres mucha piedra y una ancha playa escribian una frase: el inmenso amontonamiento de Karnac es ya una fórmula entera.

En fin, hiciéronse libros. Las tradiciones habian producido los símbolos bajo los cuales desaparecian aquellas como el tronco bajo las ramas; todos estos símbolos en que tenia fé la humanidad, iban creciendo, multiplicándose, cruzándose, complicándose mas y mas; los primeros monumentos no bastaban para contenerlas, rebosaban en ellos por todas partes; y ademas, apenas espresaban todavia estos monumentos la tradicion primitiva, sencilla, desnuda y postrada aun como ellas en el suelo. El símbolo necesitaba esplayarse en el edificio. Entonces la arquitectura se desarrolló con el pensamiento humano; llegó á ser gigante de mil cabezas y de mil brazos, y fijó bajo una forma eterna, visible, palpable todo aquel flotante simbolismo. Mientras Dédalo, que es la fuerza, mientras Orfeo, que es la intelijencia, cantaba, el pilar, que es una letra, el arco, que es una sílaba, la pirámide, que es una palabra, puestos en movimiento juntamente por una ley de geometría y por una ley de poesía, se agrupaban, se combinaban, se amalgamaban, bajaban, subian, se reunian en el suelo, se formaban en pisos en el cielo hasta que hubiesen escrito bajo las influencia de la idea general de una época, aque-

llos libros maravillosos que eran tambien maravillosos edificios; la pagoda de Eklinga, el Rhamseoin de Egipto, el templo de Salomon.

La idea madre, el verbo, estaba no solo en el fondo de todos aquellos edificios, mas tambien en la forma; el templo de Salomon, por ejemplo, era no solo la encuadernacion del libro santo, mas tambien el mismo libro santo. Sobre cada uno de sus recintos concéntricos podian leer los sacerdotes el verbo traducido y manifestado á la vista; y seguian de este modo sus transformaciones de santuario en santuario hasta que le hallasen en su último tabernáculo bajo su forma mas concreta, que era tambien arquitectónica: el arca. El verbo, pues, estaba encerrado en el edificio, pero su imagen estaba sobre su cubierta; como la figura humana sobre el atahud de una momia.

Y no solo la forma de los edificios, mas tambien el recinto que elejían, revelaba el pensamiento que representaban. Segun era alegre ó sombrío el símbolo que tenían que espresar, coronaba la Grecia sus montañas de un templo armonioso á la vista, abria la India el seno de las suyas para cincelar en él sus disformes pagodas subterráneas sostenidas por gigantescas hileras de elefantes de granito.

Así que, durante los seis mil primeros años del mundo, desde la mas inmemorial pagoda del Indostan hasta la catedral de Colonia, ha sido la arquitectura el gran libro del género humano. Y es

esto tan cierto que no solo todo símbolo religioso, mas tambien todo pensamiento humano tiene su página en aquel libro inmenso y su monumento tambien.

www.libtool.com.cn
Toda civilizacion empieza por la teocracia y acaba por la democracia ; esta ley de la libertad succediendo á la unidad está escrita en la arquitectura , porque, insistamos en este punto , no se crea que la construccion no es capaz mas que de edificar el templo, de espresar el mito y el simbolismo sacerdotal , de transcribir en geroglíficos sobre sus páginas de piedra las misteriosas tablas de la ley. Si fuera asi, como llega un momento en toda sociedad humana, en que el símbolo sagrado se desgasta y consume bajo el libre pensamiento, en que el hombre se oculta al sacerdote, en que la escrescencia de los filósofos y de los sistemas corroe la faz de la religion ; la arquitectura no podria reproducir este nuevo estado de la inteligencia humana , sus hojas , escritas por una cara , estarian blancas por la vuelta , su obra quedaria truncada , su libro seria incópleto. Pero no.

Tomemos por ejemplo la edad media, que es la que conocemos mejor, porque está mas cerca de nosotros. Durante su primer periodo , mientras que la teocracia organiza la Europa, mientras el Vaticano reúne y clasifica en torno de sí los elementos de una Roma hecha con la Roma que yace derruida alrededor del capitolio; mientras va buscando el cristianismo en los escombros de la civilizacion anterior

todos los pisos de la sociedad y reconstruye con estas ruinas un nuevo universo gerárquico, cuya clave es el sacerdocio, se oye primeramente germinar en aquel caos, luego se vé poco á poco bajo el aliento del cristianismo, bajo las manos de los bárbaros, brotar de las ruinas de las arquitecturas muertas, la griega, la romana, aquella misteriosa arquitectura bizantina, hermana de las construcciones teocráticas del Egipto y de la India, emblema inalterable del catolicismo puro, eterno geroglífico de la unidad papal. Todos los pensamientos de entonces estan, en efecto, escritos en aquel sombrío estilo bizantino, en el cual se vé do quiera la unidad, la impenetrabilidad, el absolutismo, Gregorio VII; do quiera el sacerdote, el hombre jamás, do quiera las razas, el pueblo nunca. Pero llegan las cruzadas; sigue un gran movimiento popular, y todo gran movimiento popular, sea cual se fuere su causa y su objeto, desprende siempre de su último precipitado (1) el espíritu de la libertad. Grandes novedades van á nacer, y entonces, en efecto, se abre el borrascoso período de las Jacqueries (2),

(1) Llámase así el último residuo de una descomposicion química.

(N. del trad.)

(2) Ligas ó asociaciones designadas bajo distintas denominaciones, ya religiosas como la *liga* en Francia contra los protestantes de fines del siglo XVI, ya políticas como nuestras famosas comunidades.

(Idem.)

de las Pragerias y de las ligas. La autoridad flaquea, la unidad se hiende, el feudalismo quiere entrar á partes en el poder con la teocracia, mientras llega el pueblo, que inevitablemente llegará, y que, como el leon, tomará para sí la mejor parte: *Quia nominor leo*. El señorío ya se entreve bajo el sacerdocio, el concejo bajo el señorío: ya ha mudado la faz de la Europa y.... no podia menos de ser así, la faz de la arquitectura ha mudado tambien. Lo mismo que la civilizacion, ha vuelta la hoja, y el nuevo espíritu de los tiempos la halla dispuesta á escribir sus pensamientos. La arquitectura vuelve de las cruzadas con la ojiva, como las naciones con la libertad; entonces, al paso que Roma se desmembra poco á poco, muere la arquitectura sajona. El geroglífico abandona la catedral, y va á blasonar la fortaleza para dar un prestigio al feudalismo; la misma catedral, edificio en otro tiempo tan dogmático, invadida sucesivamente por el pueblo, por el poder, por la libertad, huye del sacerdote y cae en manos del artista. El artista la construye á su modo, y al misterio, al mito, á la ley, succeden las combinaciones del capricho. Con tal que el sacerdote tenga su basílica y su altar, nada mas puede exigir; las cuatro paredes pertenecen al artista. El libro arquitectónico no pertenece ya al sacerdocio, á la religion, á Roma, sino á la imaginacion, á la poesía, al pueblo; y de aquí provienen las rápidas é innumerables transformaciones de aquella arquitectura que no tiene mas

que tres siglos, tan singulares despues de la profunda inmovilidad de la arquitectura bizantina que tiene seis ó siete. El arte, entre tanto, anda á pasos de gigante; el genio y la orijinalidad populares, hacen lo que hacian antes los obispos. Cada raza escribe al pasar su línea en el libro, tacha los antiguos geroglíficos lombardos sobre el frontispicio de las catedrales, y apenas se vé de cuando en cuando al dogma sacar la cabeza bajo el nuevo símbolo que le cubre: el ropaje popular deja apenas adivinar la armazon religiosa. Imposible es formarse una idea de las licencias que se toman entonces los arquitectos aun con la iglesia; ya le ponen capiteles atestados de frailes y de monjas ignominiosamente ayuntados, como en la sala de las Chimeneas del palacio de justicia en París; ya la aventura de Noé esculpida *con todas sus letras* como en la gran portada de Bourges: ya un fraile borracho con orejas de burro y con la copa en la mano, riéndose en los hocicos de toda una comunidad, como sobre el altar de la abadía de Bocheville. Existió en aquella época para el pensamiento escrito en piedra, un privilejio comparable en un todo á nuestra actual libertad de imprenta; la libertad de la arquitectura.

Aquella libertad abusa; á veces una portada, una fachada, una iglesia entera presenta un sentido simbólico, de todo punto ajeno del culto, y aun acaso hostil á la iglesia: Guillermo de París en el siglo XIII, Nicolás Flamel en el XV es-

cribieron algunas de aquellas páginas sediciosas. Santiago de Boucherie era una iglesia de la oposición.

Solo bajo esta forma era libre entonces el pensamiento, y por eso no se escribía completo mas que en aquellos libros que se llamaban edificios: bajo la forma manuscrita se hubiera visto quemada en público la idea por mano del verdugo si hubiera sido bastante imprudente para osar presentarse en ella. No teniendo pues mas que aquella forma para ver la luz, asíase á ella con ansia, y de aquí provino la inmensa cantidad de catedrales que cubrieron la Europa, número tan prodijoso que apenas parece creíble aun despues de haberlas contado. Todas las fuerzas materiales, todas las fuerzas intelectuales de la sociedad converjian en el mismo punto, la arquitectura. De este modo, so pretesto de edificar iglesias para Dios, el arte y el pensamiento se desarrollaban en magníficas proporciones.

Entonces todo el que nacia poeta, se hacía arquitecto. El genio esparcido en las masas, comprimido por todas partes bajo el feudalismo como bajo una *testudo* de broqueles de bronce, no hallando salida mas que por el lado de la arquitectura, desembocaba por este arte, y sus iliadas tomaban la forma de catedrales: todas las demas artes obedecian y se sujetaban á la disciplina bajo la arquitectura; eran las jornaleras de la grande obra. El arquitecto, el poeta, el maestro totalizaba en su persona la escultura que le cincelaba sus fachadas,

la pintura que les iluminaba sus vidrios, la música que daba movimiento á su campana y soplabá en sus órganos: hasta la pobre poesía, propiamente hablando, la que se obstinaba en vejetar en los manuscritos, se veía obligada para ser algo á amoldarse en el edificio bajo la forma de himno ó de *prosa*, es decir, á hacer el mismísimo papel que habian hecho las tragedias de Esquilo en las fiestas sacerdotales de la Grecia y el Génesis en el templo de Salomon.

La arquitectura pues fue hasta Guttemberg la primera lengua escrita, la lengua escrita universal: en este libro granítico, empezado por el oriente, continuado por la antigüedad griega y romana, la edad media ha escrito la última página. Y este fenómeno de una arquitectura de pueblo sucediendo á una arquitectura de raza que acabamos de observar en la edad media, se reproduce con todo movimiento análogo en la inteligencia humana en las otras grandes épocas de la historia. Así, para no enunciar aquí mas que sumariamente una ley que necesitaria volúmenes enteros para desarrollarse, en el alto Oriente, cuna de los tiempos primitivos, despues de la arquitectura india, la arquitectura fenicia, madre opulenta de la arquitectura árabe; en la antigüedad, despues de la arquitectura egipticia, de la cual no son mas que una variedad el estilo etrusco y los monumentos ciclópeos, la arquitectura griega, de la cual es un mero prolongamiento abrumado con el cimborio cartaginés el

estilo romano (1); en los tiempos modernos, despues de la arquitectura bizantina, la arquitectura gótica. Y desdoblando estas tres series, se hallarán sobre las tres hermanas primogénitas, la arquitectura india, la arquitectura ejipticia, la arquitectura bizantina el mismo símbolo, es decir, la teocracia, la raza, la unidad, el dogma, el mito, Dios; y en las tres hermanas segundas la arquitectura fenicia, la arquitectura griega, la arquitectura gótica, cualquiera que sea por lo demas la diversidad de forma inherente á su naturaleza, siempre se hallará la misma significacion, es decir, la libertad, el pueblo, el hombre.

Llámesese bramin, mago ó papa, en las construcciones indias, ejipticias ó sajonas siempre se vé el sacerdote, y nada mas que el sacerdote. No sucede asi con las arquitecturas del pueblo, mas ricas y menos santas; en la fenicia se vé el espíritu de mercader, en la griega el de republicano, en la gótica el de ciudadano.

Los caracteres generales de toda arquitectura teocrática son la inmutabilidad, el odio al progreso, la conservacion de las líneas tradicionales, la consagración de los tipos primitivos, la sumision

(1) O hay aquí error de imprenta en el orijinal, ó el autor ha padecido una equivocacion. Entre las arquitecturas griega y romana existe una diferencia fundamental; la segunda tiene por generador el arco semicircular, desconocido á la arquitectura griega. (*N. del trad.*)

constante de todas las formas del hombre y de la naturaleza á los incomprensibles caprichos del siglo: libros tenebrosos que solo los iniciados saben descifrar; mas téngase presente que en ellos toda forma, mas diremos, toda deformidad, tiene un sentido que la hace inviolable. No pidamos á las construcciones india, ejípea y bizantina que reformen su dibujo ó mejoren su gusto; todo paso á la perfeccion les está vedado. En aquellas arquitecturas parece que la severidad del dogma se comunica á la piedra como una segunda petrificación.—Los caracteres generales de las construcciones populares, son por el contrario la variedad, el progreso, la originalidad, la opulencia, el movimiento perpétuo, como que están ya bastante separadas de la religion para pensar en su hermosura, para esmerarla, para corregir perpétuamente su tocado de estatuas ó de arabescos. Pertenecen al siglo; tienen algo de humano que mezclan siempre al símbolo divino bajo el cual se reproduce todavía; y de aqui los edificios penetrables á toda alma, á toda inteligencia, á toda imaginacion, simbólicos aun, pero fáciles de comprender como la naturaleza. Entre la arquitectura teocrática y ésta hay la diferencia de una lengua sagrada á una lengua vulgar, del geroglífico al arte, de Salomon á Fidias.

Reasumiendo todo lo que hemos indicado hasta aqui muy por encima, dejando aparte mil pruebas y tambien mil objeciones de detalle, sacaremos en limpio; que la arquitectura fue, hasta el siglo xv, el registro principal de la humanidad; que en este

intervalo no ha aparecido en el mundo un pensamiento algo complicado que no se haya hecho edificio; que toda idea popular como toda idea religiosa, ha tenido sus monumentos, que el género humano, en fin, no ha pensado cosa alguna importante que no la haya escrito en piedra. Y ¿por qué? porque todo pensamiento, sea religioso, sea filosófico, está interesado en perpetuarse, porque la idea que ha ajitado á una generacion quiere ajitar á otras, y dejar huellas de su existencia en el mundo. Pero ¡qué inmortalidad tan precaria la del manuscrito! ¡cuánto mas durable, sólido y resistente libro es un edificio! Para destruir la palabra escrita basta una tea ó un turco; para demoler la palabra construida, se necesita una revolucion social, una revolucion terrestre. Los bárbaros han pasado sobre el coliseo, el diluvio ha pasado tal vez sobre las pirámides.

En el siglo XV todo cambió de aspecto.

El pensamiento humano descubre un medio de perpetuarse, no solo mas durable y mas resistente que la arquitectura, sino tambien mas sencillo y mas fácil. La arquitectura queda destronada; á las letras de piedra de Orfeo van á suceder las letras de plomo de Guttemberg.

El libro vá á matar al edificio.

La invencion de la imprenta es el mayor lucero de la historia; es la revolucion madre; es el símbolo de la espresion de la humanidad que se renueva totalmente; es el pensamiento humano que se despo-

ja de una forma y adopta otra; es el cambio de piel completo y definitivo de aquella serpiente simbólica que, desde Adán, representa la inteligencia.

Bajo la forma impresa, el pensamiento es mas eterno que nunca, porque es volátil, impalpable, indestructible; porque se mezcla al aire. En tiempo de la arquitectura, se hacia montaña y se apoderaba poderosamente de un siglo ó de un pais: ahora se hace bandada de pájaros, se esparce por los vientos, y ocupa á la par todos los puntos del aire y del espacio.

Lo repetimos, ¿quién no ve que de este modo el pensamiento es mucho mas indeleble? De sólido que era se ha convertido en vívido, ha pasado de la duracion á la inmortalidad. Se puede demoler una mole; ¿pero como estirpar la idea? Venga un diluvio, y si la montaña desaparece debajo de las aguas, los pájaros volarán por los aires; y si un solo fragmento flota en la superficie del cateclismo, se posarán en ella, nadarán con ella, asistirán con ella á la baja de las aguas, y el nuevo mundo que salga de este caos verá al renacer mecerse encima de él, alado y vivo, el pensamiento del mundo sumerjido.

Y cuando se observa que este sistema de expresion es no solo el mas duradero, sino tambien el mas sencillo, el mas cómodo, el mas practicable para todos, cuando se piensa que no trae colosal bagaje ni ocupa grande espacio, cuando se compara el pensamiento precisado para traducirse en un

edificio á poner en movimiento cuatro ó cinco artes y montones de oro, toda una montaña de piedras, todo un bosque de madera, todo un pueblo de trabajadores, al pensamiento que se hace libro, y á quien le basta un poco de papel, un poco de tinta y una pluma, ¿quién se ha de admirar de que la inteligencia humana haya abandonado la arquitectura por la imprenta? Cortemos de repente el cauce primitivo de un rio ó de un canal abierto debajo de su nivel, y el rio desertará su cauce.

Obsérvese en efecto como desde el descubrimiento de la imprenta la arquitectura se deseca poco á poco, se achica, se dejenera: como se siente que el agua merma, que el jermen desaparece, que el pensamiento de los tiempos y de los pueblos se retira de ella! La dejeneracion es casi insensible en el siglo XV; la prensa es demasiado débil todavía, y chupa á lo mas de la poderosa arquitectura una superabundancia de vida. Pero desde el siglo XVI la enfermedad de la arquitectura es visible; no expresa ya esencialmente la sociedad, antes se vé miserablemente reducida á hacerse arte clásico; de gala, de europea, de indijena se convierte en griega y romana; de verdadera y moderna, en pseudo-antigua. Y esta decadencia es lo que se llama el renacimiento; decadencia magnífica, sin embargo, porque el antiguo jenio gótico, aquel sol que se pone detras de la gigantesca prensa de Maguncia, penetra aun por algun tiempo con sus últimos ra-

yos, todo aquel hacinamiento híbrido de arcos latinos y de columnatas corintias.

Este sol en su ocaso es el que tomamos nosotros por una aurora.

Desde el momento en que la arquitectura no es mas que un arte como otro cualquiera, desde que deja de ser el arte total, el arte soberano, el arte tirano, pierde la fuerza con que sujetaba á las otras artes: emancípanse, pues, estas; rompen el yugo del arquitecto, y se van cada una por su lado, y todas ganan en este divorcio. El aislamiento lo engrandece todo; la escultura se hace estatuaría, la iluminación se hace pintura, el cánón se hace música, como un imperio que se divide á la muerte de su Alejandro, y cuyas provincias se hacen reinos.

De aquí Rafael, Miguel Anjel, Juan Goujon, Palestrina, sublimes resplandores del gran siglo XVI.

Y al mismo tiempo que las artes, por todas partes se emancipa el pensamiento. Los heresiarcas de la edad media habian hecho ya anchas mellas al catolicismo; el siglo XVI rompe la unidad religiosa. Antes de la imprenta, la reforma no hubiera sido mas que un cisma, la imprenta la hace revolucion: sin la imprenta, la herejía queda enervada; funesto ó providencial, Guttemberg es el precursor de Lutero.

Y cuando se eclipsa del todo el sol de la edad media, á medida que el jénio gótico se va estinguendo para siempre en el horizonte del arte, la arquitectura va marchitándose, perdiendo su color, consumiéndose poco á poco. El libro impreso, este

gusano roedor del edificio, la chupa y la devora: la arquitectura se despoja, se desflora, se enerva continuamente; es mezquina, pobre, nula; ya no expresa nada, ni tan siquiera el recuerdo del arte de otros tiempos. Reducida á sí misma, abandonada por las otras artes, porque el pensamiento humano la abandona, recurre á jornaleros á falta de artistas: el vidrio blanco succede al vidrio pintado; el picapedrero al escultor, y así desaparece el jermen, la orijinalidad, la vida, la intelijencia. Miserable mendiga del arte, se arrastra de copia en copia; Miguel Angel, que desde el siglo XVI la veía sin duda morir, tuvo una idea postrimera, una idea de desesperacion; aquel Titan del arte hacinó el Panteon sobre el Partenon, é hizo San Pedro de Roma; obra inmensa que merecia ser única, última orijinalidad de la arquitectura, firma de un artista gigante al pie del colosal registro de piedra que se cerraba. Muerto Miguel Angel, ¿qué hace esa miserable arquitectura que se sobrevive á sí misma en el estado de espectro y de sombra? Coje el San Pedro de Roma, y le cala, y hace su parodia; verdadera manía que causa risa y compasion. Cada siglo tiene su San Pedro de Roma; en el siglo XVII el Val de Grace, en el siglo XVIII Santa Genoveva. Cada pais tiene su San Pedro de Roma: Londres tiene el suyo, San Petersburgo tiene el suyo, París tiene dos ó tres. Testamento insignificante, última chochez de un gran arte decrépito, que se vuelve niño antes de morir.

Si en vez de los monumentos característicos, como los que acabamos de mencionar, examinamos el aspecto general del arte del siglo XVI al XVIII, observaremos los mismos fenómenos de achicamiento y tisis. Desde Francisco II se va desnaturalizando mas y mas la forma arquitectónica del edificio, y dejando entrever la forma geométrica, como la caja huesosa de un enfermo enflaquecido. A las bellas líneas del arte, suceden las frias é inexorables líneas del geómetra: un edificio no es ya un edificio, sino un poliedro. La arquitectura, sin embargo, se empeña inútilmente en ocultar esta desnudez; el frontis griego se inscribe en el romano y recíprocamente; todo se reduce á lo mismo, al Panteon en el Partenon, á san Pedro de Roma. Luego las casas de ladrillos de Enrique IV con esquinas de piedra; la plaza real, la plaza del Delfin: luego las iglesias de Luis XIII, pesadas, rechonchas, rebajadas, gordas, cargadas de un cimborrio como de una joroba: luego la arquitectura Mazarina (1), el ridículo pastucho italiano de las cuatro-naciones (2); luego los palacios de Luis XIV, los cuarteles para cortesanos, serios, glaciales, fastidiosos; y en fin, los edificios de Luis XV, con las escarolas y los fideos,

(1) Del nombre del célebre cardenal Julio Mazarino, ministro de estado de Luis XIII: nació en Piscina en 1602 y murió en 1661. (N. del Trad.)

(2) Donde se halla actualmente el instituto ó academia francesa. (Id.)

y todas las verrugas y lacras que desfiguran aquella vieja arquitectura, caduca, sin dientes, ridícula, coqueta y presumida. Desde Francisco II hasta Luis XV ha crecido el mal en progresion geométrica; el arte no es ya mas que el pellejo sobre los huesos; el arte agoniza miserablemente.

Qué es entre tanto de la imprenta? toda esa vida que abandona á la arquitectura se acumula en ella; á medida que la arquitectura baja, la imprenta se hincha y crece. Aquel capital de fuerzas que gastaba el pensamiento humano en edificios, lo gasta ahora en libros, y ya desde el siglo XVI la imprenta, puesta al nivel de la arquitectura que va degenerando, lucha con ella y la mata; en el siglo XVII, ya es bastante soberana, bastante triunfante, ya está bastante segura de su victoria, para dar al mundo el espectáculo de un gran siglo literario. En el siglo XVIII, habiendo descansado largo tiempo en la corte de Luis XIV, empuña la antigua espada de Lutero, arma con ella á Voltaire, y corre intrépida á atacar á la Europa, cuya espresion arquitectónica ha destruido ya. Al acabarse el siglo XVIII ya lo ha destruido todo; el XIX lo empleará en reedificar.

Preguntaremos nosotros ahora, ¿cuál de las dos artes representa realmente de tres siglos á esta parte el pensamiento humano? Cuál le traduce? ¿cuál espresa no solo sus manías literarias y escolásticas sino su vasto, profundo y universal movimiento? Cuál se coloca constantemente, sin interrupcion ni

descanso sobre el género humano que progresa, mónstruo de mil pies? La arquitectura ó la imprenta?

La imprenta. No nos alucinemos; la arquitectura murió, murió para siempre, asesinada por el libro impreso, asesinada porque dura menos, asesinada porque cuesta mas. Toda catedral es un millar; imagínese ahora que depósito de fondos se necesitaria para escribir de nuevo el libro arquitectural; para hacer brotar en el suelo millares de edificios; para volver á aquellas épocas en que era tal la muchedumbre de los monumentos, que, segun dice un testigo ocular, «parecia que el mundo, re-moviéndose habia sacudido sus antiguas vestimentas para cubrirse con un blanco ropaje de iglesias.» *Erat enim ut si mundus, ipse excutiendo semet rejecta vetustate, candidam ecclesiarum vestem indueret.* (Glaber Radulphus).

¡Un libro se hace tan pronto, cuesta tan poco, y puede andar tanto! ¿qué mucho que todo el pensamiento humano se exhale por esta puerta? No es esto decir que dejará de tener la arquitectura de vez en cuando algun buen monumento, alguna gran creacion aislada; es muy posible que tengamos de cuando en cuando bajo el reinado de la imprenta, alguna columna hecha, verbi gracia, por todo un ejército, con cañones amalgamados (1), como hubo

(1) Alude el autor á la magnífica columna *Vendome*, erijida por Napoleon, y hecha toda de cañones arrebatados al enemigo.

(Nota del traductor.)

bajo el reinado de la arquitectura, iliadas y romances, Mahabahratas y Nibelungens, hechos por todo un pueblo con rapsodias amontonadas y fundidas. Podrá acaecer en el siglo XX el fenómeno de un arquitecto de genio, como vino el Dante en el siglo XIII; pero la arquitectura no será jamás el arte social, el arte colectivo, el arte dominante. El gran poema, el gran edificio, la grande obra de la humanidad, no se edificará, se imprimirá.

Y si la arquitectura levantase accidentalmente la cabeza, no será ya soberana, tendrá que recibir leyes de la literatura que las recibía de ella en otro tiempo. Las posiciones respectivas de ambas artes se han trastocado. Es seguro que en la época arquitectónica, los poemas, raros en verdad, se parecen á los monumentos. En la India, Vyasa es pomposo, singular, impenetrable como una pagoda: en el oriente egipcio, la poesía tiene como los edificios, la grandeza y la majestad de las líneas; en la Grecia antigua, la belleza, la serenidad, la calma; en la Europa cristiana, la majestad católica, la fé popular, rica y lujosa vejetacion de una época de renovacion. La Biblia se parece á las Pirámides, la Iliada al Partenon, Homero á Fidias. Dante, en el siglo XIII, es la última iglesia bizantina; Shakespeare en el XVI, la última catedral gótica.

En fin, para reasumir lo que hemos dicho hasta aquí de un modo necesariamente incompleto y truncado, el género humano ha tenido dos libros, dos registros, dos testamentos, la arquitectura y la

imprensa, la Biblia de piedra y la Biblia de papel. Cierta que cuando se contempla estas dos Biblias, tan abiertas de par en par en los siglos, permitido es echar de menos con dolor la majestad visible de la escritura de granito, aquellos gigantescos alfabetos formulados en columnatas, en pirámides, en obeliscos; aquellas especies de montañas humanas que cubren el mundo y lo pasado desde la pirámide hasta el campanario de Cheops en Strasburgo. En aquellas páginas de mármol debe leerse lo pasado; es preciso admirar y hojear de continuo el libro escrito por la arquitectura; pero no se debe negar la grandeza del edificio erijido por la imprenta.

Este edificio es colosal. No sé qué especulador estadístico ha calculado que poniendo unos sobre otros todos los volúmenes que ha producido la prensa de Guttemberg, se llenaría el espacio que media entre la luna y la tierra; pero no es esta la especie de grandeza de que hablamos. Mas cuando queremos formarnos en nuestra mente una imájen total del conjunto de los productos de la imprenta hasta nuestros días, ¿no nos parece este conjunto semejante á una inmensa construcción, apoyada sobre el mundo entero, en la cual trabaja incesantemente la humanidad, y cuya monstruosa cabeza se pierde en las profundas brumas del porvenir? La imprenta es el hormiguero de las inteligencias; es la colmena adonde todas las imaginaciones, doradas abejas, llegan con su miel. El edificio tiene mil pisos. Por una parte y otra se ven desembocar en sus cos-

tados las tenebrosas cavernas de la ciencia que se cruzan en sus entrañas; dó quiera en su superficie, ofrece el arte bellísimos á la vista, sus arabescos, sus rosetones, sus encajes: allí cada obra individual, por mas caprichosa, por mas aislada que parezca, tiene su sitio y su evidencia. Del conjunto resulta la armonía. Desde la catedral de Shakespeare hasta la mezquita de Byron, mil torreones se apiñan en tropel sobre aquella metrópoli de la inteligencia universal. En su base han escrito los hombres algunos antiguos títulos de la humanidad que no habia apuntado la arquitectura; á la izquierda de la entrada, han sellado el antiguo bajo-relieve de mármol blanco de Homero; á la derecha, alza sus siete cabezas la Biblia poliglota: la hidra del romancero se heriza, mas allá con algunas otras formas híbridas, los Vedas y los Nibelungens. Pero el prodijioso edificio permanece siempre incompleto; la prensa, máquina gigante que aspira sin cesar todo el jugo intelectual de la sociedad, vomita continuamente nuevos materiales para su obra. Todo el género humano coopera á la obra; cada talento es albañil, el mas humilde tapa un agujero ó pone una piedra. Retif de la Bretonne lleva su canasta de argamazon; cada dia se levanta una nueva hilada de ladrillos. Independientemente del escote orijinal é individual de cada escritor hay continjentes colectivos; el siglo XVIII dá la Enciclopedia, la revolucion dá el Monitor. Seguramente que esta es tambien una construccion que crece y se amontona en

espirales infinitas; en ella tambien hay confusion de lenguas, actividad incesante, infatigable trabajo, concurrencia tenaz de la humanidad entera, refugio prometido á la inteligencia contra un nuevo diluvio, contra una sumersion de bárbaros. Es la segunda torre de Babel del linaje humano.

www.libtool.com.cn

Libro Sesto.

TOMO II.

4

www.libtool.com.cn

1.

OJEADA IMPARCIAL**SOBRE LA ANTIGUA LEGISLACION.**

Era un bienaventurado personaje, en el año de gracia 1482, el noble Roberto de Estouteville, caballero, señor de Beyne, baron de Ivry y San-Andry en la Marca, consejero y gentilhombre del rey, y guardia del prebostazgo de París. Cerca hacia ya de diez y siete años que recibió del rey, en 7 de noviembre de 1465, el año del cometa (1), el excelente destino de preboste de París, que mas bien era reputado señoría que destino, *dignitas*, dice Joannes Lœmnæus, *quæ cum non exigua potestate politiam concernante, atque præerogativis multis et juribus conjuncta est*. Era cosa maravillosa en 82

(1) Este cometa, contra el cual decretó públicas rogativas el papa Calisto, tío de Borja, es el mismo que apareció en 1835.
(N. del Autor.)

que tuviese empleo del rey un gentilhombre, cuyos títulos de nobleza ascendían á la época del matrimonio de la hija natural de Luis XI con el señor bastardo de Borbon. El mismo día en que Roberto de Estouteville reemplazó á Santiago de Villiers en el prebostazgo de París, maese Juan Dauvet reemplazaba al señor Elias de Thorettes, en la primera presidencia de la sala del parlamento, Juan Juvenal des Ursins sucedía á Pedro de Morvillier en el empleo de canciller de Francia, Regnault des Dormans quitaba á Pedro Puy su empleo de relator ordinario del consejo de la casa real. ¡Sobre cuántas cabezas habian pasado la presidencia, la cancellería, el maestrazgo, desde que era Roberto de Estouteville preboste de París! Habíale sido el prebostazgo *encomendado á su guarda* decían las credenciales, y cierto que le guardaba bien. Habíase asido á él, en él se habia incorporado, identificado y tanto, que logró sustraerse á aquella furia de destituciones que poseía á Luis XI, rey desconfiado, quisquilloso y activo que gustaba probar con frecuentes instituciones, y revocaciones la elasticidad de su poder. Y no era esto todo; el digno caballero habia obtenido para su hijo la futura de su empleo, y dos años hacia ya que el nombre de Santiago de Estouteville, caballero, figuraba junto al suyo al frente del registro del ordinario del prebostazgo de París. Raro é insigne favor, seguramente! Verdad es que Roberto de Estouteville era un buen soldado, que habia como leal caballero levantado el pendon contra *la li-*

ga del bien público, y que habia ofrecido á la reina un maravilloso ciervo de confites el dia de su entrada en París en 14 Era ademas grande amigo del señor Tristan l' Hermite, preboste de los mariscales de la casa real. La existencia, pues, del señor Roberto era en efecto bastante apetecible; en primer lugar, tenia muy buenos emolumentos á los cuales se agregaban, y de los cuales pendian como los racimos de una parra, las rentas de las escribanías civil y criminal del prebostazgo, amen de las rentas civiles y criminales de las audiencias de Embas del Chatelet, sin contar algunos piquillos procedentes del portazgo del puente de Mante y de Corbeil y varios otros pequeños beneficios. Añádase á esto el placer de ostentar en las cabalgadas de la ciudad y hacer resaltar entre los trajes, la mitad colorados y la mitad curtidos de los rejidores y alcaldes de barrio, su brillante armadura de guerra que aun podemos admirar esculpida sobre su sepulcro en la abadía de Valmont en Normandía, y su morrion todo abollado en Montlhery. Y luego, ¿no debe contarse por algo el tener plena supremacia sobre los alabarderos de la docena, el conserje y alcaide del Chatelet, sobre los dos oidores del Chatelet, *auditores Castelleti*, los dieziseis comisarios de los dieziseis barrios, el carcelero del Chatelet, los cuatro maceros enfeudados, los ciento veinte maceros á caballo, los ciento veinte maceros de vara, el caballero de la ronda con su ronda, su

sub-ronda, su contra-ronda y su retro-ronda? ¿Era cosa de poco momento, alta y baja justicia, derecho de dar tormento, ahorcar y decapitar, sin contar la jurisdiccion menuda en primera instancia (*in prima instantia*, como dicen los diplomas) sobre el vizcondado de París, tan gloriosamente dotado de siete nobles alcaldías? ¿Qué cosa mas suave que pronunciar juicios y sentencias, como lo hacia cuotidianamente el señor Roberto de Estouteville, en el Gran Chatelet, bajo las anchas y macizas ojivas de Felipe-Augusto, é ir, como tenia costumbre de hacerlo todas las noches, á aquella preciosa casa, en la calle de Galilea, en el recinto del palacio real, que habia recibido en el dote de su mujer la señora Ambrosia de Loré, á descansar de la fatiga de haber enviado á algun pobre diablo á pasar la noche "á aquel pequeño tugurio de la calle de la Es-corcherie, en que solian hacer sus prisiones los prebostes y rejidores de París, y que contenia once pies de largo, y once pies de alto (1)?"

Y no solo tenia el señor Roberto de Estouteville su justicia privada de preboste y vizconde de París, mas tambien una parte y no pequeña en la gran justicia del rey. No habia cabeza algo encofetada que no le hubiese pasado por las manos antes de caer en las del verdugo: él habia ido á sacar de la Bastilla de San Antonio, para llevarle al cadalso de los Mercados, á Mr. de Nemours, para

(1) Cuentas del dominio - 1583. (Nota del Autor).

llevarle á la Greve, á Mr. Saint Pol que se enojaba y resistía con gran satisfaccion del señor preboste que no era amigo del señor condestable.

Bastante es lo dicho para constituir una existencia ilustre y feliz, y para merecer algun dia una página notable en aquella interesante historia de los prebostes de París, donde se lee que Oudard de Villeneuve tenia una casa en la calle de Bouche-ries, que Guillermo de Hangest compró la grande y pequeña Saboya, que Guillermo Thiboust dió á las religiosas de Santa Genoveva sus casas de la calle Clopin, que Hugo Aubriot vivia en el palacio del Puerco-Espin, y otros sucesos domésticos.

Pero á pesar de tantos y tan graves motivos para llevar la vida con paciencia y aun con alegría, el señor Roberto de Estouteville se despertó en la mañana del 7 de enero de 1482, sumamente mohino y de detestable humor. ¿De donde provenia aquel mal humor? él mismo lo ignoraba. ¿Por qué estaba el cielo anublado? ¿Por qué la hebilla de su cinturón de Montlhery estaba muy apretada, y ceñía demasiado militarmente su corpachón de preboste? ¿Por qué habia visto pasar por la calle debajo de su ventana una pandilla de pillos haciéndole burla, formados de cuatro en cuatro, sin camisa, con el sombrero sin copa, con la alforja en los hombros y la botella en la mano? ¿Era un vago presentimiento de que el futuro rey Carlos VIII debia sustraer de las rentas del prebostazgo trescientas setenta libras, diez y seis sueldos y ocho dineros? El lector puede elegir entre

todas estas esplicaciones; nosotros por nuestra parte nos inclinamos á creer lisa y llanamente que estaba de mal humor, porque estaba de mal humor.

Ademas, era el dia siguiente de una fiesta, dia de fastidio para todos, y con especialidad para el majistrado encargado de limpiar las inmundicias, en sentido propio y en sentido figurado, que acarrea una fiesta en París: ademas, debia celebrar sesion en el Gran Chatelet. Ya hemos hecho observar que los jueces se arreglan por lo general de modo que su dia de audiencia sea tambien su dia de mal humor, á fin de tener siempre alguno sobre quien desfogar su ira cómodamente en nombre del rey, de la ley y de la justicia.

La audiencia entre tanto habia empezado sin él: sus tenientes, en lo civil, en lo criminal y en lo particular, suplian su ausencia como es uso y costumbre; y ya desde las ocho de la mañana algunos grupos de hombres y de mujeres, apiñados y apretujados en un oscuro rincon del tribunal de Embas del Chatelet, entre una maciza barrera de encina y la pared, asistian jubilosos al variado y entretenido espectáculo de la justicia civil y criminal, hecha por maese Florian Barbedienne, oidor en el Chatelet, teniente del señor preboste, algo confusamente y de todo punto á la casualidad.

La sala era pequeña, baja y embovedada. Habia en el fondo una mesa flordelisada junto á un gran sillón de madera de encina esculpida que correspondia al preboste y estaba vacía á la sazón, y un

banquillo á la izquierda para el oidor, maese Florian. Allí inmediato estaba el escribano, escribiendo: enfrente estaba el pueblo; y delante de la mesa y delante de la puerta numerosos alabarderos del prebostazgo, con sobrevestas de camelote morado y cruces blancas en el pecho. Dos maceros del Parloir aux Bourgeois, vestidos con sus chaquetillas de todos los santos, la mitad coloradas y la mitad azules, hacían centinela delante de una puerta baja cerrada que se veía en el fondo detras de la mesa. Una sola ventana ojiva, estrechamente embutida en la ancha pared, iluminaba con una pálida luz de enero dos figuras grotescas; el caprichoso demonio de piedra esculpido en la clave de la bóveda, y el juez sentado en el fondo de la sala sobre flores de lis.

En efecto, figúrese el lector en la mesa prebostal, acurrucado sobre sus codos, los pies en la cola de su toga de paño pardo, el rostro entre su forro de piel de cordero blanco á la que parecían pertenecer tambien sus cejas, colorado, arisco, guiñando el ojo, sosteniendo con majestad la grasa de sus carrillos que se reunían debajo de su barba, á maese Florian Barbedienne, oidor en el Chatelet.

Es de advertir que el oidor era sordo, insignificante defecto en un oidor; mas no por eso dejaba maese Florian de juzgar sin apelacion y muy congruentemente. Es seguro que basta el que parezca que un juez oye; y tanto mejor desempeñaba el venerable oidor esta condicion, la única esencial en

buená justicia, cuanto ningún ruido podía distraer su atención.

Tenia el buen Florian en el auditorio un implacable remedador de todas sus acciones y jestos en la persona de nuestro amigo Juan Frollo del Molino, aquel estudiantillo de que hablamos ayer, aquel vagamundo con quien estaba uno seguro de encontrarse por dó quiera, escepto delante de la cátedra de los profesores.

—Calla! dijo en voz baja á su compañero Robin Poussepain que reía junto á él, mientras comentaba Juan las escenas que se ofrecían á su vista; aquí viene Juanita del Buisson, la buena moza del Cagnard-au-Marché-Neuf!—Por mi vida que la condena el pícaro viejo! tan ciego debe ser como sordo. ¿Quince sueldos y cuatro dineros parisies por haber echado dos padre nuestros! Es muy caro: *lex duri carminis*!—Quién es ese? Robin Cief-de-Ville, posadero!—Por haber sido examinado y recibido maestro en el susodicho oficio? Paga el derecho de entrada.—Ola! dos caballeros entre una cáfila de villanos! Aiglet de Soins, Hutin de Mailly; dos caballeros, *Corpus Cristi*! Ah! han jugado á los dados! Cuando vendrá por aquí nuestro rector? Cien libras parisies de multa! El Barbedienne pega como un sordo (1) — qué es! —Consiento en ser mi herma-

(1) La frase francesa *trapper comme un sourd* pegar como un sordo, corresponde á nuestro *dar palo de ciego*: por eso el equívoco pierde toda su gracia en la traducción. (N. del trad.)

no el arcediáno si eso me impide jugar, jugar de día, jugar de noche, vivir en el juego, y jugar el alma después de la camisa!—Virjen santa! qué de muchachas unas detras de otras, mis ovejas! Ambrosia Lecuyer! Isabel la Paynette! Berarda Gironin!— A todas las conozco, voto á tal! Multa! multa! Bien! Eso os enseñará á usar cinturones dorados! (1) diez sueldos parisies! coquetas! —Oh pícaro viejo, sordo y pollino! Oh! Florian el bárbaro! Oh! Bardienne el rozin! ahí está en su mesa! come con las causas, come con los procesos, come, masca, se atraganta, se infla! Multas, socaliñas, propios y arbitrios, costas, sisas, perjuicios é intereses, infiernos, carcel y calabozos y cepos, son para él puches de noche buena y bizcochos de san Juan! Miralé! qué marrano! Ea, bravo! aqui viene otra enamorada! Thibaude la Thibaude, ni mas ni menos!—Por haber salido de la calle de Glatigny! —Quién es ese hermano? Gieffroy Mabonne, soldado balletero, por haber blasfemado del nombre de Dios Padre! —Multa á la Thibaudel! multa á Gieffroy! multa á los dos! Viejo sordo! apuesto á que ha embrollado las causas! diez contra uno á que hace pagar el juramento á la muchacha y el amor al soldado!—Atención; Robin Poussepain! A quién van á introducir? Cuántos alabanderos por vida de Júpiter! aquí estan todos los lebreles de la jauria!—buena pieza debe ser la caza.

(1) Estos cinturones eran el signo distintivo de las mujeres públicas.

(Nota del traductor).

Un jabalí, -lo es, Robin, -lo es, y magnífico! -Jesus! es nuestro príncipe de ayer, nuestro papa de los locos, nuestro campanero, nuestro tuerto, nuestro jorobado, nuestro mohín! Quasimodo.

Ni mas ni menos.

Entró Quasimodo cinchado, aferrado, encadenado y á buen recaudo. La cuadrilla de alabarderos que le rodeaba iba asistida del caballero de la ronda en persona, con las arinas de Francia bordadas sobre el pecho y las armas de la ciudad en la espalda. Nada habia sin embargo en Quasimodo, salvo su deformidad, que pudiera justificar aquel aparato de alabarderos y de arcabuces; estaba sombrío, silencioso y sereno: apenas echaba de cuando en cuando sobre sus cadenas una mirada cazarra y colérica.

Echó otra mirada como esta en torno de sí pero tan apagada y adormecida que las mujeres no le apuntaban con el dedo mas que para reirse de él.

En tanto maese Florian el oidor ojeó con atencion el índice de la demanda entablada contra Quasimodo, que le presentó el escribano, y echada esta primera ojeada, quedó por un momento en profunda meditacion. Gracias á esta precaucion que siempre cuidaba de no olvidar en el momento de proceder á un interrogatorio, sabia de antemano los nombres, cualidades, delitos del acusado, daba respuestas previstas á preguntas previstas, y lograba salir airoso de todas las sinuosidades del interrogatorio, sin hacer demasiado patente su sor-

dera. El índice del proceso era para él el perro del ciego. Si sucedía por casualidad que se descubriese su achaque de vez en cuando por algun apóstrofe incoherente ó alguna pregunta ininteligible, pasaba aquello por profundidad entre algunos y por imbecilidad entre otros. En ambos casos el honor de la magistratura quedaba ileso, porque al fin y al cabo mas vale que un juez pase por imbecil ó por profundo que por sordo. Tenia pues singular empeño en disimular su sordera á los ojos de todos, y generalmente lo lograba con tal perfeccion que llegó á hacerse ilusion á sí mismo; cosa mucho mas fácil de lo que se cree generalmente. Todos los jorobados van con la cabeza erguida, todos los tartamudos peroran, todos los sordos hablan bajo. En cuanto á él, creíase á lo mas el oido algo rebelde; esta es la única concesion que hacia sobre este punto á la opinion pública en sus momentos de franqueza y de examen de conciencia.

Runiada pues muy bien la causa de Quasimodo, echó la cabeza atras, y casi cerró los ojos para mayor majestad é imparcialidad, tanto que era juntamente en aquel instante sordo y ciego; doble condicion sin la cual no hay juez perfecto. En esta actitud majistral empezó el interrogatorio.

—Vuestro nombre?

He aquí un caso que no habia sido "previsto por la ley," el caso en que un sordo tuviese que interrogar á otro sordo.

Quasimodo á quien nadie advertia la pregunta

que le estaba dirigida, continuó mirando al juez de hito en hito, y no respondió palabra. El juez, sordo, á quien nadie advertía tampoco de la sordera del acusado, creyó que había respondido como lo hacían en general todos los acusados, y prosiguió con su mecánica y estúpida modorra.

—Bien está: Vuestra edad?

Tampoco respondió Quasimodo á esta pregunta: creyóla el juez satisfecha y continuó:

—Ahora, vuestro estado?

Continúa el mismo silencio: el auditorio entre tanto empezaba á cuchuchear y todos á mirarse unos á otros.

—Basta, repuso el imperturbable oidor cuando supuso que había consumado el acusado su tercera respuesta. Estais acusado en este tribunal: *primo*, de alboroto nocturno; *segundo*, de atentado deshonesto contra la persona de una mujer loca, *in præ-judicium meretricis*; *tertio*, de rebelion é insolencia contra los arqueros del rey nuestro señor. Esplícaos sobre todos estos puntos.—Escribano ¿habéis escrito todo lo que ha dicho hasta ahora el acusado?

Al oír esta malandante pregunta, alzóse un estruendo de carcajadas en toda la sala, tan violentas, tan locas, tan contajiosas, tan universales que no pudieron menos de advertirlo entrambos sordos. Volvióse Quasimodo alzando desdeñosamente su joroba, mientras que maese Florian, asombrado como él, y suponiendo que había provocado la risa de los espectadores alguna réplica irreverente del acusado,

lo que hacia visible para él aquel encojimiento de hombros, le dirigió estas palabras con indignacion.

—Respuesta es esa, señor bellaco, que merecia la horca! sabeis á quien hablais? www.wenxue.cn

No era muy propia esta salida para contener la esplosion del júbilo general, antes bien les pareció á todos tan heteroclita y cornuda que la gana de reir se apoderó hasta de los mazersos del Parloir-aux-Bourgeois, especie de lacayos armados en quienes la estupidez era de ordenanza. Solo Quasimodo conservó su serenidad, por la simple razon de que no oia una palabra de lo que estaba pasando; pero el juez, cada vez mas irritado, creyó deber continuar sobre el mismo tono esperando de este modo inspirar al acusado un saludable terror cuya reaccion infundiese el debido respeto al auditorio.

—Con que es decir, perverso ladrón villano, que os permitis insultar al oidor del Chatelet, al majistrado responsable de la policia popular de París, encargado de entender en los crímenes, delitos y demasías; de vijilar todos los oficios y prohibir el monopolio; de cuidar del empedrado; de perseguir á los revendedores de aves y todo linaje de volátiles; de hacer pesar todas las medidas de leña; de purgar la ciudad de los malos y el aire de las enfermedades contagiosas; de velar continuamente por la salud del público, en una palabra, sin emolumentos ni esperanzas de emolumentos! Sabeis que yo me llamo Florian Barbodienne, teniente del señor preboste y ademas comisario, inspector y examinador con igual

poder en prebostazgo alcaidía, conservacion y jurisdiccion de reales Senecalias.

No hay razon para que se detenga un sordo que habla á otro sordo. Dios sabe donde y quando hubiera echado el ancla maese Florian, lanzando así á toda vela en la alta elocuencia, si la puertecilla baja del fondo no se hubiera abierto de pronto y dado paso al señor preboste en persona.—No se cortó al verle entrar maese Florian, antes bien dando media vuelta sobre sus talones y flechando impávido sobre el preboste la arenga que lanzaba á Quasimodo el momento antes: —Monseñor, dijo, reclamo cualquier pena que tengais á bien imponer al acusado aquí presente por grave y mirífico desacato contra la justicia.

Y volvió á sentarse jadeando y enjugando anchas gotas de sudor que caian de su frente, y empapaban como lágrimas los pergaminos estendidos delante de él. Frunció las cejas el caballero Roberto de Estouteville, é hizo á Quasimodo una indicacion con el jesto tan imperiosa y significativa que el sordo empezó á comprender el asunto de que se trataba.

El preboste le dirigió la palabra con severidad:—Que has hecho, bellaco, para estar aquí!

El pobre diablo, suponiendo que el preboste le preguntaba su nombre, rompió el silencio que guardaba habitualmente, y respondió con voz ronca y gutural: —Quasimodo.

Tan poco coincidía la respuesta con la pregunta, que de nuevo empezaron á circular las carcajadas y

que el caballero Roberto exclamó montado en cólera: —Te burlas también de mí, pícaro redomado?

—Campanero de Nuestra Señora, respondió Quasimodo, creyendo que se trataba de explicar al juez quien era. www.libtool.com.cn

—Campanero! repitió el preboste que se había despertado aquella mañana de bastante mal humor, como ya hemos dicho, para que no necesitase su furor ser atizado por respuestas tan incongruentes. Campanero! yo te haré descargar sobre las costillas un repiqueteo de latigazos por las calles de París, ¿lo oyes, canalla?

—Si quereis saber mi edad, dijo Quasimodo, creo que cumpliré veinte años por San Martín.

Realmente era ya demasiada insolencia; el preboste no lo pudo sufrir.

—Ah! la echas de guapo con el prebostazgo, miserable! Señores maceros de vara, me llevaréis á este pilla á la picota de la Greve, y me lo azotaréis de firme, y le daréis vuelta en la rueda por una hora. Me la ha de pagar, vive Dios! y quiero que se haga pregon de la presente sentencia, con asistencia de cuatro trompetas jurados, en las siete castellanías del vizcondado de París.

Púsose incontinentemente el escribano á redactar la sentencia.

—Ventre de Dios! eso se llama juzgar bien! exclamó desde su rincón el estudiante Juan Frollo del Molino.

Volvió la cara el preboste, y fijó de nuevo en

Quasimodo su mirada fulminante. — Me parece que el bellaco ha dicho *vientre de Dios*! Escribano, añadió, doce dineros parisies de multa por juramento, y que se destine la mitad á la fábrica de San Eustaquio: tengo devocion especial á San Eustaquio.

Al cabo de pocos momentos, quedó sustanciada la sentencia, cuyo tenor era breve y sencillo. — La jurisdiccion del prebostazgo y vizcondado de París no habia sido aun trabajada por el presidente Thibaut Baillet ó por Roger Barmne, el abogado del rey, ni estaba obstruida todavía por aquella alta valla de litijios y pleiteamientos que plantaron en ella los dos espresados jurisconsultos á principios del siglo dieziseis. Todo en ella era claro, esplicito, espeditivo, y siempre se veia al fin de cada sendero, sin matorrales ni rodeos, la rueda, el patíbulo ó la picota. Sabíase á lo menos adonde se iba.

Presentó el escribano la sentencia al preboste, quien puso en ella su sello, y salió para continuar su ronda por los tribunales con una disposicion de ánimo, tal, que hubo de poblar aquel dia todas las cárceles de París. Juan Frolo y Robin Poussepain reian por lo bajo: Quasimodo lo miraba todo con aire indiferente y atónito.

En tanto, el escribano, mientras leía maese Florian Barbedienne la sentencia para firmarla, sintióse movido á compasion hácia el pobre diablo sentenciado, y esperando obtener alguna disminucion en la pena, se acercó lo mas que pudo al

oído del juez, y le dijo indicando con el dedo á Quasimodo: — Ese hombre es sordo.

Esperaba el escribano que esta semejanza de achaque despertaria el interés de maese Florian en favor del pobre reo; pero en primer lugar, ya hemos observado que maese Florian no se tenia por sordo, ni queria que nadie le tuviese por tal; y ademas es el caso que lo era en tan alto grado que no oyó una palabra de lo que le dijo el escribano; mas como quiso aparentar que lo habia oído, respondió: — Ah! ah! eso es diferente; yo no lo sabia. — Una hora mas de picota en ese caso.

Y firmó la sentencia con esta pequeña modificacion.

— Bien hecho, dijo Robin Poussepain, que guardaba tirria á Quasimodo; eso le enseñará á ser mas atento con las jentes.

EL TROU-AUX-RATS (1).



Permítanos ahora el lector transportarle á la plaza de Greve que dejamos ayer con Gringoire para seguir á la Esmeralda.

Son las diez de la mañana; todo anuncia la festividad de la víspera. El suelo está cubierto de despojos; cintas, trapos, plumas de penachos, gotas de cera de los hachones, migajas de la pública francachela. Gran número de transeuntes *vagan* (2) como decimos nosotros, removiendo con el pie los tizones apagados de la hoguera, estasiándose delante de la casa de los Pilares con el recuerdo de las hermosas colgaduras del día antes, y mirando á la

(1) Significa el *agujero de las ratas*; mas adelante verá el lector la razón que hemos tenido para no traducir esta frase. Debe pronunciarse el Trú-o-rá. (N. del Trad.)

(2) Esta palabra corresponde, aunque no con toda exactitud, al verbo francés *flaner*, cuyo verdadero significado es *perder el tiempo callejeando*. (Id.)

sazon los clavos, último placer. Los vendedores de cidra y de cerveza jiran con sus cacharros por en medio de los grupos: algunos transeuntes ocupados van y vienen con premura; los revendedores hablan y se llaman desde sus puestos. La fiesta, los embajadores, Coppenole, el papa de los locos, estan en todas las bocas; todos bromean y rien. Y sin embargo, cuatro soldados á caballo, que acaban de colocarse en los cuatro ángulos de la picota, han concentrado ya en torno de sí una gran porcion del *popular* esparramado por la plaza, que se condena á la inmovilidad y al fastidio con la esperanza de una divertida ejecucion.

Y si ahora el lector, después de haber contemplado la escena viva y tumultuosa que se representa en todos los puntos de la plaza, dirige la vista hácia aquella antigua casa medio gótica, medio bizantina, de la torre Roland que hace la esquina del muelle al poniente, podrá observar en el ángulo de la fachada un inmenso breviario público con ricas estampas iluminadas, á cubierto de la lluvia por un pequeño tejadillo; y de los ladrones por una baranda que solo permite hojearle. Al lado de este breviario hay una ventanilla ojiva muy estrecha, cruzada por dos barras de hierro, que da sobre la plaza; única abertura que deja entrar un poco de aire y de luz en una celdilla sin puerta hecha en el entresuelo en el espesor de la pared maestra de la antigua casa, y llena de una paz tanto mas profunda, de un silencio tanto mas sombrío, cuanto

hormiguea y alborota en su derredor la plaza mas pasajera y tumultuosa de la capital.

Era célebre aquella celda en París hacia mas de tres siglos, desde que madama Rolande de la Tour-Roland, estando de luto por su padre, muerto en las cruzadas, habíala hecho abrir en la pared de su propia casa para condenarse en ella á eterna reclusion, conservando solo de su palacio aquel tugurio cuya puerta estaba jalbegada así en invierno como en verano, y dando todo lo demas á los pobres del Señor. Veinte años en efecto habia esperado la muerte en aquella tumba anticipada la desolada doncella, rezando dia y noche por el alma de su padre, durmiendo en la ceniza sin tener siquiera una piedra por almohada, vestida de un saco negro, y sin mas alimento que el pan y el agua que ponía la compasion de los transeuntes en el realce de su ventana, recibiendo limosna de este modo despues de haberla dado. En la época de su muerte, al ir á pasar á otro sepulcro, legó para siempre aquel á las mujeres aflijidas, madres viudas ó hijas que tuviesen mucho que rezar por otros ó por ellas, y que quisiesen enterrarse vivas en un gran dolor ó en una gran penitencia. Los pobres de su tiempo la hicieron brillantes exequias de lágrimas y bendiciones; pero con gran sentimiento de todos ellos, no pudo la piadosa doncella ser canonizada por falta de proteccion. Aquellos que eran de suyo algo impíos, esperaron que la cosa se lograría mas fácilmente en el cielo que en Roma, y se contentaron

con pedir á Dios por la difunta, ya que no podían obtener del papa lo que anhelaban; casi todos se decidieron á mirar como sagrada la memoria de Rolande, y á hacer reliquias de sus guñapos. La ciudad por su parte fundó, cumpliendo la voluntad de la doncella, un breviario público que se clavó junto á la ventana de la celda, á fin de que en él se detuviesen alguna vez los transeuntes, aunque no fuera mas que á rezar, para que la oracion recordase la limosna, y para que las pobres reclusas, herederas de la cueva de madama Rolande, no pereciesen de hambre olvidadas en ella.

Cosa frecuente eran estas especies de sepulcros en las ciudades de la edad media. Véase muchas veces, aun en las calles mas pasajeras, aun en el mercado mas abundante y ruidoso, en la mitad de ella ó de él, debajo de los pies de los caballos ó bajo las ruedas de los carros, un sótano, un pozo, alguna sima murada y enrejada, en cuyo fondo rezaba dia y noche un ser humano, consagrado voluntariamente á algun eterno lamento, á alguna grande espiacion. Y todas las reflexiones que nos inspiraria este espectáculo singular, aquella horrible celda, eslabon intermedio entre la casa y el sepulcro, entre el cementerio y la ciudad; aquel vivo arrancado de la comunidad humana, y contado ya entre los muertos; aquella lámpara consumiendo su última gota de aceite en la sombra; aquel resto de vida vacilante en una sima; aquel aliento, aquella voz, aquella oracion eterna en una caja de piedra; aquel rostro vuelto para

siempre hacía el otro mundo; aquellos ojos iluminados ya por otro sol; aquellos oídos pegados á las paredes de la tumba; aquella alma prisionera en aquel cuerpo; aquel cuerpo prisionero en aquel calabozo y bajo aquella doble cubierta de carne y de granito; el murmullo de aquella alma en pena, nada de todo esto lo advertía la muchedumbre. La piedad poco meditabunda y sutil de aquellos tiempos no daba tanta importancia á un acto religioso; tomaba la cosa á bulto, y honraba, veneraba, santificaba en caso de necesidad el sacrificio; pero ni le compadecía ni analizaba sus inmensos sufrimientos. Llevaba de cuando en cuando alguna pitanza al miserable penitente, miraba por el agujero si vivía todavía, ignoraba su nombre, sabía apenas cuantos años hacía que había empezado á morir, y al extranjero que les dirigía alguna pregunta sobre el esqueleto vivo que se podría en aquella cueva, respondían lisa y llanamente los vecinos, si era un hombre:

—“Es el recluso;” y si era una mujer:

—“Es la reclusa.”

Porque todo se veía entonces así, sin metafísica, sin exajeración, sin cristal de aumento, á la simple vista. Aun no se había inventado el microscopio, ni para las cosas de la materia, ni para las cosas del alma.

Pero aunque asombraban muy poco los ejemplos de estas reclusiones voluntarias en el seno de las ciudades, eran en verdad, frecuentes, como poco antes dijimos. Había en París gran número de aquellas celdas para rezar y hacer penitencia, y casi todas estaban

ocupadas. Verdad es que el clero cuidaba de no dejarlas vacías, lo que implicaba frialdad en los fieles, y por eso metía en ellas leprosos, cuando no tenía á la mano penitentes. Además del chiribitil de la Greve, había uno en Montfaucon, uno en el cementerio de los Innocentes, otro no sé dónde, en el palacio Clichon, si mal no me acuerdo, y otros muchos en otros puntos, cuyos vestijios se hallan aun en las tradiciones, á falta de monumentos. La Universidad tenía también los suyos: sobre la montaña de santa Genoveva, una especie de Job de la edad media cantó durante treinta años los siete sálmos de la penitencia, volviendo á empezar cuando había acabado, salmodiando mas alto durante la noche, *magna voce per umbras*, y hoy cree oír su voz el anticuario, cuando entra en la calle del *Pozo que habla*.

Limitándonos ahora á la cobacha de la torre Roland, debemos decir que nunca habian escaseado en ella las reclusas: desde la muerte de madama Rolande, rara vez habia estado vacante un año ó dos. Muchas mujeres habian ido á llorar en ella hasta la muerte, sus padres, sus amantes, sus culpas; la malicia parisiense que en todo se mete, aun en las cosas que menos la interesan, aseguraba que se habian visto pocas viudas en aquel asilo de dolor ó de penitencia.

Segun la moda de la época, una inscripcion latina escrita sobre la pared, indicaba al transeunte letrado el piadoso destino de aquella celdilla. Hasta mediados del siglo XVI se ha conservado la costum-

bre de explicar un edificio por medio de una breve divisa escrita sobre su puerta: todavía se lee en Francia sobre la puerta de la prision de la casa señorial de Tourville: *Sileto et spera*; en Irlanda, bajo el escudo que corona la puerta principal del castillo de Fortescue: *Forte scutum, salus ducum*; en Inglaterra, sobre la entrada principal del castillo hospitalario de los condes Cowper: *tuum est*. Porque entonces todo edificio era una idea.

Como no habia puerta en la celda murada de la Torre-Roland, veíanse grabadas en grandes caracteres sajones, encima de la ventana, estas dos palabras:

TU, ORA.

Por lo que el pueblo, cuyo buen criterio no ve tanta sutileza en las cosas, y suele traducir *Ludovico Magno* por *Puerta de san Dionisio* (1), habia dado á aquella cavidad negra, húmeda, y sombría, el nombre de Trou-aux-Rats. Explicacion menos sublime tal vez que la otra, pero en cambio mucho mas pintoresca.

(1) En una larga inscripcion en latin que llena el frontis de esta clásica puerta, erijida para una entrada triunfal de Luis IV, se lee al principio *Ludovico magno*. Esto explica la extraña equivocacion popular de que habla el autor.

(Nota del traductor).

HISTORIA DE UNA GALLETA

AMASADA CON MAIZ.



En la época en que pasa esta historia, estaba ocupada la Torre-Roland. Si el lector desea saber por quien, tómese el trabajo de escuchar la conversacion de tres buenas mujeres que, en el momento en que hemos fijado su atencion en el Trou-aux-Rats, se dirijian precisamente por el mismo lado, subiendo hácia el Chatelet por la Greve á lo largo de la orilla del rio. El traje de dos de estas mujeres era el ordinario de las vecinas de París: sus finas golas blancas, sus sayas de tiritaña listada de encarnado y azul, sus medias sin un pliegue, de hilo blanco con cuadrados de color, sus zapatos de cuero y de ancha punta con suelas negras, y sobre todo sus gorros, aquella especie de cuernos de relumbron recargados de cintas y de encajes que las

champañesas usan todavía, émulas de los granaderos de la guardia imperial rusa, anunciaban que pertenecían á aquella clase de comerciantas ricas, que son un justo medio entre lo que los lacayos llaman *una mujer*, y lo que llaman *una señora*. No llevaban sortijas ni cruces en el pecho; pero fácil era conocer que no lo hacían por pobreza, sino lisa y llanamente por temor de la multa. Su compañera estaba ataviada poco mas ó menos del mismo modo, pero había en su tocado y sobre todo en su porte, un no sé qué que olía á mujer de notario de provincia. Conocíase por el modo con que la subía prendida el cinturón por uno de los costados, que era forastera en París; añádase á esto que llevaba una gola rizada, lazos en los zapatos, que las rayas de su saya eran horizontales y no verticales, y otras mil enormidades de que se indignaba el buen gusto.

Caminaban las dos primeras con aquel paso peculiar á las parisienses que enseñan su París á las forasteras. La provincial llevaba de la mano un chicleo muy gordo, que llevaba en la suya una galleta muy gorda.

Sentimos tener que añadir, que, atendido el rigor de la estación, la lengua le servía de pañuelo.

Hacíase arrastrar el muchacho *non pasibus æquis*, como dice Virgilio, y tropezaba á cada instante con notable enojo de su madre. Verdad es que miraba mas á la galleta que al suelo; y sin duda algún grave motivo le impedía hincarla el diente (á la ga-

lleta) por lo que se limitaba á examinarla con ternura. Pero la madre hubiera debido encargarse de la galleta; era una crueldad convertir en Tántalo al pobre chiquitin.

Entretanto las tres señoritas (porque el nombre de *Señoras* estaba entonces reservado solo para las mujeres nobles) hablaban á la vez.

—Despachemos, señorita Mahiette, decia la mas jóven de las tres que era tambien la mas gruesa, á la provincial. Mucho me temo que vamos á llegar tarde; nos dijeron en el Chatelet que al instante le iban á llevar á la picota.

—Ah, bah! qué estais diciendo, Señorita Oudarde Musnier? repuso la otra parisiense. Tiene que estar dos horas en la picota, con que nos queda tiempo. Habeis visto alguna vez sacar á la vergüenza, amiga Mahiette?

—Sí, dijo la provincial, en Reims.

—Ah, bah! y qué es eso, vuestra picota de Reims? Una miserable jaula donde no se dá tormento mas que á patanes. Vaya una cosa!

—Mas que á patanes? dijo Mahiette, ¿en el mercado de los paños? Pues habeis de saber que hemos visto muy grandes criminales, y que habian matado padre y madre! Patanes! por quién nos tomáis, Gervasia?

Es seguro que la provincial estaba á punto de amostazarse seriamente por el honor de su picota. Por fortuna la discreta Oudarde Musnier mudó á tiempo de conversacion.

--A propósito, señorita Mahiette, qué decis de nuestros embajadores flamencos? Habeis visto otros tan majos en Reims?

--Confieso, respondió Mahiette, que no hay otro París para ver flamencos como aquellos.

--Habeis visto en la embajada aquel embajador tan alto que es calcetero? preguntó Oudarde.

--Sí, dijo Mahiette. Parece un Saturno.

--Y aquel gordo que tenía la cara como una barriga desnuda? repuso Gervasia. Y aquel retaquillo que tenía unos ojitos rodeados de un redondo colorado, festoneado y andrajoso como un cogollo de cardo?

--Los caballos si que eran de ver, dijo Oudarde, vestidos como iban á la moda de su país!

--Ay amiga! interrumpió la provincial Mahiette, tomando á su vez cierto ayre de superioridad; pues que diriais si hubierais visto, en 61, en la consagracion de Reims, hace dieziocho años, los caballos de los príncipes y del acompañamiento del rey? Jaeces y caparazones de toda especie; unos de paño de damasco, de paño fino de oro, forrados de martas cebelinas; otros de terciopelo, forrados de cuchillos de armiño; otros recamados de rica argentería y de campanillas de oro y de plata! Y el dinero que costó todo aquello! y los pajecitos tan bonitos que iban encima!

--Eso no impide, respondió secamente la señorita Oudarde, que los flamencos tienen unos caballos muy hermosos, y que han tenido una cena opí-

para en casa del señor preboste de los mercaderes, en la casa de la ciudad, en que les han servido confites, hipocrás, especias y otras singularidades.

—Qué estas diciendo, vecina! exclamó Gervasia: en el palacio del señor cardenal, en el pequeño Borbon es donde han cenado los flamencos.

--No: en la casa de la Ciudad.

--Sí: en el pequeño Borbon.

--Tan ha sido en la casa de la Ciudad, repuso Oudarde con acrimonia, que el doctor Scourable les ha hecho una arenga en latin, de que han quedado muy satisfechos. Mi marido, que es librero jurado, es quien me lo ha dicho.

--Tan ha sido en el pequeño Borbon, respondió Gervasia no menos acalorada, que voy á decir lo que les ha presentado el procurador del señor Cardenal: doce dobles cuartillos de hipocrás blanco, clarete y tinto: veinticuatro canastillas de mazapan doble de Leon, dorado; otras tantas cajas de dos libras por pieza; y seis medias pipas de vino de Beaune, blanco y clarete, del mejor que se ha podido hallar. Supongo que no habrá duda en esto; lo sé por mi marido que es cincuentenero en el Parloir aux Bourgeois y comparaba esta mañana á los embajadores flamencos con los del Preste Juan y el emperador de Trebisonda, que vinieron de Mesopotamia á París en tiempo del último rey, y que tenian pendientes en las orejas.

--Tan cierto es que cenaron en la casa de la

Ciudad, replicó Oudarde mal convencida por aquella facundia, cuanto no se ha visto jamás una abundancia tal de viandas y de confites.

—Pues yo digo que fueron servidos por le Sec, alabardero de la Ciudad, en el palacio del pequeño Borbon, y que estais equivocada.

—Repito que fue en la casa de la Ciudad!

—En el pequeño Borbon, por amor de Dios! en el pequeño Borbon! Como que estaba iluminada con candilejas mágicas la palabra *Esperanza* que está escrita sobre la fachada principal.

—En la casa de la Ciudad! En la casa de la Ciudad! Como que Husson--le--Voir tocaba la flauta.

—No.

—Sí.

—No.

Preparábase ya á replicar la corpulenta Oudarde, y acaso se hubieran resentido los gorros de la disputa, si no hubiera exclamado Mahiette repentinamente: —Mirad aquel gentío que se reúne allá abajo en la cabeza del puente! Estan mirando algo.

—Sí, dijo Gervasia, oigo un tamboril: será la Esmeralda que hace sus juegos con su cabrita. Ea, ea, apretemos el paso, Mahiette, y tirad de ese chiquillo: habeis venido para ver todas las curiosidades de París. Ayer visteis los flamencos; es menester que veais hoy la jitana.

—La jitana, exclamó Mahiette, retrocediendo involuntariamente, y apretando con fuerza el bra-

zo de su hijo. — Dios me libre! me robaria mi niño! — vamos, Eustaquio!

Y echó á correr sobre el muelle hácia la Greve, hasta que dejó el puente muy detras de sí. Pero el muchacho de quien iba tirando cayó sobre sus rodillas, por lo que tuvo que detenerse su madre; Oudarde y Gervasia se reunieron á ella.

— La gitana os robaria vuestro hijo! dijo Gervasia. Vaya un capricho singular!...

Mahiette la miraba con aire pensativo.

— Lomas singular, observó Oudarde, es que la reclusa tiene la misma idea de las jitanas.

— Quién es la reclusa? dijo Mahiette.

— Toma! dijo Oudarde, la hermana Gudula.

— Quién es, repuso Mahiette, la hermana Gudula?

— Con que no lo sabeis! respondió Oudarde: ya se vé, como que venis de Reims... Es la reclusa del Trou-aux-Rats.

— Cómo! respondió Mahiette, esa pobre mujer á quien llevamos esta galleta!

Hizo Oudarde con la cabeza una señal afirmativa.

— Precisamente; ahora mismo vais á verla en su covacha que da sobre la Greve, y tiene la misma opinion de esos vagamundos de Egipto que bailan y dicen la buena ventura: nadie sabe por qué mira con ese horror á los jitanos. Pero vos, Mahiette, por qué echais á correr asi solo de verlos?

— Oh! dijo Mahiette, cojiendo entre sus manos

la cabeza redonda de su chico, porque no quiero que me suceda lo que la sucedió á Paquita la Chantefleuri.

-- Ah! vais á contarnos esa historia, querida Mahiette, dijo Gervasia cojiéndola de bracero.

-- Consiento, respondió Mahiette; pero es menester ser muy de París para no saber eso! Habeis pues de saber --pero no es preciso pararnos para contarlo --que Paquita la Chantefleuri era una mocita de diez y ocho años cuando yo lo era tambien, es decir, hace diez y ocho años, y que ella se tiene la culpa si no es hoy como yo una buena matrona de treinta y seis años, con un marido y un hijo. Por lo demas, desde la edad de catorce años, ya no era tiempo! Era pues la Paquita hija de Guybertaut, barquero en Reims, el mismo que se presentó delante de Carlos VII cuando su consagracion, cuando bajó nuestro rio de Vesle desde Sillery hasta Muisson, por mas señas que la señora doncella iba (1) en el barco. Murió el anciano padre cuando Paquita era todavía muy niña, con que ya no la quedaba mas que su madre, hermana del señor Mateo Pradon, azofarero y calderero en París, calle Parin-Garlin, el cual murió el año pasado. Ya veis que era de buena familia. La madre era una buena mujer, por desgracia, y no enseñó cosa alguna á Pa-

(1) La célèbre Juana d'Arc, llamada la *doncella de Orleans*, ó *poncella*, como dice nuestro Mariana. (Nota del traductor.)

quita mas que un poco de bordar y de hacer chucheries; lo que no impidió que la muchacha creciese y se fuese quedando muy pobre. Vivian las dos en Reims, á lo largo del rio calle de *Folle-Peine* (Loca-Pena); obsérvese bien; yo tengo para mí que esto fue lo que hizo á Paquita desgraciada.-- En 61, año de la consagracion de nuestro rey Luis XI, que Dios guarde, Paquita era tan linda y tan alegre de cascos, que nadie la llamaba mas que la *Chantefleuri* (1). --Pobre muchacha! --Tenia bonitos dientes, y gustaba de reirse para enseñarlos, y es sabido que muchacha que ríe está muy espuesta á llorar; los buenos dientes echan á perder los buenos ojos. Llamábanla pues la *Chantefleuri*; ella y su madre ganaban su vida á duras penas, como que vinieron muy á menos desde la muerte del trovador; su comercio no las producía mas de seis dineros por semana.--¿Qué se hizo el tiempo en que el buen Guybertaut ganaba doce sueldos parisies en una sola consagracion con una trova?--Un invierno--el mismo año de 61--en que las dos mujeres no tenian ni leña ni fuego, y en que hacia mucho frio, tenia tan buenos colores la *Chantefleuri* que los hombres la llamaban: Paquita! Paquita! y que la pobre se perdió.--Eustaquio! cuidado como te vea yo morder la galleta!-- Al instante conocimos todos que estaba perdida cuando la vimos un domingo ir á misa con una cruz de oro

(1) *Canta-florido.* (Nota del traductor.)

al pecho. — A catorce años! para que se vea! Su primer novio fue el jóven vizconde de Cormontreuil que tiene su palacio á tres cuartos de legua de Reims; luego el caballero Enrique de Triancourt, caballero del rey; luego, menos que eso, Chiart de Beaulion, sarjento de armas; luego siempre bajando, Guery Aubergeon, trinchante del rey; luego Macé de Frepus, barbero del señor Delfin; luego Thevenin-le-Moine, cocinero del rey; luego, bajando asi de menos jóven á menos noble, cayó en manos de Guillermo Racine, juglar, y de Thierry de Mer, farolero. Entonces, pobre Chantefleuri! fue de todo el mundo; la pobrecilla habia llegado al último ochavo de su moneda de oro. ¿Qué mas diré? En la consagracion, en el mismo año 61, ella fue quien hizo la cama al rey de los bellacos (1). En el mismo año!..

Suspiró Mahiette y enjugó una lágrima que brillaba en sus ojos.

—Pues, dígoos que no hallo nada de estraordinario en esa historia, dijo Gervasia, y no veo hasta ahora en todo eso gitanos ni chiquillos.

—Paciencia! repuso Mahiette; ahora vais á ver un chiquillo.—En 66,—en este mes hará dieziseis años por San Pablo, Paquita dió á luz una niña.—Pobrecilla! tuvo una alegría increíble porque habia mucho tiempo que deseaba un hijo. Su madre,

(1) Frase proverbial entonces que queria decir hacerse fama. (*Nota del Trad.*)

pobre vieja que nunca habia sabido mas que cerrar los ojos, habia muerto, y Paquita no tenia ya en este mundo nadie á quien amar, nadie que la amara.—Desde que tuvo el primer deslíz, hacia ya cinco años, era una pobre criatura la Chantefleuri; estaba sola, sola en esta vida, señalada con el dedo por las calles, azuzada cuando salia, zurrada por los soldados, escarnecida por los pillos desarrapados. Y luego, ya tenia veinte años; y veinte años es la vez para las mujeres de mala vida. La prostitucion empezó á producirla tan poco como su antiguo comercio; cada arruga que venia, la quitaba un escudo; — de modo que el invierno era terrible para ella con poca leña en su hogar, con poco pan en su alacena. Y no podia trabajar, porque haciéndose voluptuosa se hizo holgazana, y sufría mucho mas porque haciéndose holgazana se habia hecho voluptuosa.—Asi es, á lo menos como esplica el cura de S. Reims, porque esas mujeres tienen mas frio y mas hambre cuando son viejas.

—Asi es, observó Gervasia;—pero ¿y las jitanas?

—Cachaza, Gervasia! dijo Oudarde, cuya atencion era menos impaciente. Qué quedaria para el fin si se dijera todo al principio? Adelante, Mahiette.—Pobre Chantefleuri!

Mahiette prosiguió.

—Estaba, pues como digo, muy triste, muy miserable, y ahondaba sus mejillas con las lágrimas. Pero en su miseria, en su locura y en su abandono, la parecia que seria menos miserable, menos

laca y menos abandonada si hubiera algo en el mundo que ella pudiera amar ó que pudiera amarla á ella;—y era preciso que este objeto fuera un niño, porque solo un niño podía ser bastante inocente para eso.—Ella lo conoció despues de haber probado á amar á un ladron, el único hombre que pudiera hacerla caso; pero al cabo de algun tiempo conoció que el ladron la despreciaba. —Esas mujeres así necesitan un amante ó un niño para que las llene el corazon; si no, son muy desgraciadas.—No pudiendo tener un amante, dióse á desear un hijo, y como no habia cesado de ser buena cristiana, se lo pidió continuamente á Dios: Dios tuvo compasion de ella y la dió una niña. No os hablaré de su alegría; fué aquella una furia de lágrimas, de caricias y de besos. Ella misma criaba á su niña, la hacia mantillas con su manta, la única que tenia en su cama, y ya no sintió ni hambre ni frio. Tanto, que volvió á ponerse hermosa; vieja soltera es madre jóven. Volvió á empezar el tráfico; los hombres volvieron á la Chantefleuri, ella encontró chalanes para su mercancía, y de todos aquellos horrores hizo ropitas, capillos y baberos, almillitas de encaje y gorritos de raso, sin pensar siquiera en comprarse otra manta.—Eustaquio, ya te he dicho que no tienes que comerte la galleta.—Es seguro que la Inesita,—este era el nombre de la criatura; su nombre y nada mas, pues por lo que hace á apellido, ya hacia tiempo que la Chantefleuri no le tenia.—Es seguro que aquella niña estaba mas fajada

con cintas y encajes que una delfina del Delfinado!—Tenia entre otros un par de zapatitos! que seguramente no ha tenido otros tales el rey Luis XI! Su madre se los habia cosido y bordado ella misma, y habia empleado para ellos todos los primores de su habilidad, y tantas lantejuelas como para una falda de la Santa Virgen.—Vaya que eran los dos zapatitos de color de rosa mas cucos que se puede imaginar! Eran largos á todo lo mas como mi dedo gordo, y era preciso ver salir de ellos los piececitos del niño para creer que habian podido entrar.—Verdad es que aquellos piececitos eran tan pequeños, tan bonitos, tan rosados! mas rosados que el raso de los zapatos!—Cuando tengais, hijos, Oudarde, vereis que no hay nada tan bonito como aquellos piececitos y aquellas manítas.

—Yo por mi buenas ganas tengo, dijo Oudarde suspirando, pero espero que le dé la gana al señor Andres Musnier.

—Ademas, prosiguió Mahiette, no eran solo los pies lo que tenia bonito la hija de Paquita. Yo la ví cuando no tenia mas que cuatro meses, y era un ángel! Tenia los ojos mas grandes que la boca, y un pelito negro tan finito y que se rizaba ya!—Hubiera sido á los diez y seis una morenita de mi flor! Su madre estaba cada dia mas loca con ella; la acariciaba, la besaba, la hacia cosquillas, la lavaba, la engalanaba, se la comia! Perdia el juicio con ella y no se cansaba de dar gracias á Dios. Sus piececillos rosados sobre todo, eran para ella un entusias-

mo sin fin, un delirio de alegría; siempre tenia los labios pegados á ellos, y no podia comprender que fueran tan chiquititos. Los ponía en los zapatitos, los sacaba, los admiraba, se estasiaba con ellos, los miraba al trasluz, se enternecía de verlos andar sobre la cama, y de buena gana hubiera pasado su vida de rodillas, calzandó y descalzando aquellos pies como los de un Niño Jesus.

—El cuento no es malo, dijo á media voz Gervasia; pero ¿qué tienen que ver con eso los gitanos?

—Ahora lo vereis, replicó Mahiette. Llegaron un dia á Reims una especie de caballeros muy particulares, todos ellos mendigos y tunos que recorrian el pais, conducidos por sus duques y por sus condes. Eran sumamente morenos, tenian el pelo ensortijado y llevaban anillos en las orejas: las mujeres eran todavía mas feas que los hombres: tenian la cara mas negra que ellos y siempre descubierta, sin mas ropa que un miserable zagalejo sobre el cuerpo, una manta de cuerda sobre los hombros, y el pelo tendido como cola de caballo: los chiquillos, que iban á rastra, hubieran metido miedo á un mico: una partida de escomulgados. Todo aquello venia en línea recta del Bajo-Egipto á Reims por Polonia: el papa los habia confesado, segun decia la jente, y les habia impuesto la penitencia de ir siete años seguidos corriendo mundo sin dormir en cama; por eso se llamaban penitenciarios, y corrompian. Es seguro que antes habian sido sarracenos, por lo cual creian en Júpiter, y reclamaban diez libras

tornesas de todos los arzobispos, obispos y abades de báculo y mitra, pues tenían para ello una bula del papa. Venían á Reims á decir la buena ventura en nombre del rey de Arjel y del emperador de Alemania; bien conocereis que no fue necesario mas para que se les prohibiese entrar en la ciudad. Entonces toda la cuadrilla se acampó sin resistencia junto á la puerta de Braine, sobre aquel cerro donde hay un molino al lado de los agujeros de las antiguas canteras, todo Reims fue á verlos: miraban las manos á la jente y decían profecías maravillosas; eran hombres para anunciar á Judas que seria papa. Corrían sin embargo tristes rumores sobre ellos, de niños robados, de otros latrocinios, y de carne humana comida. Los prudentes decían á los que no lo eran: "No vayais", y luego iban ellos de escondite. Todito el mundo iba á verlos; verdad es que decían cosas que hubieran asombrado á un cardenal. Las madres estaban todas huecas con sus hijos desde que las jitanas les habían leído en la mano toda especie de milagros escritos en pagano ó en turco: una tenía un emperador, otra un papa, aquella un capitán. La pobre Chantefleuri tuvo tambien su poquito de curiosidad; quiso saber lo que tenía, y si su preciosa Inesita seria acaso algun dia emperatriz de Armenia ó de otra cosa. Llevóla, pues, adonde estaban los jitanos, y fue mucho lo que la admiraron las jitanas, y la acariciaron, y la besaron con sus bocas negras, y lo que se estasiaron al ver su manita; todo con grande alegría de la pobre madre. Lo

que mas elojieron sobre todo fue los piececitos y los zapatitos de raso: la niña no tenia un año todavía, y ya empezaba á hablar, y reia á su madre como una loquilla; y estaba tan gordita y tan redonda, y tenia mil monadas como los ángeles del cielo. Los jitanos la asustaron mucho y lloró; pero la madre la dió muchos besos, y se fue hechizada de la buena ventura que las profetisas habian dicho á su Inesita; la niña debia ser una hermosura, un ángel, una reina. Volvió pues á su zaquizamí de la calle de Loca-Pena, toda orgullosa de tener una reina en su casa. Al dia siguiente aprovechó un momento en que la niña dormia en su cama (porquē siempre la acostaba consigo), dejó la puerta entreabierta con mucho tiento, y fue á contar á una vecina de la calle de la Sechesserie que habia de llegar un dia en que su hija Ines seria servida á la mesa por el rey de Inglaterra y el archiduque de Etiopia, y otras mil sorpresas. Luego que volvió, no oyendo gritos al subir la escalera, dijo para sí: — ¡Buenol todavía está durmiendo; pero halló la puerta mas abierta de lo que la habia dejado, y entró — ¡pobre madre! — y fue corriendo á la cama. — Ya no estaba alli la criatura — la cama estaba vacía — nada quedaba alli de la niña mas que uno de sus zapatitos. Salió del cuarto corriendo, tiróse por la escalera abajo, y empezó á golpear las paredes con su cabeza, gritando: — ¡Mi hija! ¡quién tiene mi hija! ¡quién me ha cojido mi hija! — La calle estaba desierta, la casa aislada; nadie pudo responderla. Fue

por toda la ciudad, registró todas las calles, corrió de aquí para allí todo aquel día, loca, delirante, terrible, pescudando en las puertas y en las ventanas como una fiera que ha perdido sus hijos: estaba desencajada, furiosa, horrible de ver, y tenía en los ojos un fuego que secaba sus lágrimas. Detenia á los que pasaban, y gritaba: — ¡ Mi hija ! ¡ mi hija ! ¡ mi preciosa niña ! si alguno me vuelve mi hija, yo seré su criada, la criada de su perro, y me comerá el corazon, si quiere. — Encontró al señor cura de San Remy, y le dijo: — Señor cura, yo cabaré la tierra con mis uñas, pero dadme mi hija! — Partia el corazon, Oudarde; yo ví á un hombre muy duro, á maese Ponce Lacabre, el procurador, que lloraba. — ¡ Ah ! ¡ pobre, pobre madre ! A la noche, volvió á su casa; durante su ausencia, una vecina habia visto entrar allí á dos jitanas en secreto con un paquete debajo del brazo, y luego volver á bajar despues de haber cerrado la puerta y huir precipitadamente: desde que ellas huyeron, se oían en casa de Paquita gritos de chiquillo. Echóse la madre á reir á carcajadas, subió la escalera como si tuviera alas, echó la puerta abajo como de un cañonazo, y entró. — ¡ Qué cosa tan horrible, Oudarde ! en vez de su preciosa Inesita, tan colorada, tan linda, que era una bendicion de Dios, una especie de mónstruo horrible, cojo, jorobado, tuerto, contrahecho se arrastraba chillando por el suelo. La pobrecilla se tapó los ojos horrorizada. — ¡ Oh, dijo, si habrán convertido á mi hija en este espantoso ani-

mal! — Sacaron al instante aquel avechuchu que la hubiera vuelto loca; debia ser un monstruoso aborto de alguna gitana que se habia dado al diablo. Parecia tener como hasta cuatro años, y hablaba una lengua que no era una lengua humana, con palabras que no son posibles. — La Chantefleuri se precipitó sobre el zapatito, lo único que la quedaba de todo lo que habia amado en este mundo; y tanto tiempo permaneció allí inmoble, muda, sin respirar, que todos la creyeron muerta. Repentinamente empezó á temblar de pies á cabeza, cubrió su reliquia de besos furiosos, y se desahogó en sollozos como si acabara de reventarse su corazon. ¡A buen seguro que todas llorábamos tambien! La pobrecilla decia: ¡Oh! ¡hija mia! ¡hija mia! ¿dónde estás?— y aquellas palabras nos desgarraban las entrañas.— Porque nuestros hijos — ¡pobrecillos! son la médula de nuestros huesos. — ¡Eustaquio mio! tú si que eres guapo: — ¡ya! ¡si vierais que listo es! Ayer me decia: — Yo quiero ser soldado. ¡Pobre Eustaquio! ¡si fuera á quedarme sin tí! — Púsose en pie de repente la Chantefleuri, y echó á correr por el pueblo, gritando: — ¡Al campamento de los gitanos! ¡Vengan soldados para quemar brujas! ¡vengan! ¡vengan! — Ya se habian ido los gitanos. — La noche estaba muy oscura, y no fue posible perseguirlos. Al dia siguiente, á dos leguas de Reims, en un soto entre Gueux y Tilloy, se hallaron los restos de una grande hoguera, algunas cintas que habian pertenecido á la hija de Paquita, algunas gotas de

sangre y porquerías de macho cabrío. La noche que acababa de pasar era precisamente la de un sábado; por eso nadie dudó que las jitanas habrían celebrado su *sábado* en aquella pradera, y devorado á la criatura en compañía de Belzebú, como es uso y costumbre entre los musulmanes. Cuando supo la Chantefleuri estas cosas tan horribles, no lloró; meneó los labios como si quisiera hablar, pero no pudo: al día siguiente tenia el pelo blanco; al otro, ya habia desaparecido.

— ¡ Historia es esa muy terrible en efecto, dijo Oudarde, y que haria llorar á un Borgoñon !

— Ya no me admira, añadió Gervasia, que tengáis tanto miedo de los gitanos.

— Y habeis tenido tanta mas razon, repuso Oudarde, en huir hace poco con Eustaquio, cuanto estos tambien son jitanos de Polonia.

— No tal, dijo Gervasia; se suena que vienen de España y de Cataluña.

— Cataluña ! puede ser, respondió Oudarde. Polonia, Cataluña, Valonia (1), siempre confundo esas tres provincias. Lo que no tiene duda es que son gitanos.

— Y que á buen seguro tienen los dientes bastante largos, añadió Gervasia, para comer criaturas. Y no me admiraria que la tal Esmeraldita se los comiera tambien de cuando en cuando, con su bo-

(1) Estas tres palabras tienen la misma terminacion en francés, lo que motiva suficientemente la confusion de la buena Oudarde.
(N. del F.)

quita de perlas: su cabra blanca sabe demasiadas malicias para que no haya en eso algun libertinaje.

Caminaba Mahiette sin decir palabra; iba absor-ta en aquella vaga distraccion que es en cierto mo-do la prolongacion de un cuento doloroso, y que no se termina hasta haber prolongado su sacudimiento, de vibracion en vibracion, hasta las últimas fibras del corazon. Poco despues la dirigió Gervasia la pa-labra.—Y ha podido averiguarse qué fué de la Chantefleuri?—Mahiette no respondió, pero repi-tio Gervasia su pregunta sacudiéndola el brazo, y llamándola por su nombre, hasta que al fin salió Mahiette de su melancólico abatimiento.

—Qué ha sido de la Chantefleuri? dijo repi-tiendo maquinalmente las palabras cuya impresion estaba aun reciente en sus oidos; y luego haciendo un esfuerzo para fijar su atencion en el sentido de estas palabras: —Ah! repuso al punto, nunca se ha podido saber.

Luego añadió despues de una breve pausa:

—Unos dicen haberla visto salir de Reims al caer la noche por la puerta Flechembault; otros, al rayar el dia, por la antigua Puerta Basée. Un pò-bre se encontró su cruz de oro enganchada en la cruz de piedra, en la era donde se reune la feria. Aquella joya fue la que la perdió en 61; era un re-galo del jóven vizconde de Cormontreuil, su pri-mer amante, y nunca quiso Paquita deshacerse de ella, ni aun en su mayores miserias. Amaba aque-la joya como la vida; por eso, cuando vimos aban-

donada aquella cruz, todos creimos que habia muerto. Sin embargo, unos hombres de la taberna-les-Vautes dijeron que la habian visto pasar por el camino de París, descalza sobre los guijarros, pero para eso seria menester que hubiera salido por la puerta de Vesle, y eso no se entiende bien; ó por mejor decir, yo creo que salió en efecto por la puerta de Vesle, pero que salió de este mundo.

—No os entiendo, dijo Gervasia.

—El Vesle, respondió Mahiette con una sonrisa melancólica, es el rio.

—Pobre Chantefleuri! dijo Oudarde estremeciéndose,—ahogada!

—Ahogada, repuso Mahiette. ¿Quién le hubiera dicho al buen viejo Guybertaut cuando pasaba por debajo del puente de Tinquieux á flor de agua, cantando en su barca, que algun dia pasaria tambien su hermosa Paquita por debajo de aquel puente, pero sin cancion y sin barca?

—Y el zapatito? preguntó Gervasia.

—Desapareció con la madre, respondió Mahiette.

—Pobre zapatito! dijo Oudarde.

Oudarde, obesa y sensible mujer, se hubiera contentado con suspirar en coro con Mahiette; pero Gervasia, mas curiosa, no habia agotado aun sus preguntas.

—Y el mónstruo? dijo de repente.

—Qué mónstruo? preguntó Mahiette.

—El mónstruo que dejaron las brujas en casa.

de la Chantefleuri en cambio de Inesita. Qué hicisteis de él? Supongo que le echarian al río.

—No tal, respondió Mahiette.

—Cómo! pues le quemarian? En efecto, así debía ser.—Un niño brujo!

—Ni uno ni otro, Gervasia. El señor arzobispo se interesó por el gitanillo, le exorcizó, le bendijo, le sacó muy bien el diablo del cuerpo, y le envió á París para que lo espusieran en el átrio de Nuestra Señora, como niño espósito.

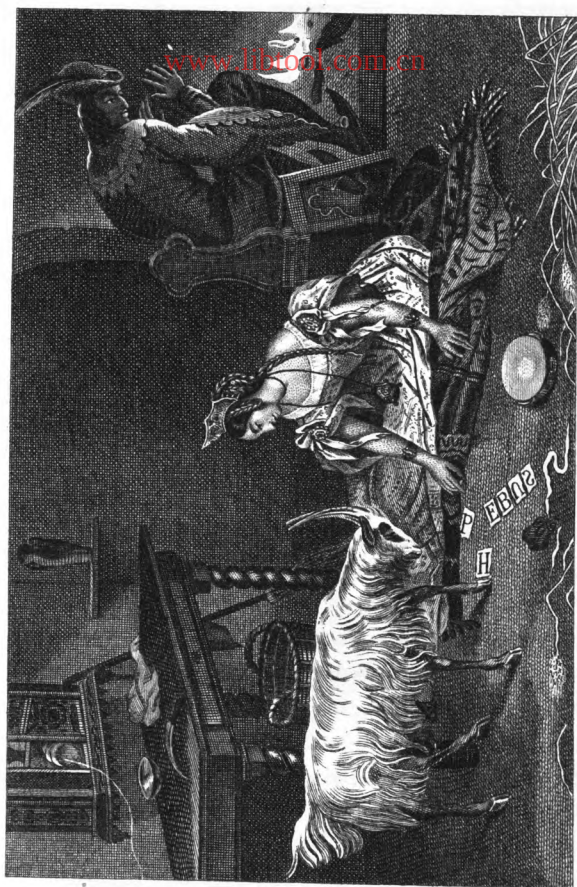
—Vaya con los obispos! dijo Gervasia; porque son sabios no hacen cosa alguna como los demás. Pues está bueno, ir á poner al diablo en la inclusa! porque es seguro que aquel mónstruo era el diablo.—Y sabeis, Mahiette, qué han hecho de él en París? Supongo que ninguna persona caritativa habrá querido recojerle.

—No sé, respondió la provincial; justamente por aquella época compró mi marido la escribanía de Berú, á dos leguas de la ciudad, y no hemos vuelto á ocuparnos en ese asunto; además, delante de Beru estan las dos colinas de Cernay que hacen perder de vista las torres de la catedral de Reims.

Esto diciendo, habian llegado las tres dignas interlocutoras á la plaza de Greve. Habian en su distraccion pasado sin detenerse por delante del breviarío público de la Torre-Roland, y se dirigian maquinalmente hácia la picota en torno de la cual crecía sin cesar la muchedumbre. Es probable que el espectáculo que atraía á ella todas las miradas en

www.libtool.com.cn





LA ESMERALDA Y GRINGOIRE

Digite aprende a poner el nombre de Tebe.

Bois g.

aquel momento, las hubiera hecho de todo punto olvidar el Trou-aux-Rats y el alto que se proponían hacer en él, si el tragon Eustaquio, mozo de seis años, que llevaba Mahiette de la mano, no se lo hubiera recordado de repente: -- Madre, dijo, como si algún instinto le advirtiera que ya habían dejado detras el Trou-aux-Rats, puedo ahora comerme el bizcocho?

Si Eustaquio hubiera sido mas diestro, es decir, menos hambreon, hubiera esperado un poco, y solo cuando hubieran estado de vuelta en la Universidad, en casa de maese Andres Musnier, calle de Madame-la-Valence; cuando hubieran mediado los dos brazos del Sena y los cinco puentes de la Ciudad entre el Trou-aux-Rats y la galleta, solo entonces hubiera aventurado esta tímida pregunta: -- Madre, puedo ahora comerme el bizcocho?

Esta misma pregunta, imprudente en el momento en que la hizo Eustaquio, llamó la atencion de Mahiette.

—Ahora que me acuerdo, dijo, olvidamos á la reclusa! Vamos á ver el Trou-aux-Rats, que quiero llevarla su galleta.

—Al instante, dijo Oudarde, es una obra de caridad.

No eran estos los deseos de Eustaquio.

—Pues! mi galleta! dijo levantando sucesivamente entrambos hombros y entrambas orejas, lo que es en semejante caso el signo supremo del descontento.

Deshicieron lo andado las tres mujeres, y cuando llegaron junto á la casa de la Torre Roland, dijo Oudarde á las otras dos:—No hay que mirar las tres á un tiempo por el agujero, no sea que se asuste la reclusa. Haced vosotras dos como que leéis *dominus* en el breviario, mientras yo me asomo; la reclusa me conoce unas miajas. Yo os avisaré cuando podeis mirar.

Fue sola á la ventanilla: en el momento en que penetró por ella su vista, la mas profunda compasion se pintó en su semblante, y su alegre y franca fisonomía cambió tan repentinamente de espresion y de color como si hubiera pasado de un rayo del sol á un rayo de la luna: sus ojos se humedecieron, su boca se contractó como cuando se va á llorar. Un momento despues púsose un dedo sobre los labios, é hizo señal á Mahiette de que se acercára.

Llegó Mahiette conmovida, en silencio, y de puntillas como cuando nos acercamos al lecho de un moribundo.

Triste espectáculo era en efecto, el que se presentó á la vista de las dos mugeres, mientras miraban inmóviles, y casi sin respirar, por la ventanilla enrejada del Trou-aux-Rats.

La celdilla era estrecha, mas ancha que profunda, embovedada en forma de ojiva, y vista por el interior se parecia no poco á una gran mitra de obispo. Sobre las peladas losas que formaban su suelo, en un ángulo, estaba una mujer sentada, ó mas

bien acurrucada : tenia la barba apoyada sobre sus rodillas que sus dos brazos cruzados apretaban fuertemente contra su pecho. Replegada así sobre sí misma, vestida de un saco de color oscuro, que la envolvía de pies á cabeza entre sus anchos pliegues, caidos hácia adelante sus largos cabellos grises que la cubrían el rostro y las piernas hasta los pies, no presentaba á primera vista mas que una forma extraña, destacadá sobre el fondo tenebroso de la celda; una especie de triángulo negruzco que el rayo de luz que entraba por la ventana dividia en cruda transieion en dos matices, uno sombrío, otro iluminado. Era uno de aquellos espectros, la mitad en sombra y la mitad en luz, como se ven en los delirios y en la obra extraordinaria de Goya (1), pálidas, inmóviles, siniestras, acurrucadas sobre un sepulcro, ó agarradas á la reja de un calabozo. No era ni una mujer, ni un hombre, ni un ser viviente, ni una forma definida; era una figura, una especie de vision sobre la cual se unian lo real y lo fantástico como la sombra y la luz. Distinguíase á duras penas debajo de sus cabellos tendidos hasta el suelo un perfil macilento y severo; apenas su falda daba paso á la estremidad de un pie desnudo que se crispaba sobre el pavimento rígido y helado. Lo poco

(1) Alude sin duda á las célebres *brujas* de este grande artista español, que forman un volumen ó una obra completa como dice Victor Hugo.

de forma humana que se entreveía bajo aquel ropaje funeral, horrorizaba.

Aquella figura que cualquiera hubiera creído clavada en las losas, parecía no tener movimiento, ideas, ni vida. Bajo aquel sutil saco de lienzo, en enero, sentada sobre un suelo de granito, sin fuego, en la sombra de un calabozo cuyo respiradero oblicuo no dejaba penetrar de fuera más que el frío y jamás el sol, no parecía sufrir ni tan siquiera sentir: era de creer parecía que se había convertido en piedra con el calabozo, en hielo con la estacion; sus manos estaban cruzadas, sus ojos fijos; á la primera ojeada parecía un espectro, á la segunda una estatua.

Sin embargo, de cuando en cuando se entreabrían para respirar sus labios azules y temblaban; pero tan muertos y tan maquinales como dos hojas secas que se separan á impulso del viento.

Sin embargo, de sus ojos apagados salía una mirada, una mirada inefable, profunda, lúgubre, imperturbable, siempre clavada en un ángulo de la celda que no podía verse desde fuera; una mirada que parecía aglomerar todas las sombrías ideas de aquella alma desesperada en no sé qué objeto misterioso.

Tal era la criatura que recibía por su morada el nombre de *reclusa*, y por su vestido el de *religiosa*.

Las tres mujeres, porque Gervasia se había agregado á Mahiette y á Oudarde, miraban por la ventanilla. Sus cabezas interceptaban la escasa luz del calabozo, sin que la miserable á quien privaban de

ella pareciese tan siquiera advertirlo.—No la interrumpamos, dijo Oudarde en voz baja, está en su éxtasis; está rezando.

En tanto Mahiette consideraba con amarga ansiedad aquella cabeza macilenta, ajada, despeluzada, y sus ojos se llenaban de lágrimas.—Cierto que sería muy singular! dijo.

Metió la cabeza por entre las rejas de la ventana, y logró internar su mirada hasta el ángulo en que estaba invariablemente fija la mirada de la infeliz.

Cuando sacó la cabeza de la ventana, estaba su rostro inundado de lágrimas.

—Cómo llamais á esa mujer? preguntó á Oudarde.

Oudarde respondió: —La llamamos la hermana Gudula.

—Y yo, repuso Mahiette; yo la llamo Paquita la Chantefleuri.

Entonces, poniéndose un dedo en la boca, hizo señal á Oudarde estupefacta de que metiese la cabeza por la ventana y mirase.

Miró Oudarde, y vió en el ángulo en que estaba clavada la vista de la reclusa en un sombrío éxtasis, un zapatito de raso color de rosa, bordado con mil lentejuelas de oro y plata.

Miró en seguida Gervasia, y entonces las tres mujeres, considerando á la desdichada madre, se echaron á llorar.

Pero ni sus miradas, ni sus lágrimas distrajeran



á la reclusa: sus manos quedaron cruzadas, sus labios mudos, sus ojos fijos, y para quien sabia su historia, aquel zapatito mirado de aquella manera desgarraba el corazon.

Aun no habian proferido una palabra las tres mujeres, porque no se atrevian á hablar ni aun en voz baja. Aquel gran silencio, aquel gran dolor, aquel grande olvido en que todo habia desaparecido menos una cosa, ajitaban sus almas como un altar mayor de Pascua ó de Nochebuena!—Callaban, meditaban, sentian impulsos de hincarse de rodillas; parecíales que acababan de entrar en una iglesia en la noche de tinieblas.

En fin Gervasia, la mas curiosa de las tres, y por consiguiente la menos sensible, trató de hacer hablar á la reclusa: — Hermana! hermana Gudula!

Tres veces repitió esta interpelacion alzando la voz cada vez mas; pero no se movió la reclusa, ni habló una palabra, ni dió una mirada, ni un suspiro, ni una señal de vida.

Oudarde á su vez, con una voz mas dulce y cariñosa: — Hermana! dijo, hermana Gudula!

Continúa el mismo silencio, la misma inmovilidad.

—Qué mujer tan particular! exclamó Gervasia; —no la despertarán ni con una bomba.

—Puede que esté sorda, dijo Oudarde suspirando.

—O ciega, añadió Gervasia.

—O muerta, repuso Mahiette.

Es seguro que si aun no habia abandonado el alma aquel cuerpo inerte, adormilado, letárgico, se habia retirado por lo menos y escondido en profundidades tales que no podian llegar á ellas las percepciones de los órganos exteriores.

—Será preciso, dijo Oudarde, dejar la galleta en la ventana.... pero la cojerá algun pillastre.— Cómo haremos para avisarla?

Eustaquio que habia estado distraido hasta entonces con un carreton tirado por un perrazo, el cual acababa de pasar junto á él, advirtió en esto que sus tres conductoras miraban alguna cosa por la ventana, y escitada en el acto su curiosidad, trepó hasta un poyo, se empinó lo mas que pudo, y aplicó su redonda cara rosada á la ventana, diciendo:—Madre yo tambien queria ver!

Al oír aquella voz infantil, clara, pura, sonora, estremeciósse la reclusa. Volvió la cara con el movimiento seco y brusco de un resorte de acero, sus dos largas manos descarnadas apretaron sus cabellos sobre su frente, y fijó sobre el niño su mirada atónita, amarga, desesperada. Aquella mirada no fue mas que un relámpago:—Dios mio! Dios mio! exclamó repentinamente, metiendo la cabeza entre sus rodillas, y parecia que su ronca voz desgarraba su pecho al pasar— á lo menos, no me hagais ver los de los demas!!—

—Buenos dias, señora, dijo el chiquillo con gravedad.

Y entre tanto, aquella impresion habia, por de-

óirlo así, despertado á la reclusa. Un largo temblor corrió por todo su cuerpo, desde los pies hasta la cabeza; rechinaron sus dientes, y medio alzó el rostro apretando los codos contra sus caderas y cojiéndose los pies con las manos como para calentarlos:— Oh! que frio!!

—Pobre mujer, dijo Oudarde profundamente conmovida, quereis un poco de lumbre?

Meneó ella la cabeza haciendo una señal negativa.

—Pues entonces, repuso Oudarde presentándola un frasco, aquí teneis hipocrás que os abrigará el estómago: bebed.

Meneó de nuevo la cabeza, miró á Oudarde de hito en hito, y respondió: — Agua.

Oudarde insistió:—No, hermana, esa bebida no es buena para enero. Es menester que bebais un poco de hipocrás, y comaís esta galleta de maiz que hemos cocido para dárosla.

Rechazó la reclusa el bollo que la presentaba Mahiette, y dijo: — Pan negro.

—Vamos, dijo Gervasia movida tambien á compasion, y quitándose su pañolon de lana, aqui teneis un vestido mas abrigado que ese. — Cubríos con él.

Rehusó la pobre madre el vestido, como habia rehusado el frasco y la galleta, y respondió: — Un saco.

—Pero es justo, repuso la digna Oudarde, que advirtais en algo que ayer fue dia de fiesta.

—Lo advierto, dijo la reclusa. Ya hace dos días que no tengo agua en mi cántaro.

Y luego añadió despues de un breve silencio: — Es día de fiesta y me olvidan: hacen bien. Por qué se ha de acordar el mundo de mí, si yo no me acuerdo de él? A carbon apagado, ceniza fria.

Y como cansada de haber hablado tanto, dejó caer la cabeza sobre sus rodillas. La sencilla y caritativa Oudarde, que creyó advertir en estas últimas palabras que volvía á quejarse del frio, la respondió candorosamente: —Pues entonces, quereis un poco de lumbre?

—Lumbre? dijo la reclusa con acento singular; y dareis tambien un poco de lumbre á la pobre criatura que está debajo de tierra hace quince años?

Temblaron todos sus miembros, sus palabras vibraban, sus ojos echaban chispas, y se incorporó sobre sus rodillas; de repente alargó su mano blanca y transparente hácia el niño que la miraba asombrado. —Llevaos ese niño! exclamó. —Va á venir la jítana!!—

Cayó entonces de bruces en el suelo, y chocó su frente sobre las losas estallando como una piedra sobre otra piedra. Las tres mujeres la creyeron muerta; pero un momento despues hizo algunos movimientos, y la vieron arrastrarse sobre las rodillas y los codos, hasta el ángulo en que estaba el zapatito. Entonces no se atrevieron á mirar, ni la vieron mas; pero oyeron mil besos y mil suspiros mezclados con gritos de amargura, con ecos sor-

dos como los de una cabeza que se golpea contra una pared; y luego, despues de un golpe tan violento que á las tres las hizo estremecerse, no oyeron nada mas.

—Si se habrá matado? dijo Gervasia aventurándose á meter la cabeza por la ventana: — ¡Hermana, hermana Gudula!

—Hermana Gudula! repitió Oudarde.

—Jesus, Dios mio! está inmovil! repitió Gervasia —si se habrá matado? Gudula! Gudula!

Mahiette, sofocada hasta entonces por las otras dos hasta el punto de no poder hablar, hizo un esfuerzo: — Esperad', dijo, y luego acercándose á la ventana: — Paquita! dijo—Paquita la Chantefleuri!

Un niño que sopla inadvertido en la mecha mal encendida de un cohete, y le hace estallar en sus ojos, no queda mas aterrado que Mahiette con el efecto que produjo aquel nombre lanzado de súbito en la celda de la hermana Gudula.

Estremeciéndose la reclusa convulsivamente, alzóse sobre sus pies descalzos, y saltó á la ventana con ojos tan centellantes que Mahiette y Oudarde, y la otra mujer y el niño retrocedieron hasta el pretil del muelle.

El rostro terrible de la reclusa apareció pegado á las rejas de la ventana.— Oh! oh! ¡esclamó dando una carcajada espantosa—la gitana que me llama!..

Fijó en aquel momento sus miradas una escena que pasaba en la picota: rugóse de horror su frente,

sacó fuera del calabozo sus dos brazos de esqueleto, y exclamó con una voz que parecía el estertor de un moribundo: —Eres tú, hija de Egipto! —eres tú la que me llamas; —ladrona de criaturas! Pues bien! maldita seas! maldita! maldita! maldita!....

UNA LAGRIMA POR UNA GOTA DE AGUA.

Eran estas palabras, por decirlo así, el punto de union entre dos escenas que habian pasado paralelamente en el mismo instante; una, la que acabamos de leer, en el Trou—aux—Rats, y otra, la que vamos á presenciar en la escalera de la picota. —La primera no habia tenido por testigos mas que las tres mujeres con quienes acaba de hacer conocimiento el lector; la segunda tenia por espectadores á todo el público que vimos poco antes aglomerarse en la plaza de Greve, alrededor de la picota y del patíbulo.

Aquella muchedumbre, á quien los cuatro soldados que desde las nueve de la mañana estaban de centinela en los cuatro ángulos de la picota, habian hecho esperar una ejecucion medianeja, no seguramente la de un ahorcado, pero sí unos buenos azo—

tes, una podadura de orejas, alguna diversioncilla en fin, aquella muchedumbre pues se habia aumentado tan rápidamente que los cuatro soldados, muy de cerca acosados, tuvieron necesidad mas de una vez de *apretarla*, como se decia entonces, á latigazos y cargas de caballería.

Aquel populacho, disciplinado en la práctica de las ejecuciones de muerte, no manifestaba sobrada impaciencia; divertíase en mirar la picota, especie de monumento muy sencillo, compuesto de un cubo de madera de como hasta diez pies de alto y hueco en el interior. Unas gradas muy empinadas de piedra en bruto que se llamaban por escelencia *la escala*, conducian á la plataforma superior, sobre la cual se veia una rueda horizontal de madera de encina: sobre aquella rueda ataban al paciente de rodillas y con los brazos detras de la espalda. Un palo que ponía en movimiento una maroma oculta en el interior del pequeño edificio, imprimía una rotacion á la rueda que permanecía en el plano horizontal y presentaba de este modo la cara del reo sucesivamente á todos los puntos de la plaza. Esto es lo que se llamaba dar vueltas á un criminal.

La picota de la Greve estaba pues muy lejos de ofrecer todos los primores de la picota de los mercados. Nada en ella de arquitectural, nada de monumental; nada de techo con su cruz de hierro, ni de linterna octógona, ni sùtiles columnas terminadas en el realce del techo en capiteles de acantos y de flores, nada de quiméricos y monstruosos canelones,

ni de maderamen cincelado, ni de fina escultura profundamente hendida en la piedra.

Fuerza era contentarse con aquellos cuatro paredones de cascote y con una miserable horca de piedra, flaca y desnuda al lado.

El espectáculo hubiera sido mezquino para los amantes de la arquitectura gótica; pero verdad es que nadie era menos curioso en punto á monumentos que los dignos villanos de la edad media, y que estimaban estos muy en poco la belleza de una picota.

Llegó por fin el paciente atado en un carreton, y cuando subió á la plataforma, cuando todos pudieron verle desde todos los puntos de la plaza, sujeto con mil cuerdas y correas á la rueda de la picota, una prodijiosa rechilla, mezclada de carcajadas y aclamaciones, estalló en toda la plaza. El pueblo habia reconocido á Quasimodo.

El era en efecto. Cosa estraña! sacado á la vergüenza en aquella misma plaza en que habia sido saludado el dia antes, aclamado y proclamado papa y príncipe de los locos, rodeado del duque de Egipto, del rey de Tunia y del emperador de Galilea. Lo que es indudable es que no habia uno solo en toda aquella muchedumbre, ni aun él mismo, antes triunfante y ora paciente, que hiciese esta reflexion: faltaban en aquel espectáculo Gringoire y su filosofia.

Pronto Miguel Noiret, trompeta jurado del rey nuestro señor, impuso silencio al pueblo, y pregónó la sentencia, segun la ordenanza y disposicion

del señor preboste. Luego se replegó detras del carretón acompañado de su comitiva con sobrevestas de librea.

Quasimodo, impasible, no pestañeaba tan siquiera; hacian inútil para él toda resistencia lo que se llamaba entonces *la vehemencia y firmeza de los ligamentos*, lo que quiere decir que las correas y las cadenas le entraban probablemente en las carnes: tradicion de presidio y de galera que no se ha perdido todavía, y que aun conservan los grillos entre nosotros, pueblo civilizado, apacible, humano (el presidio y la guillotina entre paréntesis).

Habíase dejado el reo llevar y empujar, atar, encadenar y sujetar; nada podia adivinarse en su fisonomía mas que un asombro de salvaje y de idiota: los que sabian que era sordo le hubieran creido ciego tambien.

Pusiéronle de rodillas sobre la rueda sin hallar la menor resistencia; del mismo modo le despojaron de la camisa y de la ropilla hasta la cintura. Enredáronle en un nuevo sistema de correas y de hevillas, y el reo se dejó enredar y manosear; solo de vez en cuando aspiraba con estruendo, como un ternero cuya cabeza pende y se bambolea fuera de una carreta de carnicero.

— Animal! dijo Juan Frollo del Molino á su amigo Robin Poussepain (porque los dos estudiantes habian seguido al paciente como es justo, y Dios manda); tanto entendimiento tiene como un abejorro metido en una caja!!

Rióse el jentío á carcajada tendida cuando vió desnuda la joroba de Quasimodo, su pecho de camello, sus hombros callosos y velludos; y en medio de toda aquella algazara, un hombre de mediana estatura y de robusto continente, vestido con la librea de la ciudad, subió á la plataforma, y fue á colocarse junto al paciente. Pronto circuló su nombre por todo el concurso; aquel hombre era maese Pierrat Torterue, atormentador jurado del Chatelet.

Empezó por colocar en un ángulo de la picota un reloj de arena negra, cuya cápsula superior estaba llena de arena colorada que iba cayendo en el recipiente inferior; quitóse luego su ropilla de dos colores, y cojió con la diestra un látigo delgado, sutil, de largas correas blancas, brillantes, nudosas, trenzadas, armadas de garfios de metal, mientras con la mano izquierda se remangaba sereno la manga de la camisa alrededor del brazo derecho hasta el sobaco.

Gritaba en tanto Juan Frollo, alzando por cima del jentío su cabeza rubia y rizada (habíase encaramado para ello sobre los hombros de su amigo Robin Poussepain).-- Vengan á ver, señoras y caballeros; vengan á ver azotar perentoriamente á maese Quasimodo, el campanero de mi hermano el señor arcediano de Josas, un compadre de arquitectura oriental, que tiene la espalda en forma de cimborrio y las piernas como columnas salomónicas.

Y la jente se reía, sobre todo los niños y las muchachas.

Dió en fin una patada el atormentador, y empezó á jirar la rueda. Quasimodo se bamboleó en sus correas; el asombro que se pintó de súbito en su disforme rostro dió nuevo pábulo á la alegría universal.

Repentinamente, cuando la rueda en su revolucion presentó á maese Pierrat la espalda breñosa de Quasimodo, maese Pierrat levantó el brazo; las finas correas silbaron agriamente en el aire como un puñado de culebras, y cayeron con furia sobre las costillas del miserable.

Saltó Quasimodo sobre sí mismo como despertado de súbito; el infeliz empezaba á comprender. Retorcióse violentamente en sus cadenas; una terrible contraccion de sorpresa y de dolor descompuso los músculos de su rostro, pero no exhaló un suspiro. Solamente volvió la cabeza atras, á derecha y á izquierda, meciéndola como un toro picado por un tábano.

Un segundo golpe siguió al primero, y luego otro, y luego otro, y así sucesivamente; la rueda no dejaba de girar, ni los golpes de llover. Pronto brotó la sangre y se la vió manar en mil filamentos sobre las negras espaldas del jorobado; y las flexibles disciplinas, cortando el aire en su rotacion, la esparramaban á gotas sobre el gentío.

Habia ya recobrado Quasimodo, al menos en apariencia, su primitiva impasibilidad. Procuró al principio sordamente y sin gran sacudida exterior, romper sus lazos; vió la gente irse encendiendo su

ojo único, contractarse sus músculos, recojerse sus miembros, y tenderse las correas y las cadenas. El esfuerzo era prodigioso, inmenso, desesperado, pero las viejas cadenas del prebostazgo resistieron; rechinaron y nada mas. Quasimodo quedó sin fuerzas; sucedió en sus facciones al estupor un sentimiento de amargo y profundo desaliento. Cerró su ojo único, dejó caer la cabeza sobre el pecho, é hizo la mortecina.

Desde entonces no volvió á dar señal de vida; nada pudo arrancarle un movimiento, ni su sangre, que no cesaba de correr, ni los latigazos cuya furia era cada vez mayor, ni la cólera del sayon que se entusiasmaba á sí mismo y se cebaba en la ejecucion, ni el ruido de las horribles disciplinas acera-das y sonoras.

En fin, un hujier del Chatelet, vestido de negro, ginete sobre un caballo del mismo color que habia estado de centinela al lado de la escala desde el principio de la ejecucion, alargó hácia el reloj de arena su barita de ébano. Hizo alto el atormentador, paróse la rueda, y el ojo de Quasimodo fue abriéndose lentamente.

Ya habia acabado la flagelacion: dos criados del atormentador jurado lavaron las espaldas ensangren-tadas del paciente, frotáronlas con no sé qué unguento que cerró al punto todas las llagas, y le echaron sobre los hombros una especie de manta amarilla en forma de casulla: en tanto Pierrat Torterna retorcia haciéndolas gotear sobre el suelo,

las disciplinas encarnadas y empapadas en sangre.

Pero aun no habia acabado todo para Quasimodo; restábase aun sufrir aquella hora de picota que maese Florian Barbedienne habia añadido con tanta sensatez á la sentencia del caballero Roberto de Estouteville, en comprobacion del antiguo retruécano filosófico y psicológico de Juan de Cumene; *Surdus absurdus*.

Volvieron, pues, á llenar el reloj de arena, y dejaron al pobre jorobado atado sobre la rueda para que siguiese sus trámites la justicia.

El pueblo, sobre todo en la edad media, es en la sociedad lo que el niño en la familia; mientras permanece en este estado de ignorancia primitiva, de menor edad, moral é intelectual, puede decirse de él como de los niños:

¡Edad sin compasion!

Ya hemos hecho ver que Quasimodo era generalmente aborrecido, por muchas y justas causas, seguramente. Apenas habia en aquella muchedumbre un solo espectador que no tuviese ó creyese tener algun motivo de queja contra el pícaro jorobado de Nuestra Señora. Universal fue la alegría al verle aparecer en la picota, y el cruel castigo que acababa de sufrir, y la triste postura en que le habian dejado, lejos de enternecer al populacho, habian hecho mas encarnizado su odio, armándole de una punta de alegría.

Por eso, una vez satisfecha la *vindicta pública*, como dicen todavía las sabandijas judiciales, les lle-

gó su turno á mil venganzas individuales; aquí, como en la sala grande, las mujeres fueron las mas crueles; todas le aborrecian, unas por su malicia, otras por su fealdad. Estas últimas eran las mas furiosas.

—Oh! máscara del ante-Cristo! decia una.

—Ginete de palo de escoba! gritaba otra.

—Vaya un gesto trájico! ahullaba aquella, y que le haria papa de los locos, si hoy fuera ayer!

—Bien, añadía una vieja.—Hoy es el gesto de la picota, ¿cuando llegará el de la horca?

—Cuándo te veremos con tu gran campana en la cabeza á cien pies debajo de tierra, campanero maldito?

—Pues ese diablo es el que toca á Ave-María!

—Oh! pícaro sordo, jorobado, tuerto, mónstruo!

—Capaz de hacer abortar á una preñada, mejor que todas las medicinas y boticas del mundo!—

Y los dos estudiantes Juan del Molino y Robin Poussepain cantaban á grito pelado el antiguo estrivillo popular:

Un cuchillo
Para el pillo,
Un tizon
Para el bribon.

Y sobre el reo llovian otras mil injurias, y los silbidos, y las imprecaciones, y las risas, y las pedradas.

Quasimodo era sordo, pero tenia buena vista, y la pública indignacion no menos enérgicamente estaba pintada en los rostros que en las palabras:

ademas las pedradas esplicaban las carcajadas.

Al principio permaneció sereno; pero poco á poco aquella paciencia que no se habia desmentido bajo el látigo del atormentador, rindióse á todas aquellas picaduras de insectos. El toro de Jarama, impasible á los ataques del picador, se irrita de los perros y de las banderillas.

Paseó al principio lentamente su mirada amenazante por todo el jentío; pero como estaba encadenado, no pudo su mirada ahuyentar aquel millar de moscas que mordían su llaga; luego se ajitó en sus correas, y sus furiosos arranques hicieron rechinar sobre sus ejimientos la antigua rueda de la picota, con lo cual aumentaron la grita y las rechiflas.

Entonces el miserable, no pudiendo romper su collar de fiera aherrojada, volvió á quedar inmóble; solo de vez en cuando hinchaba un suspiro de rabia todas las cavidades de su pecho. No se veía en su rostro ni vergüenza ni rubor; estaba demasiado lejos del estado de sociedad, y demasiado cerca del estado de naturaleza para saber qué cosa es vergüenza; ademas, en aquel punto de deformidad, ¿es acaso sensible la infamia? Pero la cólera, el rencor, la desesperacion cubrian lentamente aquel horrible semblante de una nube cada vez mas sombría, cada vez mas cargada de una electricidad que estallaba en relámpagos mil en el ojo del cíclope.

Aquella nube, no obstante, se despejó un momento al pasar una mula en que iba caballero un

sacerdote, cruzando el jentío. Desde que vió á lo lejos aquella mula y aquel sacerdote, suavizóse el rostro del pobre paciente; al furor que le contractaba, succedió una sonrisa singular, llena de una dulzura, de una mansedumbre, de una ternura inefables. A medida que se acercaba el eclesiástico, era aquella sonrisa mas marcada, mas evidente, mas radiante; parecia que saludaba el desdichado la venida de un salvador. Y con todo, cuando se acercó bastante la mula á la picota para que pudiese su jinete reconocer al paciente, bajó el sacerdote los ojos, volvió de pronto las riendas, y metió espuelas á su cabalgadura, como si le faltára tiempo para desembarazarse de reclamaciones humillantes, y no tuviera los mayores deseos de ser reconocido y saludado por un pobre diablo en tamaño apuro.

Aquel sacerdote era el arcediano don Claudio Frolló.

Volvió á caer la nube aun mas sombría sobre la frente de Quasimodo; á ella se mezcló aun por algun tiempo la sonrisa, pero amarga, desmayada, profundamente triste.

El tiempo corria. Hora y media por lo menos hacia que estaba allí el miserable escarnecido, maltratado, injuriado de continuo y casi lapidado.

De nuevo se ajitó repentinamente en sus cadenas con tal desesperacion, que hizo temblar todo el maderamen que le sostenia; y rompiendo el silencio que habia guardado obstinadamente, gritó con una voz ronca y furiosa, que mas parecia un ladrido

que un grito humano, y que cubrió todo el estruendo popular: ¡Agua!

Esta exclamacion de amargura, lejos de escitar alguna simpatía, fue un aumento de diversion para el buen *popular* parisiense que rodeaba la picota, y que, justo será decirlo, considerado en masa y como muchedumbre, no era entonces menos cruel y embrutecido que aquella horrible tribu de hampones que ya hemos hecho conocer al lector, y que no era ni mas ni menos que la capa mas inferior del pueblo. Ni una sola voz se alzó en torno del pobre paciente mas que para hacerle burla por su sed. Verdad es que en aquel momento estaba aun mas grotesco y hediondo que lastimero, con su rostro purpurino y sudoroso, sus ojos desencajados, su boca espumante de cólera y de dolor, y su lengua sacada; justo será decir tambien que si hubiera habido entre aquella canalla algun alma caritativa de hombre ó de mujer que hubiera querido llevar un vaso de agua á aquella miserable criatura desolada, reinaba en torno de las gradas infames de la picota una preocupacion tal de vergüenza é ignominia, que hubiera bastado para tener á raya la piedad del buen Samaritano.

Al cabo de algunos minutos, echó Quasimodo una mirada de desesperacion al concurso, y repitió con voz aun mas amarga: ¡Agua!

Y de nuevo todos se echaron á reir.

—Bebe! gritaba Robin Poussepain tirándole á la cara una esponja empapada en el arroyo.—

Tome, pícaro sordo! Ya sabes que soy tu deudor.

Una mujer le tiraba una piedra á la cabeza: —Para que aprendas á despertarnos por la noche con tu maldito campaneó.

—Con que, compadre, ahullaba un tullido procurando atizarle con su muleta, piensas todavía echarnos sortilejos desde lo alto de las torres de Nuestra Señora.

—Ahí tienes una taza para beber! repuso un hombre disparándole al pecho un cántaro roto. Tú has sido el que, con solo pasar delante de ella, has hecho abortar á mi mujer un chico con dos cabezas!

—Y á mi gata un gatito con seis patas! refunfuñaba una vieja tirándole una teja.

—Agua! repitió por tercera vez Quasimodo jadeando.

Vió en aquel momento abrirse el jentío para dar paso á una muchacha vestida de un modo singular: acompañábala una cabrita blanca con cuernos dorados y llevaba en la mano una pandereta.

Centelló el ojo único de Quasimodo! aquella mujer era la gitana á quien habia intentado robar la noche anterior, travesura por la cual conocia confusamente que le castigaban en aquel momento; en lo cual se equivocaba de medio á medio, pues solo le castigaban por tener la desgracia de ser sordo y de haber sido juzgado por otro sordo. Parecióle indudable que la gitana iba á vengarse tambien y á darle su correspondiente pedrada como los demas.

Vióla en efecto subir con rápidos pasos la escalera. La cólera y el depecho le sofocaban ; hubiera querido poder derrumbar la picota, y si el relámpago de su ojo hubiera podido abrasar, es seguro que la gitana hubiera sido hecha ceniza antes de llegar al tablado.

Acercóse sin hablar palabra al paciente que forcejeaba por evitar su venganza , y desatando de su cinto una calabaza , la acercó con dulcura á los labios del miserable.

Y entonces, en aquel ojo hasta entonces tan seco y tan abrasado, vióse rodar una ancha lágrima que cayó lentamente á lo largo de aquel rostro disforme y tanto tiempo contractado por la desesperacion. Acaso aquella lágrima era la primera que vertió en su vida el miserable.

Y en tanto se olvidaba de beber, pero la gitana hizo su gracioso mohin con impaciencia, y apoyó sonriendo el cuello de la calabaza en la dentada boca de Quasimodo. Bebió este á toda prisa ; su sed era ardiente.

Luego que hubo acabado , alargó el infeliz sus negros labios sin duda para besar la hermosa mano que acababa de socorrerle : pero la niña que sin duda no las tenia todas consigo, y que se acordaba de la violenta tentativa de la noche anterior, retiró su mano con espanto como un niño que teme ser mordido por una víbora.

Entonces el pobre sordo fijó en ella una mirada de dolor, llena de una ternura indecible.

Do quiera hubiera sido un espectáculo patético el que presentaba aquella hermosa criatura, fresca, lozana, pura y tan débil al mismo tiempo, piadosamente ~~acudiendo en auxilio de~~ tanta miseria, malicia y deformidad: en una picota, aquel espectáculo era sublime.

El mismo populacho se sintió conmovido y empezó á dar palmadas, gritando: —Noel!... Noel!...

Entonces fué cuando la reclusa divisó desde la ventana de su cobacha á la hermosa jítana sobre la picota y la arrojó su siniestra imprecacion: — Maldita seas, hija de Egipto! maldita! maldita! maldita!

FIN DE LA HISTORIA DE LA GALLETA.

Palideció la Esmeralda, y bajó temblando de la picota; pero todavía la persiguió la voz de la reclusa, gritando: —Baja, baja ladrona de Egipto, que tú volverás á subir!

—Ya la dan sus arrechuchos, dijo el pueblo murmurando; y no pasó la cosa de aquí, porque aquellas mujeres eran temidas, lo que las constituía en sagradas. No era entonces cosa de juego habérselas con quien rezaba día y noche.—

Ya había llegado la hora de llevarse á Quasimodo.—Desatáronle de la picota y se dispersó el gentío.

Al llegar al Puente Grande, Mahiette, que se volvía con sus dos amigas, se paró de repente.—Ahora que me acuerdo, Eustaquio, qué has hecho de la galleta?

—Madre, dijo el niño, mientras estabas hablando con aquella mujer que estaba en el agujero, vi-

no un perrazo que me dió un bocado en la galleta. Entonces yo tambien comí.—

—Cómo es eso, señorito? —Con que os la habeis comido toda?

—Madre, si fue el perro:—yo se lo dije y no me escuchó: entonces yo tambien mordí, toma!—

—Es un muchacho terrible, dijo la madre sonriendo y regañando á la vez. —Sabeis, amiga Oudarde, que ya sé como él solo todito el cerezo de nuestra huerta de Charlerange? —Por eso dice su abuelo que ha de ser capitán. —Cuidado con que vuelva á suceder, señor Eustaquio? estamos?— Anda—tragon!

www.libtool.com.cn

Libro Séptimo.

www.libtool.com.cn

1.

www.libtool.com.cn

DE LO PELIGROSO QUE ES CONFIAR SUS SECRETOS**A UNA CABRA.**

Habian pasado muchas semanas.

Era en los primeros dias de marzo. El sol á quien Dubartas, el clásico decano de la perífrasis, no habia llamado aun el *gran duque de las velas*, no por eso estaba menos brillante y lozano. Era uno de aquellos dias de primavera tan templados y hermosos, que todo París, esparramado en las calles y paseos, los celebra como dias festivos. En aquellos dias de claridad, de calor, y de serenidad, hay una cierta hora sobre todo, en que se debe ir á admirar la portada de Nuestra Señora, cuando el sol, ya inclinado al occidente, mira casi de frente á la catedral. Sus rayos, cada vez mas horizontales, se retiran lentamente del pavimento de la plaza, y suben á lo largo de la fachada perpendicular, cuyas mil redondas esculturas se destacan sobre la som-

bra, mientras que el gran roseton central chispea como un ojo de cíclope, inflamado con las reverberaciones del sol.

Era en aquella hora.

Frente por frente á la alta catedral, colorada por el sol en occidente, sobre el balcon de piedra labrado encima de la puerta de una soberbia casa gótica que formaba el ángulo de la plaza y de la calle del Atrio, reian y conversaban algunas lindas señoritas con toda algazara y primor. En la longitud de su velo que caía desde lo alto de su gorra puntiaguda, recamada de perlas, hasta sus talones, en la finura de la gorguera bordada que cubria sus hombros, en la opulencia de sus zagalejos de debajo, mas ricos aun que los de encima, (maravilloso refinamiento!) en la gasa, en la seda, en el terciopelo que las cubrian, y sobre todo en la blancura de sus manos que revelaba su condicion descansada y regalona, facil era adivinar que eran unas nobles y ricas herederas. Eran en efecto aquellas niñas, la señorita Flor de Lis de Gondelaurier y sus amigas, Diana de Christeuil, Amelota de Montmichel, Paloma de Gaillefontaine, y la niña Champchevrier, doncellas todas de ilustre rango, reunidas á la sazón en casa de la señora viuda de Gondelaurier, á causa de monseñor de Beaujeu y de su señora esposa que debian llegar en abril á París, y elegir en la capital algunas damas de honor para la señora Delfina Margarita, cuando fueran á Picardía á recibirla de manos de los Flamencos. Y es el caso que

todos los hidalgos de treinta leguas á la redonda solicitaban este favor para sus hijas y ya muchos de ellos las habian llevado ó enviado á París. Estas habian sido confiadas por sus padres á la discreta y venerable vigilancia de la señora Aloisa de Gondelaurier, viuda de un antiguo maestro de los ballesteros del rey, retirada con su hija única en su casa de la plaza del Atrio de Nuestra Señora en París.

El balcon en que se hallaban estas señoritas se abria sobre una estancia ricamente entapizada de un cuero de Flandes, de color flavo, estampado con follages de oro. Las vigas que listaban el techo paralelamente, entretenian la vista con mil caprichosas esculturas pintadas y doradas. Sobre aquellos cofres cincelados se veían espléndidos esmaltes; un hocico de javalí de loza coronaba un magnífico aparador, cuyas dos gradas anunciaban que la señora de la casa era esposa ó viuda de un caballero de mesnada. En el fondo, al lado de una alta chimenea con armas y blasones de arriba abajo, estaba sentada en un rico sillón de terciopelo encarnado la señora de Gondelaurier, cuyos cincuenta y cinco años no menos estaban escritos en su rostro que en su vestimenta. En pie al lado de ella estaba un joven de bizarra presencia, aunque algo vana y fanfarrona, uno de aquellos buenos mozos que pasan sin oposicion por tales entre las mujeres todas, aunque al verlos se encojan de hombros con desden los hombres graves y fisonomistas. Llevaba aquel galán el brillante uniforme de capitán de los arqueros del

rey, el cual se parecia demasiado al traje de Júpiter que ya pudo admirar el lector en el libro primero de esta historia, para que nos cansemos en describirle de nuevo.

Las señoritas estaban sentadas, unas en la estancia, otras en el balcon, unas sobre almohadones de terciopelo de Utrech con rapacejos de oro, otras sobre taburetes de madera de encina esculpidos con flores y con figuras. Sostenia cada cual en sus rodillas una punta de un gran tapiz hecho á aguja, en el cual trabajaban todas, y del cual caia un gran pedazo sobre la estera que cubria el suelo.

Hablaban entre sí con aquellos cuchuceos y risitas disimuladas de un conciliábulo de doncellas, entre las cuales hállase un doncel.... El jóven, cuya presencia bastaba para dar pábulo á todas aquellas presuncioncillas femeninas, parecia por su parte darles poquísima importancia; y mientras las bellas procuraban á porfia llamar su atencion, parecia él de todo punto ocupado en sacar lustre con su guante de piel de gamo á la hebilla de su cinturón.

Hablábale de vez en cuando en voz muy baja la venerable dueña, y él la respondia haciendo de tripas corazon con una especie de cortesía torpe y forzada. En las sonrisas, en los signos de intelijencia de la señora Aloisa, en los guiños que flechaba á su hija Flor de Lis, hablando al oido del capitan, fácil era ver que se trataba de algun proyecto matrimonial, de alguna boda, próxima sin duda entre

el jóven y Flor de Lis. Y en la apatía y confusion del oficial, fácil era tambien conocer que al menos por su parte no era negocio aquel en que entraba por mucho el corazon. Todo su porte indicaba una incomodidad y un fastidio que nuestros oficiales de guarnicion traducirian hoy admirablemente por...— Vaya un servicio de....!

La buena matrona muy encaprichada con su hija como una pobre madre que era, no advertia el poco entusiasmo del oficial, y se esforzaba en hacerle observar por lo bajo las perfecciones infinitas con que Flor de Lis manejaba la aguja y devanaba su ovillo.

—Mirad, primito, le decia, tirándole por la manga para hablarle al oido! miradla por vuestra vida! ahora se baja.

—En efecto, respondía el jóven, y volvía á caer en su silencio distraido y glacial.

Un momento despues, era preciso agacharse de nuevo, y la señora viuda le decia.—¿Habeis visto en vuestra vida doncella mas amable y cumplida que vuestra novia?—Mas blanca ó mas rubia? No son divinas esas manos? No parece ese cuello en lo puro y flexible un cuello de cisne? Ah! y como os envidio á veces! y qué dichoso sois de haber nacido hombre, libertino, picaruelo! No es verdad que mi Flor de Lis es hermosa, que hechiza, y que estais prendado de ella?

—Seguro, respondia el jóven pensando en cualquiera otra cosa.

:

— Pero habladla, dijo de pronto la señora Aloísa empujándole por detras; decidla algo. — Vaya que os habeis hecho muy tímido!

Podemos asegurar á nuestros lectores que la timidez no era la virtud ni el defecto del capitán.

Procuró pues hacer lo que le era mandado.

— Amable prima, dijo acercándose á Flor de Lis, ¿cuál es el asunto de esa obra de tapicería que estais bordando?

— Amable primo, respondió Flor de Lis con acento de despecho, ya os lo he dicho tres veces: es la gruta de Neptuno.

Es evidente que Flor de Lis interpretaba con mas sagacidad que su madre la indiferencia y distraccion del capitán, el cual por su parte conoció la necesidad que habia de entablar de un modo ú otro la conversacion.

— Y á qué fin toda esa neptunería?

— Para la abadía de san Antonio de los Campos, dijo Flor de Lis sin levantar los ojos.

Cojió el capitán una punta del tapiz.

— ¿Y quién es, hermosa prima, ese soldado tan gordo que está soplando á dos carrillos en una trompeta?

— Triton.

Siempre habia una entonacion algo enfurruñada en las breves palabras de Flor de Lis. Conoció el jóven que era ya indispensable decirle algo al oído, algun cumplimiento, alguna necedad, alguna galantería, cualquiera cosa en fin. Inclinóse pues

pero no pudo hallar en su imaginacion cosa mas tierna é íntima que esta. — Por qué lleva siempre vuestra madre un corpiño blasonado como nuestras abuelas del tiempo de Carlos VII? Es menester que la digais, hermosa prima, que ya no es esa la elegancia del dia, y que su gozne y su laurel (1) bordados en forma de escudo sobre su falda la hacen parecerse á una chimenea andando. — Os juro á fé mia que ya nadie se sienta sobre sus armas.

Fijó en él Flor de Lis sus ojos con una expresion de amargura. — Y es eso todo lo que me jurais? dijo en voz baja.

En tanto la buena señora Aloisa, hechizada de verlos juntitos y cuchucando, decia entreteniéndose con las manecillas de su *ejercicio cotidiano*.

— Patético cuadro de amor!

El capitán cada vez mas confuso, se inclinó de nuevo sobre el tapiz: — Cierto que es un trabajo admirable! exclamó.

Con este motivo, paloma de Gaillefontaine, graciosa rubia de nevado cutis, ricamente vestida de damasco azul, aventuró con timidez una pregunta que dirigió á Flor de Lis, esperando que respondiera á ella el gallardo capitán.

(1) El apellido de la noble viuda (Gondelaurier) se compone de las dos palabras *Gozne* y *Laurel*, cuyos dos objetos se hallaban tambien en sus armas como es natural.

(Nota del traductor).

—Has visto, querida Gondelaurier, las tapicerías del palacio de la Roche—Guyon?

—No está dentro de ese palacio el jardín de la lencera del Louvre? pregunto riendo Diana de Christeuil, que tenía bonita dentadura y se reía por consiguiente á cada instante. — Y donde está aquel torreón tan grande de la antigua muralla de París? añadió Amelota de Montmichel, graciosa morenita que tenía costumbre de suspirar como la otra de reír, sin saberse por qué.

—Querida Paloma, repuso la señora Aloisa, quereis decir el palacio que pertenecía al señor de Bacqueville, en tiempo del rey Carlos VI? Hay en él efectiva mente magníficas tapizerías muy antiguas y de mucha cuenta.

—Carlos VI! El rey Carlos VI! refunfuñó el capitán atusándose los bigotes.—Vaya, vaya, que la buena señora se acuerda de unas antiguallas!....

La señora de Gondelaurier prosiguió: — Hermosas tapicerías en efecto y de un trabajo tan estimado que pasa por singular.

En aquel momento, Berenguela de Champchevriér, esvelta niña de siete años que miraba la plaza por entre las celosías del balcón, exclamó: —Oh! mira, mira, madrina Flor de Lis! aquella bailarina tan bonita que baila allá abajo y toca la pandereeta en medio de los plebeyos villanos!

En efecto se oía el eco lejano de una pandereta.

—Alguna gitana de Bohemia, dijo Flor de Lis volviendo la cara con desden hacia la plaza.

—Veamos! veamos! gritaron sus lindas compañeras, y todas se asomaron al balcon, mientras Flor de Lis, á quien daba mucho en que entender la tibieza de su amante, las seguia lentamente, dejando á este muy aliviado con aquel incidente que cortaba una conversacion enojosa, y volviéndose hacia el fondo de la estancia con el aire satisfecho de un militar relevado del servicio. Cosa dulce y halagüena era sin embargo servir á Flor de Lis, y bien lo conoció él algun dia; pero el capitan se habia ido cansando poco á poco; la perspectiva de un próximo matrimonio le entibiaba sobre manera; ademas, era hombre de condicion muy inconstante, y, si hemos de decir verdad, de gustos algo vulgares. Aunque de muy noble cuna, habia contraido debajo de sus arreos militares mas de una costumbre soldadesca; la taberna le placia y sus consecuencias tambien, y no se hallaba á sus anchas mas que entre las palabrotas, la galanterías militares, las fáciles hermosuras y las fáciles victorias. Habíale dado no obstante su familia alguna educacion y ciertos modales; pero habia empezado demasiado jóven á correr mundo y á cursar los cuarteles, de modo que todos los dias el barniz del caballero se desgastaba al áspero roce de su tahalí de gendarmes. Sin dejar por eso de visitarla de vez en cuando, por un resto de humano respeto, sentíase el buen capitan doblemente incomodado en casa de Flor de Lis; en primer lugar, porque á fuerza de dispersar su amor en toda especie de sitios, habia

reservado muy poco para ella; y además porque en medio de tantas pulidas señoras severas, decentes y prendidas con cien alfileres, temblaba á cada momento de que su boca acostumbrada á los juramentos y á las malas palabras no se desbocase á lo mejor é hiciese oír al concurso el lenguaje de las tabernas, lo que no hubiera dejado de tener chiste.

Y en fin, todo esto se mezclaba en él á muy considerables pretensiones de elegancia, de lujo y de buena figura. Acomode el lector estos datos como mejor le parezca: yo no soy mas que historiador.

Hacia ya pues algunos momentos que estaba, pensando ó no pensando, apoyado sin chistar palabra en el mármol esculpido de la chimenea, cuando Flor de Lis, volviéndose de repente, le dirigió la palabra; porque es el caso que la pobre niña aunque le ponía su hociquillo lo hacia bien contra su voluntad.

—No nos habeis hablado, primo, de una gitana á quien libertasteis hace dos noches yendo de ronda por las calles, de manos de una docena de salteadores?

—Creo que sí, hermosa prima, dijo el capitán.

—Pues puede que sea, repuso, esa gitana que está bailando en la plaza. —Venid á ver si la conocéis, primo Febo.

Traslucíase un secreto deseo de reconciliación en aquella amable invitación que le dirigía de acercarse á ella y en aquel cuidado de llamarle por su nombre. El capitán Febo de Chateaupers, (porque

él es el que tiene delante de sí el lector desde el principio de este capítulo) se acercó con lentos pasos al balcon.—Mirad, le dijo Flor de Lis, posando cariñosamente su mano sobre el brazo de Febo, aquella mozita que baila allí en aquel círculo. Es esa vuestra gitana?

Miró Febo y dijo:

—Sí, la conozo por la cabra.

—Oh! en efecto! que cabrita tan bonita! dijo Amelota juntando las manos de admiracion.

—Y son de oro esos cuernos de verdad? preguntó Berenguela.

Sin menearse de su poltrona, tomó la palabra la señora Aloisa: — No es esa una de aquellas gitanas que entraron el año pasado por la puerta Gibaud?

—Señora madre, dijo con dulzura Flor de Lis, esa puerta se llama actualmente Puerta del Infierno.

La señorita Gondelaurier sabia hasta qué punto desagradaban al capitán las palabras anticuadas de su madre;— y en efecto, ya empezaba á refunfuñar entre dientes: — Puerta Gibaud! puerta Gibaud! Será para hacer pasar el rey Carlos VI!

—Madrina, exclamó Berenguela; cuyos ojos siempre en movimiento se habian fijado de pronto en la cima de las torres de Nuestra Señora, ¿quién es aquel hombre negro que está allá arriba?

Todas las niñas levantaron los ojos; en efecto, un hombre estaba apoyado de codos en la baranda culminante de la torre septentrional que mira há-

cia la Greve. Era aquel hombre un sacerdote; claramente se distinguía su traje y su rostro apoyado sobre sus manos; pero según estaba inmóvil, mas que otra cosa parecía una estatua. Sus ojos fijos miraban la plaza;—su inmovilidad era la de un milano que acaba de descubrir un nido de gorriones y le está mirando.

—Es el señor arcediano de Josas, dijo Flor de Lis.

—Buenos ojos tienes si le distingues desde aquí, observó la Gaillefontaine.

—Cómo mira á la bailarina! repuso Diana de Christeuil.

—Cuidado con ella! dijo Flor de Lis, porque no es amigo de los gitanos.

—Es lástima que ese hombre la mire así, añadió Amelota de Montmichel, porque baila que es un primor.

—Primo Febo, dijo de pronto Flor de Lis, una vez que conoceis á esa gitana, decidla que suba, así nos divertiremos un poco.

—Oh! sí, sí, exclamaron todas las niñas dando palmadas de alegría.

—Vaya que es capricho singular! respondió Febo; seguramente se habrá olvidado de mí y yo ni tan siquiera sé como se llama.—Sin embargo, una vez que lo desean estas amables señoritas, procuraré complacerlas, — é inclinándose sobre la baranda del balcón empezó á gritar: —Eh! mocita!!—

La bailarina no tamborileaba en aquel momen—

to ; volvió la cabeza hácia el punto de donde la llamaban , su brillante mirada se fijó en el capitan , y permaneció inmóvil.

—Mocita ! repitió Febo , llamándola con el dedo.

Miróle de nuevo la bailarina , encendióse como si hubiera pasado una llama por sus mejillas y cogiendo su pandereta debajo del brazo , se dirigió por en medio de los atónitos espectadores hácia la puerta de la casa desde donde la llamaba el capitan , con lentos pasos , trémula y con la mirada turbia de un pájaro que cede á la fascinacion de una serpiente.

Un momento despues abrióse la mampara , y se presentó la gitana en el dintel de la puerta , encendida , confusa , ruborosa , con los ojos bajos y sin atreverse á dar un paso mas.

Berenguela aplaudió con entusiasmo.

En tanto la bailarina permanecía inmóvil en el dintel de la puerta. Habia producido su aparicion un efecto muy singular en aquel grupo de nobles doncellas. Es seguro. que un vago é involuntario deseo las animaba á todas juntamente de agradar al gallardo oficial , que el espléndido uniforme era el blanco de todas sus pretensiones , y que desde que él entró existia entre ellas una cierta rivalidad secreta , sorda , de que apenas se daban cuenta á sí mismas , pero que no por eso dejaba de revelarse á cada instante en sus palabras y en sus acciones ; mas como todas ellas eran con corta diferencia de igual belleza , luchaban con armas iguales , y cada cual

podia esperar con fundamento la victoria. La llegada de la gitana rompió bruscamente el equilibrio, por que era tan extraordinaria su hermosura que en el momento en que se presentó en la puerta de la estancia, inundóla en una especie de luz que de solo ella provenia. En aquella estancia cerrada, bajo el sombrío ceñidor de colgaduras y artesonados, estaba incomparablemente mas bella y mas radiante que en la plaza pública, como una antorcha que pasa de la claridad del dia á la sombra de la noche. Las nobles señoritas quedaron, mal su grado, deslumbradas; todas se sintieron en cierto modo humilladas á vista de tanta hermosura: por eso su frente de batalla (permítasenos esta espresion), mudó repentinamente, y sin embargo no se dijeron una palabra, pero se entendian á las mil maravillas; los instintos de las mujeres se comprenden y se responden mejor que las inteligencias de los hombres. Acababa de llegar una enemiga comun; todas lo conocian y todas se unieron. Basta una gota de vino para colorar un vaso de agua; para teñir en cierto humor, toda una asamblea de buenas mozas, basta la llegada de otra mas buena moza todavía, sobre todo cuando no hay mas que un hombre.

Recibieron pues á la gitana con una frialdad inaudita. Miráronla de arriba abajo, echáronse luego una ojeada al soslayo, y no fué menester mas; ya se habian comprendido. En tanto la gitana esperaba á que la dijese algo, tan confusa que no osaba levantar los párpados.

El capitán fué el primero que rompió el silencio.

— Afé mia, dijo con su tono de intrépida fatuidad, que es una admirable criatura! qué os parece, prima mia? www.libtool.com.cn

Esta observación que un admirador mas delicado hubiera hecho á lo menos en voz baja, no era muy propia para disipar las rivalidades femeninas que miraban como enemiga á la gitana.

Respondió Flor de Lis al capitán con una melosa afectación de desden: — No es fea.

Las otras cuchucaban.

En fin, la señora Aloisa que no era la menos envidiosa de todas, porque lo era por su hija, dirigió la palabra á la gitana: — Acercaos, chiquilla.

— Acercaos, chiquilla! respondió con cómica dignidad Berenguela, que la llegaría todo lo mas á la cadera.

Adelantóse la gitana hácia la noble viuda.

— Hermosa niña, dijo Febo con énfasis dando algunos pasos, hácia ella, no sé si tengo la suprema felicidad de ser reconocido por vos....

Interrumpiéndola con una sonrisa y una mirada llenas de una dulzura infinita: — Oh, sí! dijo.

— No tiene mala memoria, observó Flor de Lis.

— Ahora que me acuerdo, repuso Febo, por cierto que os escapásteis bien pronto la otra noche, — Os meto yo miedo por ventura?

— Oh no! dijo la gitana.

Había en el acento con que fué pronunciado este

oh no! despues de aquel *oh sí!* un no sé qué de inefable que ofendió á Flor de Lis.

—Por mas señas que me dejásteis en vuestro lugar, prenda mia, prosiguió el capitan cuya lengua se desataba hablando á una mozuela cualquiera, un compadre bastante chusco, tuerto y jorobado, el campanero del obispo, si no me engaño: me han dicho que es bastardo de un arcediano y diablo de nacimiento, y que tiene un nombre muy particular; llámase Cuatro-Témporas, Pascua, Martes de Carnaval, que sé yo! un nombre de día de fiesta, por vida mia! Con que se atrevia á robaros, como si fuérais manjar para boca de plebeyos! bueno es eso. Qué diablos os queria aquel mochuelo? hé, sepamos.

—No sé, respondió la hermosa.

—Insolencia como ella! atreverse un campanero á robar á una doncella como un vizconde! atreverse un villano á cazar en tierra de caballeros! me gusta la especie! Al fin y al cabo, cara le ha costado la broma. Maese Pierrat Torterue es el mas terrible palafrenero que sentó jamás la mano á un pecador, y puedo aseguraros, para vuestro consuelo, que la pelleja del tal campanero ha catado de lo lindo el sabor de sus correas.

—Pobre hombre! dijo la gitana, á quien recordaron estas palabras la escena de la picota.

El capitan soltó una buena carcajada: —Cuerno de buey! vaya una compasion bien empleada como una pluma en el C.... de un puerco! Consiento en ser barrigudo como un papa, si....

Hizo alto de repente : — Perdon, señoritas! creo que iba á decir una majadería.

— Jesus, caballero! dijo la Gaillefontaine.

— Habla en su lengua á esa mozuela! añadió á *Sotto-voce* Flor de Lis, cuyo despecho iba creciendo por momentos. Y no disminuyó seguramente aquel despecho, cuando vió al capitán, prendado de la gitana, y sobre todo de sí mismo, hacer una pirueta sobre sus talones, repitiendo con una galantería tabernaria y soldadesca: — Arrogante moza, por vida mía!

— Bien raramente equipada! dijo Diana de Christeuil, con su risita de buena dentadura.

Esta reflexion fue un rayo de luz para las otras, que las hizo ver el lado atacable de la gitana; no pudiendo hincar el diente en su hermosura la tomaron con su vestido.

— Pues no hay mas sino que es verdad, mocita, dijo la Montmichel; ¿quién te ha enseñado á correr por las calles sin griñon ni palatina?

— Vaya un zagalejo que hace temblar de puro corto! añadió la Gaillefontaine.

— Hija mia, prosiguió con sobrada acrimonia Flor de Lis, cuidado no os echen el gancho los soldados de la docena por vuestro cinturón dorado.

— Mocita, mocita, repuso la Christeuil con su implacable sonrisa, si te pusieras como es debido una manga sobre el brazo, no estaria tan tostado por el sol.

Era en verdad un espectáculo digno de un espectador mas inteligente que Febo el ver como aquellas hermosas niñas con sus lenguas venenosas é irritadas, serpeaban, mordian y se ensañaban en deredor de la pobre bailarina ambulante; eran graciosas y crueles; examinaban, destrozaban malignamente su pobre y loco tocado de oropeles y lentejuelas, todo con risas é ironías y humillaciones sin fin. Llovian los sarcasmos sobre la gitana y la compasion altanera y las miradas torcidas; semejantes á aquellas jóvenes damas romanas que se divertian en clavar agujas de oro en el seno de una hermosa esclava; semejantes á una jauria de elegantes galgas cazadoras, jirando, la nariz hinchada, los ojos ardientes, en torno de una pobre corza de las selvas, que la mirada del amo les impide devorar.

Y qué era en efecto para aquellas doncellas de noble alcurnia, una miserable bailarina de las calles? Parecia que ni siquiera hacian alto en su presencia; hablaban de ella, delante de ella, con ella misma, en alta voz, como de cosa algo indecente, no poco abyecta y bastante bonita.

No era insensible la gitana á aquellas punzadas. De vez en cuando una púrpura de vergüenza, un chispazo de cólera inflamaban sus ojos ó sus mejillas; una palabra desdeñosa parecia estar á punto de salir de sus labios; hacia con desprecio el gracioso mohin que ya conoce el lector; pero permanecia inmovil, fijando en el joven capitán una mirada triste, dulce y resignada: habia en aquella

mirada, ternura y felicidad: parecía que se contenía temerosa de que la echaran.

Febo por su parte reía á carcajada tendida, y abrazaba al partido de la gitana con una mezcla de impertinencia y de compasión. — Dejadlas hablar — que hablen! — repetía haciendo sonar sus espuelas de oro; seguramente vuestro traje es algo extravagante y terrible; pero en una real moza como vos, qué importa?

— Jesús, Dios mío, exclamó la blonda Gaillefontaine, enderezando su hermoso cuello de cisne con una sonrisa amarga, parece que los señores arqueiros del rey pronto se inflaman con los buenos ojos de Egipto.

— Por qué no? dijo Febo.

Al oír esta respuesta, dada con indiferencia por el capitán como una piedra perdida que ni siquiera se mira caer, echóse á reír Paloma y también Diana y Amelota y Flor de Lis, á cuyos ojos se asomó una lágrima en aquel momento.

La gitana que habia bajado al suelo su mirada al oír las palabras de Paloma de Gaillefontaine, los alzó radiantes de alegría y de orgullo, y los fijó de nuevo en el capitán. — Oh! muy hermosa estaba en aquel momento.

La venerable viuda que observaba aquella escena, se sentía ofendida y no entendía palabra.

— Virgen Santa! exclamó de repente, qué es esto que me rebulle en las piernas? Ay! que avechucha!

Era el tal avechucho ni mas ni menos que la cabrita que acababa de llegar en busca de su ama, y que, precipitándose hácia ella; habia empezado por enredar sus cuernos en el monton de damasco que dejaban caer sobre sus pies los vestidos de la noble señora, cuando estaba sentada.

Nuevo motivo de jarana: la gitana, sin hablar palabra, desenredó la cabrita.

—¡Ah! ¡aquí está la cabrita tan bonita, que tiene patitas de oro! exclamó Berenguela brincando de gusto.

Púsose de rodillas la gitana, y apoyó contra su mejilla la cariñosa cabeza del animalito, como si la pidiera perdon de haberla olvidado.

En tanto, Diana, acercándose al oido de Paloma:—¡Vaya, vaya! dijo, ¿cómo pude olvidarlo? Es la gitana de la cabra; dicen que es bruja, y que su cabra hace momerías singularmente milagrosas.

—¡Pues bien! dijo Paloma, es preciso que la cabra nos divierta tambien y nos haga un milagro.

Diana y Paloma se dirijieron de pronto á la gitana:—A ver, had que nos haga un milagro tu cabra.

—No sé que quereis decir, respondió la bailarina.

—Un milagro, una májia, una brujería en fin.

—No sé. Y volvió á acariciar á su cabrita, repitiendo: Djali! Djali!

Vió en aquel momento Flor de Lis un saquito

de cuero bordado, pendiente del cuello de la cabra:

— ¿Qué es eso? preguntó á la gitana.

Fijó en ella la gitana sus rasgados ojos, y respondió gravemente: — Es mi secreto.

— Ya quisiera saber, cuál es tu secreto, dijo para sí Elor de Lis.

Levantóse en esto la respetable viuda algo molinista: — Ea, ea, la gitana, si ni tú ni tu cabra teneis algo que bailarnos, ¿qué haceis aquí?

La gitana, sin responderla, se dirigió lentamente hacia la puerta; pero á medida que iba acercándose á ella, iba acortando el paso. Un imán invencible la detenía; de pronto volvió hacia Febo sus ojos húmedos de lágrimas, y se paró.

— Vive Dios, exclamó el capitán, que no hay motivo para irse así. — Venid acá, y bailadnos alguna cosa. — Ahora que me acuerdo, hermosa mia, ¿cómo os llamis?

— La Esmeralda, dijo la bailarina sin apartar los ojos del capitán.

Al oír este nombre extraño, echáronse de pronto á reír las cuatro amigas, sin poderlo remediar.

— ¡Terrible nombre para una doncella! dijo Diana.

— Bien veis, dijo Amelota, que es una encantadora.

— Hija mia, dijo en voz solemne la noble señora Aloisa, no os han pescado ese nombre vuestros padres en la pila del bautismo.

Mientras esto pasaba, hacia ya algunos minutos

que Berenguela, sin que nadie lo advirtiera, había atraído á la cabra á un rincón de la estancia, con ayuda de un bizcocho: al cabo de un momento, hi-ciéronse las dos íntimas amigas. La curiosa niña desató el saquito del pescuezo de la cabra; abrióle, y derramó en el suelo lo que contenia, que no era otra cosa mas que un alfabeto cuyas letras estaban escritas cada cual separadamente en una tablita de box. Apenas cayeron en el suelo aquellos cachibaches, cuando vió la niña con admiración á la cabra, que hacia sin duda entre otros aquel milagro, co-ger ciertas letras con su patita de oro y disponerlas, empujándolas suavemente, en un orden particular: al cabo de un momento, resultó de aquel manejo una palabra que sin duda el animal estaba muy acostumbrado á escribir, segun tardó poco en formar-la; y Berenguela exclamó alzando las manos en su estupefaccion:

-- Madrina Flor de Lis, ven á ver lo que acaba de hacer la cabrita.

Acudió Flor de Lis, y se estremeció profundamente. Las letras colocadas sobre la estera, formaban esta palabra:

Febo.

-- ¿Esto ha escrito la cabra? preguntó con voz balbuciente.

-- Sí, madrina, respondió Berenguela. Y en efecto, era imposible dudar-lo; la niña no sabia escribir.

-- ¡Este es el secreto! dijo para sí Flor de Lis.

Al grito de la niña acudieron todos, la madre, las señoritas, la gitana y el oficial.

Vió la gitana lo que acababa de hacer la cabra; púsose encendida, luego pálida, y empezó á temblar como una criminal delante del mancebo, que la miraba con una sonrisa de satisfaccion y de asombro.

—Febo! cuchucheaban las jóvenes estupefactas; ese es el nombre del capitán!

—Teneis una memoria prodigiosa! dijo Flor de Lis á la gitana petrificada. Y luego prorumpiendo en sollozos: —Oh! exclamó dolorosamente cubriéndose el rostro con ambas manos, es una hechicera! Y en tanto oia una voz mas amarga todavía, que repetia en el fondo de su corazón: — Es una rival!

Y cayó desmayada.

—Hija mia! hija mia! exclamó la madre aterrada —vete, gitana del infierno!!—

Recojió la Esmeralda en un abrir y cerrar de ojos las malandantes letras, hizo señal á Djali y salió por una puerta, mientras sus amigas se llevaban por otra á Flor de Lis.

El capitán Febo, que quedó solo, vaciló un momento entre las dos puertas; luego siguió á la gitana.

QUE UN SACERDOTE Y UN FILOSOFO SON DOS.

El sacerdote que habian visto las cuatro hermosas amigas en lo alto de la torre septentrional, inclinado sobre la plaza y tan atento al baile de la gitana, era en efecto el arcediano Claudio Frolo.

Nuestros lectores no habrán olvidado la misteriosa celda que se habia reservado en aquella torre. (Ignoro, y sea dicho de paso, si era ó no la misma cuyo interior puede verse aun hoy por una ventanilla cuadrada, abierta al levante á la altura de un hombre, sobre la plataforma de donde se alzan las torres; un chiribitil, hoy desnudo, vacío y descascarado, cuyas paredes mal enyesadas estan *adornadas* por una y otra parte en el momento en que escribimos, con algunos malos grabados amarillos que representan fachadas de catedrales. Supongo que habitan aquel agujero juntamente murcielagos y arañas, y que en él por consiguiente se hace á las moscas una doble guerra de esterminio).

Todos los días, una hora antes de ponerse el sol, subía el arcediano la escalera de la torre, y se encerraba en aquella celda donde pasaba á veces noches enteras. Aquel día, en el momento en que después de haber llegado á la puerta baja del tugurio, metía en la cerradura la llavecita complicada que llevaba siempre consigo en la escarcela pendiente de su cintura, llegó á sus oídos un rumor de pandereta y castañuelas: aquel rumor venía de la plaza del Atrio. La celda, como ya hemos dicho, no tenía mas que una ventana que caía sobre el tejado de la iglesia; guardóse Claudio Frollo la llave precipitadamente, y un momento después ya estaba en la cúspide de la torre, en la actitud meditabunda y sombría en que le habían visto las señoritas.

Permanecía allí, grave, inmóvil, absorto en una mirada y en un pensamiento; todo París estaba bajo sus pies con las mil agujas de sus edificios y su horizonte circular de blandas colinas, con su río que serpea bajo sus puentes, y su pueblo que ondea en sus calles, con la nube de su humo, con la montuosa cadena de sus techos que ciñe á la catedral con sus multiplicados eslabones; pero en toda aquella ciudad no miraba el arcediano mas que un punto del suelo, la plaza del atrio; en toda aquella muchedumbre, mas que una sola criatura, la gitana.

Difícil hubiera sido decir de qué naturaleza era aquella mirada y de donde procedía la llama que de ella brotaba; era una mirada fija, y llena sin

embargo de turbacion y de tumulto. Y en la profunda inmovilidad de todo su cuerpo apenas ajitado por intervalos de un estremecimiento, como una hoja sacudida por el viento, en la tirantez de sus brazos, mas de mármol que la baranda en que se apoyaban, en la sonrisa petrificada que contractaba su rostro, parecia que Claudio Frollo no tenia de vivo mas que los ojos.

La gitana bailaba; hacia girar su pandera en la punta de su dedo, y la arrojaba al aire bailando zarabandas provenzales; ágil, ligera, festiva y sin sentir el peso de la terrible mirada que caía á plomo sobre su cabeza.

Aumentaba el jentío en torno de ella; de vez en cuando, un hombre ataviado con una especie de casaca amarilla y colorada ensanchaba el círculo, y luego volvía á sentarse en una silla á algunos pasos de la bailarina, y cojía entre sus rodillas la cabeza de la cabra. Aquel hombre parecia ser el compañero de la gitana; pero Claudio Frollo desde el punto elevado en que se hallaba, no podia distinguir sus facciones.

Desde el instante en que vió el arcediano á aquel desconocido, pareció dividirse entre ambos su atencion, y su rostro empezó de nuevo á anublarse mas y mas. Levantó la cabeza de repente y un estremecimiento universal corrió por todos sus miembros: — Quién puede ser ese hombre? dijo entre dientes: siempre la habia visto sola!

Internóse entonces en la tortuosa bóveda en for-

ma de espiral y bajó la escalera; pero al pasar por delante de la puerta del campanario, vió una cosa que le sorprendió sobre manera. Vió á Quasimodo que, asomado á una abertura de aquellos aleros de pizarra que parecen enormes celosías, fijaba también su vista en la plaza, y estaba absorto en una contemplación tan profunda que ni siquiera advirtió que pasaba su padre adoptivo. Su ojo salvaje tenía una expresión singular; su mirada era dulce y parecía como fascinada.—Cosa extraña! murmuró Claudio.—¿Si estará mirando de ese modo á la gitana? Y continuó bajando. Al cabo de algunos minutos salió á la plaza el receloso arcediano por la puerta que está al pie de la torre.

—Qué ha sido de la gitana? dijo mezclándose en el grupo de espectadores atraídos por el son de la pandera.

—No sé, respondió uno de los circunstantes, acaba de desaparecer, y si no me engaño habrá ido á bailar algún fandango á la casa de enfrente, de donde la han llamado.

En lugar de la gitana, en aquel mismo tapiz cuyos arabescos desaparecían un momento antes bajo el caprichoso dibujo de sus danzares, solo vió el arcediano al hombre de lo colorado y amarillo que, para ganar también algunos testones (1), paseábase paralelamente á la circunferencia de los es-

(1) Moneda antigua en Francia de poco valor.

(N. del Trad.)

pectadores, los codos sobre los costados, la cabeza echada atrás, la cara purpurante, el pescuezo de media vara, y con una silla entre los dientes: sobre esta silla llevaba atado á un gato que le prestara una vecina, y que renegaba y mahullaba sumamente aterrado.

—Virjen María! exclamó el arcediano en el momento en que el saltibankis, sudando á mares, pasó por delante de él con su pirámide de silla y de gato, ¿qué hace ahí maese Pedro Gringoire?

Tal consternacion imprimió en el pobre diablo la voz severa del arcediano, que hubo de perder el equilibrio con todo su edificio, con lo que la silla y el gato cayeron de sopetón sobre la cabeza de los circunstantes, en medio de una inextinguible rechilla.

Es probable que maese Pedro Gringoire (porque él era en efecto) hubiera salido mal librado en sus cuentas con la vecina dueña del gato y con todas las caras contusas y arañadas que le rodeaban, si no se hubiera aprovechado con presteza del tumulto para refugiarse en la iglesia adonde le hizo Claudio Frollo señal de que le siguiera.

La catedral estaba ya obscura y desierta, las naves estaban llenas de tinieblas y las lámparas de las capillas empezaban á parecer estrellas sobre el fondo negro de las bóvedas. Solo el gran roseton de la fachada, cuyos mil colores estaban empapados en un rayo del sol horizontal, relucía en la sombra como una sarta de diamantes, y repercutaba al otro extremo de la nave su espectro deslumbrador.

Luego que hubieron andado algunos pasos, apoyóse don Claudio en un pilar y miró á Gringoire de hito en hito; mas no era aquella mirada la que temia Gringoire, ~~verdaderamente~~ corrido de haber sido atrapado por un personaje grave y docto en aquel traje de titiritero. La mirada del sacerdote nada tenia de burlona ni de irónica; estaba serio, sereno y penetrante. El arcediano fué el primero que rompió el silencio.

—Venid acá, maese Pedro, que teneis que explicarme muchas cosas.—Y antes de pasar adelante, de dónde viene que no se os ha visto hace ya cerca de dos meses y que os vemos ahora por esas calles, lindamente equipado, por vida mia! la mitad colorado y la mitad amarilló como una manzana de Candebec?

—Señor, dijo Gringoire rabo entre piernas, llevo en verdad una vestimenta prodigiosa, y aquí me veis todo mohino como un gato con una calabaza en la cabeza. Bien conozco que es cosa muy indigna esponer á los señores partesaneros de la ronda á apalearse bajo esta casaca el húmero de un filósofo pitagórico. Pero qué quereis que os diga, mi reverendo maestro? La culpa es toda de mi antigua ropilla que me ha abandonado cobardemente al principio del invierno, so pretesto de que se caía á guñapos y de que necesitaba ir á descansar en la cesta del trapero. *Quid faciendum?* Aun no ha llegado la civilizacion á punto de que se pueda ir en cue-recitos vivos, como queria el antiguo Diógenes;

añadese á esto que soplabá un viento muy frío, y que no es el mes de enero el mas idóneo para hacer dar este nuevo paso á la humanidad. Hase presentado esta casaca y echádola he la garra; abandonando mi antigua ropilla negra que, para un hermético como yo, estaba muy poco herméticamente cerrada. Catadme pues en traje de histrión, como San Genest. -- Qué quereis, señor? es un eclipse: tambien Apolo pastoreó marranos en el país de Admeto.

--Digno oficio seguramente el que ejereis! repuso el arcediano.

--Convengo, señor maestro, en que mas vale filosofar y poetizar, soplar la llama en el horno ó recibirla del cielo, que llevar gatos sobre el pavés; y por eso, cuando me apostrofasteis, quedé estupefacto cual otro asno delante de un asador. Pero qué quereis, señor? Preciso es vivir todos los dias, y los mejores versos alejandrinos no valen tanto para comidos como un pedazo de queso de Brie. Yo hice para la señora Margarita de Flandes aquel famoso epitalamio que sabeis, y la ciudad no me le quiere pagar, só pretesto de que no es escelente, como si se pudiera dar por cuatro escudos una tragedia de Sofocles. Iba pues á morirme de hambre; pero halléme por fortuna algo robusto por parte de las mandíbulas, y dije á estas mandíbulas: --Haced prodijios de fuerza y de equilibrio; mantente á tí misma. *Ale te is pam*. Una cáfila de bribones, que ya se han hecho grandes amigos míos, me han enseña-

do mil especies de habilidades hercúleas, y ahora doy todas las noches á mi dentadura el pan que ha ganado durante el día con el sudor de mi frente. Conviene seguramente, *concedo*, que es este un triste empleo de mis facultades intelectuales, y que el hombre no fué creado para tamborilear y morder sillas; pero, reverendo maestro, no basta pasar la vida, es preciso ganarla.

Don Claudio escuchaba en silencio; de repente tomaron sus ojos hundidos una espresion tan sagaz y penetrante, que Gringoire se sintió, por decirlo así, escudriñado hasta el fondo del alma por aquella mirada.

—Bien está, maese Pedro; pero en qué consiste que os hallo ahora en compañía de esa bailarina de Egipto?

—Toma! dijo Gringoire, en que es mi mujer y yo soy su marido.

—Inflaméronse de súbito los tenebrosos ojos del sacerdote.

—Y cómo te has atrevido, miserable?... exclamó haciendo con furor el brazo de Gringoire; estás bastante abandonado de Dios para poner la mano en esa mujer?

—Por el cielo y la tierra, señor, respondió Gringoire, temblando como un azogado, os juro que no la he tocado el pelo; si es eso lo que os inquieta.

—Pues qué estas hablando de marido y mujer? dijo el eclesiástico.

Contóle entonces Gringoire lo mas sucintamente que pudo todo lo que ya sabe el lector; su aventura de la corte de los Milagros y su casamiento del cántaro roto. Pero es el caso que aquel matrimonio no habia tenido aun resultado alguno, y que todas las noches le escamotaba la gitana su noche de bodas como la primera vez:—Es un fastidio, dijo al acabar su relacion;—pero eso consiste en que he tenido la desgracia de casarme con una vírgen.

—Qué quereis decir? preguntó el arcediano que se habia ido serenando por grados al oir aquellas palabras.

—Es algo difícil de explicar, respondió el poeta: todo ello no pasa de ser una supersticion. Mi esposa es, segun me ha dicho un viejarron muy asqueroso á quien nosotros llamamos el duque de Egipto, una criatura hallada ó perdida, lo que viene á ser lo mismo;—lleva en el cuello un amuleto que, segun me han asegurado, la hará un dia encontrar á sus padres, pero que perdería su virtud si la niña perdiese la suya; de donde resulta que uno y otro somos muy virtuosos.

—Luego, repuso Claudio cuya frente se iba despejando poco á poco, creéis que esa criatura no ha sido tocada por hombre alguno?

—Y qué quereis, Don Claudio, que haga el hombre cuando hay de por medio una supersticion? Se la ha metido en la cabeza, y cierto que es cosa muy singular esa severa virtud que se conserva intacta en medio de aquellas hijas de Bohemia, tan

fáciles de domesticar. Pero tiene para protegerse tres cosas; el duque de Egipto que la ha tomado bajo su salva-guardia, esperando sin duda venderla á algun abad ricacho y libertino; toda su tribu, que la profesa singular veneracion como á una Nuestra Señora; y un cierto cuchillito muy mono que la pica ruela lleva siempre metido no se donde, y que le sale á las manos apretándola la cintura. Es una abispa terrible, vive Dios!

Acosó el arcediano con sus preguntas á Gringoire.

Era la Esmeralda, en el dictámen de Gringoire, una criatura inofensiva y primorosa; bonita, á escepcion de cierto mohin que le era peculiar, una muchacha inocente y apasionada, ignorante de todo y entusiasta de todo; no sabiendo ni aun en sueños, la diferencia que existe entre un hombre y una mujer; natural y sencilla; aficionada ante todas cosas, al baile, al ruido, al aire libre; una especie de mujer-abeya, con alas invisibles en los pies y aclimatada en un perpétuo torbellino; seguramente debia esta naturaleza á la vida errante que habia pasado. Logró Gringoire averiguar que, siendo niña, habia recorrido la España y la Cataluña hasta la Sicilia; creia tambien que habia sido llevada por la caravana de gitanos de que hacia parte, al reino de Arjel, pais situado en Acaya, la cual Acaya linda por un lado con la Albania menor y la Grecia, y por el otro con el mar de las dos Sicilias, que es el camino de Constantinopla. Los bohemios,

decia Gringoire, eran vasallos del rey de Arjel, en su calidad de jefe de la nacion de los moros blancos: mas lo que era indudable, es que la Esmeralda habia llegado á Francia por la Hungría, siendo muy niña. De todos estos paises habia traído la mozueta gran copia de palabras chapurradas, cantares é ideas extranjeras, que hacian de su lenguaje un cierto batiburrillo como el de su traje, medio parisiense, medio africano. La jente de los barrios que frecuentaba, la tenia mucho cariño por su alegría, por su hermosura, por su gentil donaire, por sus danzas y sus decires. En toda la ciudad, no se creia aborrecida mas que por dos personas, de quienes siempre hablaba con terror; por la reclusa de la Torre-Roland, que no sé porque aborrece de muerte á las jitanas y la echa una maldicion siempre que pasa por delante de su cobacha; y por un sacerdote, que siempre que la encuentra la lanza miradas y palabras que la meten miedo. Mucho turbó esta última circunstancia al sacerdote, sin que hiciese alto Gringoire en aquella turbacion, tanto habia bastado el transcurso de dos meses para hacer olvidar al filósofo poeta los singulares detalles de aquella noche en que encontró á la gitana, y la presencia del arcediano en todo aquello. Pero esto no obstante, nada temia la hermosa bailarina; y como no decia la buena ventura, estaba á cubierto de aquellos procesos de májia entablados tan frecuentemente contra las gitanas: ademas, Gringoire la servia de hermano, si bien no de ma-

rído; y es el caso que el digno poeta llevaba muy en paciencia aquella especie de matrimonio platónico, que le proporcionaba seguros pan y techo. Salía todas las mañanas de la corte de los Milagros, casi siempre con la gitana; ayudábala á hacer en las plazas y sitios públicos su cosecha de ochavos y de testones, volvía todas las noches con ella bajo el mismo techado, dejábala encerrarse con cerrojo en su tugurio, y se dormía con el sueño del justo; existencia muy dulce al fin y al cabo, decía, y muy apta para la meditación. Y luego, en el fondo de su conciencia, no estaba muy seguro el poeta de estar loco de enamorado de la gitana; casi tanto amaba como á ella á la cabrita, que era un animalito increíble, amable, listo, inteligente, una cabra erudita. Como eran frecuente en la edad media estos animales doctos que mucho asombraban, y que solían llevar nada menos que á la hoguera á sus instructores; pero las brujerías de la cabrita de las patas doradas, no pasaban de ser unas inocentes travesurillas. Esplicóselas Gringoire al arcediano, á quien parecían interesar en sumo grado aquellos detalles: bastaba casi siempre presentar la pandereta á la cabrita, pero de un modo particular, para obtener de ella la deseada monería. Habíala enseñado así la gitana, que tenía para estas habilidades un talento tan especial, que no había necesitado arriba de dos meses para enseñar á la cabra á escribir con letras movedizas la palabra *Febo*.

—*Febo!* dijo el sacerdote; y por qué *Febo*?

—Qué se yo? respondió Gringoire; puede que sea alguna palabra que cree dotada de alguna virtud mágica y secreta. Muchas veces le repite á media voz cuando se cree sola.

—Etais seguro, repuso Claudio con su mirada penetrante, de que eso es una palabra y no un nombre?

—Nombre de quién? dijo el poeta.

—Qué sé yo? dijo el sacerdote.

He aquí lo que yo imagino, mi reverendo maestro. Esos gitanos tienen sus puntas de güebros y adoran al sol: de aquí, *Febo*.

--No me parece eso tan claro como á vos, maestro Pedro.

—Al fin y al cabo, maldito lo que se me importa: repita su *Febo* cuanto le dé la gana.--Lo que es seguro es que Djalí me quiere ya casi tanto como á ella.

—Quién es Djalí?

—La cabrita.

Apoyóse el arcediano la barba sobre la mano y quedó meditabundo por un buen rato. De repente volvióse bruscamente hácia Gringoire.

--Con que me juras que no la has tocado?

--A quién? dijo Gringoire, á la cabra?

—No, á esa mujer.

--A mi mujer? os juro que no.

--Estás á menudo solo con ella?

--Todas las noches, una hora.

Don Claudio frunció las cejas.

—Oh! oh! *Solus cum solá non cojitabuntur orare Pater noster.*

—Por mi vida que pudiera rezar el *Padre nuestro* y el *Ave María* y el *Creo en Dios Padre*, sin que ella reparara en mí mas que una gallina en una iglesia.

—Júrame por el vientre de tu madre, repitió el arcediano con energía, que no has tocado á esa criatura.

—Y aun por la cabeza de mi padre pudiera jurarlo, porque las dos cosas tienen mas de una relacion entre sí. Pero, reverendo maestro, permíidme que yo tambien os haga una pregunta.

—Hablad.

—Qué os importa todo eso?

Encendióse el pálido rostro del arcediano como las mejillas de una vírjen: quedó un momento sin responder, y luego dijo con evidente desazon.

—Escuchad, maese Pedro Gringoire: aun no estais condenado... al menos que yo sepa. Me interesais y deseo vuestro bien; habeis de saber que el menor contacto con esa gitana del demonio, os haria vasallo de Satanás. Bien sabeis que siempre es el cuerpo el que pierde al alma.—¡Ay de tí si te llegas á esa mujer! Tenedlo presente.

—Una vez lo intenté, dijo Gringoire, rascándose la oreja, y fue el primer dia; pero me pinché....

—Habeis tenido esa desvergüenza, maese Pedro? Y de nuevo se anubló la frente del sacerdote

--Y luego otra vez!--continuó el poeta sonriendo--miré por el agujero de la cerradura antes de acostarme y ví la mas delicada hembra en camisa que hizo jamás rechinar las tarimas de una cama bajo su pie desnudo!

--Llévete el diablo! exclamó el sacerdote con un acento terrible y dando un fuerte empellon al atónito Gringoire, internóse á pasos ajigantados en las mas oscuras galerías de la catedral.

LAS CAMPANAS.

Desde la mañana de la picota, habían creído advertir los vecinos de Nuestra Señora que el entusiasmo campaneador de Quasimodo se había entibiado sobremanera. Antes todo se volvía repiqueteos, largas alboradas que duraban de primas á completas, toques á vuelo por una misa mayor, ricos diapasones en las campanas menores por una boda, por un bautismo, entretejiéndose en el aire como una bordadura de mil brillantes sonidos: la antigua iglesia, tan brillante y sonora estaba en una perpétua algazara de campanas; revelábase siempre en ella la presencia de un espíritu de bulla y de capricho que cantaba por todas aquellas bocas de cobre. Ahora parecía que aquel espíritu había desaparecido; la catedral se mostraba adusta y silenciosa las fiestas y los entierros tenían su campaneó sencillo pobre, y seco, lo que exigía el ritual y na-

da mas: del doble rumor que produce una iglesia, el órgano dentro, la campana fuera, no quedaba ya mas que el órgano: parecia que habia desaparecido el músico de los campanarios. Y sin embargo alli estaba Quasimodo! Qué le habia pasado? Duraban todavía acaso en el fondo de su alma la vergüenza y la desesperacion de la picota? acaso se repercutaban sin fin en su alma los latigazos del atormentador, y la pena de tan crudo tratamiento lo habia estinguido todo en él, hasta su pasion por las campanas? ó tal vez María tenia una rival en el corazon del campanero de Nuestra Señora, y la gran campana y sus catorce hermanas se veian abandonadas por algo mas bello y mas amable?

Sucedió que en el año de gracia 1482, cayó la Anunciacion en un martes 25 de marzo. Estaba aquel dia la atmósfera tan pura y tan leve, que Quasimodo sintió renacer en su alma el amor á sus campanas. Subió pues á la torre septentrional, mientras abria el bedel de par en par las puertas de la iglesia, que eran á la sazón dos enormes cuarterones de madera forrada de cuero, recamados de clavos de hierro dorados y llenos de esculturas "muy artificialmente elaboradas."

Cuando llegó á la aérea estancia de las campanas, considerólas Quasimodo por un buen rato meneando la cabeza tristemente, como si se lamentára de que un cuerpo extraño se habia interpuesto en su corazon entre ellas y él. Pero luego que las hubo echado á vuelo; cuando sintió aquel

manejo de campanas moverse bajo sus manos, cuando vió, porque no la oía, subir y bajar la octava palpitante sobre aquella escala sonora como un pájaro que revolotea de rama en rama; cuando el diablo-Música, verdadero demonio que bambolea un manojo de *estrettas*, *trilos* y arpejos, se hubo apoderado del pobre sordo, entonces volvió este á ser feliz, y el júbilo de su corazón brilló en su rostro.

Iba y venia de una parte á otra, dando palmas de alegría, corriendo de cuerda á cuerda, animando á los seis cantores con la voz y con el jesto como un director de orquesta que estimula á excelentes músicos.

—Vuela, decia, vuela, Gabriela, y derrama todo tu estruendo en la plaza, que hoy es dia de fiesta. —Animo, Thibauld, y fuera pereza que te quedas atras: ea, ea —te has enmohecido, haragan?— Eso es, aprisa, aprisa! que no se vea el badajo. —Vuélvelos á todos sordos como á mí—Bien, Thibauld, bien—eso es portarse! Guillermo! Guillermo! tú eres el mayor, y Pasquier es el menor, y Pasquier va mas aprisa que tú.—Apuesto á que los que oyen le oyen á él mejor que á tí.—Bien, Gabriela, bien, fuerte! mas fuerte! —Ola! qué haceis vosotros alli, Gorriones? no os veo meter el mas pequeño ruido.—Qué quieren decir esos picos de cobre que parece que bostezan cuando debieran cantar?—Ea, ea, á trabajar! hoy es la Anunciacion:—hace un hermoso dia, y es preciso que haya un buen repiqueteo.—

Pobre Gillermo! ya estás todo desalentado, barrigon!—

Ocupado estaba exclusivamente en aguijonear sus seis esquilonés que revoloteaban á mas no poder, y sacudían sus lustrosas grupas como un excelente tiro de mulas castellanas aznizado de continuo por los apóstrofes del zagal.

En esto, dejando caer su mirada por entre las anchas escamas de pizarra que cubren hasta una cierta altura la pared perpendicular del campanario, vió en la plaza una muchacha estrañamente ataviada que se detenía, desplegaba en el suelo un tapiz sobre el cual fue á sentarse una cabrita, y un grupo de espectadores que se formaba en círculo alrededor. Aquel espectáculo trastornó de súbito el orden de sus ideas, y cuajó su entusiasmo musical como cuaja una bocanada de aire la resina en fusion: paróse, volvió la espalda á las campanas, y se acurrucó detras del alero de pizarra, fijando en la bailarina aquella mirada meditabunda, tierna y melancólica que ya en otra ocasion habia admirado al arcediano. Entonces las campanas olvidadas se apagaron bruscamente todas juntas á la par, con gran disgusto de los aficionados á repique-teps, que de buena fé escuchaban aquella música aérea desde encima del Puente-au-Chauge, y que se fueron entonces estupefactos como un perro á quien despues de haberle enseñado un hueso, le dan un guijarro.

ANATH.

Acaeció pues que en una hermosa mañana de aquel mismo mes de marzo, el sábado 29, si no me engañó; día de san Eustaquio, advirtió al vestirse nuestro amiguito el estudiante Juan Frollo del Molino que sus calzas que contenian su bolsa, no espedian sonido alguno metálico. -- Pobre bolsa! exclamó sacándola de la faltriquera -- y qué? ni siquiera el mas mínimo parisie! Oh, y como los dados, los jarros, la cerbeza y Venus te han destripado desapiadadamente! oh, y cuanto estás ahora flaca, floja y arrugada! oh, y cual te pareces á la garganta de una furia! Decídmelo por vuestra vida, señores Ciceron y Séneca, cuyos rugosos ejemplares yacen esparramados por el suelo, decídmelo de qué me vale saber mejor que un general de las monedas ó un judío del Puente-aux-Changeurs, que un

escudo de oro con corona vale treinta y cinco oncenos de á veinticinco sueldos, ocho dineros parisies cada uno, y que un escudo con la media luna vale treinta y seis oncenos de á veintiseis sueldos, y seis dineros torneses por pieza, si no tengo un miserable maravedí negro que arriesgar á los dados! oh, consul Ciceron! no es calamidad esta de que puedes salir un hombre con perifrasis, con *quemadmodum* y *verumenimvero*!!

Vistióse tristemente. Ocurrióle una idea mientras estaba atacándose los botines, pero al momento la desechó, volvió ella sin embargo á la carga, y el estudiante se puso el chaleco al revés, señal evidente de un violento combate interior. En fin, tiró al suelo con ímpetu su gorra, exclamando: Tanto peor! Salga por donde saliere! me voy á ver á mi hermano: cojeré un sermon, pero cojeré tambien un escudo!

Vistióse precipitadamente su ropilla de mangas entreteladas, encasquetóse su gorra, y salió como hombre desesperado.

Bajó la calle de la Harpe hácia la Ciudad; al pasar delante de la calle de la Huchette, el olor de aquellos admirables asadores que giraban continuamente en ella á la lumbre, vino á regalar su olfato, y no pudo menos el jóven de echar una mirada de amor á la ciclópea pastelería que arrancó en cierta ocasion al franciscano Calatagirose esta patética exclamacion: *Vcramente, queste rotisserie sono cosa stupenda!* Pero Juan no tenia para almorzar, y se internó lanzando un profundo suspiro por la puerta

del pequeño Chatelet, aquel enorme manojó de macizas torres que defendia la entrada de la Ciudad.

Ni siquiera se tomó el trabajo de tirar una pedrada al pasar, como era uso y costumbre á la miserable estatua de aquel Perinet Leclerc que entregó á los ingleses el París de Carlos VI, crimen que durante tres siglos espíó su efigie magullada á pedradas y cubierta de lodo, en la esquina de las calles de la Harpe y de Bussy, como en una eterna picota.

Después de haber atravesado el pequeño Puente, y la calle nueva de Santa Genoveva, hallóse Juan de Molendino enfrente de Nuestra Señora. Volvió entonces á su pasada indecision, y se paseó por algunos instantes alrededor de la estatua de Mr. Legris repitiendo con agonía: — El sermón es seguro, el esueto es problemático!

Salió á la sazón un bedel del claustro.

—Donde está el señor arcediano de Josas? le preguntó.

—Creo que está en su escondrijo de la torre, dijo el bedel; y no os aconsejo que vayais á interrumpirle, á menos que vengais de parte de alguna persona de cuenta como el papa ó el señor rey.

Dió Juan una palmada.—Diablo! exclamó, esóate una magnífica ocasion de ver la famosa cohecha de las brujerías!

Determinado por esta reflexion, entró valerosamente por la puertecilla negra, y empezó á subir la rosca llamada de San Gil que conduce á los pi-

esos superiores de la torre.--Ahora lo veré! decia andando. Por los brinquiños de la Santa Virgen que debe ser cosa curiosa la celdilla que mi reverendo hermano oculta como su pudendum! Se dice que enciende en ella las cocinas del infierno, que está cociendo á fuego vivo la piedra filosofal! Cuerpo de Dios! así me curo yo de la piedra filosofal como de un guijarro, y mas quisiera hallarme sobre su horno una tortilla con magras que la mayor piedra filosofal del mundo!

Luego que llegó á la galería de las columnillas, respiró un buen rato, y empezó á echar pestes contra la interminable escalera enviándola á que se yo cuántos millares de carretadas de demonios; y luego prosiguió su ascension por la estrecha puerta de la torre septentrional, actualmente cerrada al público. Despues de haber dejado atras la estancia aérea de las campanas, halló una pequeña meseta abierta en una hendidura lateral, y debajo de la bóveda una pequeña puerta ojiva cuya enorme cerradura y robusta armazon de hierro pudo observar á la luz de una tronera abierta frente por frente en la pared circular de la escalera. Las personas que tuviesen curiosidad de visitar hoy aquella puerta, podrán reconocerla por esta inscripcion grabada en letras blancas sobre la pared negra; ADORO A CORALIA. 1823, FIRMADO, EUGENIO.--*Firmado* está en el testo.

--Uff! dijo el estudiante, aquí debe ser! La llave estaba en la cerradura y la puerta entornada;

empujóla con mucho tiento, y asomó por ella la cabeza.

Seguramente habrá recorrido el lector las admirables estampas de Rembrandt, el Shakespeare de la pintura. Entre tantos maravillosos grabados, hay uno en particular al agua fuerte que representa, segun la opinion general, el doctor Fausto, y que es imposible contemplar sin terror. Es una celda sombría; en medio está una mesa cubierta de objetos hediondos, calaveras, esteras, alambiques, compases, pergaminos y geroglíficos. Delante de esta mesa está el doctor, cubierto con su grosera sopalanda y con su gorro de pieles metido hasta las cejas. No se le vé mas que hasta la mitad del cuerpo; está medio levantado de su inmensa poltrona; sus puños crispados se apoyan sobre la mesa y está considerando, con curiosidad y terror, un gran círculo luminoso, formado de letras mágicas que brilla sobre la pared del fondo como el espectro solar en la cámara obscura. Aquel sol cabalístico parece que tiembla á la vista y llena la triste celda con su misterioso esplendor: es horrible y bello.

Una cosa muy semejante á la celda de Fausto se presentó á los ojos de Juan, cuando metió la cabeza por la rendija de la puerta entreabierta. Vió un recinto sombrío y apenas iluminado; vió tambien una ancha poltrona y una gran mesa, compases, alambiques, esqueletos de animales pendientes del techo, una esfera rodando por el suelo, hipocéfalos interpolados con almireces donde brillaban

pequeñas láminas de oro, cabezas de muertos sobre vitelas pintorreádas con figuras y caracteres, largos manuscritos abiertos de par en par, sin compasion á los frágiles ángulos del pergamino; en fin, todas las inmundicias de la ciencia, y por dó quiera, sobre aquellos mamotretos, polvo y telarañas; pero no habia círculos de letras luminosas, ni doctor en éxtasis contemplando la esplendente vision como el águila mira al sol.

La celda, sin embargo, no estaba vacía; un hombre encorvado sobre la mesa ocupaba el sillón. Juan, hácia quien estaba vuelto de espaldas, no podía ver mas que sus hombros y la parte posterior de su cráneo; pero fácilmente reconoció aquella cabeza calva, en que habia hecho naturaleza una eterna tonsura, como si hubiera querido revelar por aquel símbolo exterior, la irresistible vocacion clerical del arcediano.

Reconoció, pues, Juan á su hermano; pero habíase abierto la puerta con tanto pulso, que no oyó Claudio su llegada, de lo cual se aprovechó el curioso estudiante para examinar por algunos momentos la celda muy á su sabor. Un ancho horno en que no habia reparado á primera vista, estaba á la izquierda del sillón, debajo de la ventanilla. El rayo de luz que penetraba por aquella abertura atravesaba una redonda telaraña que inscribia con primor su delicado tejido en la ojiva de la ventanilla, y en cuyo centro estaba el insecto tejedor inmóvil como el cubo de aquella rueda de encaje. Acu-

mutadós estaban en desórden sobre el horno, toda especie de vasos, redomas de barro, retortas de vidrio, alambiques de carbon: Juan observó, suspirando, que no había un solo cazo. — ¡Famosa batería de cocina! dijo para su capote.

Es el caso además, que no había fuego en el horno, y que parecía que no se había encendido en él hacia mucho tiempo. Una careta de vidrio que advirtió Juan entre los utensilios de alquimia, y que servia sin duda para preservar el rostro del arcediano cuando elaboraba alguna substancia terrible, estaba en un rincón cubierta de polvo y como olvidada. Yacia á su lado un fuelle no menos empolvado, y en cuya hoja superior se veía esta leyenda, incrustada en letras de cobre: SPIRA, SPERA.

Otras leyendas se veían escritas, segun la práctica de los herméticos, en gran número sobre las paredes; unas señaladas con tinta, otras grabadas con una punta de metal, letras góticas, hebreas, griegas, romanas, todas revueltas entre sí; por todas partes esparramadas las inscripciones, unas sobre otras, las mas recientes cubriendo á las mas antiguas, y enredándose todas unas en otras como las ramas de un matorral, como las picas en una caranchoza; era aquello en efecto un confuso bati-burrillo de todas las filosofías, de todos los sueños, de todas las sabidurías humanas. Veíase de cuando en cuando alguna que brillaba sobre las demas como un estandarte entre las puntas de las lanzas; estas eran, por lo comun, una breve divisa griega ó

latina, como sabía formularlas tan bien la edad media: *Unde? inde?* — *Homo homini monstrum.* — *Astra, castra, nomen, numen.* — *Μίγα βιβλίον, μίγα κακόν* (1). — *Sapere aude.* — *Flat ubi vult.* — etc.; á veces una palabra desnuda al parecer de todo sentido aparente: — *Αστυνοπία*; lo que encerraba tal vez alguna amarga alusion al régimen del claustro; á veces, en fin, una simple máxima de disciplina clerical formulada en un exámetro reglamental: *Cœlestem dominum, terrestrem dicito domnum.* Habia tambien *passim* algunas divisas hebreas, de que Juan, ya muy poco erudito en el griego, no entendia palabra; y en medio de todo velanse á cada momento estrellas, figuras de hombres ó de animales, y triángulos que se intersecaban, lo que contribuia no poco á hacer que se asemejase la emborronada pared de la celda á una hoja de papel sobre la cual hubiera paseado un mono una pluma llena de tinta.

El conjunto de la celda presentaba ademas un aspecto de ruina y abandono; y el triste estado de los utensilios dejaba suponer que hacia ya mucho tiempo distraian de sus trabajos al dueño otros cuidados.

Aquel dueño entre tanto, inclinada la cabeza, sobre un inmenso manuscrito ornado de extrañas pinturas, parecia trabajado por una idea que se mezclaba de continuo á sus meditaciones; tal creyó

(1) Significa un mal libro es un gran mal. (*Nota del trad.*)

al menos Juan al oírle esclamar, con las intermitencias pensativas de un delirante que sueña en alta voz.

—Sí, Manou lo dice, y Zoroastres lo enseña! el sol nace del fuego, la luna del sol; el fuego es el alma del gran todo; sus átomos elementales se estienden y gotean sin cesar sobre el mundo en corrientes infinitas! En los puntos en que se cortan estas corrientes en el cielo producen la luz; en los puntos de su intersección en la tierra, producen el oro. —La luz, el oro! todo es lo mismo! —El oro no es mas que fuego en el estado concreto. —La diferencia de lo visible á lo palpable, de lo fluído á lo sólido en la misma sustancia, del vapor de agua al hielo y nada mas. — Estos no son delirios — esta es la ley general de la naturaleza. — Pero qué hacer para arrancar á la ciencia el secreto de esta ley general? Y qué! esa luz que inunda mi mano, es oro! esos mismos átomos dilatados conforme á cierta ley, bastaría condensarlos conforme á otra cierta ley, para convertirlos en oro! — Qué he de hacer? — Algunos han tenido la idea de sepultar un rayo del sol — Averroes — (1) — sí, Averroes fue — Averroes en-

(1) Averroes ó Aven — Rosch, filósofo árabe del siglo XII. Aunque hijo de un magistrado muy principal de Córdoba, pasó sus primeros años en Marruecos cuyo trono ocupaba Almanzor á la sazón, y donde hizo grandes progresos en la medicina y en la filosofía. Sucedió á su padre en la magistratura y fue encerrado en una prision por sospechas de herejía; pero es seguro que mas bien propendia al deísmo, pues se burlaba igualmente de las religiones judia, cristiana y musulmana. Era partidario acérrimo de Aristóteles, y se le llamó el *Comentador* á causa de sus

terró uno debajo del primer pilar á la izquierda del santuario del Alcoran, en la gran mezquita de Córdoba; pero no se podrá socavar el suelo para ver si ha salido bien la operacion hasta de aquí á ocho mil años.

—Cáspita, dijo Juan entre sí, no es poco esperar un escudo!

—Otros han creído, prosiguió el caviloso arcediano, que seria mejor hacer la operacion sobre un rayo de Sirio; pero no es fácil obtenerle puro á causa de la presencia simultánea de otras estrellas que mezclan sus rayos con los de él. Flamel opina que lo mas sencillo es trabajar sobre el fuego terrestre. —Flamel! oh nombre de predestinado! *Flamma!* —Si, el fuego. —Aqui está el secreto. —El diamante está en el carbon, el oro está en el fuego. —Pero cómo extraerle? —Magistri asegura que hay ciertos nombres de mujer de un encanto tan dulce y tan misterioso, que basta pronunciarlos durante la operacion... —Leamos lo que dice Manou: "Donde las mujeres son atendidas, las »divinidades estan contentas; donde son despreciadas, es inútil rezar. — La boca de una mujer es »siempre pura, es un agua corriente, es un rayo »del sol. —El nombre de una mujer debe ser agra-

trabajos sobre aquel filósofo. Escribió sobre la medicina, amén de las obras de *Natura orbis*, de *re médica de Theriaca* &c., y dió á luz un compendio del *Almagesto* de Ptolomeo. La mejor edicion de sus obras es la de Venecia — 1608. — Murió en 1206.

(Nota del traductor.)

•dable, dulce, imaginario; acabar con vocales lar-
•gas y parecerse á palabras de bendicion!... Si, el
sabio tiene razon: en efecto, la María, la Sofia, la
Esmeral...— Maldicion! siempre este pensamiento.

Y cerró el libro con violencia.

Pasóse la mano por la frente, como para ahuyentar la idea que le perseguia; luego cogió sobre la mesa un clavo y un martillito en cuyo mango se veian primorosamente pintadas algunas letras cabalísticas.

—De algun tiempo á esta parte, dijo con amarga sonrisa, me salen mal todos mis experimentos; la idea fija se ha apoderado de mí y consume mi cerebro como una manga de fuego; ni siquiera he podido dar con el secreto de Cassiodoro, cuya lámpara ardia sin mecha y sin aceite — Cosa fácil, sin embargo!

—Cuerno! dijo Juan para sus adentros.

—...—Con que basta, continuó el sacerdote un solo miserable pensamiento para hacer á un hombre débil y loco! Oh! y cómo se reiria de mí Claudia Pernelle, aquella mujer que no pudo apartar un punto á Nicolás Flamel de la investigacion de la grande obra! Y qué! tengo en mi mano el martillo májico de Zequielé! á cada golpe que el formidable rabino, desde el fondo de su zequizami, daba sobre este clavo sobre este martillo, aquel de sus enemigos á quien él nombraba, aunque estuviera á dos mil leguas, se hundia media vara en la tierra que le devoraba; al mismo rey de Francia,

por haber una noche tropezado inconsideradamente en la puerta del Taumaturgo, entró en su pavimento de París hasta las rodillas. — Es cosa que sucedió aun no hace tres siglos. — Y sin embargo, yo tengo el martillo y el clavo, y no son en mis manos, herramientas mas formidables que un escoplo en manos de un tallador. — Y eso que todo se reduce á dar con la palabra mágica que pronunciaba Zequielé martillando su clavo. —

—Friolera! dijo Juan mentalmente.

—¡Ea, ensayemos, repuso al punto el arcediano: si lo logro, veré brotar la chispa azul de la cabeza del clavo. — Emen—Hetan! Emen—Hetan! — No es esto. — Sigeani! Sigeani! — Abra este clavo la tumba á quien quiera que se llame Febo...! — Condenacion! siempre y eternamente la misma idea!

Y arrojó colérico el martillo; luego se hundió tan profundamente en su poltrona y sobre la mesa, que Juan le perdió de vista detras del enorme respaldo; durante algunos minutos, no vió mas que su puño convulsivo crispado sobre los pergaminos. De pronto levantóse don Claudio, cojió un compas, y grabó sin decir palabra sobre la pared en letras mayúsculas esta palabra griega:

'AN'AIKH.

—Mi hermano ha perdido la chaveta, dijo Juan para su colete; mas sencillo hubiera sido escribir: *Fatum*: no todos tienen obligacion de saber el griego.

Volvió el arcediano á sentarse en su poltrona, y

apoyó la cabeza sobre sus manos como un enfermo cuya frente abrasada pesa como un plomo.

Con mucha sorpresa observaba el estudiante á su hermano. Ignoraba el alegre muchacho, acostumbrado como suele decirse á llevar el corazón en la mano, á no observar otra ley en el mundo mas que la ley lisa y llana de la naturaleza, á dejar correr sus pasiones por sus declives naturales, y en cuya alma siempre estaba seco el lago de las grandes pasiones, tantas y tan anchas atarjeas abría en él todos los días, ignoraba, decimos, con cuanta furia hierve y fermenta el mar de las pasiones humanas cuando se le cierra toda salida; como se amontona, se incha y rebienta; como corre el corazón, como estalla en sollozos interiores y sordas convulsiones, hasta que rompe sus diques y desahuce su fondo. La austera y glacial corteza exterior de Claudio, aquella fría superficie de virtud escarpada é inaccesible, siempre habian engañado á Juan: el festivo estudiante nunca habia pensado cuanta lava ardiente, furiosa y profunda hierve bajo la nevada frente del Etna.

No podremos decir si se dió cuenta á sí mismo el estudiante en aquel punto de todas estas ideas; pero calavera y todo como lo era bien conoció que habia visto lo que no debia ver, que acababa de sorprender el alma de su hermano mayor en uno de sus mas íntimos secretos, y que era menester que Claudio no losupiera jamás. Viendo pues que el arcediano habia vuelto á caer en su primera inmo-

lidad, retiró con mucho tiento la cabeza y metió algun ruido de pasos detras de la puerta como persona que llega y advierte que se va acercando.

--Adelante! gritó el arcediano desde el interior de su celda; os esperaba, y dejé esprofeso la llave en la puerta. Adelante, maese Jaime.

--Entró impávido el estudiante: el arcediano á quien no daba mucho gusto semejante visita y en semejante sitio, se estremeció en su sillón.--Cómo! sois vos, Juan.

--Siempre es una J, dijo el estudiante con su cara de púrpura, descarada y jovial.

Volvió el rostro de don Claudio á su espresion severa.--Qué se ocurre?

--Hermano mio, respondió el estudiante, procurando tomar una fachita decente, sentimental y modesta, y dando vueltas á su gorra entre las manos con aire de inocencia, venia á pedirlos....

--Qué?

--Un poco de moral de que tengo gran necesidad. Juan no se atrevió á añadir en alta voz; y un poco de pecunia de que tengo aun mayor necesidad todavía. Este último miembro de la frase quedó inédito.

--Señorito, dijo el arcediano con frialdad, me teneis muy descontento.

--Ah! suspiró el estudiante.

Describió don Claudio con su sillón un cuarto de círculo y miró á Juan de hito en hito.--Mucho me alegro de veros por acá.

Exordio terrible que hizo á Juan prepararse á una violenta arremetida.

—Juan, todos los días me traen quejas de vos. Qué calaverada es esa en que habeis molido á paños á un cierto vizconde Alberto de Ramonchamp?....

—Pues! dijo Juan, vaya un delito! un títere de pajecillo que se divertia en salpicar á los estudiantes haciendo galopar su caballo por el lodo.

—Quién es, repuso el arcediano un tal Mahiet Fargel á quien habeis desgarrado la sotana, *Tunicam desgarraverunt*, como dice la queja?

—Ah, bah! gran cosa! una miserable caperuza de Montigu!

—La queja dice *tunicam* y no *Caperuzam*. Sabéis latin?

Juan no respondió

—Sí, prosiguió el sacerdote meneando la cabeza; he aquí el estado de los estudios y de las letras en el día; La lengua latina apenas se entiende, la siriaca no se conoce, y la griega es á tal punto odiosa que no es prueba de ignorancia en los mas doctos saltar por cima de una palabra griega sin leerla y decir: *Græcum est, non legitur*.

Alzó los ojos intrépido el estudiante.—Quereis, señor hermano mio, que os explique en buen francés esa palabra griega que está escrita sobre la pared?

—Qué palabra?

—ANATKH.

Estendióse un ligero carmin por las redondas me-

jillas del arcedianio, como la bocanada de humo que revela las secretas conmociones del volcan. Apenas hizo alto en ello el estudiante.

—Vamos, Juan, dijo en voz balbuciente el hermano mayor, ¿que quiere decir esa palabra?

—FATALIDAD.

Palideció don Claudio, y el estudiante prosiguió con su habitual desenfado. Y aquella otra palabra que está debajo grabada por la misma mano, *Αεγυραι* significa *impureza*. Ya veis que no falta quien entiendo el griego.

El arcedianio continuaba en su silencio: aquella lección de griego le habia dejado pensativo; y el travieso Juan que tenia todas las picardigüelas de un niño mimado, juzgó aquel momento favorable para aventurar su solicitud. Tomó pues una voz sumamente dulce, y comenzó.

—Hermano mio, ¿me has de guardar rencor hasta el punto de ponerme mala cara, por algunos tristes latigazos y trompicones distribuidos en buena guerra á no sé qué mozalvetes y chuchumecos *quibusdam chuchumequis*?—Ya ves, querido hermano Claudio, que sé el latin.

Pero toda aquella zalamera hipocresía no produjo sobre el severo hermano su afecto acostumbrado: Cerbero no mordió la torta de miel. La frente del arcedianio no perdió un solo pliegue. —A dónde vais á parar? dijo con tono seco.

—Pues señor, vamos al grano! en una palabra, se trata, dijo Juan, de que necesito dinero.

A esta descarada declaracion, tomó enteramente la fisonomía del arcediano una espresion pedagógica y paternal.

—Ya sabes, Juan, que nuestro feudo de Tirenchappe no renta, incluso el censo y los réditos de las veintiuna casas, mas que treinta y nueve libras, once sueldos y seis dineros parisies; una mitad mas que en tiempo de los hermanos Paclet, pero en fin no es mucho.

—Necesito dinero, dijo Juan, estoicamente.

—Sabes que el Provisor ha decidido que nuevas veintiuna casas son pertenencia feudal del obispado, y que no podriamos rescatar este homenaje sino pagando al reverendo obispo dos marcos de plata dorada del valor de seis libras parisies; pero es el caso que no he podido reunir estos dos marcos. Bien lo sabes.

—Sé que necesito dinero, repitió Juan, por tercera vez.

—Y para qué lo quereis?

Esta pregunta hizo brillar un rayo de esperanza á los ojos de Juan, por lo que volvió á su monita hipócrita y melosa.

—La verdad, querido hermano Claudio, no me dirijiria á vos con malos propósitos: no se trata de echarla de guapo en las tabernas con vuestro dinero, ni de correr las calles de París en caparazon de brocado, con mi lacayo, *cum me lacayo*. No, hermano mio, lo pido para hacer una obra de caridad.

—Qué obra de caridad? preguntó Claudio algo asombrado.

—Hay dos amigos míos que quisieran comprar una envoltura al niño de una pobre viuda de la capilla de Estéban Haudry; es una obra de caridad: la envoltura costará tres florines, y yo también quiero poner el mío.

—Cómo se llaman esos dos amigos?

—Pedro el Apaleador y Bautista Croque-Oison (1).

—Hum! dijo el arcediano; nombres son esos que asientan á una obra de caridad, como una bombardarda á un altar mayor.

Es seguro que Juan había elegido muy mal los nombres de sus amigos; pero cuando lo conoció, ya era tarde.

—Y además, prosiguió el discreto Claudio, qué envoltura es esa que debe costar tres florines, y para el niño de una pobre á mayor abundamiento? De cuando acá tienen las haudrietas (2) niños de pecho?

Por tercera vez rompió Juan la valla.—Pues

(1) Su verdadera significacion es *sampa-gansos*; pero equivale mas bien á nuestro *traga-aldabas*, ó *mata-moros*, nombre, en fin, ominoso, como si dijéramos, de persona que se come los niños crudos. (N. del Trad.)

(2) Tomaban este título del nombre del fundador de su capilla, Estéban Haudry.

(Id.)

bien, sí! necesito dinero para ir á ver esta noche á Isabel la Thierrye, en el valle de Amor! (1).

—Miserable impuro! exclamó el arcediano.

—*Αναγνώστη*, dijo Juan.

Esta cita que sacaba el estudiante, acaso con malicia, de una de las paredes de la celda, produjo en el sacerdote un efecto singular: mordióse los labios, y su cólera se apagó en la confusion.

—Vete, dijo entonces á Juan: espero á un sugeto.

Probó aun el estudiante un esfuerzo mas.—Hermano Claudio, dadme siquiera un triste pan para comer.

—En qué te andas de las decretales de Graciano? preguntó Claudio.

—Se me han perdido los cuadernos.

—En qué te andas de humanidades latinas?

—Me han robado mi ejemplar de Horacio.

—En qué te andas de Aristóteles?

—A fe mia, hermano, que no me acuerdo ya cual es aquel padre de la iglesia que dice que en todos tiempos han tenido por guarida los errores de los herejes los matorrales de la metafísica de Aristóteles.—Nada de Aristóteles! no quiero desgarrar mi religion en su metafísica.

—Jóven, repuso el arcediano, habia en la entrada del rey un gentilhombre llamado Felipe de

(1) Lugar público de desórden y prostitucion.

(Nota del traductor).

Comines (1), que llevaba bordada en la mantilla de su caballo su divisa, que os aconsejo mediteis bien : *Qui non laborat , non manducat.*

Quedó un momento el estudiante sin hablar palabra, el dedo en la oreja, los ojos clavados en el suelo y con aire enojado; de pronto volvióse hácia Claudio con la viva celeridad de una nevatilla.

—Segun eso, hermano, me rehusais un triste sueldo parisie para comprar un mendrugo en casa de un panadero?

—*Qui non laborat , non manducat.*

A esta respuesta del inflexible arcediano, tapóse Juan el rostro con ambas manos, como una mujer que solloza, y exclamó con acento de desesperacion : — O *TOTOTOTOT!*

—Qué quiere decir eso, señorito? preguntó Claudio sorprendido de aquella salida.

—Pues y qué! dijo el estudiante, fijando en Claudio sus ojos descarados en que se habia metido los puños para ponerlos encendidos, como si acabara de llorar, hablo en griego; esto es un anapesto (2) de Esquilo que espresa perfectamente el dolor.

Y entonces soltó una carcajada tan estrepitosa y alegre que hizo sonreir al arcediano. Claudio se tenia la culpa en efecto; por qué habia mimado tanto á aquel muchacho?

(1) Célebre crbnista francés. (Nota del trad.)

(2) Pie de verso compuesto de dos sílabas breves y una larga. (Id.)

— Oh! hermano mio, querido Claudio, repuso Juan alentado por aquella sonrisa, mirad mis borceguies agujereados. — ¿Dónde hay coturno mas trágico que unos botines cuyas suelas sacan la lengua?

Pronto volvió el arcediano á su serenidad primera. — Te enviaré botines nuevos, pero dinero, no.

— Un triste sueldo parisie, hermano, prosiguió el suplicante Juan, y aprenderé á Graciano de memoria, y creeré en Dios y seré un verdadero Pitágoras de ciencia y de virtud. — Pero siquiera un parisie por amor del cielo! ¿Quieres que me muerda el hambre con sus fauces que estan ahí, abiertas, delante de mí, mas negras, mas pestíferas, mas profundas que un tártaro ó que la nariz de un fraile?

Meneó don Claudio su rugosa cabeza:— *Qui non laborat....*

Juan no le dejó acabar.

— Pues señor, exclamó, al diablo con todo! Me entabernaré, me pelearé, romperé los jarros, y me iré á mozas.

Y esto diciendo, tiró al techo su gorra é hizo sonar sus dedos como castañuelas.

Miróle el arcediano con ojos sombríos.

— Juan, tú no tienes alma.

— En ese caso, segun Epicuro, me falta un no sé qué, compuesto de no sé qué cosa que no tiene nombre.

— Juan, es menester pensar seriamente en correjros.

— Ola , ola , dijo el estudiante pasando la vista de su hermano á los alambiques del horno , parece que aqui todo es cornudo , las ideas y las botellas !

— Juan , estás sobre un terreno muy resvaladizo. ¿Sabes á dónde vas ?

— A la taberna , dijo Juan.

— La taberna conduce á la picota.

— Que es una linterna como otra cualquiera; puede que con esa hubiera hallado Diógenes el hombre que buscaba.

— La picota lleva á la horca.

— La horca es una balanza que tiene un hombre á un extremo y á toda la tierra en el otro. Es cosa dulce ser hombre.

— La horca conduce al infierno.

— Donde hay mucho fuego.

— Juan , Juan , el fin será malo.

— El principio habrá sido bueno.

Oyóse entonces en la escalera un ruido de pasos.

— Silencio ! dijo el arcediano poniéndose un dedo sobre los labios , aquí viene maese Jaime. Escucha , Juan , añadió en voz baja ; guárdate muy bien de hablar jamas de lo que has visto y oído aquí. Escóndete debajo de ese horno , y no chistes siquiera.

Acurrucóse el estudiante debajo del horno donde le ocurrió una idea luminosa.

— Ahora que me acuerdo, Claudio, un florin porque no chiste.

— Silencio ! te lo prometo.

— Venga en el acto.

— Toma ! dijo el arcediano tirándole con fuerza su bolsa. De nuevo se metió Juan en el horno, y abrióse la puerta.

LOS DOS HOMBRES VESTIDOS DE NEGRO.

Tenia el recien entrado un ropon negro y un aspecto sombrío; pero lo que mas chocó á primera vista á nuestro amigo Juan (que como ya sospechará el lector, se habia acomodado en su rincon de modo que todo podia verlo y oirlo á su sabor) fue la suma tristeza del traje y aun del rostro de aquel personaje. Habia no obstante cierta dulzura sobre aquel semblante; pero una dulzura de gato ó de juez, una dulzura acaramelada. Tenia el cabello gris, la cara rugosa, y debia frisar en los sesenta años; siempre estaba guiñando los ojos, tenia las cejas blancas, los labios pendientes y las manos muy grandes. Cuando vió Juan que no era mas que aquello, es decir, un médico ó un magistrado, y que aquel hombre tenia mucha distancia entre la nariz y la boca, señal de tontuna, acurrucóse en su agujero, desesperado de tener que pasar un tiempo indefinido en tan molesta postura y en tan mala compañía.

Ni siquiera se habia levantado el arcediano para saludar á aquel personaje; hízole señal de que se sentara en un banquillo inmediato á la puerta, y al cabo de algunos momentos de un silencio que parecia continuar una meditacion anterior, díjole con cierto tono de proteccion: — Buenos dias, maese Jaime.

— Salve, señor maestro, respondió el hombre negro.

Habia en los dos acentos con que fueron pronunciados aquel *maese Jaime* por una parte, y por la otra aquel *señor maestro* por escelencia, la diferencia del *monseñor* al *señor*, del *domine* al *domne*. Eran aquellos dos hombres evidentemente el doctor y el discípulo.

— Y en fin, repuso el arcediano despues de un nuevo silencio que maese Jaime se guardó muy bien de romper, ¿se os cumple el deseo?

— ¡ Ah! caro maestro, dijo el otro con triste sonrisa, soplo y soplo, pero nada; ceniza cuanta quiero, mas ni siquiera una chispa de oro.

Hizo don Claudio un gesto de impaciencia. — No os hablo de eso, maese Jaime Charmolue, sino del proceso de nuestro májico... ¿No se llama Marco Cenaine? ¿el sumiller del tribunal de cuentas? ¿Confiesa su májia? ¿Ha servido de algo el tormento?

— No, por desgracia, respondió maese Jaime con su eterna y triste sonrisa, no tenemos ese consuelo. Ese hombre es un guijarro; antes le quemaremos vivo en el Mercado de los Lechones, que declare el

ni una palabra. Sin embargo, no descuidamos medio alguno para obtener la verdad; ya está todo dislocado; hemos recurrido para él á todas las yerbas de San Juan, como dice el antiguo cómico Plauto: *Adversum stimulos, laminas, crucesque, compedesque, Nervos, catenas, carceres, numellas, pedicas, boias.*

Todo es inútil—y no sé ya que hacer.

—¿No habeis hallado nada nuevo en su casa?

—Si tal, dijo maese Jaime metiendo la mano en su escarcela; hemos hallado este pergamino, en que hay algunas palabras que no entendemos; y eso que el señor abogado criminal, Felipe Lheulier, sabe algo de hebreo que aprendió cuando la causa de los judíos de la calle Kantersteen, en Bruselas.

Esto diciendo, desarrolló maese Jaime un pergamino.—Venga, dijo el arcediano, y recorriéndole con la vista:—¡Pura májia, maese Jaime! exclamó. *¡Emen-Hetan!* este es el grito de los vampiros cuando llegan al *sábado*. *¡Per ipsum, et cum ipso, et in ipso!* es el conjuro que aprisiona al diablo en el infierno. *Hax, pax, max!* esto es cosa de medicina; una fórmula contra las mordeduras de los perros rabiosos. ¡Maese Jaime! sois procurador del rey en el tribunal eclesiástico; este pergamino es abominable.

—Volveremos á darle tormento; esto tambien, añadió maese Jaime metiendo de nuevo la mano en su faltriquera, nos hemos hallado en casa de Marco Cenaine.

Era aquello una vasija prima hermana de las que

cubrian el horno de don Claudio.—¡Ah! dijo el arcediano, un crisol de alquimia!

—He de confesaros, repuso maese Jaime con una sonrisa torcida y tímida, que le he probado en el horno, y que me ha sido tan inútil como el mio.

Púsose el arcediano á examinar el vaso.—¿Qué es lo que hay grabado sobre este crisol? ¡Och! ¡Och! ¡la palabra que ahuyenta á las pulgas! ¡Habrás visto hombre mas ignorante que el tal Marco Cenaine! ¡Ya lo creo que no hareis oro con este crisol, útil todo lo mas para que le pongais en vuestra alcoba en verano!

—Ahora que hablamos de errores, dijo el procurador del rey, acabo de estudiar la portada de abajo antes de subir. ¿Está bien seguro vuestra reverencia de que la abertura de la obra de física está representada en ella hácia el lado del hospital, y que de las siete figuras desnudas que estan á los pies de Nuestra Señora, la que tiene alas en los talones es Mercurio?

—Sí, respondió el sacerdote; Agustín Nifo (1)

(1) *Agustín Nifo*, apellidado *Eutiquio* y *Filoteo*, era de Lessa, ciudad del reino de Nápoles.—El papa Leon X, que mucho le amaba, le permitió tomar el nombre y las armas de los Medicis, y el emperador Carlos V le dió despacho real de consejero de estado.—Dícese que habiendo este emperador preguntado á Nifo cómo podrian los príncipes gobernar bien sus estados, respondió él: *Echando mano de hombres como yo*. Es de advertir que Nifo era profesor de filosofía, y que pasaba por muy profundo en esta ciencia. Esto no obstante, á los setenta años aun tenia públi-

lo escribe, aquel doctor italiano que tenía un demonio barbudo que le enseñaba todas las cosas. Además, vamos á bajar, y os lo explicaré sobre el testo.

—Mil gracias, señor maestro, dijo Charmolue inclinándose hasta el suelo.—A propósito, ya se me olvidaba; ¿cuándo quereis que hagamos prender á aquella nigromántica?...

—¿A cuál?

—A aquella gitana—ya sabeis de quien hablo—que viene todos los dias á alborotar el átrio, á pesar de la prohibicion del provisor. Tiene una cabra enérgica con cuernos de diablo, que lee, escribe, sabe las matemáticas como Picatrix, y que bastaría para hacer aborcar á toda la Bohemia. Ya está preparado el proceso, y pronto lo despacharemos, no hay cuidado.—¡Vive Dios que es una real moza la tal bailarina! ¡unos ojos negros que ya ya! ¡dos carbunclos de Egipto! ¿cuándo empezamos?

El arcediano estaba sumamente pálido.

—Ya hablaremos de eso, murmuró con voz apenas articulada; luego prosiguió haciendo un esfuerzo: —Ocupaos ahora en Marco Cenaine.

camente barraganas, y eso que estaba casado con una tal *Angelella*, bella, virtuosa, de quien tuvo muchos hijos.—A una ramera llamada *Fausina*, de quien estuvo enamorado, dedicó su libro titulado *De aulico viro*.—Murió en 1537, en el mismo año en que fue asesinado Alejandro de Medicis. Sus obras son la ya citada; *Comentarios a Aristoteles*; varios *Opúsculos sobre Moral y Política* impresos en París (1645), y multitud de *Epistolas filosoficas*.

(N. del Trad.)

—No tengais cuidado, dijo sonriendo Charmolue; apenas vuelva, he de hacerle atar de nuevo en la cama de cuero.—Pero es un hombre diabólico, y que rinde al mismo Pierrat Torterue, que tiene las manos mas grandes que yo. Como dice el buen Plauto:

Nudus victus, centum pondo, es quando pendes per pedes.

Lo mejor será darle el tormento de la garrucha, y se lo daremos.

Parecia sumergido don Claudio en una sombría distraccion; volvióse de pronto á Charmolue.

—Maese Pierrat... maese Jaime, quise decir, ocupaos en Marco Cenaine!

—Sí, sí, don Claudio; pobre hombre! ha de sufrir como Mummol (1). Pero quién le manda tambien ir al *sábado*? un sumiller del tribunal de cuentas que debiera conocer el testo de Carlo Magno, *stryga vel masca!*—En cuanto á la mozuela, —la Esmeralda, como la llaman por ahí, esperaré vuestras órdenes.— Ah! cuando pasemos por la portada, me esplicareis tambien lo que quiere decir aquel

(1) Mummol (Patricio) que se supone fue conde de Auxerre, se hizo célebre por sus victorias y recobró las provincias de Touraine y del Poitou, conquistadas por Chilperico en 576. Sitiada la ciudad de Cominges por el Rey Gontran con quien estaba mal avenido Mummol, murió este en los humbraies de su propia casa peleando valerosamente por los años de 585.—

(Nota del traductor.)

jardinero pintado que se ve al entrar en la iglesia.— Yo creo que ha de ser el sembrador.— Hé?— en qué estais pensando, señor maestro?

Don Claudio, de todo punto ensimismado, ya no escuchaba; Charmolue, siguiendo la direccion de su mirada, vió que estaba clavada maquinalmente en la gran telaraña que cubria la ventana. En aquel momento, una aturdida mosca que buscaba el sol de mayo fue á atravesar aquel tejido, y quedó presa en él; al ver la conmocion de su tela, salió con un movimiento brusco la enorme araña de su celda central, y luego de un brinco se precipitó sobre la mosca que doblégó en dos con sus patas delanteras, mientras su horrible trompa la chupaba la cabeza.— Pobre mosca! dijo el procurador del rey en el tribunal eclesiástico, y levantó la mano para salvarla; pero el arcediano, como despertado de súbito, le detuvo el brazo con una violencia convulsiva.

--Maese Jaime, exclamó, no os opongais á la fatalidad!—

Volvióse algo asustado el procurador; parecíale que unas tenazas de hierro le oprimian el brazo. Los ojos del sacerdote estaban fijos, desencajados, centelleantes y permanecian clavados en el pequeño y horrible grupo de la mosca y de la araña.

--Oh! sí, continuó el sacerdote con una voz que parecia salir del fondo de sus entrañas; ese es un símbolo de todo. Desdichada! vuela, es feliz, acaba de nacer, busca la primavera, el aire libre, la libertad.—Oh! sí; pero si tropieza en el fatal rose-

ton, la araña sale de él, la araña horrible! Pobre bailarina! pobre mosca predestinada! Maese Jaime, dejadla! dejadla! esa es la fatalidad!—Claudio—sí! tú eres la araña! tú eres la mosca también!—Volabas á la ciencia, á la luz, al sol, sin mas deseo que el de llegar al aire libre, á la gran luz de la verdad eterna; pero al precipitarte á la deslumbradora ventana que da sobre el otro mundo, sobre el mundo de la claridad, de la inteligencia y del saber, mosca ciega, doctor insensato, no viste la sutil telaraña tendida por el destino entre la luz y tú, y te arrojaste en ella á cierra ojos, miserable loco, y ahora forcejeas, rota la cabeza y arrancadas las alas, entre los ferreos brazos de la fatalidad!—Maese Jaime, maese Jaime! dejad, dejad á la araña!

—Os juro, dijo Charmolue que le miraba sin entenderle, os juro que no la tocaré; pero soltadme el brazo, señor maestro, por amor de Dios, que teneis una mano como una tenaza.

Pero el arcediano no le oía:—Oh! insensato! prosiguió sin apartar los ojos de la ventana. Y aun cuando hubieras podido romper ese formidable tejido con tus alas de insecto, crees por ventura que hubieras podido llegar á la luz? Insensato! ese vidrio que está mas allá, ese obstáculo trasparente, esa pared de cristal mas duro que el bronce, que separa á todos los filósofos de la verdad, cómo hubieras podido salvarle? Oh vanidad del saber humano! cuántos sábios vienen de muy lejos á estrellarse revoloteando contra ese obstáculo transparen-

te! cuántos sistemas se estrellan zumbando contra ese vidrio eternal!—

Calló el arcediano: estas últimas ideas que le habian hecho pasar insensiblemente de la ciencia á sí mismo, parecían haberle calmado, y luego Jaime Charmolue le hizo volver enteramente al sentimiento de la realidad, dirigiéndole esta pregunta:— Con que, señor maestro, cuándo vendreis á ayudarme á hacer oro? Ya estoy impaciente por lograrlo.

Meneó la cabeza el arcediano, dando un amargo suspiro.—Maese Jaime, leed á Miguel Psello (1), *Dialogus de enerjia et operatione dæmonum*. Lo que estamos haciendo no es de todo punto inocente.

—Psit, señor maestro! ya yo tenia mis barruntos de que en efecto era así, dijo Charmolue. Pero fuerza es ocuparse algo en hermética cuando no es uno mas que procurador del rey en el tribunal eclesiástico, con treinta escudos torneses por año.

Llegó entonces á los inquietos oídos de Charmolue un ruido de mandíbulas y de masticacion que salia de debajo del horno.

—Qué es eso? preguntó.

Y era el estudiante que muy incómodo y aburrido en su rincon, habia llegado á descubrir en él un mendrugo asaz duro y un triángulo de queso

(1) Miguel Constantino Psello, filósofo griego y médico del siglo XII, pasa por uno de los primeros escoliadores de su tiempo.
(N. del Trad.).

enmohecido; todo lo cual se puso á comer sin cumplimiento, á guisa de almuerzo y de consolacion. Como tenia mucha hambre, metia mucha bulla y acentuaba con fuerza cada bocado, lo que habia dado sobresalto y alarma al procurador.

—Es un gato que tengo yo, dijo con presteza el arcediano, y que se regala ahí abajo con algun ratoncillo.

Esta esplicacion satisfizo á Charmolue.

—En efecto, señor maestro, respondió con respetuosa sonrisa, todos los grandes filósofos han tenido su animalito familiar. Bien sabeis lo que dice Servio (1): *Nullus enim locus sine genio est.*

En tanto don Claudio, temeroso de alguna nueva travesura de su hermano, recordó á su triste discípulo que tenian que examinar juntos algunas figuras de la portada, y ambos salieron de la celda, con gran consuelo del estudiante que empezaba á temer seriamente que quedase para siempre en su rodilla el molde de su barba.—

(1) M. Horacio Servio, célebre gramático latino del IV siglo, escribió admirables *Comentarios á Virgilio*, impresos en 1532 en una edicion del célebre escritor é impresor parisiense Roberto Etienne, hijo de Enrique del mismo nombre, padre de aquella larga familia de famosos impresores que tan señalados servicios hicieron á la literatura, desde el 1500 en que floreció el citado Enrique, hasta 1627 en que falleció el último descendiente impresor Pablo Etienne, de aquella extraordinaria prole.

(N. del trad.)



6.

www.libtool.com.cn

EFEECTO QUE PUEDEN PRODUDIR SIETE TERNOS

EN MITAD DE LA CALLE.



Te Deum laudamus! exclamó maese Juan saliendo de su escondrijo, gracias á Dios que ya se fueron los dos buhos! Och! och! pax! max! las pulgas! los perros rabiosos! el diáblo! maldita conversacion! la cabeza me bulle como una campana! Y queso enmohecido á mayor abundamiento! Sus! bajemos, cojamos la bolsa de mi señor hermano, y convirtamos toda aquella moneda en botellas!—

Echó una ojeada de ternura y de admiracion en el interior de la preciosa escarcela, admiróse algun tanto, frotó sus borceguíes, sacudió sus mangas forradas cubiertas de ceniza, silbó un cantar, dió cuatro brincos; examinó si quedaba algo que robar en la celda, rejistró por todas partes sobre el horno por si hallaba algun amuleto de vidrio, para regalárselo á guisa de agasajo á Isabeau-la Thierrye, y abrió en fin la puerta que habia dejado entornada su hermano por induljencia, y que

él dejó abierta de par en par por malicia, y bajó la escalera circular saltando como un pajarillo.

Entre las tinieblas de la espiral, tropezó con un bulto que le hizo paso gruñendo; presumió que aquel bulto sería Quasimodo, cosa que le pareció tan chusca, que bajó el resto de la escalera no pudiendo tenerse de risa. Al desembocar en la plaza iba riendo aun.

Dió una gran patada en el suelo apenas se halló en tierra firme.—Oh! exclamó, digno y escelente empedrado de París! maldita escalera capaz de rendir á los ángeles de la escala de Jacob! Quién diablos me mandaba ir á aquella barrena de piedra que agujerea el cielo ¿y para qué? para comer un poco de queso barbudo, y para ver las torres de París por una ventanilla!

Dió algunos pasos y vió á los dos buhos, es decir, á don Claudio y á maese Jaime Charmolue, en contemplacion delante de una escultura de la portada. Acercóse hácia ellos de puntillas, y oyó al arcediano que decia en voz baja á Charmolue: —Guillermo de París es quien hizo grabar un Job sobre esta piedra color de lapislazuli, dorada por los remates. Job figura la piedra filosofal que debe ser elaborada y martirizada para llegar á la perfeccion, como dice Raimundo Lulio (1): *Sub conservatione formæ specificæ salva anima.*

(1) Natural de Mallorca; llamábasele comunmente el Doctor iluminado. Conságrase al penoso estado de misionero, y

—Poco se me importa, dijo Juan; la bolsa es mia.

Oyó en aquel momento una voz fuerte y sonora que articulaba detras de él una formidable série de juramentos;—Sangre de Dios! Vientre de Dios! Alma de Dios! Cuerpo de Dios! Ombligo de Belzebú! Nombre de un papa! Cuerda y trueno!!—

—Por mi vida, exclamó Juan, que no puede ser otro sino mi amigo el capitan Febo!

Llegó este nombre de Febo á los oidos del arcediano en el momento mismo en que estaba explicando al procurador del rey el dragon que mete la cola en un baño de donde sale entre humo una cabeza de rey. Estremecióse don Claudio, interrumpió su discurso con notable asombro de Charmolue, volvióse y vió á su hermano Juan que se llegaba á un jóven oficial junto á la puerta de la casa Gondelaurier.

Era en efecto el recién llegado el capitan Febo de Chateaupers: apoyábase en la esquina de la casa de su novia, y juraba como un pagano.

—A fé mia, capitan Febo, dijo Juan, cogiéndole de la mano, que renegais con admirable verbosidad!

—Cuernos y trueno! respondió el capitan.

—Cuernos y trueno en hora buena! respondió el

fue lapidado en 1315 á los 80 años de edad. Escribió algunos *tratados* sobre la teología, la moral, la química, la física, el derecho, etc.

(Nota del traductor).

estudiante. Pero de dónde viene , amable guerrero, era profusion de buenas palabras?

—Dispensadme, compañero Juan, respondió Febo apretándole la **mano; caballo desbocado** no entiende razones, y es el caso que yo juraba á escapetendido. Acabo de ver á esas muñecas, y cuando salgo, de su casa, tengo la boca llena de juramentos y es menester que los provoque ó rebentaría, vientre y trueno!!

—Quereis venir á beber? preguntó el estudiante. Esta proposicion aplacó al capitan.

—Consiento, pero no tengo un ochavo.

—Pues yo si tengo!

—Bah! veamos.

Ostentó Juan la escarcela á los ojos del capitan, con majestad y magnanimidad: en tanto el arcediano, que sin mas ni mas se habia separado de Charinolue, llegóse á ellos deteniéndose á algunos pasos de distancia, observándolos á ambos sin que ellos lo advirtiesen, tanto absorbía todas sus potencias la contemplacion de la escarcela.

Febo exclamó:—Una bolsa en vuestras manos, Juan! es la luna en un cubo de agua: se la vé, pero no está allí: no hay mas que su sombra. Por mi vida! apuesto á que son guijarros.

Juan respondió con desden:—Estos son los guijarros con que suelo empedrar mi faltriquera.

Y sin añadir una palabra, vació la escarcela sobre un poste vecino, cual otro ciudadano romano salvando á la patria.

—Vive Dios! exclamó Febo, reales, blancas, blanquillas, meajas de un tornés las dos, dineros parisies, verdaderos ochavos de águila! Qué magnificencia!

Juan permanecía digno é impasible. Algunos maravedises se habian caído en el fango, y el capitán en su entusiasmo se bajó para recojerlos, cuandole detuvo Juan; —Qué vais á hacer, capitán Febo de Chateaupers!!

Contó Febo la moneda, y volviéndose á Juan con aire solemne; —Sabeis, amigo Juan, que hay veintitres sueldos parisies! A quién diablos habies desvalijado esta noche en la calle Coupe-Gueule?

Echó Juan hácia atras su cabeza rubia y ensortijada, y dijo medio cerrando los ojos con un jesto desdeñoso; —Hay quien tiene un hermano arcediano é imbecil.

—Cuerno de Dios! exclamó Febo, santo varon!

—Vamos á beber, dijo Juan.

—A dónde iremos? dijo Febo; á la *manzana de Eva*?

—No, capitán, vamos á la *ciencia* de antaño. Una vieja que sierra una asa, es una alegoría. Eso me gusta.

—Nada de alegorías, Juan! mejor es el vino en la *manzana de Eva*; y luego, al lado de la puerta, hay una viña al sol que me alegra cuando bebo.

—Corriente, pase por Eva y su manzano, dijo el estudiante; y cojiendo el brazo de Febo:—Ahora que me acuerdo, capitán, dijisteis ha un momento

la calle Coupe-Gueule; en el día no somos tan bárbaros, y se dice calle de Coupe-Gorge (1).

Pusiéronse en camino los dos amigos hácia la *manzana de Eva*; inútil será decir que empezaron por recojer el dinero, y que el arcediano los seguía.

El arcediano los seguía, sombrío y frenético. ¿Era aquel el Febo cuyo nombre maldito, desde su entrevista con Gringoire, se mezclaba á todos sus pensamientos? lo ignoraba, pero en fin, aquel hombre se llamaba Febo, y este nombre májico bastaba para que el arcidiano siguiese á paso de lobo á los dos alegres troneras, escuchando sus palabras y observando sus menores movimientos con profunda ansiedad; pero es el caso que no era nada difícil oír todo lo que decían, según hablaban alto, sin curarse de informar de sus secretos á todo oyente y viviente. Hablaban de desafíos, de mozas, de vinos y de locuras.

Al revolver una esquina, salió de una plaza inmediata el eco de una paudereta. Don Claudio oyó al oficial que decía al estudiante.

-- Trueno! apretemos el paso.

-- Por qué?

-- Temo que me vea la gitana.

-- Qué gitana?

-- Esa chicuela que tiene un cabra.

(1) *Gorge*, es la garganta humana y *gueule* es la boca de las bestias.-- *Coupe* significa *corta*, del verbo *cortar*; forme el lector la frase como mejor le parezca, pues yo por mi parte la creo intraducible. (N. del T.)

-- La Esmeralda?

-- Precisamente, Juan: siempre se me olvida ese demonche de nombre. Despachemos porque me puede conocer, y no quiero que venga á hablarme en la calle.

-- La conoceis, Febo?

Vió entonces el arcediano que Febo sonreia maliciosamente, se acercaba al oido de Juan y le decia algunas palabras en voz muy baja; luego Febo soltó una sonora carcajada, y meneó la cabeza con aire triunfante.

-- De veras? dijo Juan.

-- A fé mia, dijo Febo.

-- Esta noche?

-- Esta noche.

-- Y estais seguro de que irá?

-- Pobre hombre! ¿pues quién duda de esas cosas?

-- Capitan Febo, sois un gendarma feliz!

Oyó el arcediano toda esta conversacion; rechinaron sus dientes, y un estremecimiento profundo recorrió todo su cuerpo. Detúvose un momento, apoyóse á un poste como un hombre borracho, y luego siguió la pista de los dos joviales amigos.

Cuando volvió á alcanzarlos, ya habian mudado de conversacion; iban á la sazón entonando á grito pelado un antiguo cantar (1).

(1) Hemos suprimido en la traduccion los dos versos que

7.

www.libtool.com.cn

EL MONJE EN PENA.



La ilustre taberna de la *manzana de Eva* estaba situada en la universidad, en la esquina de la calle de la Rondelle y de la calle Batonnier. Era una sala en el entresuelo, bastante capaz y muy baja, con una bóveda cuya recaída central se apoyaba sobre un ancho pilar de madera rebocada de amarillo, y toda llena de mesas y de lucientes jarros de estaño colgados de la pared; multitud de bebedores, mozuelas á pote, una vidriera sobre la calle y encima de esta puerta trasparente un gran palastro de hierro, iluminadas en él una manzana y una mujer, tomado por la lluvia y girando al viento sobre una

pone el autor en boca de ambos calaveras porque nada quieren decir en castellano. Helos aquí:

Les enfants des Petits Carreaux

Se font pendre como des veaux.

que quiere decir

Los mozos de los Petits Carreaux

Se hacen ahorcar como terneros.

TOMO II.

14

vara de hierro. Esta especie de veleta que daba hacia la calle, era la muestra.

Era el anochecer, la plaza estaba oscura; la taberna llena de luces centelleaba á lo lejos como una fragua en la sombra; oíase el eco de los vasos, de las francachelas, de los juramentos, de las camorras que salia por los vidrios rotos. Por entre la espesa bruma que estendia el calor de la sala sobre la puerta vidriera, veíanse rebullir cien vagas figuras de entre las cuales se desprendia de vez en cuando una sonora carcajada. Los transeúntes que iban á sus negocios, pasaban sin echar los ojos sobre él, junto á aquel tumultuoso recinto; solo por intervalos, algun pillejo desarrapado se empinaba sobre la punta de sus pies hasta llegar á los vidrios, y echaba en la taberna el antiguo sarcasmo con que acosaban entonces á los borrachos: *Aux houl's, saouls saouls, saouls* (1) !

Paseábase un hombre entre tanto imperturbablemente por delante de la estrepitosa taberna, mirándola continuamente y no separándose mas de ella que un centinela de su garita. Iba embozado hasta las cejas en una capa que acababa de comprar en casa de un ropero cuya tienda estaba inmediata á la *Manzana de Eva*, tal vez para guarecerse del frio de las noches de marzo, tal vez para ocultar su

(1) *Aux*, significa á los; *Houl's* nada quiere decir y es solo una aspiracion imitativa de la palabras *saouls*, que significa borracho.

(Nota del traductor.)

traje. De cuando en cuando se paraba delante de la vidriera listada de tiras de plomo, escuchaba, miraba, y daba señales nada equívocas de impaciencia.

www.libtool.com.cn

Abrióse en fin la puerta de la taberna que era sin duda lo que él esperaba, y salieron por ella dos bebedores; el rayo de luz que brotó de la puerta tiñó de púrpura momentánea sus joviales fisonomías. El hombre de la capa fue á ponerse en observacion debajo de un portal en el opuesto lado de la calle.

—Cuernos y trueno! dijo uno de los dos bebedores: van á dar las siete, y esta es la hora de mi cita.

—Digoos, repuso su compañero con lengua estropajosa, que no vivo en la calle de las Malas Palabras, *indignus qui inter mala verba habitat*. Vivo en la calle de Juan—Panecillo—Blando, *inico Jo-
anis—Panecilli Blandi*.—Digo que sois mas cornudo que un unicornio si decís lo contrario.—Nadie ignora que quien monta una vez en un oso, nunca tiene miedo; pero vos propendeis á la golosina, como Santiago del Hospital.

—Juan, amigo mio, estais borracho.

El otro respondió dando un paspié:—Cosas vuestras, Febo, cosas vuestras; pero está probado que Platon tenia el perfil de un perro de caza.

Sin duda ha reconocido ya el lector á nuestros dos dignos amigos, el capitan y el estudiante; y es de creer que el hombre que los acechaba los habia reconocido tambien, porque seguia á pasos lentos

todas las eses que hacia describir el estudiante al militar, el cual, bebedor masaguerrido, habia conservado toda su sangre fria. Escuchándolos atentamente, pudo el hombre de la capa cojer en su totalidad la siguiente interesante conversacion.

--Cuerno de buey! haced por andar derecho, señor bachiller; sabeis que es menester que nos separemos. Ya son las siete, y tengo una cita con una mujer.

--No hay que meterse conmigo: yo veo estrellas y mangas de fuego, y vos os pareceis al castillo de Dampmartin que se está cayendo de risa.

--Por las verrugas de mi abuela, Juan, que esos disparates no vienen á cuento. Entre paréntesis, Juan, os queda todavía algun dinerillo?

--Señor rector, está muy bien dicho, la pequeña carnicería, *parva carniceria*.

--Juan, amigo Juan, ya sabeis que estoy citado con esa muchacha en la punta del puente san Miguel; que no puedo llevarla mas que á casa de la Falourdel, y que tendré que pagar el cuarto porque la vieja pícara de vigotes blancos no me le dará de fiado. Juan, por amor de Dios! nos hemos bebido toda la bolsa del cura? no os queda ya siquiera un triste parisie?

--La conciencia de haber empleado bien las otras horas es un justo y sabroso condimento de mesa.

--Vientre y entrañas! basta de pamplinas! Decidme, Juan del diablo! os queda alguna moneda? Dádmela, boto á cribas, ó voy á registraros aun-

que seais leproso como Job y sarnoso como César.

—Caballero, la calle Galiache es una calle que remata por un extremo en la calle de la Verrerie y por otro en la de la Tixeranderie.

—Sí, amigo mio, compañero Juan, ya lo sé, la calle Galiache, santo y bueno. Pero en nombre del cielo, volved en vos; no me hace falta mas que un sueldo parisie, y lo necesito para las siete.

—Callen todos, y escuchen la trova.

Cuando el rato
coma al gato
rey, serás
señor de Arras.
Cuando la mar esté helada
por San Juan
los de Arras su plaza amada
dejarán.

—Pues bien! estudiante del Ante-Cristo, asi te veas ahorcado con las tripas de tu madre! exclamó Febo, dando un terrible empujón al estudiante borracho, que se escurrió contra la pared, y cayó suavemente sobre el pavimento de Felipe Augusto; mas por un resto de aquella fraterna simpatía que nunca abandona el corazón de un bebedor, colocó Febo á su amigo Juan con el pie sobre una de aquellas almohadas del pobre que dispone la providencia en todas las esquinas de París, y que los ricos afrentan desdeñosamente con el nombre de *basureros*. Acomodó el capitán la cabeza de su amigo sobre un plano inclinado de tronchos de berzas, y en el punto mismo empezó el estudiante á roncar

con una voz admirable de bajo. Pero aun duraba algun rencor en el pecho del capitan.—Tanto peor para tí si te coje al paso la carreta del diablo! dijo al pobre estudiante dormido, y se alejó apresuradamente de aquel sitio.

El hombre de la capa, que no habia cesado de seguirle, detúvose un momento delante del tendido muchacho, como ajitado por una cruel indecision; luego, exhalando un profundo suspiro, se alejó tambien siguiendo los pasos del capitan.—

Dejarémosle, como ellos, dormir bajo la benévola mirada de las estrellas, y los seguiremos tambien, si no lo lleva á mal el lector.

Al desembocar en la calle de san Andres de los Arcos, advirtió el capitan Febo que le seguian, pues vió, al volver casualmente la vista, una especie de sombra que rastreaba detrás de él á lo largo de las paredes. Paróse él, y paróse tambien la sombra; volvió á andar, é hizo ella lo propio, cosa que le inquietó realmente muy poco.—Ah, bah! dijo para su colete, no tengo un ochavo.—

Hizo alto poco despues delante de la fachada del colegio de Autun; en aquel colegio era donde habia bosquejado lo que él llamaba sus estudios, y por efecto de una mala maña de estudiante travieso, que le duraba aun, nunca pasaba por delante de la fachada sin hacer á la estatua del cardenal Pedro Bertrand, esculpida á la derecha del porton, la especie de afrenta de que tan amargamente se queja Priapo en la sátira de Horacio: *Olim trui-*

cus eram fículus, y tal era su encarnizamiento en esta materia, que casi habia llegado á borrar la inscripcion: *Eduensis episcopus*. Paróse, pues, delante de la estatua, según su costumbre: la calle estaba enteramente desierta. Mientras se atacaba las presillas con desenfado, mirando á todas partes, sin fijarse en ninguna, vió la sombra que se acercaba á él con lentos pasos, y tan lentos, que tuvo tiempo para observar que aquella sombra llevaba una capa y un sombrero. Cuando llegó junto á él, hizo alto, y quedó mas inmóvil que la estatua del cardenal Bertrand, fijando en él sus ojos llenos de aquella luz vaga que espiden de noche los ojos de un gato.

El capitán era valiente, y no hubiera vuelto la espalda á un ladron con el chafarote en la mano: pero aquella estatua que andaba, aquel hombre petrificado, le helaron de espanto. Corrian entonces ciertos rumores relativos á un monje en pena, duende nocturno de las calles de París, que se agolparon confusamente en su memoria: quedó por algunos minutos estupefacto, y rompió en fin el silencio, violentándose para decir:—Caballero, si sois un ladron, como supongo, os pareceis á una garza real que arremete á una cáscara de nuez. Soy un hijo de familia arruinado, amigo mio, con que así llamad á otra puerta: hay en la capilla de este colegio palo de la verdadera cruz, guardado en urnas de plata.

Saeó la sombra la mano por debajo de la capa, y cayó sobre el brazo de Febo como la garra de un

águila : al mismo tiempo habló la sombra :—Capitan Febo de Chateaupers!—

—Cómo diablos! dijo Febo.—¿con que sabéis mi nombre?—www.libtool.com.cn

—No solo sé tu nombre, repuso el de la capa, con su voz sepulcral, sino tambien que tienes una cita para esta noche.—

—Sí, respondió Febo estupefacto.

—A las siete.

—Dentro de un cuarto de hora,

—En casa de la Falourdel,

—Precisamente,

—La del Puente san Miguel.

—De san Miguel Arcángel, como dice el Padre nuestro.—

—Impío! murmuró el espectro.—Con una mujer?

—*Confiteor...*

—Que se llama...

—La Esmeralda, dijo alegremente Febo que por grados habia ido recuperando toda su habitual insustancialidad.

Al oír este nombre, las garras de la sombra sacudieron con furor el brazo de Febo:— Capitan Febo de Chateaupers — mientes!

Quien hubiera podido ver en aquel momento el semblante inflamado del capitan, el brinco que dió hácia atrás, tan violento que se desasíó de la tenaza que le oprimia, el altivo continente con que echó mano á la empuñadura de su espada, y delante de aquella cólera, la adusta inmovilidad del

hombre de la capa, quien hubiera visto todo aquello, decimos, se hubiera estremecido. Era aquello algo parecido al combate entre don Juan (1) y la estatua del comendador.

—Cristo y Satanás! exclamó el capitan; palabra es esa que rara vez se arrima á los oídos de un Chateaupers! no serás capaz de repetirla!

—Mientes! dijo la sombra con frialdad.

Rechinaron los dientes del capitan: monje en pena, fantasma, supersticiones, todo lo olvidó en aquel momento; no veía delante de sí mas que un hombre y un insulto.—Ah! bueno es eso! dijo con voz sofocada por la rabia. Desembainó la espada y luego con voz palpitante, porque el despecho le hacia temblar como el miedo: —Aquí! inmediatamente, aquí! las espadas! las espadas! sangre y muerte!

El otro no se movia; cuando vió á su adversario ponerse en guardia y pronto á atacarle: —Capitan Febo, dijo, y su acento vibraba con amargura, olvidais vuestra cita.

Los arrebatos de los hombres como Febo, son sopas de leche, cuyo hervor apaga una gota de agua fria. Estas pocas palabras hicieron bajar la espada que relucia en la diestra del capitan.

—Capitan, prosiguió el hombre, mañana, pasado mañana, dentro de un mes, de aquí á diez

(1) Inútil será decir que este es el célebre Don Juan Tenorio del Convidado de Piedra y del admirable poema de Byron.

(N. del Trad.)

años me hallareis pronto á atravesaros de una estocada ; pero ahora , id á vuestra cita.

--En efecto, dijo Febo como procurando capitular consigo mismo, cosa deliciosa es hallar en una cita, una espada y una mujer; pero no veo la razon por que he de perder la una por la otra, cuando puedo tener las dos.

Y al punto envainó su espada.

--Id á vuestra cita , repuso el incógnito.

--Caballero , respondió Febo con alguna confusion , mil gracias por vuestra cortesía ; ello en fin , siempre tendremos tiempo para descosernos á tajos y mandobles la ropilla del padre Adan. Os agradezco que me dejeis pasar todavía un cuarto de hora agradable ; porque aunque yo contaba con dejaros tendido en el arroyo y llegar aun á tiempo para mi cita , tanto mas cuanto es buen tono hacer esperar un poco á las mujeres en casos semejantes, me pareceis hombre de pro , y es mas seguro dejar el lance para mañana. Voy pues , á mi cita , que es á las siete como sabeis. -- Al llegar á este punto, rasgóse Febo la mollera.

--Ah! ya se me olvidaba; no tengo un ochavo para pagar el alquiler del cuarto , y la pícara bruja querrá que la pague de antemano porque no se fia de mí.

--Aquí teneis con que pagar.

Sintió Febo que deslizaba en la suya la mano fria del incógnito una ancha moneda; y no pudo menos de tomar aquel dinero y de apretar aquella mano.

--Vive Dios, exclamó, que sois un hombre de bien!

--Una condicion, dijo el hombre: probadme que yo miento y que vos decís verdad. Escondedme en algun rincón desde donde pueda ver si esa mujer es en efecto la misma cuyo nombre me dijisteis poco ha.

--Oh! respondió Febo, lo que es por eso, sea muy en hora buena. Yo no sé si sois el señor diablo en persona; pero seamos buenos amigos por esta noche, y mañana os pagaré todas mis deudas de la bolsa y de la espada.

Echaron entonces á andar á toda prisa, y al cabo de algunos minutos, el murmullo del río les anunció que se hallaban sobre el puente San Miguel, cargado entonces de casas.—Empezaré por introducirlos, dijo Febo á su compañero, é iré luego á buscar á la niña que debe esperarme junto al Pequeño Chatelet. El compañero no respondió palabra; desde que andaban juntos no habia desplegado los labios. Paróse Febo delante de una puerta baja, y llamó con terribles porrazos, despues de lo cual brilló una luz por las rendijas de la puerta.—Quién es? preguntó una voz sin dientes.—Cuerpo de Dios! Cabeza de Dios! Viétre de Dios! respondió el capitán. Abrióse la puerta inmediatamente, y dejó ver á los recién llegados una vieja viejísima y una viejísima lámpara que temblaban á duo. La vieja estaba doblada como un arco, vestida de guñapos, con la cabeza tembleque; con los ojitos abier-

tos á punzon, con una rodilla de fregar en la cabeza, toda arrugada en las manos, en la cara, en el pescuezo; entrábanla los labios dentro de las encías, y tenía alrededor de la boca numerosos pinceles de pelos blancos que la hacían parecerse á un respetable micifuz. El interior del chiribitil no estaba menos derrotado que la vieja; todo se reducía á cuatro paredes de yeso, con vigas negras en el techo, una chimenea desmantelada, telarañas en todos los rincones; en el centro, un rebaño cojo de mesas y banquillos, un chiquillo hediondo entre la ceniza, y en el fondo una escalera ó mas bien una escala de madera que desembocaba en una trampa abierta en el techo. Al penetrar en aquel sitio, cubrióse con la capa hasta las cejas el misterioso compañero de Febo, y en tanto el capitán votando y renegando como un sarraceno, se apresuró á *hacer en un escudo relucir el sol*, como dice nuestro admirable Regnier (1).

— El cuarto de Santa Marta, dijo.

Tratóle la vieja de monseñor, y metió el escudo en un cajón; aquella moneda era la que el hombre de la capa negra había dado á Febo. Mientras estaba la vieja vuelta de espaldas, el chiquillo sucio y zarrapastroso que jugaba entre la ceniza, acercóse

(1) Mathurin Regnier, célebre poeta francés, y el primero que manejó la sátira en su lengua con buen éxito: nació en Chartres en 1573; murió consumido por el abuso de los placeres sensuales en 1613. (*N. del Trad.*)

boníticamente al cajon, cojió el escudo, y puso en su lugar una hoja seca que acababa de arrancar de una rama.

Hizo señal la vieja á los dos gentiles hombres, como ella decia, de que la siguieran, y subió la escalera delante de ellos: luego que llegó al piso superior, puso la lámpara sobre un cofre, y Febo, como práctico en aquellos lances, abrió una puerta que comunicaba con un oscuro zaquizami. — Entrad, compadre, dijo á su compañero. Obedeció el hombre de la capa sin decir palabra; cerróse la puerta detras de él; oyó á Febo que echaba el cerrojo, y un momento despues que bajaba la escalera con la vieja. La luz habia desaparecido.

UTILIDAD DE LAS VENTANAS**QUE DAN SOBRE EL RIO.**

Claudio Frollo (porque presumimos que el lector, mas inteligente que Febo, no ha visto en toda esta aventura mas monje en pena que el arcediano) Claudio Frollo anduvo á tientas por un buen rato en el tenebroso zaquizami en que le habia encerrado el capitan. Era el tal uno de aquellos escondrijos que reservan á veces los arquitectos en el punto de union del techo con una pared maestra. Del corte vertical de aquel chiribitil, como con tanta propiedad le habia llamada Febo, hubiera resultado un triángulo; no tenia ventana ni respiradero, y el plano inclinado del suelo impedia estar en él de pie. Acurrucóse pues Claudio en el polvo y argamazon que se aplastaban debajo de él; su cabeza ardia, y registrando con las manos en torno suyo, halló un vidrio roto que apoyó sobre su frente, y cuyo frescor le alivió algun tanto.

¿Qué pasaba en aquel momento en el alma tenebrosa del arcediano? Solo él y Dios han podido saberlo.

¿En qué orden fatal disponía él en su mente la Esmeralda, Febo, Jaime Charinolue, su hermano tan querido, abandonado por él en el fango, su sotana de arcediano, su reputación tal vez prostituida en casa de Falourdel, todas estas imágenes, todas estas aventuras? Yo no lo sé; pero es seguro que estas ideas formaban en su cabeza un grupo horrible.

Un cuarto de hora hacia que estaba esperando, y parecíale que un siglo entero había pasado sobre él. Al fin oyó rechinar las tablas de la escalera; alguno subía. Abrióse la trampa, y volvió á ver luz. Había en la derrotada puerta de su cuartucho una rendija bastante ancha, á la que arrimó con ansia su rostro, de modo que podía ver cuanto pasaba en la estancia inmediata. La vieja de la cara gatuna salió de la trampa la primera con su lámpara en la mano; luego Febo atusándose el bigote, y luego otra persona, esbelta y graciosa figura, la Esmeralda. Vióla el sacerdote salir de la tierra como una deslumbradora visión. Estremecióse Claudio; cayó una espesa nube sobre sus ojos, latieron con terrible fuerza sus arterias, y parecíale que todo rujía y giraba en torno de él; luego ni vió ni oyó nada.

Cuando volvió en sí, Febo y la Esmeralda estaban solos, sentados sobre el cofre de madera al lado de la lámpara que destacaba á los ojos del ar-

cediano aquellas dos jóvenes criaturas y un miserable jergon en el fondo de la estancia.

Habia al lado del jergon una ventana cuyos vidrios desencajados de su bastidor, como una telaraña sobre la cual ha caído la lluvia, dejaban ver por entre sus agujeros una parte del cielo y la luna reclinada á lo lejos sobre una almohada de blandas nubes.

La joven estaba encendida, confusa, palpitante; sus largas pestañas inclinadas sombreaban sus mejillas de púrpura. El oficial, sobre el cual no se atrevia á levantar los ojos, estaba en sus glorias; maquinalmente y con una expresion divina de sencillez, dibujaba la niña con la punta del dedo sobre el cofre líneas incoherentes y se miraba el dedo. No se la veían los pies sobre los cuales estaba echada la cabrita.

El capitan estaba vestido con suma elegancia; llevaba en el cuello y en las muñecas sendas sargas de lentejuelas, gran moda en aquella época.

Mucho trabajo le costó á don Claudio oir lo que se decian entre el bullir de su sangre que hervia agolpada en sus sienes.

(Cosa bastante insípida es por cierto una conversacion de enamorados; todo se reduce á un perpetuo *te amo*, frase musical muy rancia y fastidiosa para los indiferentes que escuchan, cuando no la adornan algunas *fioriture*; pero Claudio no escuchaba como un indiferente).

--Oh! decia la hermosa sin alzar los ojos, no

me desprecieis, señor Febo. Conozco que lo que hago está mal hecho.

—Despreciaros, vida mia! respondió el militar con aire de galantería protectora y esquisita; despreciaros! y por qué?

—Porque os he seguido.

—Es el caso, hija mia, que no estamos de acuerdo sobre este punto. Yo no debería despreciaros, sino aborreceros.

La niña le miró con espanto: — Aborrecerme! pues qué he hecho yo?

—Por haberos hecho tanto de rogar.

—Ah, exclamó.... si supierais que quebranto un voto!... Ya nunca mas encontraré á mis padres... el amuleto perderá su virtud... Pero qué importa? que necesidad tengo ahora de padre ni de madre?

Y esto diciendo, fijaba en el capitán sus rasgados ojos negros, húmedos de alegría y de ternura.

—Lléveme el diablo si os entiendo, exclamó Febo.

Calló por un momento la Esmeralda; luego salió una lágrima de sus ojos, un suspiro de sus labios, y dijo: —Oh señor! yo os amo.

Habia en derredor de aquella criatura tal perfume de castidad, tal prestigio de virtud, que Febo no se hallaba enteramente á sus anchas junto á ella; sin embargo, estas palabras le dieron algun valor:— Me amais! exclamó arrebatado, y echó un brazo al rededor de la cintura de la gitana.

Viólo el sacerdote, y probó con el dedo la punta de un puñal que llevaba escondido en el pecho.

—Febo, prosiguió la gitana desprendiendo suavemente de su cintura las tenaces manos del capitán, sois bueno, sois generoso, sois gallardo; me habeis salvado la vida, á mi que no soy mas que una pobre criatura perdida en Bohemia. Mucho tiempo hace que sueño con un oficial que me salva la vida, y con vos es con quien soñaba antes de conoceros. Febo, vida mia; mi sueño tenia un brillante uniforme como ese, un porte bizarro, una espada; os llamais Febo, nombre hermoso; amo vuestro nombre, amo vuestra espada. Desenvainad vuestra espada, Febo, que quiero verla.

—Chiquilla! dijo el capitán y sacó á relucir sonriendo su tizona. Miró la gitana su empuñadura, su hoja, examinó con angélica curiosidad la cifra del acero, y besó la espada diciéndola:—Eres la espada de un valiente; yo amo á mi capitán.

Aprovechóse Febo de tan favorable ocasion para dar en aquel blanco cuello doblegado un beso que hizo á la niña levantar su rostro escarlata como una cereza. El sacerdote rechinó los dientes en las tinieblas.

—Febo, repuso la gitana, dejadme hablar con vos. Andad un poco que quiero veros andar con vuestro porte gallardo y oir sonar vuestras espuelas de oro. Qué hermoso es!

Levantóse el capitán para complacerla, riñéndola con una sonrisa de satisfaccion. — Que niña

eres!—Dime, mi alma, me has visto alguna vez con sobrevesta de gala?

—No! respondió.

—Aquello si que tiene que ver.

Fue Febo á sentarse junto á ella, pero mucho mas cerca que antes.

—Escucha, prenda de mi...

Dióle la gitana algunos golpecitos sobre la boca con su linda mano, con una monada llena de locura, de gracia y de alegría. —No, no, no quiero escucharos. —Me amais? quiero que me digais si me amais.

—Sí te amo, angel de mi vida! exclamó el capitán hincando una rodilla en tierra. —Mi cuerpo, mi sangre, mi alma, todo es tuyo, todo es para tí. Te amo, y nunca he amado á nadie mas que á tí.

Tantas veces habia repetido el capitán esta frase en mil ocasiones semejantes, que la echó toda de sopetón sin equivocarse en una letra. Al oír esta apasionada declaracion, alzó la gitana al inmundo techo que hacia las veces de cielo, una mirada llena de una felicidad celestial.—Oh! dijo con voz desfallecida, hé aquí el momento en que se debería morir! Febo halló el "momento" escelente para darla un segundo beso, que fué á martirizar en su escondrijo al miserable arcediano.

—Morir! exclamó el fogoso capitán. Qué estás diciendo, angel mio! este es el momento de vivir, ó Júpiter no es mas que picaruelo...! morir! y ahora! Cuerdo de buey! vaya que me gusta la idea! —Ahora no

se trata de morir.--Escúchame, querida Similar.-- Esmeralda.--Perdona,--pero tienes un nombre tan prodijosamente sarraceno que nunca puedo atinar con él. Es una barrera que no me deja pasar adelante.

--Dios mio , dijo la pobre niña , y yo que le creia tan bonito por su singularidad! Pero una vez que no os agrada, quisiera llamarme Goton.

--Bah! no hemos de regañar por tan poca cosa, vida mia! es un nombre á que es preciso acostumbrarse, ni mas ni menos: en llegando á aprenderle de memoria, lo sabré que no habrá mas que pedir.--Escúchame, amada Similar; te adoro con pasion; vaya que te amo que es un milagro.--Yo sé quien rabia por ello que se las pela.

La celosa gitana no le dejó acabar:--Quién?

--Qué se nos importa á nosotros? dijo Febo.-- Me amas?

--Oh! respondió ella.

--Pues entonces! ya verás cómo te amo yo tambien: consiento en que me atraviase con su asador el gran diablo Neptuno, si no te hago la criatura mas feliz de la tierra. Tendrémos una casita muy cuca para los dos; pasará revista á mis arqueros delante de tus ventanas:--todos son de á caballo, y se rien de los del capitan Mignon; tengo maceros, ballesteros y culebrineros de mano. Te enseñaré los grandes mónstruos de París, en la granja de Rully; son magníficos. Hay ochenta mil cabezas armadas; treinta mil arneses blancos, entre jubo-

nes y cotas: las sesenta y siete banderas de los oficios; los estandartes del parlamento, del tribunal de cuentas, del tesoro de los generales, de los de la casa de la moneda; un arreo de satanás en fin. -- Te llevaré á ver los leones del palacio del Rey, que son unas fieras terribles: á todas las mujeres les gustan.

Algunos instantes hacia ya que la hermosa niña absorta en sus deliciosos pensamientos, oía el eco de su voz sin escuchar el sentido de sus palabras.

--Oh! serás feliz! prosiguió el capitán, y al mismo tiempo desató suavemente el cinturón de la gitana.

--Qué estais haciendo? dijo ella de pronto. Aquella *hostilidad* la sacó de su honda distracción.

--Nada, respondió Febo; solo decia que debes abandonar ese traje loquillo y callejero cuando estés conmigo.

--Cuando esté contigo, Febo mío! dijo la niña con ternura.

Y de nuevo quedó pensativa y silenciosa.

El capitán, alentado por tanta amabilidad, la cojió la cintura sin hallar resistencia, y luego empezó á desatar muy pianito el corpiño de la pobre muchacha; y tanto trastornó su gorguera, que el infeliz sacerdote vió salir entre la gasa la hermosa espalda desnuda de la gitana, redonda y morena como la luna que se levanta entre bruma en el horizonte.

La niña se estaba quieta, como si no advirtiera

lo que hacía Febo: los ojos del temerario capitán brillaban como linternas.

Repentinamente se volvió la Esmeralda hacia él: — Febo, dijo con una expresión de amor infinito, quiero que me instruyas en tu religión.

— Mi religión! exclamó el capitán soltando una carcajada. — Yo instruiros en mi religión! Cuernos y trueno! qué quereis hacer de mi religión?

— Lo digo para que nos casemos, respondió ella.

El rostro del capitán tomó una expresión de sorpresa, de desden, de incuria y de pasión libertina. — Ah bah! dijo, — pues quién se casa?

Palideció la gitana y dejó caer tristemente su cabeza sobre el pecho. — Prenda mía, dijo Febo con ternura, qué locuras son esas? Esto diciendo con la mayor dulzura que le era dado alcanzar á su voz, acercóse infinitamente á la gitana; sus manos cariñosas habían vuelto á ocupar su puesto sobre aquella cintura tan delicada y sutil, sus ojos se animaban cada vez mas, y si el señor Febo hubiera sido Júpiter, el digno Homero hubiera tenido que traer una nube en su ayuda (1).

Don Claudio entre tanto, todo lo veía: la puerta estaba hecha con duelas de cubas ya enteramente podridas, que dejaban entre una y otra ancha cabida á sus miradas de ave de rapiña. Aquel robus-

(1) Este y otros pasajes no los cuenta así V. Hugo; no soy bastante necio para corregirle la plana, luego.... al buen entendedor pocas palabras. (N. del Trad.)

to sacerdote de anchas espaldas y tez morena, condenado hasta entonces á la austera virginidad del claustro, palpitaba y hervia delante de aquella escena de amor, de noche y de deleite. Aquella jóven y hermosa criatura entregada á merced de aquel ardiente mancebo, hacia circular por sus venas plomo derretido. Sentia en su corazon movimientos extraordinarios: sus ojos penetraban con lascivia por todas aquellas ropas descompuestas. Quien hubiera podido ver en aquel momento el rostro del miserable pegado á las tablas hendidas, hubiera creído ver una cara de tigre mirando desde el fondo de su jaula á un hambriento chacal devorando á una gacela. Sus ojos llameaban como dos velas encendidas por entre las rendijas de la puerta.

Arrancó Febo con un movimiento repentino la gorguera de la gitana, y la pobre niña que habia estado hasta entonces pálida y pensativa, salió des-pavorida de su hondo letargo; alejose bruscamente del temerario oficial, y echando una mirada sobre su garganta y sus hombros desnudos, encendida y confusa, y muda de verguenza cruzó sus dos hermosos brazos sobre su seno para taparse. A no ser por la llama que encendia sus mejillas, quien la hubiera visto así, silenciosa é inmóvil, la hubiera tomado por una estatua del pudor. Sus ojos estaban fijos en el suelo.

La osadía del capitán habia dejado en descubierto el misterioso amuleto que llevaba al cuello la gitana.—Qué es eso? dijo aprovechándose de este

pretestó para acercarse á la dulce criatura á quien acababa de hacer huir.

—No lo toqueis! respondió ella al punto; es mi única salva-guardia, lo que me hará encontrar á mi familia, si continuo siendo digna de ello. Oh! dejadme, señor capitán! mi madre! mi pobre madre! madre mía! dónde estás? Ven, ven! Por amor de Dios, señor Febo! volvedme mi gorgüeral—

Retrocedió Febo y dijo con estudiada frialdad:— Oh! señorita! y que bien veo ahora que no me amais!

—Que no le amo! exclamó la pobre niña, y al mismo tiempo se colgó al cuello del capitán, á quien hizo sentarse junto á ella:—Qué no te amo. Febo mío!—Qué estás diciendo, cruel—sólo para desgarrarme el corazón!—Oh! haz lo que quieras!... soy tuya. Qué me importa el amuleto? qué me importa mi madre? tú eres mi madre, pues que yo te amo.—Febo, Febo querido, me ves? yo soy, mírame! soy esa infeliz á quien te dignas no desdeñar; que viene ella misma á buscarte! Mi alma, mi vida, mi cuerpo, mi persona, todo es tuyo, mi capitán! Si no quieres; no nos casaremos—porque en fin, qué soy yo? una miserable mujer, una cualquiera, mientras que tú, Febo mío, tú eres un noble caballero. Vaya que estaria bueno! una bailarina casarse con un capitán! qué locura!—No, Febo, no; yo seré tu querida, tu juguete, tu pasatiempo, una mujer que será tuya. Yo no merezco mas que eso, mancillada, despreciada, deshonrada—pero qué importa? amada! y seré la mas feliz y la mas altiva.

de las mujeres. Y cuando llegue á ser vieja, ó fea, amado mío, cuando ya no sirva para amaros, señor de mi vida, me tendreis entonces para serviros de esclava. Otras os bordarán bandas; yo, la criada, yo tendré cuidado de ellas: me dejareis limpiar vuestras espuelas, cepillar vuestro uniforme, sacar lustre á vuestras botas de montar. — No es verdad, Febo mío, que hareis esta obra de caridad? Entretanto, Febo... tuya soy! pero ámame, yo te lo pido.— Nosotras las gitanas somos así; no necesitamos mas que esto— aire y amor!

Y así diciendo, echaba sus brazos al cuello del oficial, y le miraba de pies á cabeza, suplicante y sonriendo entre sus lágrimas: su delicado seno se rozaba contra el uniforme de paño y los ricos bordados. Retortijaba la hermosa su flexible cuerpo sobre sus rodillas, y el capitán delirante clavó sus labios de fuego en aquellos hermosos hombros africanos: la gitana, perdidos los ojos en el techo, temblaba palpitante bajo aquel beso....

De pronto, encima de la cabeza de Febo, vió otra cabeza, una cara lívida, verde, convulsiva, con una mirada de condenado; junto á aquella cara habia una mano que tenia un puñal. Eran aquellas la cara y la mano del sacerdote, que habia roto la puerta, y llegádose allí. Febo no podia verle. Quedó la gitana inmóvil, helada, muda, bajo la horrible aparicion, como una paloma que levantára la cabeza en el momento en que la zumaya mira su nido con sus redondos ojos.—

Ni siquiera pudo lanzar un grito: vió bajar el puñal sobre Febo y volver á subir humeante.— Maldición! exclamó el capitán, y cayó.

Desmayóse la gitana.—

En el momento en que se cerraban sus ojos, en que todo sentimiento se disipaba en ella, creyó sentir imprimirse en sus labios un contacto de fuego, un beso mas ardiente que el hierro encendido del verdugo.—

Cuando volvió en sí, hallóse rodeada de soldados, y vió que se llevaban al capitán que yacia bañado en su sangre: el sacerdote habia desaparecido. La ventana del fondo de la estancia que daba sobre el rio, estaba abierta de par en par; vió que recojian los soldados una capa que se suponía debia pertenecer al oficial, y oyó decir en derredor:— Es una gitana que ha asesinado á un capitán.—

www.libtool.com.cn

Libro octavo.

www.libtool.com.cn

f.

www.libtool.com.cn**EL ESCUDO CONVERTIDO EN HOJA SECA.**

Gringoire y toda la corte de los Milagros estaban en una inquietud mortal. Un mes hacia ya que no recibían noticia alguna de la Esmeralda, lo que tenía en notable aflicción al duque de Egipto y á los hampones; ni tampoco de la cabrita, lo que tenía no menos afligido al digno Gringoire. Desapareció una tarde la gitana, y no había vuelto desde entonces á dar señal de vida; todas las pesquisas habían sido inútiles. Algunos bromistas hampones decían á Gringoire que la habían visto aquella misma noche en que desapareció hacia los alrededores del puente de San Miguel con un capitán; pero aquel marido al uso de Bohemia era un filósofo incrédulo, y sabía además mejor que nadie cuanto era virgen su mujer; había podido juzgar del inexpugnable pudor que resultaba de la dos virtudes combinadas del amuleto y de la gitana, y había calculado matemáticamente la resistencia de aquella castidad elevada á la segunda potencia. No tenía, pues, el menor cuidado por este punto.

Pero tampoco podía explicarse aquella desapa-

ricion, por lo que, su dolor era tan profundo que le hubiera hecho enflaquecer, á no haber sido aquello cosa materialmente imposible. La afliccion le habia hecho olvidar todo, hasta sus recreos literarios, hasta su grande obra de *Figuris regularibus et irregularibus*, que se proponia hacer imprimir con el primer dinero que hubiese á la mano. (Porque no soñaba mas que con la imprenta desde que habia visto el Didascalon de Hugo de Saint Victor, impreso con los célebres caracteres de Vindelin de Spira).

Un dia en que pasaba tristemente por delante de la Tournelle criminal, vió un gran jentío en una de las puertas del Palacio de Justicia. — ¿Qué es eso? preguntó á un jóven que salia del Palacio.

— No lo sé, caballero, respondió el jóven; dicen que estan juzgando á una mujer que ha asesinado á un capitan. Como parece que hay algo de hechicería en todo eso, el obispo y el provisor han intervenido en la causa, y mi hermano, que es el arcediano de Josas, no se separa del tribunal. Y es el caso que tenia que hablarle, pero no he podido llegar hasta él á causa del jentío, lo que me fastidia muy de veras, porque necesito dinero.

— De buena gana os lo prestaria, caballero, respondió Gringoire; pero os aseguro que si mis calzas están agujereadas, no las han agujereado los escudos.

No se atrevió á decir al jóven que conocia á su hermano el arcediano, á quien no habia vuelto á

visitar desde la escena de la iglesia, negligencia que le tenia confuso.

Prosiguió su camino el estudiante, y Gringoire empezó á seguir á la muchedumbre que subia la escalera mayor del tribunal: iba él calculando en sus adentros que no hay espectáculo mas propio para disipar la melancolía que un proceso criminal, tanto presta á la risa la habitual estupidez de los jueces. La gente á que se habia mezclado andaba y se codeaba en silencio; despues de un largo é insípido pisoteo por un largo corredor sombrío, que serpeaba por el palacio como el canal intestinal del viejo edificio, llegó á una puertecilla baja que desembocaba en una sala, que su alta estatura le permitió explorar de una ojeada por cima de las ondeantes cabezas de la multitud.

Era la sala grande y sombría, lo que la hacia parecer mayor todavía. Era la tarde; no dejaban ya penetrar las largas ventanas ojivas mas que un pálido crepúsculo que se apagaba antes de llegar á la bóveda, enorme enrejado de vigas esculpidas, cuyas mil figuras parecian moverse confusamente en la sombra. Habia muchas velas encendidas por una parte y por otra sobre las mesas, que derramaban su luz sobre las cabezas de los escribanos inclinadas sobre inmensos mamotretos. La parte delantera de la sala estaba ocupada por el jentío; á derecha y á izquierda habia hombres con togas y mesas; en el fondo sobre un tablado, numerosos jueces cuyas últimas filas se perdian en las tinieblas; caras inmó-

biles y siniestras. Cubiertas estaban las paredes de infinitas flores de lis; distinguíase confusamente una imájen de Cristo crucificado encima de los jueces, y por doquiera picas y alabardas á cuyas puntas daba la luz de las velas remates de fuego.

—Caballero, preguntó Gringoire á uno de sus vecinos ¿quiénes son todos esos personajes formados allá abajo como prelados en concilio?

—Caballero, dijo el vecino, los que están á la derecha son los consejeros de la sala del crimen, y los que están á la izquierda son los consejeros de la sala de informacion.

—Y aquel que está encima de todos, repuso Gringoire, aquel tomate que sudá, quién es?

—Es el señor presidente?

—Y aquellos borregos que están detras? prosiguió Gringoire, el cual como ya hemos dicho, era poco amigo de la magistratura, lo que provenia acaso del rencor que guardaba al palacio de Justicia desde su malandanza dramática.

—Son los señores procuradores del palacio del Rey.

—Y aquel jabalí que está delante?

—Es el señor escribano de la sala del parlamento.

—¿Y á la derecha aquel cocodrilo?

—Maese Felipe Lheulier, abogado extraordinario del rey.

—Y á la izquierda, aquel gatazo negro?

—Maese Jaime Charmolue, procurador del rey

en el tribunal eclesiástico, con los señores de la curia eclesiástica.

—Y podeis decírme, caballero, añadió Gringoire, qué hace ahí toda esa buena jente?

—Están juzgando.

—Y á quién juzgan? no veo ningun acusado.

—Juzgan á una mujer; pero no podeis verla, porque nos vuelve la espalda y la oculta el jentío. Allí está, mirad, entre aquel grupo de parteros.

—Quién es aquella mujer? preguntó Gringoire. ¿Sabeis cómo se llama?

—No señor; en este instante acabo de llegar; pero presumo que ha de haber algo de brujería en todo esto, pues asiste al proceso el provisor.

—Adelante! dijo nuestro filósofo, vamos á ver á esos togados comer un poco de carne humana. Vaya con Dios.

—Caballero, observó el vecino, no os parece que Maese Jaime Charmolue tiene traza de hombre compasivo?

—Aun! respondió Gringoire; no me fio de una compasion que tiene las narices remangadas y los labios sùtiles.

Impusó entonces silencio el auditorio á los interlocutores, porque iba en aquel momento á oírse una importante atestiguacion.

—Señores, decia en mitad de la sala una vieja cuyo rostro tanto desaparecia bajo sus vestidos, que cualquiera la hubiera tomado por un monton de guñapos andando; señores, tan cierto es ello

como es cierto que yo soy la Falourdel, establecida hace cuarenta años en el Puente de San Miguel, sin dejar nunca de pagar exactamente rentas, laudemios y censuales, frente por frente á la casa de Tassin-Caillart, el tintorero, que vive junto al río, contra la corriente.—; Una pobre vieja en el día, una buena moza en otros tiempos, señores jueces! De algunos días á esta parte, me decían: la Falourdel, no hay que hilar mucho de noche; el diablo peina con sus cuernos la rueca de las viejas. Es seguro que el monje en pena que andaba el año pasado por el lado del *Temple*, ronda ahora por la ciudad. La Falourdel, cuidado no llame á vuestra puerta! Una noche estaba yo hilando; llaman á mi puerta; pregunto ¿quién? Oigo unos juramentos; abro, entran dos hombres, uno muy negro con un capitan buen mozo: al primero no se le veían mas que dos ojos negros, dos armas; todo lo demás era capa y sombrero.— Luego me dicen:— El cuarto de Santa Marta, que es mi cuarto de arriba, señores, el mas decente.—Me dan un escudo, le meto en un cajon, y digo: para comprar tripas mañana en la carnicería de la Glorieta.— Subimos.— Cuando llegamos al cuarto de arriba, mientras estaba yo vuelto de espaldas, zas, desaparece el hombre negro, lo que me sorprendió un poco. El capitan que era hermoso como un gran señor, baja conmigo; se va y tarda como.... así... en cuanto se hila un copo.... y vuelve con una chica, preciosa, una muñeca que hubiera brillado como un sol si hu-

biera llevado algo en la cabeza; con ella venia un macho cabrío, un gran macho cabrio, blanco ó negro, ya no me acuerdo. Esto me dió mucho en que entender; la muchacha, santo y bueno; pero el macho cabrío!! no me gustan esos vichos porque tienen barbas y cuernos, y luego se parecen á los hombres: ademas huelen á *sábado*. Sin embargo, callé, ya tenia yo mi escudo, hice bien ¿no es verdad, señor juez? Acompaño pues arriba á la chica y al capitán y los dejo solos, es decir, con el macho cabrío: bajo y me pongo á hilar.—Es de advertir que mi casa tiene un entresuelo y un piso principal que da por detras sobre el rio como las otras casas del puente, y que la ventana del entresuelo y la del cuarto principal se abren sobre el rio.—Estaba yo, pues, como iba diciendo, hilando mi lino; no sé por qué pensaba entonces en el monje en pena que me trajeron á la memoria el macho cabrío, y la muchacha que estaba por cierto ataviada de un poco algo particular.—A lo mejor oigo un grito arriba, siento que cae algo de peso en el suelo, y que se abre la ventana; voy corriendo á la mia que estaba debajo, y veo pasar delante de mis ojos una cosa negra que cae en el agua; era una fantasma vestida de sacerdote. La luna estaba muy clara, y repito que lo ví como si fuera de día; iba nadando hácia la ciudad, Entonces toda temblando, llamo á la ronda; entran los señores de la docena, y por mas señas que en el primer momento, no sabiendo de qué se trataba, como estaban algo achispados me pe-

garon una soba. Espliquéles todo; subimos, y ¿qué es lo que hallamos? Mi pobre cuarto todo lleno de sangre; el capitan tendido en el suelo cuan largo era con un puñal en el cogote; la muchacha haciendo la mortecina, y el macho cabrío todo atolondrado.—Bueno, dije, ya tengo para quince días de faena con lavar el suelo:—habrá que raspar, y eso es terrible.—Se llevan al capitan ¡pobre mancebo! y á la muchacha toda despechugada.—Pero no es eso todo; lo peor fue que al día siguiente, cuando fui á buscar el escudo para comprar las tripas, hallé en su lugar, qué?... una hoja seca!

Calló la vieja: un murmullo de horror circuló por el auditorio.—Ese fantasma, ese macho cabrío, todo eso me huele á májia, dijo uno junto á Gringoire.—Pues y la hoja seca ¿añadió otro.—Es evidente, repuso un tercero, que es una bruja que tiene pacto con el monje en pena para desbalijar á los oficiales.—El mismo Gringoire estaba á punto de hallar espantosa y verosimil aquella aventura.

—Mujer Falourdel, dijo el señor presidente con majestad, nada mas teneis que decir á la justicia?

—No señor; respondió la vieja, sino que en el informe se trata á mi casa de tugurio asqueroso y hediondo, lo que es hablar ignominiosamente. Las casas del puente no tienen grande apariencia, porque hay muchísimos inquilinos en ellas; pero no por eso dejan de habitarlas los carniceros que son personas ricas y casados con mujeres muy limpias.

El majistrado que le pareció á Gringoire un co-

codrilo, se puso en pie: —Silencio! dijo. Pido á estos señores que no pierdan de vista que se ha hallado un puñal sobre el acusado. — Mujer Falourdel, habeis traído la hoja en que se transformó el escudo que os dió el demonio?

— Sí señor, respondió, aquí la teneis.

Entregó un hujier la hoja seca al cocodrilo que hizo un lúgubre movimiento de cabeza, y la pasó al presidente, quien se la dió al procurador del rey, de modo que dió vuelta á toda la sala. — Es una hoja de abedul, dijo maese Jáime Charmolue; nueva prueba de májia.

Un consejero tomó la palabra. — Testigo, dos hombres entraron al mismo tiempo en vuestra casa; el hombre negro, á quien primero vísteis desaparecer, y luego nadar por el Sena vestido de sacerdote, y el capitan. — Cuál de los dos os entregó el escudo?

Reflexionó un momento la vieja, y dijo: — El capitan.

Un vago rumor circuló por el auditorio.

— Ah! dijo para sí Gringoire, esto me pone en duda.—

De nuevo intervino maese Felipe Lheuloir, el abogado estraordinario del rey. — Hago presente á estos señores que en su declaracion escrita junto á la cabecera de su lecho de muerte, el oficial asesinado, confesando que se le habia venido á las mientes, cuando se le acercó el hombre negro, que aquel podia ser muy bien el monje en pena, aña-

dió que la fantasma le habia escitado con empeño singular á que fuese á verse con la acusada; y habiéndole el capitán hecho presente que no tenia dinero, dióle el escudo con que el susodicho capitán pagó á la Falourdel. De donde resulta que el escudo es una moneda del infierno.

Esta observacion decisiva hubo de disipar todas las dudas de Gringoire y demas esceptivos que se hallaban presentes.

—Estos señores tienen los documentos, añadió sentándose el abogado del rey, y pueden consultar la declaracion del capitán Febo de Chateaupers.

Al oir este nombre púsose en pie la acusada, alzando la cabeza por cima del gentío: Aterrado Gringoire reconoció á la Esmeralda.

La pobre gitana estaba pálida; sus cabellos antes tan preciosamente trenzados y orpados de zequíes, caian en desórden; sus labios estaban azules, sus ojos hundidos asustaban. Infeliz!

—Febo! dijo con delirio—dónde está? Oh, señores! antes de matarme decidme por amor de Dios si vive todavía—!

—Callad, mujer, respondió, el presidente; eso no os importa á vos.

—Oh! por compasion! decidme si vive! repuso cruzando sus hermosas manos enflaquecidas; y se oian resonar sus cadenas á lo largo de su falda.

—Pues bien! dijo con sequedad el abogado del rey, se está muriendo. Estais contenta?

La desdichada volvió á caer en su asiento; sin

voz, sin lágrimas, blanca como una estatua de cera.

Inclinóse el presidente á un hombre colocado á sus pies que tenia un gorro de oro y un ropón negro, una cadena al cuello y una vara en la mano. —Hujier, introducid á la segunda acusada.

Volvieron todos la vista hácia una puertecilla que se abrió y, con gran palpitacion de Gringoire, dió paso á una linda cabrita con cuernos y patitas de oro. Paróse un momento en el dintel el animalito, alargando el pescuezo, como si encaramada en la punta de una roca hubiese tenido á la vista un inmenso horizonte. Vió de repente á la gitana, y brincando por cima de la mesa y de la cabeza del escribano, púsose en dos saltos sobre sus rodillas; luego se revolcó graciosamente á los pies de su ama, solicitando una palabra ó una caricia; pero la acusada permaneció inmóvil, y ni aun la pobre Djali pudo obtener una mirada.

—Calla!... esta es aquel vicho tan feo, dijo la vieja Falourdel; y bien que las reconozco á las dos.

Tomó la palabra Jaime Charmolue:—Si les acomoda á estos señores, procederemos al interrogatorio de la cabra.

Esta era en efecto la segunda acusada, y no era cosa nada estraña á la sazón un proceso de brujería entablado contra un animal. Hállase entre otros en las cuentas del Prebostazgo de 1466, un curioso detalle de las costas del proceso de Gillet-Soulart y su gorrina, *ajusticiado por sus deméritos en Cor-*

beil. Nada falta en aquel documento, ni el coste de los fosos para meter á la gorrina, ni los quinientos haces de leña menuda tomados en el puerto de Morsant, ni las tres azumbres de vino y el pan, último banquete dividido fraternalmente con el verdugo, ni aún los once días de cuidado y manutención de la gorrina, á ocho dineros parisies cada uno. Y no siempre se contentaba con los animales la justicia de entonces; los capitulares de Carlo Magno y de Luis el Benigno imponen graves castigos á las fantásmas inflamadas que tengan la osadía de presentarse en los aires.

El procurador del rey en el tribunal eclesiástico exclamó: — Si el demonio que posee á esta cabra, y que ha resistido á todos los exorcismos persiste en sus maleficios y aterra con ellos al tribunal, le prevenimos que tendremos que reunir contra él al patíbulo y á la hoguera.

Un sudor frío corrió por los miembros de Gringoire. Cojió Charmolue sobre la mesa la pandereta de la gitana, y presentándosela de cierto modo á la cabra, le preguntó: — Qué hora es?

Miróle la cabra con ojos inteligentes, alzó su patita dorada y dió siete golpes; eran en efecto las siete. Un movimiento de terror circuló por la muchedumbre: Gringoire no pudo contenerse.

— Se pierde miserablemente! exclamó en alta voz, bien veis que no sabe lo que se hace.

— Silencio, villanos de ese rincón de la sala! dijo con voz agria el hujier.

Jaime Charmolue con ayuda de los mismos manojos de pandereta, hizo hacer á la cabra otras mil travesuras sobre la fecha del día, el mes del año & &, — de que ya ha sido testigo el lector. Y por una ilusión de óptica natural en los debates judiciales, aquellos mismos espectadores que acaso mas de una vez habian aplaudido en las calles las inocentes malicias de Djali, se sintieron despavoridos al verlas bajo las bóvedas del palacio de Justicia. La cabrita era decididamente el diablo.

Y fué aun mucho peor cuando, habiendo vaciado sobre el suelo el procurador del rey un cierto saquito de cuero lleno de letras movedizas, que llevaba al cuello Djali, vieron á la cabra formar con su patita con aquel alfabeto el nombre fatal de *Febo*. Aparecieron entonces irresistiblemente demostrados los sortilejos de que habia sido víctima el capitán; y á los ojos de todos, la gitana, aquella preciosa bailarina que tantas veces habia hechizado al pueblo con sus primores, no fué ya mas que un horrible vampiro.

Entre tanto, la infeliz no daba ninguna señal de vida; ni las graciosas evoluciones de Djali, ni las amenazas del tribunal, ni las sordas imprecaciones del auditorio, nada hacia en ella la menor impresion.

Fue preciso para sacarla de su letargo que la empujase un alabardero sin compasion, y que en tono solemne alzase la voz el presidente. — Mujer, sois de raza gitana, dedicada á los maleficios; ha-

beis, en complicidad con la cabra hechizada, implicada en el proceso, en la noche del 29 de marzo último, magullado y dado de puñaladas, de acuerdo con las potencias de las tinieblas y con ayuda de prácticas y sortilejos, á un capitán de los arqueros del rey, Febo de Chateaupers.—Insistís en la negativa?

—Horror! exclamó la jóven cubriéndose el rostro con ambas manos.—Febo mio! oh! este es el infierno!!.

—Insistís en negar? preguntó con frialdad el presidente.

--Sí lo niego! dijo la gitana con acento terrible, poniéndose en pie y echando llamas por los ojos.

El presidente continuó impertérito:—Pues entonces ¿cómo explicais los hechos de que se os acrimina?

La infeliz respondió con voz doliente y cortada por los sollozos:—Ya lo he dicho; no lo sé.—Ha sido un sacerdote, un sacerdote á quien no conozco; un sacerdote infernal que me persigue!...

—Eso es, repuso el juez; el monje en pena.

--Oh, señores! tened compasión de mí!--yo no soy mas que una pobre mujer.....

—De Egipto, dijo el juez.

Maese Jaime Charmolue tomó la palabra con dulzura:—Atendida la dolorosa obstinación de la acusada, pido la aplicacion del tormento.

--Concedido, dijo el presidente.

Estremecióse la desdichada de pies á cabeza; levantóse no obstante á intimacion de los partesaneros, y echó á andar con paso bastante firme, prevenida de Charmolue y de los sacerdotes de la curia, entre dos filas de alabarderos, hácia una puerta secreta que se abrió de pronto, y volvió á cerrarse al punto detras de ella, lo que hizo el mismo efecto al triste Gringoire que si acabaran de devorarla unas horribles fauces.

Apenas desapareció, oyóse un lastimero balido; era que la cabrita lloraba.

Suspendióse la audiencia, y como un consejero hiciése presente que aquellos señores estaban cansados, y que seria cosa larga esperar hasta el fin del tormento, respondió el presidente que un majistrado debe saber sacrificarse á su deber.

--Vaya una muñeca apestante y ridícula, dijo un juez ya entrado en años, que se hace dar tormento cuando no hemos cenado!!....

CONTINUACION DEL ESCUDO

CONVERTIDO EN HOJA SECA.



Después de haber subido y bajado algunos escalones en corredores tan oscuros que había que iluminarlos con lámparas en mitad del día, la Esmeralda, rodeada siempre de su lúgubre comitiva, fué metida por los alabarderos en una estancia de muy siniestra apariencia. Aquella estancia, de forma redonda, ocupaba el entresuelo de una de aquellas macizas torres que atraviesan, aun en nuestro siglo, la capa de edificios modernos con que cubre el nuevo París al antiguo. Ninguna ventana había en aquel sótano, ni mas abertura que la entrada, sumamente baja y cubierta con una enorme puerta de hierro. No faltaba sin embargo gran claridad en aquel sitio; en el grueso de la pared veíase un horno en que estaba encendida una abundante lumbrada que llenaba la estancia con sus calientes reverberaciones, y despojaba de todo reflejo á una miserable vela que yacía en-

cendida en un rincón. El rastrillo de hierro que servía para cerrar el horno, y que estaba levantado á la sazón, no dejaba ver en el orificio del respiradero que llameaba sobre la tenebrosa pared, mas que la estremidad inferior de sus barras, como una hilera de dientes negros, agudos y separados, lo que daba alguna semejanza á aquella hornaza con una de aquellas bocas de dragones que brotan llamas en las leyendas antiguas. A favor de la luz que de ella salía, vió la prisionera en todo el circuito de la estancia mil espantosos instrumentos, cuyo uso no conocia. Veíase en medio un colchon de cuero casi en contacto al suelo, sobre el cual pendía una correa con su ancha hebilla á la punta, atada por la otra á una argolla de cobre que mordía un mónstruo chato, esculpido en la clave de la bóveda; tenazas, pinzas, anchas rejas de arado, atestaban el interior del horno, y se encendían en confuso desórden entre las áscuas: el sangriento resplandor de la hornaza no iluminaba en toda la estancia mas que un conjunto de cosas horribles.

Aquel tártaro se llamaba lisa y llanamente el *cuarto del tormento*.

Sentado estaba con flojedad sobre el colchon, maese Pierrat Torterne, el atormentador-jurado: sus criados, dos gromos de cara cuadrada, mandil de cuero, y calzones de lienzo, daban vueltas á aquellos hierros sobre las brasas.

En vano la pobre niña habia recurrido á to-

do su valor; al penetrar en aquella estancia, se horrorizó.

Formáronse á un lado los maceros del alcaide del Palacio y al otro los sacerdotes de la cúria; un escribano, un tintero y una mesa estaban en un rincon. Acercóse á la gitana con su dulcísima sonrisa maese Jaime Charmolue:—Hija mia, dijo, con que insistis en la negativa?

—Sí, respondió ella con voz moribunda.

—En ese caso, repuso Charmolue, será muy doloroso para nosotros el repetir nuestras preguntas con mas instancia de lo que quisiéramos.—Tened la bondad de sentáos sobre esa cama.—Maese Pierrat, dejad sitio á esta señorita y cerrad la puerta.

Levantóse gruñendo Pierrat:—Si cierro la puerta, murmuró, se me apagará el fuego.

—Pues bien, amigo mio, respondió Charmolue, dejadla abierta.

La pobre Esmeralda continuaba en pie; aquel lecho de cuero, en que habian agonizado tantos miserables, la llenaba de espanto. Helábala el terror hasta la médula de sus huesos; la infeliz estaba allí, atónita y estúpida. A una señal de Charmolue, agarráronla los dos criados y la hicieron sentarse en la cama: no la hicieron ningun daño, pero cuando la tocaron aquellos hombres, cuando la tocó aquel cuero, sintió que toda su sangre se agolpaba á su corazon. Echó una mirada frenética por toda la estancia, y parecióla ver moverse y andar de todas partes hácia ella, para serpearla por el cuerpo y mor-

derla y pincharla, todos aquellos disformes instrumentos de tortura que eran entre los objetos de toda especie que habia visto hasta entonces lo que los murciélagos y las arañas entre los insectos y las aves.

—¿Dónde está el médico? preguntó Charmolue.

—Aquí, respondió un bulto cubierto de negro á quien aun no habia visto la gitana.

La infeliz se estremeció profundamente.

—Señorita, repuso la alhagüena voz del procurador en el tribunal eclesiástico, por tercera vez insistís en negar los hechos de que se os acusa?

Entonces, no pudo hacer mas que una señal con la cabeza: la voz la faltó.

—Insistís! dijo Jaime Charmolue; entonces, me aflige sobremánera, pero tendré que cumplir con los deberes de mi oficio.

—Señor procurador del rey, dijo Pierrat en tono brusco, por donde empezaremos?

—Dudó un momento Charmolue con el ambiente ademán de un poeta que busca su consonante: —Por el borceguí, dijo en fin.

Sintióse la infeliz tan profundamente abandonada de Dios y de los hombres que dejó caer la cabeza sobre su pecho como una cosa inerte que no tiene fuerza casi.

Acercáronse á ella juntamente el atormentador y el médico; y al mismo tiempo los dos criados, pusieron á registrar su horrible arsenal. Al oír el retintín de aquellos espantosos hierros, tembló la po-

bre niña como una rana muerta en una operación galvánica.—Oh; murmuró en voz tan baja que nadie la oyó.—Oh! Febo mio!—Y luego volvió á caer en su profunda inmovilidad y en su silencio de mármol; aquel espectáculo hubiera desgarrado cualquier corazón que no fuera el de un juez: parecía la Esmeralda una pobre alma pecadora interrogada por Satanás en la puerta escarlata del infierno. El miserable cuerpo á que iba á agarrarse aquel horrible hormiguero de sierras, de ruedas y de caballetes, el ser que iban á asir aquellas ásperas manos de verdugos y de tenazas, era sin embargo una dulce, blanca y fragil criatura, pobre grano de trigo que la justicia humana hacia pulverizar en los atroces molinos del tormento.

En tanto las callosas manos de los criados de Pierrat Torterne desnudaron brutalmente aquella hermosa pierna, aquel pie menudo que tantas veces habia hechizado á los transeuntes con su gracia y lindeza en las plazas de París.—Es lástima! refunfuñó el atormentador considerando aquellas formas tan graciosas y delicadas. Si el arcediano hubiera estado presente, cierto que se hubiera acordado en aquel momento de su símbolo de la araña y de la mosca. Pronto vió la desgraciada, al trasluz de la espesa nube que cubrió sus ojos, acercarse el *borceguí*; pronto vió amoldado su pie entre las ferradas tablas, desaparecer bajo el espantoso instrumento. Entonces el terror la volvió sus fuerzas:—Que me quiten esto! exclamó arrebatada; y ponién-

dose en pie con la melena tendida:—Perdon!!

Precipitose fuera del lecho para arrojarse á los pies del procurador del rey, pero su pierna estaba cojida en el macizo muelle de encina y de hierro, y cayó sobre el borceguí mas quebrantada que una abeja con una pesa de plomo en un ala.

A una señal de Charmolue, volvieron á sentarla en el lecho, y dos manos bestiales ataron á su frágil cintura la correa que pendia de la bóveda.

—Por última vez, ¿confesais los hechos del proceso? preguntó Charmolue con su imperturbable benignidad.

—Soy inocente.

—Entonces, señorita, ¿cómo explicais los cargos que se os imputan?

—Y yo, ¿qué sé?

—¿Con que negais?

—¡Todo!

—¡Adelante! dijo Charmolue á Pierrat.

Dió vuelta Pierrat al puño del carnicu, cerróse el borceguí, y la infeliz lanzó uno de aquellos horribles gritos que no tienen ortografía en ninguna lengua humana.

—Teneos, dijo Charmolue á Pierrat.—¿Confesais? dijo á la gitana.

—¡Todo! exclamó la miserable; ¡todo lo confieso, todo! ¡Perdon!

La desdichada no habia calculado sus fuerzas, arrojando el tormento. ¡Pobre criatura! Su vida

habia sido hasta entonces tan alegre, tan suave, tan dulce que ~~se~~ sucumbió al primer dolor.

—La humanidad me obliga á deciros, observó el procurador del rey, que esa declaracion os acarreará la pena de muerte.

—Asi lo espero, dijo la infeliz, y volvió á caer sobre el lecho de cuero, moribunda, doblegada, dejándose cojer por la correa prendida á su cintura.

—Eh, buena moza, sosteneos un poco, dijo Pierrat levantándola; vaya que os pareceis al borrego de oro que lleva al cuello el señor de Borgoña.

Jaime Charmolue tomó la palabra: —Jóven jítana, ¿confesais vuestra participacion en las agapas (1), sábados y maleficios del infierno, con las larvas (2), duendes y vampiros? Responded.

—Sí, dijo en voz tan baja, que sus palabras se confundieron con su aliento.

—¿Confesais haber visto el morueco que Belcebú hace aparecer entre las nubes para congregar el *sábado*, lo que solo pueden ver los hechiceros?

—Sí.

—¿Confesais haber adorado las cabezas de Bo-

(1) Llamábanse así las comidas que tenían los primeros cristianos en las iglesias. Es voz de que usa Capmani, aunque no la trae el diccionario de la academia. (Nota del traductor).

(2) Las almas de los malos que vagaban bajo formas espantosas. (Id.)

sonet, los abominables dolos de los templarios?

— Sí.

— Haber tenido comercio habitual con el diablo bajo la forma de una cabra familiar, aneja al proceso?

— Sí.

— En fin, ¿declarais y confesais haber, con ayuda del demonio y del fantasma vulgarmente llamado el Monje en pena, en la noche del 29 de marzo último, herido y asesinado á un capitán llamado Febo de Chateaupers?

Alzó la gitana sobre el magistrado sus grandes ojos mates, y respondió como maquinalmente, sin convulsion ni violencia: — Sí.

Es evidente que estaba quebrantada el alma de la infeliz.

— Escribid, notario, dijo Charmolue, y dirigiéndose á los atormentadores: — Que suelten á la prisionera, y se la lleven á la audiencia. Luego que *descalzaron* á la prisionera, examinó su pie hinchado aun por el dolor, el procurador del rey en el tribunal eclesiástico: — ¡Vamos! dijo; no ha sufrido mucho; gritásteis á tiempo. ¡Todavía podriais bailar, hija mia! — Y luego, volviéndose á sus acólitos de la curia: — ¡Ya aclaró en fin sus dudas la justicia! ¡siempre es un consuelo, señores! esta señorita será testigo de que la hemos tratado con la mayor dulzura posible. —

FIN DEL ESCUDO
CONVERTIDO EN HOJA SECA.



Cuando entró la Esmeralda, pálida y cojeando, en la sala de audiencia, acojió su llegada un murmullo de satisfaccion general, que era de parte del auditorio, aquel sentimiento de impaciencia satisfecha que sentimos en el teatro cuando, acabado el último entreacto, se levanta el telon, y va á empezar el fin; y de parte de los jueces, esperanza de cenar en breve. La cabrita tambien baló de alegría; quiso correr hácia su ama, pero la habian atado al banco.

Era ya enteramente de noche; las velas, cuyo número no habia aumentado, daban tan poca luz, que no se veían las paredes de la sala, en que las tinieblas envolvian todos los objetos en una especie de bruma. Apenas se destacaban de entre la sombra algunas apáticas fisonomías de jueces. En frente de ellos, en la estremidad de la larga sala, podian ver resaltar sobre el fondo oscuro un punto de vaganancia, que era la acusada.

Llegó la desdichada arrastrando hácia su asiento, y luego que Charmolue se hubo instalado majistralmente en el suyo, sentóse, volvióse á levantar, y dijo sin mostrar excesiva vanidad por su victoria: — La acusada lo ha confesado todo.

—Gitana, repuso el presidente, habeis¹ confesado todos vuestros cargos de mágia, de prostitucion y de asesinato sobre la persona de Febo de Chateaupers?

Oprimióse la el corazon; todos la oyeron sollozar en la sombra.— Todo lo que queráis, respondió con voz desfallecida; pero² matadme pronto!!—

—Señor procurador del rey en el tribunal eclesiástico, dijo el presidente, el tribunal está pronto á oir vuestras demandas.³

Exhibió maese Charmolue un formidable cartapacio y púsose á leer haciendo muchísimos aspavientos con la acentuacion exagerada de la goliilla, una oración en latín en que se confundian todas las pruebas del proceso, entre mil perífrasis ciceronianas, flanqueadas de citas sacadas de Plauto, su cómico predilecto. Mucho sentimos no poder ofrecer al lector aquel notable documento; léiale el orador con maravillosa gesticulacion; aun no habia acabado el exordio, y ya le saltaban el sudor de la frente, y los ojos de la cabeza. De pronto, precisamente en la mitad de un período, interrumpióse el procurador, y su mirada, por lo general bastante amable y aun algo necia, brotaba llamas: — Señores, exclamó en francés, porque lo que iba á decir no estaba en el texto; tan metido está Satanás

en este asunto, que ahí lo veis, señores, asistiendo á nuestros debates y^f haciendo mofa de su majestad.- Mirad! Y esto diciendo, señalaba con el dedo á la cabrita, que viendo gesticular á Charmolue, habia creido en efecto que no seria fuera de propósito hacer otro tanto, y asentóse sobre ambas posaderas, reproduciendo como Dios la daba á entender, con sus patitas delanteras y su cabeza barbuda la patética pantomima del procurador del rey en el tribunal eclesiástico, lo que constituia si no lo ha olvidado el lector, una de sus inocentes habilidades. Este incidente, esta última prueba, hizo grande efecto: ataron las patas á la cabra,^f y el procurador del rey añudó el roto hilo de su elocuencia. Largo era el discurso, pero la peroracion fue admirable; he aqui su última frase, á la cual debe añadir el lector la voz enronquecida y desalentada accion de maese Charmolue: - *Ideo, Domni, coram stryga demonstrata, crimine patente, intentione criminis existente, in nomine sanctæ Ecclesiæ Nostræ Dominæ parisiensis quæ est in saisina habendi omnimodam altam et bassam justitiam in illa hac intemerata Civitatis insula, tenore præsentium declaramus nos requirere, primo, aliquamdam pecuniariam indemnitate, secundo, amendationem honorabilem ante portalium maximum Notræ-Dominæ, ecclesiæ cathedralis; tertio, sententiam in virtute cujus ista stryga cum sua capella,^f seu in trivio vulgariter dicto la Greve, seu in insula exeunte in fluvio Secanæ, justá pointam jardini regalis executatæ sint,*

Y se puso su bonete y se sentó.

—Eheu ! suspiró Gringoire dolorido, *bassa latinitas!*

Otro hombre vestido de negro se puso en pie junto á la acusada ; aquel era su abogado. Los jueces, como no habian cenado empezaron á murmurar.

—Abogado , sed breve , dijo el presidente.

—Señor presidente, respondió el abogado, puesto que la demandada ha confesado el crimen, solo me falta añadir una palabra: Señores: Hé aquí un texto de la ley sálica: —“Si una vampira se come á un hombre, de cuyo delito queda convicta y confesa, pagará una multa de ocho mil dineros, que hacen doscientos sueldos de oro.”— Pido al tribunal que condene á mi clienta á la multa.

—Testo abrogado, dijo el abogado extraordinario del rey.

—*Nega*, replicó el defensor.

—Que se ponga á votacion ! dijo un consejero el crimen está probado y ya es tarde.

Procedióse á la votacion en el acto; los jueces opinaron con sus bonetes, porque tenian prisa. Veíanse sus cabezas encapilladas, irse descubriendo una á una en la sombra, al oír la lúgubre pregunta que les dirigia en voz baja el presidente. Parecia que la pobre acusada los miraba, pero sus ojos turbios no veían.

Púsose luego á escribir el notario, y entregó en mano propia al presidente un largo pergamino: oyó

entonces la infeliz cierto movimiento en el pueblo, un confuso choque de alabardas y una voz glacial que decia :

— Jitana, el dia en que lo mande el rey nuestro señor, á la hora de medio dia, sereis llevada en un carreton, en camisa, descalza, y con la cuerda al cuello, delante de la portada principal de Nuestra Señora, para hacer pública retractacion con una vela de cera del peso de dos libras en la mano, y desde alli sereis conducida á la plaza de Greve, donde sereis ahorcada en el cadalso de la villa, é igualmente esa vuestra cabra, y pagareis al provisor tres leones de oro en reparacion de los crímenes por vos cometidos y confesados de hechicería, májia, lujuria y asesinato sobre la persona del señor Febo de Chateaupers. Dios perdone á vuestra alma!—

—Oh! estoy soñando! murmuró la infeliz, y sintió unas manos ásperas que se la llevaban.—

4.

www.libtool.com.cn

LASCIATE OGNI SPERANZA.

En la edad media, un edificio completo, estaba la mitad fuera y la mitad dentro de la tierra. A menos que estuvieran contruidos sobre un terraplen, como Nuestra Señora de París, un palacio, una fortaleza, una iglesia estaban divididos en dos cuerpos por el nivel del suelo. En las catedrales, habia en cierto modo otra catedral subterránea, baja, oscura, misteriosa, ciega y muda, debajo de la nave superior en que rebosaba la luz y resonaban dia y noche los órganos y las campanas; á veces, habia un sepulcro. En los palacios, en las fortalezas, era una prision, á veces un sepulcro, á veces las dos cosas juntas. Aquellas poderosas construcciones, cuyo sistema de formacion y *vegetacion* hemos explicado ya, tenían, no digamos cimientos, sino, por decirlo asi, raíces que iban ramificándose en el suelo en estancias, en galerías, en escaleras, como la construccion superior, de modo que á las iglesias, los palacios y las fortalezas, les llegaba la tierra hasta la cintura. Los sótanos de un edificio

eran otro edificio, á que se bajaba en vez de subir, y que aplicaba sus pisos subterráneos á la mole de los pisos exteriores del monumento, como aquellos bosques y aquellas montañas que se reflejan, boca á bajo en el agua transparente de un lago debajo de los bosques y de las montañas de la orilla.

En la bastilla de San Antonio, en el palacio de justicia de París, en el Louvre, aquellos edificios subterráneos eran prisiones; los pisos de aquellas prisiones, á medida que se hundían en el suelo, iban adelgazándose y oscureciendo como otras tantas zonas en que se eslabonaban los matices del horror. Dante no pudo imaginar cosa mejor para su infierno. Aquellos embudos de calabozos desembocaban por lo general en un foso bajo como el fondo de una cuba en que Dante colocó á Satanás, en que la sociedad colocaba á sus reos. Encerrada una vez en aquel sitio una miserable existencia, adios la luz, el aire, la vida, *ogni speranza*; ya no salía de allí mas que para ir al patíbulo ó á la hoguera: á veces se podría allí; la justicia humana llamaba á aquello *olvidar*. Entre los hombres y él, sentía el reo pesar sobre su cabeza una inmensa mole de piedras y de carceleros; y la prision entera, y toda la maciza fortaleza, no eran mas que una enorme cerradura complicada que le sepultaba fuera del mundo vivo.

En uno de estos profundos calabozos, en uno de los escondrijos abiertos pos San Luis, *en el in pace* de la Tournelle es donde habian, sin duda, por mis-

do de que se escapara , encerrado á la Esmeralda condenada á muerte, con el colosal palacio de Justicia sobre su cabeza. ¡Pobre mosca que no hubiera podido remover la menor de sus piedras!

Cierto que la providencia y la sociedad habian sido con ella igualmente injustas; no era necesario semejante lujo de infortunio y de tormento para quebrantar á tan frágil criatura.

Allí estaba la infeliz , perdida en las tinieblas, sepultada, soterrada, emparedada; quien hubiera podido verla en aquel estado, despues de haberla visto reir y danzar al sol , se hubiera estremecido. Fria como la noche, fria como la muerte, sin un soplo de aire en sus cabellos, sin un eco humano en sus oidos, sin un rayo de luz en sus ojos; doblada, cargada de cadenas, acurrucada junto á un cántaro y un pan sobre un poco de paja en el charco que formaban debajo de ella los rezumos del calabozo, sin movimiento, casi sin vida, ni tan siquiera sufría. Febo, el sol, la luz del dia, el aire, las calles de París, las danzas y los aplausos, las dulces pláticas de amor con el capitan; luego el sacerdote, la vieja, el puñal, la sangre, el tormento, la horca, todas estas cosas pasaban por su mente, ya como una vision sonora y dorada, ya como una disforme pesadilla; pero no era aquello mas que una lucha horrible y vaga que se perdia en las tinieblas, ó una música lejana que sonaba allá arriba, sobre la tierra y que no se oía en la profundidad á que habia caído la desdichada. Desde que

estaba allí, ni velaba, ni dormía; en aquel infortunio, en aquel calabozo, así la era dado distinguir la vigilia del sueño, la ilusión de la realidad, como el día de la noche: todo estaba mezclado, confundido, flotante, confusamente revuelto en su mente. Ya no sentía, ya no sabía, ya no pensaba; lo más que podía hacer, era acordarse. Jamás criatura viva había penetrado tan profundamente en la nada.

Y por eso embotada, helada, petrificada, apenas había advertido dos ó tres veces el ruido de una trampa que se había abierto por allí sobre ella, sin dejar siquiera entrar un poco de luz, y por la cual la había arrojado una mano un pedazo de pan negro: aquella era sin embargo la única comunicación que la quedaba con los hombres, la visita periódica del carcelero. Solo una cosa ocupaba aun maquinalmente sus oídos; encima de su cabeza filtraba la humedad por entre las piedras enmohecidas de la bóveda, y de ella se desprendía á iguales intervalos una gota de agua. La pobre Esmeralda escuchaba estúpidamente el ruido que hacía aquella gota de agua cayendo en el charco, junto á ella.

Aquella gota de agua cayendo en aquel charco era el único movimiento que existía en torno suyo, el único reloj que indicaba el curso de las horas, el único ruido que llegaba hasta ella de todo el ruido que cubre la superficie de la tierra.

Para decirlo todo, sentía también de cuando en

quando, en aquella cloaca de fango y de tinieblas, una cosa fria que se deslizaba á veces sobre sus pies y sus brazos, haciéndola estremecerse.

¿Cuánto tiempo hacia que estaba allí? lo ignoraba. Acordábase de una sentencia de muerte pronunciada en algun sitio contra alguno, y de que luego se la habian llevado, y que al fin se despertó de noche, en medio del silencio y tiritando de frio. Habríase arrastrado sobre las manos, y entonces unas argollas de hierro la desgarraron los tobillos y oyó un crujido de cadenas: habia reconocido que todo era paredes á su alrededor y que debajo de su cuerpo habia una losa cubierta de agua y un monton de paja; pero ni tenia luz, ni ventana. Entonces, sentóse sobre aquella paja, y á veces, para cambiar de postura, sobre el último escalon de unas gradas de piedra que habia en su calabozo. Una vez, procuró contar los negros minutos que media por ella la gota de agua, pero pronto se rompió por sí mismo en su cabeza aquel triste trabajo de un cerebro enfermo dejándola en su hondo estupor.

Llegó en fin un dia ó una noche (porque la noche y el dia tenian el mismo color en aquel sepulcro) en que oyó encima de ella un ruido mas fuerte que el que metia por lo general el carcelero cuando la llevaba su pan y su cántaro de agua. Levantó la cabeza, y vió un resplandor rojizo que entraba por las rendijas de la especie de puerta ó trampa abierta en la bóveda del *in pace*. Rechina-

ron al mismo tiempo los macizos cerrojos, giró la trampa sobre sus herrumbrosos goznes, y vió la prisionera una linterna, una mano y la parte inferior del cuerpo de dos hombres, pues era la puerta demasiado baja para que pudieran verse sus cabezas. Tanto la hirió la luz en el primer momento que cerró los ojos.

Cuando volvió á abrirlos, estaba ya cerrada la puerta, veíase el farol sobre un escalón de las gradas, y un hombre, solo, estaba en pié delante de ella. Caíale hasta los pies una sotana negra, y una antifaz del mismo color le cubría el rostro; nada se veía de su persona, ni su cara, ni sus manos. Parecía un largo sudario negro que se sostenía en pié, y bajo el cual se sentía moverse alguna cosa. Miró la gitana por algunos minutos de hito en hito á aquella especie de espectro, pero ni uno ni otro hablaban; parecían dos estátuas, una delante de otra. Solo dos cosas parecían vivir en aquel calabozo; la mecha de la linterna que chirriaba á causa de la humedad de la atmósfera y la gota de agua de la bóveda que cortaba aquel chisporroteo irregular con su monótono caer, y hacía temblar la luz de la linterna en círculos concéntricos sobre el agua espesa del charco.

La prisionera en fin rompió el silencio: —quién sois?

—Un sacerdote.

La palabra, el acento, el sonido de aquella voz, la hicieron estremecerse.

Prosiguió el sacerdote articulando sordamente.

—Etais preparada?

—A qué!

A morir.

—Oh! dijo, y será pronto?

—Mañana.

Su cabeza que se habia levantado con alegría, volvió á caer sobre su pecho.—Oh! mucho falta todavía! murmuró; ¿qué mas les daba que fuera hoy?

—Con que sois muy desgraciada? preguntó el sacerdote despues de un breve silencio.

—Tengo mucho frio, dijo la niña.

Cojióse los pies con las manos, movimiento habitual en los desgraciados que tienen frio, y que ya hemos visto hacer á la reclusa de la torre Roland; sus dientes rechinaban.

Por bajo de su capucha recorrió el sacerdote con los ojos el interior del calabazo: —Sin luz! sin fuego! en el agua! que horror!

—Sí, respondió la niña con el ademan atónito que la habia comunicado el infortunio; la luz es para todo el mundo; por qué no me dan á mí mas que la noche?

—Sabeis, repuso el sacerdote despues de un nuevo silencio, por qué estais aquí?

—Creo que lo he sabido, dijo pasando sus dedos enjutos sobre sus cejas como para ayudar á su memoria, pero ya no lo sé.

De pronto, púsose á llorar como un niño.—Yo quisiera salir de aquí, tengo frio, tengo miedo y

hay aquí unos bichos que me cosquillean á lo largo del cuerpo.

—Pues bien, seguidme!

Esto diciendo, cojióla el sacerdote por el brazo; la infeliz estaba helada hasta el fondo de sus entrañas, y sin embargo aquella mano, la produjo una sensación de frío.

—Oh! murmuró en voz doliente, es la mano helada de la muerte! — Quién sois?

Levantó el sacerdote su capucha y ella le miró. Vió entonces aquel siniestro semblante que hace tanto tiempo la perseguía, aquella cabeza de demonio que se la apareció en casa de la Falourdel encima de la cabeza adorada de su Febo, aquellos ojos que habia visto brillar por última vez junto á un puñal.

Aquella aparicion, siempre tan fatal para ella, y que la habia impelido de infortunio en infortunio hasta el suplicio, la sacó de su profundo letargo. Parecióla que se desgarraba entonces la especie de velo que habia cubierto su memoria. Todos los detalles de su lúgubre aventura desde la escena nocturna en casa de la Falourdel hasta su condenacion en la Tournelle, se agolparon de tropel en su mente, no ya vagos y confusos como hasta entonces, sino evidentes, crudos, enérgicos, palpitantes, terribles. Aquellos recuerdos medio borrados y casi contenidos por el exceso del sufrimiento, se reavivaron á vista de aquel rostro sombrío, como el influjo del fuego hace resaltar limpias y puras sobre el papel blanco las letras invisibles escritas en él con tinta.

simpática. Parecióla que todas las llagas de su corazón se abrían de nuevo y brotaban sangre á la vez.

—Ah! exclamó, las manos sobre los ojos y con un temblor convulsivo, es el sacerdote!

Luego dejó caer sus brazos desfallecidos, y quedó sentada, con la cabeza baja, fijos los ojos en el suelo, muda y sin dejar un punto de temblar.

Mirábala el sacerdote con ojos de milano que se ha mecido por largo tiempo en el alto cielo en torno de una pobre alondra acurrucada entre los trigos, que ha ido estrechando en silencio los formidables círculos de su vuelo, y desplomándose en fin de repente sobre su presa como la flecha del relámpago y la tiene jadeando entre sus garras.

Empezó ella á murmurar en voz baja:—Acabad! acabad! el último golpe! y metia aterrada la cabeza entre los hombros como la oveja que espera el hachazo del carnicero.

—Con que os inspiro horror! dijo en fin el sacerdote.

Ella no repitió.

—Decidme si os inspiro horror? repitió.

Contractáronse los labios de la desdichada como si fuera á sonreír;—sí, dijo, el verdugo se mota del reo: ya hace una porción de meses que me persigue, que me amenaza, que me aterra! Sin él, Dios mio, que feliz era yo! El es quien me ha precipitado en este abismo! Dios mio! él es quien le ha asesinado!... á mi Febo!! y entonces, rompién-

do en sollozos y fijando sus ojos en el sacerdote:—
Oh! miserable! quién sois! qué os he hecho yo—
por qué me aborreceis? qué teneis contra mí?

—Te amo! dijo el sacerdote.

Cortáronse sus lágrimas de repente y fijó en él una mirada odiosa; el arcediano cayó de rodillas delante de ella y la miraba con ojos de fuego.

—Lo oyes? te amo! repitió.

—Qué amor! dijo la infeliz estremeciéndose. El prosiguió:—El amor de un condenado.

Permanecieron ambos en silencio por algunos minutos abismados bajo el peso de sus sensaciones, él, insensato, ella, estúpida.

—Escucha, dijo en fin el sacerdote, con una serenidad extraordinaria; todo lo voy á decir. Voy á decirte lo que hasta ahora apenas he osado decirme á mí mismo, cuando examinaba furtivamente mi conciencia en aquellas profundas horas de la noche en que hay tantas tinieblas que parece que Dios no nos vé. Escucha; antes de conocerte, oh mujer! yo era feliz.

—Y yo! suspiró la desdichada con voz moribunda.

—No me interrumpas.—Sí, yo era feliz, ó á lo menos creía serlo. Yo era puro; tenia mi alma llena de una límpida claridad; no habia cabeza que se alzase mas orgullosa y radiante que la mia. Los sacerdotes me consultaban sobre la castidad, los doctores sobre la doctrina. Sí; la ciencia era todo para mí; era un hermano y una hermana me bastaba.

No es esto decir que con la edad no me viniesen otras ideas; mas de una vez palpitó mi carne al ver pasar una forma de mujer. Aquella fuerza del sexo y de la sangre del hombre que, joven insensato, habia creído yo apagar para siempre jamás, habia mas de una vez sucedido convulsivamente la cadena de votos de hierro que me atan, miserable, á las frias piedras del altar: pero el ayuno, la oracion, el estudio, las maceraciones del claustro habian devuelto al alma el dominio del cuerpo. Y ademas yo huia de las mujeres, y sobre todo, bastábame abrir un libro para que todos los impuros vapores de mi cerebro se disipasen ante el resplandor de la ciencia: al cabo de pocos minutos, sentia yo huir á lo lejos las cosas materiales de la tierra, y hallábame feliz, deslumbrado y sereno en presencia del puro foco de la verdad eterna. Mientras el demonio me envió para tentarme mas que formas vagas de mujeres que pasaban en tropel por delante de mis ojos, en la iglesia, en la calle, en los prados, y que apenas se reproducian en mis sueños, facil me fue vencerle.—Escucha, un dia....

Detúvose aquí el sacerdote y la prisionera oyó salir de su pecho suspiros estertorosos que parecian arrancados del fondo de sus entrañas.

Luego prosiguió.

—... Estaba yo un dia apoyado en la ventana de mi celda. — Qué libro estaba leyendo? Oh! todas aquellas cosas forman un caos en mi cabeza.— Estaba leyendo; la ventana daba sobre una plaza:

oí un ruido de pandera y de música; incomodado de verme así turbado en mis meditaciones, tiendo la vista hacia la plaza.... Lo que yo ví, otros lo veían también, y sin embargo no era aquel un espectáculo que debieran ver ojos humanos. Allí — en medio de la plaza — eran las doce del día — hacia un sol hermosísimo — una criatura bailaba. — ¡Una criatura tan bella!.... Sus ojos eran negros y espléndidos; en medio de su negra cabellera algunos cabellos heridos por los rayos del sol, relucían como hilos de oro: sus pies desaparecían en su movimiento como los radios de una rueda que gira con rapidez. En torno de su cabeza, en sus negras trenzas veíanse algunas láminas de metal que chispeaban al sol, y ceñían su frente de una corona de estrellas: su falda cubierta de lentejuelas, rielaba azul y tachonada de chispas mil como una noche de verano: sus brazos flexibles y morenos se enlazaban alrededor de su cintura como dos bandas de seda; la forma de su cuerpo era de maravillosa hermosura. Oh! celeste aparición que se destacaba luminosa sobre la misma luz del sol! -- Y aquella mujer, -- oh niña! eras tú. -- Atónito, ciego, hechizado, te seguí mirando, y tanto te miré que me estremecí aterrorizado, porque sentí que la muerte se apoderaba de mí! --

El sacerdote oprimido se detuvo de nuevo; luego continuó:

-- Ya medio fascinado, procuré asirme á alguna cosa para no acabar de caer; recordé los lazos

que ya me había tendido Satanás; la belleza que estaba delante de mis ojos tenia aquella hermosura sobrehumana que no puede venir mas que del cielo ó del infierno; no era aquella una simple mujer hecha con un poco de nuestra tierra y pobremente iluminada en el interior por la vacilante luz de un alma de fuego. Era un ángel! pero un ángel de las tinieblas; un ángel de llama, no de luz! Mientras estaba yo pensando en esto, ví junto á tí una cabra, un animal del *sábado* que me miraba riendo: el sol de mediodia doraba sus cuernos. Entreví entonces la emboscada del demonio, y no dudé ya que venias del infierno, y que venias para mi perdicion. Lo creí.

Al llegar á este punto, miró el sacerdote de hito en hito á la prisionera, y añadió con frialdad:

— Y lo creo todavía. — El hechizo entre tanto iba poco á poco produciendo sus efectos; tu baile me trastornaba el cerebro, yo sentia irse completando en mí el misterioso maleficio. Todo lo que hubiera debido velar, dormia en mi alma; y como los que mueren entre la nieve, sentia yo cierto placer en dejar venir aquel letargo. De pronto empezaste á cantar... qué podia yo hacer, miserable de mí! Tu canto era aun mas májico que tu baile. — Quise huir, pero fue imposible; me sentí clavado, arraigado en el suelo; parecíame que el mármol del pavimento me habia subido hasta la cabeza: mis pies eran de hielo, mi cabeza hervia; en fin, acaso tuviste compasion de mí, dejáste de can-

tar y desapareciste. El reflejo de aquella mágica vision, el eco de aquella música encantadora se fueron disipando por grados en mis ojos y en mis oídos: caí entonces en el esconce de la ventana mas frio y mas débil que una estatua derrivada. El toque de vísperas me sacó de mi letargo; púseme en pie, y huí. — Pero ah! algo habia caido dentro de mi alma que no podia levantarse ya, algo habia entrado en ella, que ya no podia salir.

Hizo en esto otra pausa, y prosiguió: — Sí, desde aquel dia hubo en mí otro hombre que yo no conocia; quise usar de todos mis remedios, el claustro, el altar, el trabajo, los libros.... Delirios! Oh y cuán hueca resuena la ciencia cuando llama desesperada en ella una cabeza llena de pasiones! — ¿Sabes tú, mujer, lo que yo veia siempre entre el libro y mis ojos? Tú, tu sombra, la imájen de la luminosa aparicion que cruzó un dia el espacio delante de mí. Pero aquella imágen no tenia ya el mismo color que antes; era sombría, funeral, tenebrosa, como el círculo negro que persigue por largo tiempo la vista del imprudente que ha mirado al sol cara á cara.

No pudiendo verme libre de aquel fantasma, oyendo siempre resonar tu cancion en mis oídos, viendo siempre tus pies bailar sobre mi breviario, sintiendo siempre de noche, en mis sueños, deslizarse tu forma sobre mis carnes, quise volverte á ver, tocarte, saber quién eras, y ver si te hallaba en efecto semejaute á la imágen ideal que me ha-

bia quedado de tí, aniquilar acaso mi ilusión con la realidad; en todo caso, esperé que una nueva impresión borraría la primera, y la primera me era ya insoportable. Te busqué— te volví á ver.— Ah! Cuando te hube visto dos veces, quise verte mil, quise estarte viendo siempre. Entonces — ¿cómo detenerse en aquel declive del infierno? entonces, dejé de ser dueño de mí mismo; la otra punta del hilo que me habia atado á las alas el demonio, atósela él al pié. Desde entonces me hice vago y errante como tú, te esperé en las puertas, te espíe en las esquinas de las calles, te aceché desde lo alto de mi torre; y á cada noche que pasaba, hallábame yo mas encantado, más desesperado, mas hechizado, mas perdido!

Yo sabia quien tú eras, ejipticia, bohemia, gitana, zingarra —¿cómo dudar de la májia? Escucha; esperé que un proceso me libraria del sortilejio; una hechicera encantó á Bruno de Ast; él la hizo quemar y se curó. Yo lo sabia y quise probar el remedio. Hice primero que te prohibieran ir al atrio de nuestra Señera, esperando olvidarte si no volvias; tú no hicistes caso y volviste. Luego me ocurrió la idea de robarte y lo intenté una noche; ya eras nuestra, cuando llegó ese miserable oficial, y te puso en libertad; así principió tu infortunio, el mio y el sayo. En fin, no habiendo ya que hacer, te delaté á la curia eclesiástica; así esperé curarme, como Bruno de Ast. Tambien pensé confusamente que un proceso te pondria á mi disposicion; que en un ca-

labozo , serias mia ; que allí , no podrias escaparte de mis manos ; que ya hacia harto tiempo que me poseias tú para que llegara yo tambien á poseerte. Cuando se hace el mal , es preciso hacer todo el mal : ¡ locura pararse en la mitad de un crimen ! Su extremo tiene tambien delirios de alegría ; en él pueden fundirse un sacerdote y una hechicera sobre el monton de paja de un calabozo !

Te delaté pues ; entonces fué cuando te aterré con mis encuentros ; el plan que yo tramaba contra tí , la tempestad que yo conjuraba sobre tu cabeza se escapaba de mí en amenazas y en relámpagos.— Sin embargo , dudaba todavía. Tenia mi proyecto lados espantosos que me hacian volverme atrás.

Acaso hubiera renunciado á él ; acaso mi atroz pensamiento se hubiera desecado en mi cerebro , sin dar sus frutos. Yo creia que siempre dependeria de mí seguir ó cortar el proceso ; pero todo mal pensamiento es inexorable y quiere convertirse en hecho ; y cuando yo me creia omnipotente , la fatalidad era aun mas poderosa que yo. ¡ Infeliz ! ¡ Infeliz ! ella es la que te ha cojido , la que te ha sepultado entre las terribles ruedas de la máquina que yo habia construido tenebrosamente ! —Escucha ; ya llego al fin....

Un dia—brillaba tambien un sol hermosísimo—veo pasar delante de mí un hombre que pronuncia tu nombre y se rie , y que tiene la lujuria en los ojos.—Maldicion ! le seguí y tú sabes lo demas.

Calló ; la gitana no pudo hablar mas que una palabra — Oh Febo mio !

—Ese nombre, no! dijo el sacerdote cojiéndola el brazo con violencia. No pronuncies ese nombre! Oh! miserables de nosotros—ese nombre nos ha perdido! —O mas bien todos nos hemos perdido unos á otros, pero el inesplicable capricho de la fatalidad! Sufres, no es verdad? tienes frio, la noche te vuelve ciega, el calabozo te rodea, pero acaso tienes aun alguna luz en el fondo de tu alma, aun cuando no sea mas que tu amor de niña hacia ese hombre nulo que jugaba con tu corazon! mientras que yo! —yo llevo el calabozo dentro de mí; dentro de mí, están el invierno, el hielo, la desesperacion; tengo la noche en mi alma. Sabes tú todo lo que yo he sufrido? Yo asistí á tu proceso; yo estaba sentado en el banco de la curia. —Sí—bajo una de aquellas capuchas de sacerdote, palpitaban las contorsiones de un condenado. Cuando te llevaron, estaba yo allí; cuando te interrogaron, tambien.— ¡Caberna de lobos! — Mi crimen, mi patíbulo se alzaban delante de mí sobre tu frente; á cada testigo, á cada prueba, á cada defensa, allí estaba yo; yo he podido contar todos tus pasos en la senda dolorosa; tambien estaba yo allí cuando aquella fiera.... oh! yo no habia previsto el tormento! Escucha; te seguí á la estancia de dolor; te vi desnudar y manosear medio desnuda por las manos infames del atormentador.— Ví tu pie, aquel pie al que hubiera querido á trueque de un imperio dar un imperio, dar un beso y morir, aquel pie bajo el cual sentiría yo con delicias hecha pedazos mi

cabeza ; yo le ví metido en el horrible borcegui que hace de los miembros de un ser vivo un lodo sangriento. Oh ! miserable ! mientras veía yo todo aquello, tenía bajo mi sudario un puñal con que desgarraba mi pecho. Al primer grito que diste le sepulté en mis carnes , al segundo , me entró en el corazón ! mira — Creo que todavía brota sangre. —

Abrió entonces la sotana ; su pecho en efecto, estaba desgarrado como por las garras de un tigre, y tenía en el costado una llaga bastante ancha , y mal cerrada.

La prisionera retrocedió horrorizada.

— Oh ! dijo el sacerdote. — mujer — ten compasión de mí ! Te crees infeliz — insensata ! tú no sabes lo que es el infortunio ! Oh ! amar á una mujer ! ser sacerdote ! ser aborrecido ! amarla con todos los furores de su alma , sentir que daría uno por la menor de sus sonrisas su sangre, sus entrañas, su fama... lamentarse de no ser rey , genio , emperador , arcángel , Dios , para poner una esclavitud mayor bajo sus pies ; pensar en ella , soñar con ella el día y la noche , y verla enamorada de una librea de soldado ! y no poder ofrecerla mas que una sucia sotana de sacerdote que la inspirará asco y miedo. Estar presente , con sus celos y su rabia , mientras prodiga ella á un miserable fanfarron imbécil , tesoros de amor y de hermosura ! ¡ oh , cielo ! amar su pie , su brazo , su espalda , pensar en sus venas azules , en su tez morena , hasta el punto de arrastrarse noches enteras sobre las losas de una celda y ver

todas las caricias soñadas para ella convertirse en la tortura! no haber logrado mas que acostarla sobre el lecho de cuero!— Oh! estas son las verdaderas tenazas enrojecidas al fuego del infierno! Oh! feliz mil veces aquel á quien sierran entre dos tablas y descuartizan entre cuatro caballos! Sabes tú el suplicio que hacen sufrir al cuerpo, durante las largas noches, las arterias que hierven, el corazon que rebienta, la cabeza que se parte, los dientes que atarazan las carnes; atormentadores encarnizados que martirizan sin cesar como una parrilla ardiente, sobre un pensamiento de amor, de celos, y de desesperacion — mujer, mujer, perdon! tregua por un momento! Un poco de ceniza sobre esta brasa! Enjuga, yo te lo pido, el sudor que cae á arroyos de mi frente! Niña! martirízame con una mano, pero acaríciame con la otra! Ten piedad, oh niña, ten compasion de mí!—

Revolcábase el sacerdote en el agua de la losa, y se golpeaba el cráneo contra los ángulos de las gradas de piedra. La gitana le escuchaba, le miraba, y luego que él calló rendido y jadeando, repitió ella á media voz: — Oh Febò mío!—

El sacerdote se arrastró hácia ella de rodillas.

Yo te lo pido, exclamó, si tienes entrañas, no me rechaces! oh, yo te amo! yo soy un miserable! Cuando pronuncias este nombre, desgraciada, es como si machacas entre tus dientes todas las fibras de mi corazon! Oh compasion! Si vienes del infierno, yo iré á él contigo. Todo lo he hecho para eso,— el

infierno en que estes tú ese será mi cielo; oh, dime! no quieres? — El día en que una mujer despreciase un amor como este, creeria yo que se muerven las montañas! Oh, si tú quisieras! qué felices podriamos ser! — Huiriamos—yo te haria huir—iriamos á algun retiro, buscariamos el sitio de la tierra donde hay mas sal, mas árboles, un cielo mas azul: nos amariamos, confundiriamos nuestras dos almas la una con la otra, y tendriamos una sed inextinguible de nosotros mismos, que ambos abreviaríamos sin cesar en aquella copa de inacabable amor!—

Interrumpióle la gitana con una carcajada sonora y terrible.—Mirad, padre, mirad! —teneis sangre junto á las uñas!

Quedó el sacerdote por algunos instantes como petrificado, fijos los ojos en su mano.

—Pues bien,—sí! repuso en fin con una dulzura singular, ultrájame, búrlate de mí!—mátame, pero ven, ven! Apresurémonos; — te digo que es para mañana. — El cadalso de la Greve —lo sabes? siempre está pronto—Qué horror! verte en aquel espantoso carretón!—Oh! piedad—piedad! Nunca habia yo conocido hasta ahora hasta qué punto te amo.—Oh! Sígueme! Luego que te haya salvado la vida, tendrás tiempo—todo el que quieras—para llegar á amarme! — me aborrecerás tambien todo el tiempo que quieras— Pero ven... mañana! mañana! el cadalso! tu suplicio! Oh, sálvate! ten compasion de mí!

Y la cojió por el brazo, porque estaba loco, y queria llevársela por fuerza.

Clavó en él la jítana su mirada fija: -Qué ha sido de mi Febo?

--Ah! dijo el sacerdote soltándola el brazo -- tienes un corazon de hierro.--

--Qué ha sido de mi Febo? repitió ella con frialdad.

--Ha muerto! exclamó el sacerdote.

--Muerto! repitió la infeliz helada é inmóvil; entonces, qué estais hablando de vivir?

Pero él no la escuchaba.--Oh, sí! decia como hablando consigo mismo, debe haber muerto. La hoja penetró hasta el fondo y creo haber tocado el corazon con ella.-- Oh! yo vivia hasta la punta del puñal!

Precipitóse sobre él la jítana como un tigre furioso, y le derribó sobre las gradas de la escalera con una fuerza sobrenatural.-- Vete, mónstruo! vete, asesino! déjame morir! Oh, que la sangre de nosotros dos te haga en la frente un eterno borron! Ser tuya, sacerdote! Jamás! Jamás! Nada nos reunirá-- ni aun el infierno!-- Vete, maldito!-- jamás!--

El sacerdote habia tropezado en la escalera: desvanecióse sin decir palabra sus pies de entre los pliegues de su sotana, cojió su linterna, y empezó á subir lentamente las escaleras que conducian á la puerta; abrióla y salió.-- Luego de repente volvió la jítana á ver su cabeza en que brillaba una espresion horrible, y oyó que la decia con un estertor

de rabia y de desesperacion : — Te digo que ha muerto!—

Cayó la infeliz al suelo boca abajo , y no se oyó ya mas en el calabozo otro ruido que el suspiro de la gota de agua que hacia palpar el charco en las tinieblas.

LA MADRE.

No creo que haya cosa mas halagüeña en el mundo que las ideas que se despiertan en el corazón de una madre á la vista del zapatito de su hijo; sobre todo si es el zapatito de los dias de fiesta, de los domingos, del bautismo; el zapato bordado hasta debajo de las suelas; un zapato con el cual no ha andado ni siquiera un paso la criatura. Aquel zapatito tiene tanta gracia, y es tan pequeño, le es tan imposible andar, que para la madre es como si viera su hijo. La madre le sonrie, le besa, le habla; se pregunta si es posible en efecto, que un pie sea tan pequeñito; y aunque el niño esté ausente, basta aquel lindo zapato para hacerla ver presente la dulce y frágil criatura: cree verle, le ve todo entero, vivo, alegre, con sus manos delicadas. Su cabeza redonda, sus labios puros, sus ojos serenos, cuyo blanco es azul. Si es en invierno, allí está arrastrándose sobre la alfombra, escalando laboriosamente un taburete, y la madre tiembla de que se acerque al fuego: si es en verano, rastrea por el

patio, por el jardín, arranca la yerba de entre las piedras, mira con inocencia los perros grandes, los caballos grandes, sin miedo, juega con las chinitas, con las flores, y hace gruñir al jardinero que halla la arena en los acirates y la tierra en los paseos. Todo ríe, todo brilla, todo juega en torno de él como él, hasta el aliento del aire y el rayo del sol que se confunden en los sutiles rizos de sus cabellos. El zapatito hace ver todo esto á la madre, y la derrite el corazón como el fuego á la cera.

Pero cuando el niño se ha perdido, estas mil imágenes de alegría, de hechizo y de ternura, que se agolpan á vista del zapatito, se convierten en otras tantas cosas horribles; el lindo zapatito bordado no es ya mas que instrumento de tortura que ataraza el corazón de la madre. Siempre hace vibrar la misma fibra, la fibra mas profunda y mas sensible; pero en vez de un ángel que la acaricie tiene un demonio que la desgarré.

Una mañana, mientras se alzaba el sol de mayo en uno de aquellos cielos de azul sombrío en que solía colocar el Garofalo (1) sus descendimientos de la cruz, oyó la reclusa de la Torre Roland un ruido de ruedas, de caballos y de herraje en la plaza de Greve. Poco llamó aquello su atención;

(1) Benvenuto Garofalo, pintor, natural de Ferrara, y célebre principalmente por su exactitud en copiar los cuadros de Rafael. - Murió en 1695.

(Nota del traductor.)

anudóse los cabellos sobre las orejas para no oir, y volvióse á contemplar el objeto inanimado que estaba adorando hacia quince años. Aquel zapatito, ya lo hemos dicho, era para ella el universo; sus pensamientos estaban todos encerrados en él, y no debían salir de allí hasta la muerte. Las amargas imprecaciones, las *quejas* lastimeras, las súplicas y los sollozos con que habia importunado al cielo por aquel primoroso juguete de raso color de rosa, solo ha podido saberlo el sombrío calabozo de la Torre Roland: jamas cayó tanta desesperacion sobre un objeto mas lindo y mas gracioso. Aquella mañana parecia que su dolor se exhalaba mas violento aun que otras veces, y oíase desde fuera lamentarse en voz alta y monotoná que partia el corazón.

— ¡ Oh ! ¡ mi hija ! decia , ¡ mi hija ! ¡ mi pobre y querida hija ! — ¡ ya nunca te veré mas ! ¡ nunca ! ¡ Oh ! ¡ siempre me parece que sucedió ayer ! ¡ Dios mio, Dios mio, para quitármela tan pronto , mas valiera no habérmela dado ! — ¡ Ah , miserable de mí , que salí aquel dia ! — ¡ Señor ! ¡ Señor ! para quitármela asi , ¿ nunca me habiais visto con mi hija , cuando yo la calentaba , tan contenta ella , á mi hogar , cuando reía mamando mis pezones , cuando hacia yo subir sus piesecitos sobre mi pecho hasta mis lábios ? — ¡ Oh ! si hubierais visto aquello , Dios mio , hubierais tenido compasion de mi alegría ; no me hubiérais arrancado el único amor que me quedaba en el corazón ! ¡ Tan miserable criatura era yo , Señor , que no podiais echarte una mirada antes de condenar—

me! — ¡Dios mio! ¡Dios mio! ahí está el zapato; pero el pie, ¿dónde está? ¿dónde está lo demás? ¿dónde está la criatura? ¡Hija mia! ¡hija mia! ¿qué han hecho de tí? ¡Señor — volvédmela! ¡Por quince años se han desollado mis rodillas rezando, Dios mio! y no os parece bastante? Volvédmela, un día, una hora, un minuto; un minuto, Señor, y arrojadme luego al demonio por toda la eternidad! Oh! si yo supiera dónde hallar una punta de vuestra falda, á ella me asiría con ambas manos, y no tendríais mas remedio que volverme mi hija! Y no teneis piedad, Señor, de su primoroso zapatito? Podeis condenar á una pobre madre á este suplicio de quince años? Santa Virgen! Santa Virgen del cielo! mi pobre niño Jesus, me le han quitado, me le han robado, me le han devorado en una pradera, me han bebido su sangre, me han masticado sus huesos! Santa Virgen, tened compasion de mí! mi hija! yo quiero mi hija! Qué me importa que esté en el cielo? yo quiero mi hija! Yo soy una leona y quiero mi cachorro.—Oh! me arrastraré por el suelo, y romperé las piedras con mi frente y me condenaré y os maldeciré, Señor! si no me volveis mi hija!—Ya veis que tengo los brazos martirizados y mordidos, Señor! no tiene piedad el Dios del cielo!—Oh! no me deis mas que sal y pan negro con tal que me deis mi hija y que me caliente ella como un sol! Dios, Señor, yo no soy mas que una vil pecadora; pero mi hija me hacia ser buena. Ah! yo tenia tanta relijion por

amor de ella! yo os veia al trasluz de su sonrisa como por una abertura del cielo. -- Oh! pueda yo una vez, sola una vez, calzar con este zapato su rosado piececito, y moriré, Virgen santa, bendiciéndoo! Quince años! ya habria crecido tanto! -- Pobre criatura! y qué? será cierto? -- ya no la veré mas, ni aun en el cielo!! -- porque yo.... yo no iré á él. -- Oh! -- miseria! ahí tengo su zapato y... nada mas!

Arrojose la desdichada sobre aquel zapato, su consuelo y su desesperacion hacia ya tantos años, y sus entrañas se desgarraban en sollozos como el primer dia; porque para una madre que ha perdido su hijo, todos los dias son el primero en que le perdió. Este dolor no envejece; en vano se desgastan y blanquean las ropas de luto; el corazon queda negro.

Pasaron en aquel momento delante de la celda multitud de alegres y frescas voces de muchachos. Siempre que veia ú oia criaturas, la pobre madre se precipitaba al ángulo mas sombrío de su sepulcro, y parecia que procuraba hundir su cabeza en la piedra para no oirlos. Aquella vez, sin embargo, se puso en pié frenética y escuchó con ansia; uno de los chiquillos acababa de decir: -- Hoy ahorcan á una gitana.

Con el brusco arranque de aquella araña que vimos precipitarse sobre una mosca al ver el estremecimiento de su tela, corrió ella á su ventana que caia, como ya hemos dicho, sobre la plaza de Gre-

:

ve. En efecto, estaba arrimada una escalera de mano al patíbulo permanente, y el maestro de las bajas obras (1) se ocupaba en arreglar las cadenas tomadas por la lluvia. Veíanse algunos grupos en derredor.

Lejos estaba ya el tumultuoso tropel de los muchachos, por lo que la pobre reclusa empezó á buscar con los ojos alguno de quien poder informarse de lo que pasaba. — Vió entonces al lado de su covacha un sacerdote que hacia como que leía en el breviario público, pero que atendia mucho ménos á sus letras que al cadalso, hácia el cual echaba de vez en cuando una mirada sombría y feroz: la reclusa reconoció al señor arcediano de Josas, un santo hombre en toda la estension de la palabra.

—Padre mio, preguntó, á quién van á ahorcar?

Miróla el sacerdote y no respondió; repitió ella su pregunta, y dijo en fin el sacerdote:

--No lo sé.

--Antes decian ahí unos muchachos que era á una gitana.

—Creo que sí.

Soltó entonces Paquita la Chantefleuri una carcajada de hiena.

—Hermana, dijo el arcediano, aborreceis mucho á las gitanas?

(1) Carpintero de los patíbulos.

(N. del Trad.)

—Sí las aborrezco! exclamó la reclusa; no he de aborrecerlas si son vampiras, ladronas de criaturas? me han devorado mi hija, mi hija única! Ya no tengo yo corazón, ellas se lo han comido!

Espantosa estaba aquella mujer: el sacerdote la miró con indiferencia.

—Una hay sobre todo á quien aborrezco, proseguí, y á quien mil veces he maldecido; es una jóven, que tiene la misma edad que tendria mi hija, si su madre no me la hubiera devorado. Cada vez que esa víbora pasa por delante de mi celda, me revuelve toda la sangre.

—Pues bien! hermana, regocijáos, dijo el sacerdote, glacial como la estatua de un sepulcro; esa es la que vais á ver morir.

Dejó caer la cabeza sobre el pecho y se alejó lentamente.

Hizo la despiadada reclusa estremos de alegría.—Yo se lo habia profetizado, que subiria al patíbulo! Gracias, sacerdote! exclamó.

Y empezó á pasearse á pasos gigantescos delante de las rejas de su ventana, espeluzada, echando llamas por los ojos, golpeando las paredes con sus hombros, con el porte feroz de una loba enjaulada que tiene hambre hace ya mucho tiempo, y siente acercarse la hora de recibir su ración.

TRES CORAZONES DE HOMBRE,

MUY DISTINTOS ENTRE SI.

Febo sin embargo no habia muerto; hombres de este temple tienen la vida dura. Cuando maese Felipe Lheulier, abogado extraordinario del rey, dijo á la pobre Esmeralda, *se está muriendo*, fue por error ó por chiste; cuando repitió el arcediano á la prisionera *ha muerto*, es el caso que él no lo sabia, pero lo suponía, contaba con ello, lo creía indudable, lo deseaba: le hubiera sido har-to duro dar á la mujer que amaba buenas nuevas de su rival. Cualquiera en su lugar hubiera hecho otro tanto.

No es esto decir que fuese poco grave la herida de Febo; pero no lo fue tanto como hubiera deseado el arcediano. El físico á cuya casa le llevaron en el primer momento los soldados de la ronda, temió durante ocho dias por su vida y aun se lo dijo en latin. Sin embargo, la fuerza de la juventud

fue superior á todo; y cosa que con frecuencia acontece, magüer pronósticos y diagnósticos, empeñóse naturaleza en salvar al enfermo á los hocicos del médico. Hallándose aun en la cama del físico sufrió los primeros interrogatorios de Felipe Lheulier y de los jueces pesquisidores de la curia, cosa que le aburrió sobremanera. Y como el dia menos pensado se hallase sano y bueno el enfermo, dejó al farmacópola en pago sus espuelas de oro y esquivóse sin despedirse de nadie; esto sin embargo en nada interrumpió el curso del proceso. La justicia de entonces era poco escrupulosa en punto á la limpieza y claridad de una causa criminal; con tal que el acusado fuera á la horca, no era menester mas. Los jueces tenian ya bastantes pruebas contra la Esmeralda; habian creído muerto á Febo, y no habia mas que pedir.

Febo por su parte no se condenó á muy remoto destierro; contentóse lisa y llanamente con ir á reunirse á su compañía, que estaba de guarnicion en Queu-en Brie, en la Isla de Francia—á pocas postas de Paris.

Porque es el caso que no le acomodaba en manera alguna comparecer en persona en el tal proceso, conociendo allá en sus adentros que debía hacer en él por fuerza una figura algo ridícula. Indevoto y supersticioso como todo soldado que no es mas que soldado, cuando examinaba esta aventura en su conciencia, no las tenia todas consigo acordándose de la cabra, del modo extraño como habia he-

cho conocimiento con la Esmeralda, del modo no menos extraño como le habia hecho ella adivinar su amor, de su calidad de jítana, y en fin del monje en pena. Entreveia él en toda esta historia mucho mas de mágia que de amor, probablemente una hechicera, tal vez el mismo diablo; una comedia en fin, ó por hablar en el lenguaje de entonces, un misterio muy desagradable en que hacía un triste papel, el de los porrazos y las rechiflas. Estaba el capitán todo mohino, y sentia aquella especie de vergüenza que tan admirablemente define nuestro Lafontaine:

Corrido como una zorra

Cautiva de una gallina.

Esperaba no obstante que no se hablaría mas del asunto, que estando él ausente, apenas se mentaría su nombre para nada, y, en todo caso, no pasaria de las puertas de la Tournelle. En esto no se equivocaba; no existia entonces la *Gazeta de los Tribunales*, y como no pasaba semana á la sazón que no tuviese su monedero falso cocido, su bruja ahorcada, ó su hereje quemado en una de las innumerables *justicias* de París, tanto se había acostumbrado la jente á ver en todas las calles á la decrepita Temis, remangada hasta los codos, hacer su negocio en las hogueras, patíbulos y picotas, que ya casi no hacia alto en ello. La buena sociedad de aquellos tiempos sabia apenas el nombre del paciente que pasaba por la esquina, y solo el populacho se regalaba con aquel grosero manjar. Una ejecucion

de muerte era un incidente habitual en las calles públicas, como la tahona del panadero, ó la carnicería del carnicero. El verdugo no era mas que una especie de carnicero algo mas encopetado que los demas.

No tardó pues Febo en tranquilizarse acerca de la hechicera Esmeralda ó Similar, como él decia, de la puñalada de la jitana ó del monje en pena (tanto se le daba por lo uno como por lo otro) y del resultado del proceso; pero apenas se vió vacante por este lado su corazon, cuando volvió á ocuparle la imágen de Flor de Lis. El corazon del capitan Febo, como la fisica de entonces, miraba con horror al vacío.

Era á mayor abundamiento Queue-en Brie una morada muy insípida, un pueblacho de herradores y de vaqueras, de desquebrajadas manos; un largo cordon de casucas y de cabañas que ceñia el camino real por uno y otro lado por espacio de media legua; una *cola* (1) en fin.

Flor de Lis era su penúltima pasion, una buena moza, un dote esquisito; por lo que una mañana, ya enteramente restablecido, y no pudiendo dudar que al cabo de dos meses debia estar del todo pasado en cuenta ú olvidado el pleito de la jitana, llegó caracoleando el amante caballero á la puerta de la casa Gondelaurier.

(1) *Queu* significa cola. (N. del trad.)

No hizo alto en un gentío bastante numeroso que se apiñaba en la plaza del Atrio, delante de la Portada de Nuestra Señora; acordóse que estaba en el mes de mayo, por lo que suponiendo que sería alguna procesion, alguna Pentecostés, alguna festividad, ató las riendas de su caballo á la argolla del portal, y subió en cuatro brincos á casa de su gallarda futura.

Estaba sola con su madre á la sazón.

Muy á pecho habia tomado Flor de Lis la escena de la hechicera, su cabra, su maldito alfabeto y las largas ausencias de Febo; mas con todo, cuando vió entrar á su capitan, hallóle un tan gallardo continente, un uniforme tan nuevo, una bandolera tan reluciente, y un aire tan apasionado, que se ruborizó de placer. La noble doncella estaba en aquel momento mas hermosa que nunca; sus magníficos cabellos rubios estaban trenzados que era un primor; iba vestida de aquel azul celeste que tan bien dice á las blancas, refinamiento que la habia enseñado su amiga Paloma, y tenia los ojos empapados en aquella dulce languidez de amor que les dice mejor todavía.

Febo que nada habia visto en punto á hermosura desde los maricones de Queue-en Brie, quedó hechizado de Flor de Lis, lo que dió á nuestro oficial una soltura tan galante y obsequiosa que al punto quedó hecha la paz; la misma viuda Gonde-laurier, maternalmente sentada en su ancha poltrona, no tuvo valor para ponerle hocico. En cuanto

á las reconvenciones de Flor de Lis, todas ellas espiraron en tiernos arrullos.

Estaba la doncella sentada junto á la ventana, bordando su eterna gruta de Neptuno; y el capitán apoyado en el respaldo de su silla, la miraba bordar mientras ella le dirijia á *sotto voce* sus cariñosas reprimendas.

-- Puede saberse que ha sido de vuestra merced durante dos meses cumplidos, mala pieza?

-- Os juro, respondió Febo algo confuso con la tal pregunta, que estais de puro hermosa capaz de trastornar el seso á un arzobispo.

No pudo menos la niña de sonreir.

-- Sí, sí, bueno está. -- Dejad á un lado mi hermosura, y respondedme. -- Buena hermosura por cierto!

-- Pues bien, amada prima, he tenido que ir destacado con mi regimiento.

-- Y á dónde? y por qué no habeis venido á deirme á Dios?

-- A Queue-en Brie.

Estaba Febo en sus glorias porque la primera pregunta le ayudaba á equivocar la segunda.

-- Pues si está un paso. -- Por qué no haber venido á verme siquiera una vez?

Hallóse Febo en este momento verdaderamente apurado.

-- Es qué.... el servicio.... y luego, hermosa prima, he estado malo.

-- Malo! repuso asustada la prima.

-- Sí.... herido.

-- Herido!

La pobre niña estaba en brasas.

-- Oh! no hay que asustarse por eso, dijo con indiferencia el capitán--no es nada--una disputa, una estocada--¿qué os importa eso?

--Qué se me importa? exclamó Flor de Lis, levantando sus hermosos ojos anegados en llanto. Oh no decís lo que pensais hablando así.--Y por qué ha sido esa estocada? Quiero saberlo todo.

-- Nada --sino que tuve unas palabras con Mahé Fedy --ya sabeis quién?--el teniente de San German en Laya, y nos hemos hecho unos puntos en el pellejo. -- Esto es todo....

El embustero capitán sabia muy bien que un lance de honor da siempre cierta importancia á un hombre á los ojos de una mujer. En efecto, Flor de Lis le contemplaba estática, llena de miedo, de alegría y de admiracion: sin embargo no estaba de todo tranquilizada.

-- Con tal que esteis ya enteramente restablecido, Febo mio! dijo. No conozco á ese Mahé Fedy, pero es un picaron. Y de qué provino esa disputa?

Al llegar á este punto, Febo, cuya imaginacion no era de las mas fecundas, empezó á no saber cómo salir adelante con su proeza.

-- Bah! qué sé yo? -- por nada -- por un caballo -- por una palabra! -- Hermosa prima, dijo para mudar de conversacion -- qué quiere decir toda esa bulla en el ático?

Acercóse entonces al balcon.—Oh ! oh ! prima mia , válgame Dios y cuánta gente que se amontona en la plaza !

—No sé lo que es , dijo Flor de Lis ; dicen que hay una hechizera que va á retractarse públicamente hoy por la mañana delante de la iglesia para ser ahorcada en seguida:

Tan completamente olvidado creia ya el capitán el negocio de la Esmeralda , que apenas hizo alto en las palabras de Flor de Lis ; sin embargo , dirigióle una ó dos preguntas:—

—Cómo se llama esa hechicera?

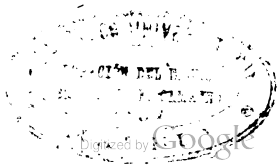
—No lo sé.

—Se dice qué es lo que ha hecho?

De nuevo encojió la niña sus blancos hombros.

—No sé.

—Jesus ! Jesus ! dijo la madre , tantos hechiceros hay en estos tiempos que creo que los queman sin saber siquiera sus nombres : tanto valdria querer saber como se llama cada nube del cielo. Con todo , no hay que tener cuidado ; Dios lleva su cuenta.—Levantóse en esto la venerable señora , y fué á la ventana — Señor ! exclamó , pues teneis razon , Febo , sobre que hay una gran muchedumbre de *popular* ! no falta , loado sea Dios ! ni aun encima de los techos.—Sabeis , Febo , que eso me recuerda mis floridos años ? la entrada del rey Cárlos VII en que habia tambien tantísima gente... ya no me acuerdo en qué año. Verdad que cuando hablo de estas cosas , os parecen muy viejas ? pues á mi me parecen



muy nuevas.—Oh, otra gente era aquella algo mejor que la del día! como que había popular hasta sobre los matacanes de la puerta San Antonio. El rey llevaba á la reyna á la grupa y detras de sus altezas venian las damas á la grupa de los señores : por mas señas, que me acuerdo de que se reian tanto porque al lado de Amanyon de Garlande, que era muy breve de estatura, iba el caballero Matelefon, de talla gigantesca, que mató ingleses á porrillo. Cuidado que era magnífico! una procesion de todos los gentiles hombres de Francia con sus pendones que sondeaban á la vista! los había de pendon y de bandera. Qué sé yo? el señor de Calais, con pendon; Juan de Chateáumorant, con bandera; el señor de Coucy con bandera, y mas pomposo que todos los demas, escepto el duque de Borbon— Ah! y cuán triste cosa es pensar que todo eso ha existido, y que no existe ya!—

Los dos amantes no escuchaban á la respetable viuda. Febo había vuelto á apoyarse en el respaldo de la silla de su querida, punto delicioso desde donde sus miradas libertinas penetraban en todas las aberturas de la gorguera de Flor de Lis. Aquella gorguera bostezaba tan á tiempo y permitiale ver tantas cosas esquisitas dejándole juntamente adivinar otras tantas, que Febo, prendado de aquel cutis de raso, decia para su colete:—Cómo se puede amar á una mujer que no sea blanca y rubia? Ambos callaban; la niña alzaba hácia él de vez en cuando sus ojos apasionados y dulces, y sus cabe-

llos se mezclaban en un rayo del sol de primavera.

—Febo, dijo de pronto Flor de Lis en voz baja, dentro de tres meses vamos á casarnos: juradme que nunca habeis amado á nadie mas que á mí.

—Lo juro, angel mio! respondió Febo; y su mirada delirante se unia para convencer á Flor de Lis, al acento sincero de su voz. Acaso en aquel momento se creia él á sí mismo.

En tanto la buena madre, hechizada de ver á los novios en tan perfecta armonía, acababa de salir de la estancia, sin duda para arreglar algun detalle doméstico. Advirtiolo Febo, y tanto alentó aquella soledad al temerario capitan, que de pronto se le vinieron á la cabeza ideas sumamente heteróclitas. Flor de Lis le amaba; iba á ser su esposa; estaba sola con él, su antiguo amor á ella habia renacido, no en toda su frescura, pero sí en todo su ardor; al fin y al cabo no es un gran crimen comerse cada cual su trigo en flor, y... Yo no sé si se le ocurrieron estas ideas; pero lo que es seguro es que Flor de Lis se sintió de pronto aterrada al ver la espresion de sus ojos. Tendió su vista en derredor y no vió á su madre.

—Dios mio! dijo encendida é inquieta, qué calor tengo!

—Creo en efecto, respondió Febo, que son cerca de las doce... el sol pica que rabia, — no hay mas que cerrar las cortinas.

—No, no! exclamó la pobre niña, tengo necesidad de aire por el contrario.

Y como una corza que siente el aliento de los perros que la persiguen, púsose en pie y corrió á la ventana; abrióla y se agarró á la baranda del balcon.

Febo, ~~y algo mohino~~, la siguió.

La plaza del atrio de Nuestra Señora, sobre la cual caia el balcon, como ya hemos dicho, presentaba á la sazón un espectáculo siniestro y singular, que hizo cambiar bruscamente de naturaleza al terror de la tímida Flor de Lis.

Un inmenso gentío que refluía en todas las calles adyacentes, llenaba la plaza propiamente dicho. La pequeña pared de medio cuerpo de alta que rodeaba el Atrio no hubiera bastado para mantenerle espedito á no hallarse guarnecida por una ancha hilera de alabarderos y arcabuceros, todos con sendas culebrinas en las manos.—Merced á aquella selva de piezas y de arcabuces, estaba el Atrio vacío; defendían además su entrada un puñado de artesanos todos con las armas del obispo. Cerradas estaban las anchas puertas de la iglesia, lo que contrastaba con las innumerables ventanas de la plaza, las cuales abiertas hasta en las bohardillas, dejaban ver millares de cabezas apiñadas con corta diferencia como los montones de balas en un parque de artillería.

La superficie de aquel gentío era gris, sucia y terrosa; el espectáculo que esperaba era evidentemente uno de aquellos que tienen el privilegio de extraer y atraer la parte mas inmunda de la población. Na-

da mas asqueroso que el rumor que se exhalaba de aquel hacinamiento de gorros amarillos, y sórdidas caballeras; en aquella muchedumbre habia mas carcajadas que gritos, mas mujeres que hombres.

De vez en cuando, una voz ágría y vibrante dominaba el rumor general.

—Ohé ‘ Mahiet Baliffre! á quién van á ahorcar?

—Majadero! aqui no es mas que la pública retractacion en camisa!.... Eso se hace siempre aqui á las doce.—Si quieres ver ahorcar, vete á la Greve.

—Luego iré.

—Eh! decid, la Boucanbry! es verdad que no se ha querido confesar?

—Parece que sí, la Bechaique.

—Habrás visto pagana como ella!!

—Caballero, esa es la costumbre. El alcaide del palacio tiene obligacion de entregar la persona del malhechor, ya juzgado, para la ejecucion, si es lego, al preboste de París, si es eclesiástico, á la curia del obispado.

—Mil gracias, caballero.

—Oh! Dios mio! decia Flor de Lis—pobre criatura!

Este pensamiento llenaba de dolor la mirada

que tendia de una parte á otra sobre el populacho: y el capitan entre tanto, mucho mas ocupado en ella que en toda aquella pillería, manoseaba cariñosamente su cintura por detrás. Volvióse ella al fin suplicante y sonriendo:--Por amor de Dios, dejadme, Febo! si entra ahora mi madre, verá vuestra mano.

Vibró en aquel momento lentamente el toque de las doce en el reloj de Nuestra Señora, y circuló al mismo tiempo por toda la muchedumbre un murmullo de satisfaccion. Estinguíase apenas la última vibracion de la docena campanada, cuando empezaron ya á agitarse las cabezas como las olas bajo un huracan, y se alzó un inmenso clamor del suelo, de las ventanas y de los techos: -- Ahí está!

Tapóse la cara con las manos Flor de Lis para no ver.

--Hermosa, la dijo Febo, quereis que entremos?

--No, respondió, y abrió por curiosidad los ojos que acababa de cerrar por miedo.

Un carreton tirado por un robusto rocin normando y escoltado por numerosa caballería de uniforme morado con cruces blancas, acababa de entrar en la plaza por la calle de san Pedro-aux-Bœufs: abríanle paso á latigazos entre el jentío algunas patrullas de ronda. Caracoleaban al lado del carreton algunos oficiales de justicia y de policía, fáciles de reconocer por su traje negro y poco garboso á manera de sostenerse en la silla: iba á su frente caballe-

ro en un rocin maese Jaime Charmolue. Iba senta da en el fatal carruaje una mujer, atados los brazos detrás de la espalda, y sin sacerdote que la acompañara; estaba la infeliz en camisa; sus largos cabellos negros (era costumbre entonces no cortárselos á los reos hasta llegar al pie del patíbulo) caían destrenzados sobre su garganta y sus hombros medio desnudos.

Al trasluz de aquella ondulosa melena mas brillante que el plumaje de un cuerbo, veíse girar y anudarse una maroma gris y rugosa que desollaba aquellas frágiles clavículas y se arrollaba en derredor del lindo cuello de aquella criatura como un gusano sobre una flor. Brillaba bajo aquella cuerda un pequeño amuleto recamado de cuentas de vidrio verde que sin duda la habian dejado llevar consigo, porque nada se niega á los que van á morir. Los espectadores colocados en las ventanas podian ver en el fondo del carreton sus piernas desnudas que la desdichada procuraba ocultar con su cuerpo, como por un postreter instinto de mujer. Veíase á sus pies una cabrita agarrotada; sostenia la víctima con los dientes su camisa mal prendida como si aun en su profunda miseria sufriese al verse asi espuesta medio desnuda á las miradas de todos. Ah! no se hizo el pudor para tan crueles sobresaltos!

—Jesus! dijo de pronto Flor de Lis al capitan: mirad, mirad, primo, es aquella maldita gitana de la cabra.

Estó diciendo, fijó los ojos en Febo, que te-

nia los suyos clavados en el carreton, pálido y confuso.

—Qué gitana... qué cabra? dijo en voz balbuciente.

—Cómo! repuso Flor de Lis, con que ya no os acordais?.....

Febo la interrumpió. — No sé lo que quereis decir.

Dió en esto un paso para meterse adentro; pero Flor de Lis, tan celosa en otra ocasion de aquella misma gitana, sintió de pronto despertarse sus sospechas, y le echó una mirada de desconfianza y penetracion: en aquel momento se acordó confusamente de haber oido hablar de su capitan implicado en el proceso de la hechicera.

—Qué tenéis? dijo á Febo; parece que os ha turbado la vista de esa mujer.

Hizo Febo un violento esfuerzo para reir: —A mí! qué disparate! —Vaya, pues está bueno!

—Ya! pues quedáos aquí, repuso imperiosamente, y veamos hasta el fin.

Forzoso le fué al mal andante capitan quedarse en la ventana; pero lo que algun tanto le tranquilizaba es que la prisionera no apartaba sus ojos del suelo.—Aquella mujer era seguramente la pobre Esmeralda. En aquel último escalon del oprobio y del infortunio estaba hermosísima como siempre; sus grandes ojos negros parecian aun mas grandes á causa de la flacura de sus mejillas; su lívido perfil se destacaba puro y sublime. Parecíase en aquel momento á lo que habia sido como una vírgen de

Masaccio (1), á una vírgen de Rafael; mas débil, mas aérea, mas delgada.

Por lo demas, todo en ella, todo, menos el pudor, parecia abandonado á la casualidad; tanto habian marchitado su alma el delirio y la desesperacion. Bamboleábase su cuerpo con todos los vaivenes del carreton como una cosa muerta ó hecha pedazos; su mirada era vaga y sombría; veíase aun una lágrima en sus ojos mates, pero inmóvil, y por decirlo así, helada.

Atravesó la lúgubre cabalgada por el jentío entre gritos de alegría y curiosas actitudes. Debemos decir sin embargo, para ser fieles historiadores, que al verla tan hermosa y tan desdichada, muchos corazones, aun de los mas duros, se movieron á compasion. Ya habia entrado en el átrio la carreta.

Hizo alto delante de la portada central, y á uno y otro lado se formó la escolta en batalla. Calló la innumerable multitud, y en medio de aquel silencio lleno de angustia y solemnidad, jiraron las dos compuertas de la gran portada espontáneamente sobre sus goznes que rechinaron como un pífano. Vióse entonces en larga perspectiva la profunda iglesia, sombría, enlutada con paños funerales, iluminada apenas por algunos cirios que brillaban á

(1) Tomas Masacio, Florentino, nació en 1417, y pasa por el primer artista de la segunda edad de la pintura moderna desde que la resucitó el gran Cimabue; -- murió muy jóven.

(N. del Trad.)

lo lejos sobre el altar mayor, abierta como la boca de una caberna en medio de la plaza inundada en claridad. Y en lo mas hondo de ella, en la sombra de la ápside, entreveíase una gigantesca cruz de plata, destacándose sobre un paño negro que caía de la bóveda hasta el pavimento. Toda la nave estaba desierta: veíanse, sin embargo, moverse confusamente algunas cabezas de sacerdotes en las lejanas sillas del coro, y en el momento en que se abrió la puerta principal, salió de la iglesia un canto grave, monotonó y sonoro que arrojaba como á bocanadas sobre la cabeza de la víctima fragmentos de salmos lúgubres.

• *Non timebo millia populi circumdantis me:*
• *exsurge, Domine; salvum me fac, Deus!*

• *Salvum me fac, Deus, quoniam intrave-*
• *runt atque usque ad animam meam.*

• *Infixus sum in limo profundi; et non est*
• *substantia.*»

Al mismo tiempo otra voz, aislada del coro, entonaba sobre las gradas del altar mayor este melancólico ofertorio:

• *Qui verbum meum audit, et credit ei qui*
• *misit me, habit vitam æternam et in iudicium*
• *non venit; sed transit à morte in vitam.*

Este canto que entonaban algunos ancianos perdidos en sus tinieblas sobre aquella hermosa criatura, llena de juventud y de vida, acariciada por el aura tibia de primavera, inundada de sol, era la misa de los difuntos.

El pueblo escuchaba con devocion.

La desdichada, llena de terror, parecia perder su vista y sus pensamientos en las sombrías entrañas de la iglesia. Movíanse sus blancos lábios como si rezáran, y cuando se acercó á ella el criado del verdugo para ayudarla á apearse del carreton, oyóla que repetia en voz baja esta palabra: *Febo!*

Desatáronla las manos, hiciéronla bajar acompañada de su cabra, puesta tambien en libertad, y que balaba de alegría al verse libre; hiciéronla andar descalza sobre las duras piedras hasta el pie de las gradas del frontispicio; la cuerda que la pendia del cuello iba arrastrando detras de ella como una culebra que la seguia.

Cesó entonces el canto en la iglesia; una gran cruz de oro y una hilera de cirios se pusieron en movimiento allá en la sombra. Oyéronse resonar las alabardas de los pintorreados pertigueros; y pocos momentos despues, desplegóse á sus ojos y á los de la inmensa muchedumbre, una larga procesion de sacerdotes con sus casullas y de diáconos con sus dalmáticas que se acercaba gravemente y salmodiando hácia la víctima; pero los ojos de la Esmeralda se fijaron en el que iba delante, inmediatamente despues del que llevaba la cruz: -- Oh! dijo en voz baja estremeciéndose profundamente, -- él es! el sacerdote !!

Era en efecto el arcediano; iba á su izquierda el sochantre y el chantre á la derecha armado del baston de su oficio. Adelantábase, echada la cabe-

za hacía atrás, los ojos inmóviles y abiertos, cantando con voz sonora:

«*De ventre inferi clamavi et exaudisti vocem meam.* www.libtool.com.cn

«*Et projecisti me in profundum in corde maris, et flumen circumdedit me.*»

Cuando se presentó á la luz bajo la alta portada ojiva, cubierto con una enorme capa pluvial de plata listada de una cruz negra, estaba tan pálido el sacerdote, que mas de cuatro creyeron en la muchedumbre, que era uno de los obispos de mármol arrodillados sobre las losas sepulcrales del coro que se habia puesto en pie, y venia á recibir en el borde de la tumba á la que iba á morir.

Ella, no menos pálida, no menos estatua que él, apenas advirtió que la habian puesto en la mano un enorme cirio amarillo encendido; no oyó la voz chillona del notario leyendo el fatal tenor de la pública retractacion; cuando la dijeron que respondiese *Amen*, respondió *Amen*. Fue necesario, para devolverla un poco de vida y de fuerza, que viese al sacerdote hacer señal á los que la custodiaban de que se alejasen y adelantarse solo hacía ella.

Sintió entonces hervir su sangre en su cabeza, y en aquella alma embotada y fria encendióse de súbito un resto de indignacion.

Acercóse á ella lentamente el arcediano; y aun en aquel extremo de miseria, vióle tender sobre su desnudez sus ojos centelleantes de lujuria, de celos y de deseo. Luego dijo en alta voz: —Mujer, ha-

beis pedido perdon á Dios de vuestras culpas y delitos? Acercósela entonces al oído y añadió (los espectadores creían que estaba recibiendo su última confesion): -- Quieres ser mia? Aun puedo salvarte!

Miróle ella de hito en hito: -- Véte, demonio! ó te delato!

Empezó él á sonreir con una sonrisa horrible: -- No te creerán. -- No harás mas que añadir un escándalo á un crimen. -- Responde! quieres ser mia?

-- Qué has hecho de mi Febo?

-- Ha muerto! dijo el sacerdote.

Levantó entonces maquinalmente la cabeza el miserable arcediano, y vió en el extremo opuesto de la plaza, en el balcon de la casa Gondelaurier, al capitan en pie junto á Flor de Lis. Vaciló el infeliz sobre sus rodillas, pasóse la mano por los ojos, volvió á mirar, murmuró una maldicion, y todas sus facciones se contrajeron violentamente.

-- Pues bien! muere! dijo entre dientes. -- Nadie te poseerá!... -- Y entonces, levantando la mano sobre la cabeza de la gitana, exclamó con fúnebre acento: -- *I nunc, anima auceps et sit tibi Deus misericordis!*

Tal era la terrible fórmula con que era costumbre entonces terminar estas sombrías ceremonias: esta era la señal del sacerdote al verdugo.

El pueblo se arrodilló.

Kirie Eleyson, dijeron los sacerdotes inmóviles bajo la ojiva de la portada.

Kirie Eleyson, repitió la muchedumbre con aquel rumor que corre sobre todas las cabezas como el sordo murmullo de un mar tempestuoso.

—*Amen*, dijo el arcediano.

Volvió la espalda á la víctima, dejó caer la cabeza sobre su pecho, cruzó las manos, y se unió á su comitiva de sacerdotes; un momento despues, viósele desaparecer con la cruz, los cirios y las capas pluviales, bajo las nebulosas galerías de la catedral; y su voz sonora se fué apagando por grados en el coro, cantando este versículo de desesperacion:

"Omnes gurgites tui et fluctus tui super me transierunt".

Al mismo tiempo el choque intermitente de las ferradas astas de las alabardas de los pertigueros, estinguiéndose lentamente bajo los intercolumnios de la nave, parecia la campana de un reloj vibrando el toque de la última hora para la infeliz condenada á muerte.

Las puertas de Nuestra Señora habian quedado abiertas, dejando ver la iglesia vacia, triste, enlutada, sin cirios, sin voces.

La víctima permanecia inmóvil en su sitio esperando á que dispusieran de ella; y fué preciso que uno de los maceros avisase á maese Charmolue, que durante toda esta escena, habíase puesto á estudiar el bajo relieve de la portada principal que representa, segun unos, el sacrificio de Abraham, y segun otros, la operacion filosofal, figurando el

sol por el ángel, el fuego por el haz de leña y el artesano por Abraham.

Fué asaz difícil arrancarle á aquella comtemplacion, pero volvióse en fin, y á una señal suya, dos hombres vestidos de amarillo, los criados del verdugo, se acercaron á la gitana para atarla las manos.

La desdichada, en el momento de subir al fatal carreton y de encaminarse hácia su última parada, sintió tal vez un amargo dolor de perder la vida: alzó sus ojos encendidos y secos al cielo, al sol, á las nubes de plata recortadas aquí y allá de trapeacios y triángulos azules; luego los tendió en torno de sí, sobre la tierra, sobre el jentío, sobre las casas... Y de repente, mientras que el hombre amarillo le ataba los codos, lanzó la infeliz un grito terrible, un grito de alegría.—En un balcon.... á lo lejos, en un ángulo de la plaza, acababa de verle, á él, á su amado, á su señor, á Febo— aquella otra aparicion de su vida! El juez habia mentido! el sacerdote habia mentido! él era—sí—no podia dudarlo, allí estaba, lozano, en vida, cubierto con su brillante uniforme, el penacho en la cabeza y la espada en la cintura.

—Febo! exclamó! — Febo mio!

Y quiso estender hácia él sus brazos trémulos de amor y de delirio; pero estaban atados.

Vió entonces al capitan fruncir las cejas, y á una hermosa jóven, quese apoyaba sobre él, mirarle con irritados ojos y desdeñosos labios; luego Febo pronunció algunas palabras que no llegaron á

sus oídos, y ambos se eclipsaron precipitadamente detras de las vidrieras del balcon que al punto se cerró.

--¡Febo!... exclamó la desdichada ¿es posible que lo creas?

Acababa entonces de ocurrírsele una idea monstruosa; acordóse de que habia sido condenada á muerte por asesinato sobre la persona de Febo de Chateaupers.

Hasta entonces todo lo habia sobrellevado; pero este último golpe era demasiado violento. La desdichada cayó exánime sobre las piedras.

--Ea! dijo Charmolue, metedla en el carreton y despáchemos.

Nadie habia reparado aun en la galería de las estatuas de los reyes, esculpida inmediatamente encima de las ojivas de la portada, un espectador singular que todo lo habia examinado hasta entonces con tal impasibilidad, con un pescuezo tan largo, con un rostro tan disforme, que á no ser por su vestimenta la mitad colorada, y la otra mitad morada, cualquiera hubiera podido tomarle por uno de aquellos mónstruos de piedra, por cuyas abiertas fauces se desaguan hace seiscientos años las largas canales de la catedral. Nada habia perdido aquel espectador de cuanto habia pasado desde las doce delante de la portada de Nuestra Señora; y desde los primeros instantes, sin que nadie pensase en observarle, ató á una de las columnillas de la galería una recia maroma con nudos, cuya punta llegaba

hasta la escalinata exterior del edificio. Acabada esta operación, púsose á mirar impasible lo que sucedía, y á silbar de vez en cuando siempre que pasaba algún mirlo delante de él, pero en el instante mismo en que los dos criados del maestro de altas obras se preparaban á ejecutar la flemática orden de Charmolue, salió por cima de la barandilla de la galería, asióse á la cuerda con los pies, con las rodillas y con las manos, viósele luego deslizarse por la fachada como una gota de lluvia que cae á lo largo de un vidrio, correr hácia los dos sayones con la celeridad de un gato caído de un techo, derribarlos bajo dos enormes puños, levantar del suelo á la jítana, como un niño á su muñeca, y de un solo arranque precipitarse en la iglesia, alzando á la virgen encima de su cabeza, y gritando con voz formidable: — ¡Asilo!

Pasó aquello con tal rapidez, que si hubiera sido de noche, todo se hubiera visto á la luz de un solo relámpago.

— ¡Asilo! ¡asilo! gritó el jentío, y diez mil palmadas de entusiasmo hicieron brillar de orgullo y de alegría el ojo único de Quasimodo.

Aquella sacudida sacó de su letargo á la Esmeralda: abrió sus párpados y miró á Quasimodo, y volvió luego á cerrarlos de repente, como asustada de su libertador.

Estupefacto quedó Charmolue, y lo mismo los verdugos y la escolta: en efecto, en el recinto de Nuestra Señora, los reos eran inviolables. La cate-

dral era un asilo de refugio; toda justicia humana espiraba en sus umbrales.

Paróse Quasimodo bajo la portada principal: sus anchos pies se apoyaban con tanta solidez sobre el pavimento de la iglesia como los fuertes pilares bizantinos: su enorme cabeza crespá se hundia entre sus hombros como la de los leones que tambien tienen melena, pero cuello no. Sostenia á la niña palpitante, suspendida á sus callosas manos como un blanco ropaje; pero la llevaba con tanta precaucion como si temiera romperla ó marchitarla; parecia que bien se le alcanzaba que era aquello una cosa delicada, esquisita, preciosa, hecha para otras manos que para las suyas: á veces se conocia que no osaba tocarla, ni aun con el aliento. Y luego, de repente, estrechábale con delirio entre sus brazos, sobre su pecho anguloso, como su bien, su tesoro, como una madre á su hijo. Su ojo de gnomo, inclinado hácia ella, la inundaba de ternura, de dolor y de misericordia, y se levantaba de súbito lleno de relámpagos al cielo: entonces las mujeres reian y lloraban, y la muchedumbre hervia en entusiasmo, porque en aquel momento tenia realmente Quasimodo su hermosura. Hermoso estaba en aquel momento aquel pobre huérfano, aquel bastardo, aquella miserable escoria de los hombres; sentíase él augusto y fuerte; miraba de frente á aquella sociedad de que se veía proscripto, y en la cual intervenia tan poderosamente; aquella justicia humana á la cual hab.a arrancado su presa, todos aquellos tigres obli-

gados á mascar en vano, aquellos esbirros, aquellos jueces, aquellos verdugos, toda aquella fuerza del rey que él acababa de confundir, él miserable, con la fuerza de Dios.

Y además, era cosa verdaderamente patética, aquella proteccion cayendo de un ser tan disforme sobre un ser tan desgraciado, una mujer condenada á muerte salvada por Quasimodo! Ofrecia aquel sublime espectáculo las dos miserias extremas de la naturaleza y de la sociedad que se tocaban y se sostenian una á otra.

Despues de algunos minutos de triunfo, internóse bruscamente Quasimodo en la iglesia con su preciosa carga. El pueblo, entusiasta de toda proeza, le buscaba con los ojos bajo la oscura nave, lamentando que tan pronto se hubiese sustraído á sus aclamaciones, cuando de repente le vió aparecer en una de las estremidades de la galería de los reyes de Francia que él atravesó corriendo como un insensato, alzando con los brazos su conquista, y gritando: ¡Asilo! De nuevo prorrumpió en aplausos el jentío. Despues de haber recorrido la galería, volvió á meterse en el interior de la iglesia; y un momento despues apareció de nuevo sobre la plataforma superior, siempre con la gitana entre los brazos, siempre corriendo con delirio, siempre gritando: ¡Asilo! Hizo, en fin, una tercera aparicion sobre la cima de la torre de la campana mayor; desde alli pareció que enseñaba con orgullo á toda la ciudad la que habia salvado, y su voz tonante,

aquella voz que se oía tan rara vez, y que él no oía jamas, repitió tres veces con frenesí hasta la bóveda del cielo: ¡Asilo! ¡asilo! ¡asilo!

— ¡Noel! ¡Noel! gritaba el pueblo por su parte, y aquella inmensa aclamacion fue á asombrar en la otra orilla á la muchedumbre de la Greve y á la reclusa que esperaba, fijos los ojos en el patíbulo.

NOTA.

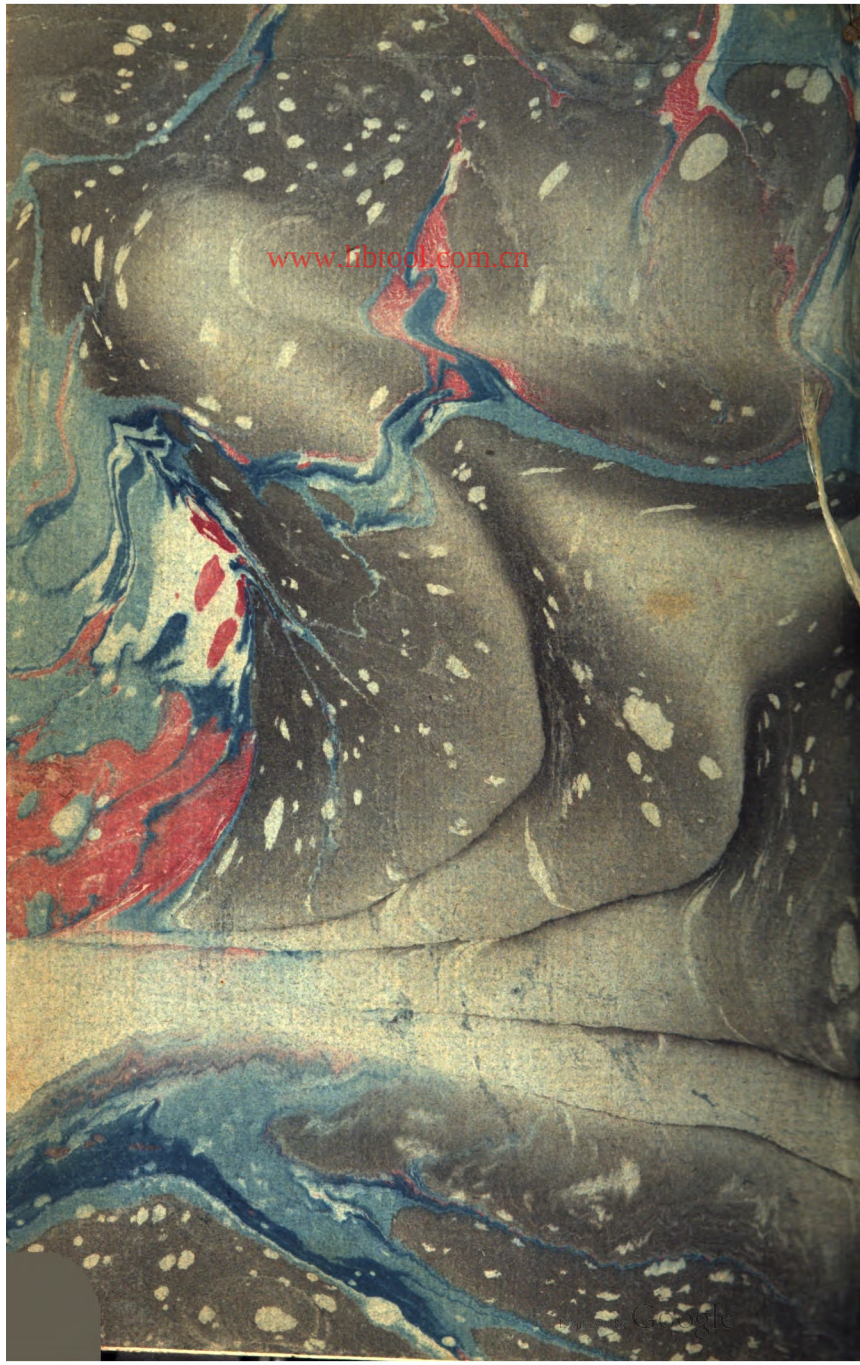
En la página 279 de la entrega XV, tomo 2.º, se suprimió involuntariamente la siguiente nota relativa á Bruno de Ast, personaje de quien se habla en la línea 19 de dicha página.

San Bruno, ó Brunon de Segni, conocido bajo el nombre de *Bruno Astensis* ó *Signensis*, natural de Soleria en el Piamonte, en el territorio de la diócesis de Ast, nació á fines del siglo XI y murió en 31 de agosto de 1125. El papa Lucio III le canonizó. Algunos autores dicen que fue cardenal, pero este hecho no está probado. Escribió muchas obras de teología que en 1651 se imprimieron en Venecia. — 2 volúmenes.

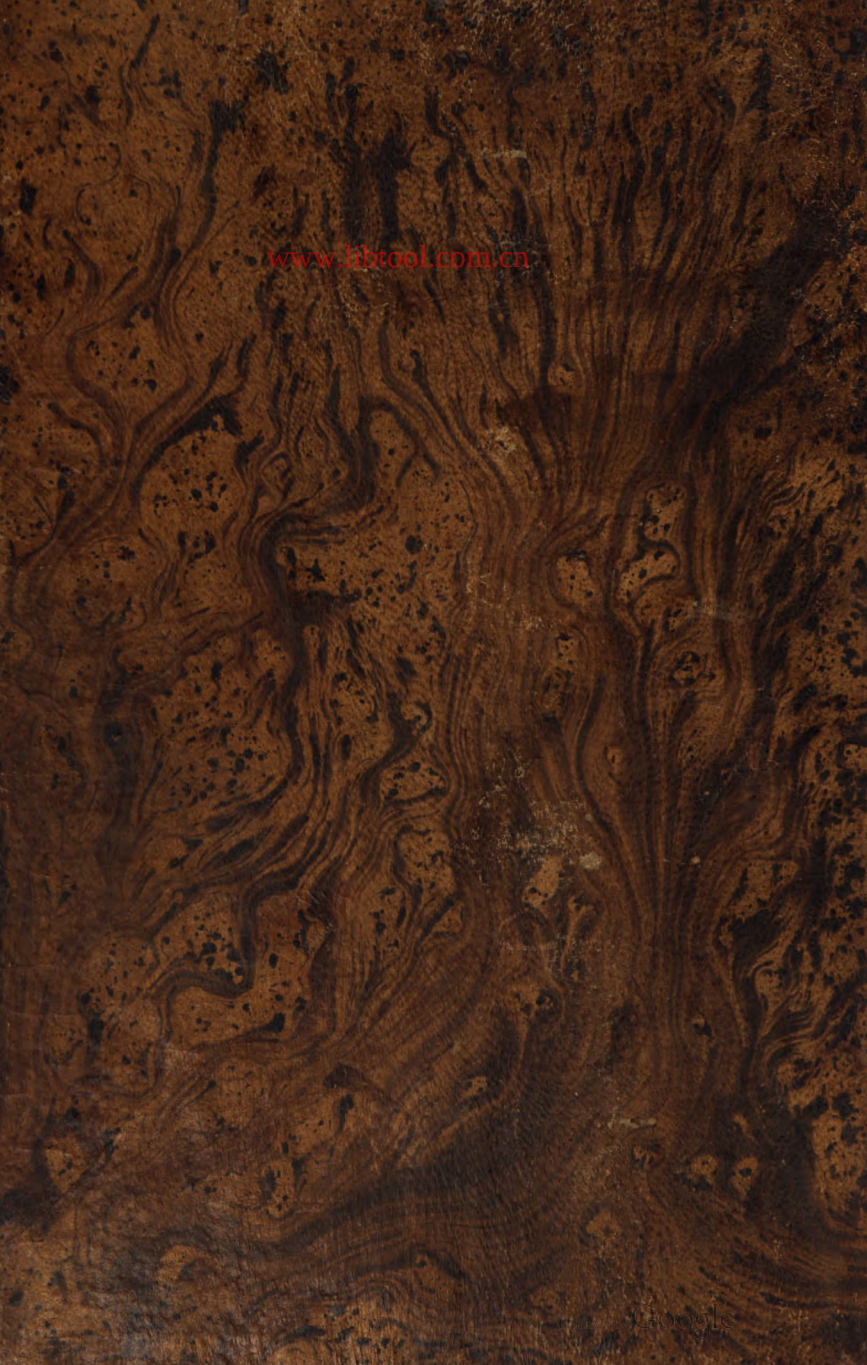
(Nota del Traductor.)

FIN DEL TOMO II.

www.libtool.com.cn



www.libtool.com.cn



www.libtool.com.cn